

Juan Manuel Gil

Un hombre bajo el agua

Índice





You
Tube

in

Sinopsis

Esta historia comienza bajo las aguas turbias de una balsa de riego. Es ahí donde el protagonista, con apenas catorce años, encuentra el cadáver de un vecino. El fatal hallazgo hace saltar por los aires los felices días de su adolescencia: en el barrio no tardan en correr teorías sobre el ahogamiento y la implicación que el joven pudo tener en esa muerte. Más de dos décadas después, se propone reconstruir lo que realmente sucedió aquella mañana de verano.

Con un extraordinario ritmo narrativo y la estructura fascinante de una investigación, *Un hombre bajo el agua* es una novela que ajusta cuentas con nuestra parte más escurridiza: la memoria. Un viaje de ida y vuelta en el que la escritura abre una grieta en la muerte por la que la vida acaba abriéndose paso.

Un hombre bajo el agua

Juan Manuel Gil



A Tamy, Martina y Lola.
A mi madre.

Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo.

C. J. C.

Todo cuanto sucedió es porvenir.

E. H.

La balsa

Uno

Él estaba en cuclillas sobre uno de los muros de la balsa de piedra y corría el verano de 1993. Yo atravesaba un bancal del Paraje de la Costumbre cuando lo vi de espaldas, con el cuello tenso y estirado, mirando fijamente el agua estancada. Apenas tardé unos segundos en reconocerlo. Era Iván, el Tusmadres, un gilipollas medio trastornado, íntimo amigo de las cosas ajenas, nueve años mayor que yo —que entonces acababa de cumplir catorce—, del que alguna vez había tenido que salir huyendo porque le daba por desordenarles las vértebras a los zagales del barrio. Sin cambiar de postura, como si fuera un lagarto en alerta máxima, giró la cabeza y me habló.

—Tú, capullo, ven aquí.

Estuve a punto de echar a correr rambla abajo. Aún hoy no sé por qué obedecí. Quizá aquella fue una de las primeras decisiones insensatas de cuantas estaban por llegar a mi vida. Me acerqué con lentitud hasta la balsa, alargó el brazo, le di mi mano y de un tirón salvaje me subió al muro. El hombro se me hizo lava durante algunos segundos. Me cogió del cuello con fuerza y, como quien ordena las agujas de un despertador, dirigió mi mirada hacia el centro de la balsa.

—A ver, niño, ¿qué hay ahí?

—¿Dónde?

—¿Eres tonto o qué? ¡Ahí!

—Agua y ova.

—¿Agua y ova? En el fondo, capullo. Ya sé que hay agua y ova.

—No sé. Está turbia. Creo que es un zapato.

—¿Y no puede ser una botella de cerveza?

—Es posible.

—¿Entonces ya no es un zapato?

—Yo diría que sí.

—No me estás ayudando. A ver si vas a necesitar gafas.

—Es que el agua está muy verde.

—Porque yo de un guantazo te curo la miopía y te doy superpoderes.

—¡Que está muy verde, joder! ¿Es que no lo ves?

—¿Y si te tiras y sacas lo que sea? Saldríamos de dudas…

—Ni de coña. ¿Meterme en una balsa? Mi madre me mata.

—Serás mierda… ¿Y si te tiro yo?

—Pues te matará a ti. No exagero. Se pone como las locas cuando se entera de que he estado pescando en alguna balsa.

—Sí, sí… No es eso lo que decía anoche mientras me la follaba.

—Me voy.

—No paraba de gemir.

—No estás bien de la cabeza, tío. Me voy ya.

—Vale, vale. Tranquilo. Hacemos otra cosa. Busca una caña larga y lo movemos.

—¿Por qué?

—Porque no es lo mismo una botella que un zapato. Eso te lo habrán explicado en la escuela, ¿no?

—Ese día falté.

—Míralo… Si hasta tiene sentido del humor…

—Me voy.

—Oye, niño, ¿yo qué te he dicho a ti?

—No hay ninguna caña por aquí cerca.

—Hace mucho calor. ¿De verdad que no te apetece un baño?

Dos

El Paraje de la Costumbre era un viejo cortijo situado a las afueras de mi barrio. Por aquel entonces abarcaba dos o tres bancales, un invernadero ya rudimentario en aquellos años, dos caminos de tierra reseca y una breve y divertidísima red de cauces. Sus propietarios, una familia venida de La Alpujarra, gestionaban aquello con mucho trabajo, poco dinero y una mala leche de las de mearse encima. Lo normal era que cualquiera que quisiera llegar al ultramarinos de la Francesa o a la pista de frontón, por ejemplo, cogiera las aceras de la carretera nacional. Pero eso implicaba recorrer casi un kilómetro y medio más. Así que los niños, que en esos años éramos una legión descamisada, atajábamos por aquellas tierras a paso ligero y con el culo bien apretado.

Recuerdo haberme camuflado entre los caballones a comer tomates. Me llevaba en el bolsillo un saquito de papel lleno de sal y los devoraba a dentelladas hasta que el ácido y el sulfato me provocaban boqueras. También recuerdo el invisible canto de las cigarras y el crujido del sol contra las plantas resecas. Y, cómo no, recuerdo haberme parado muchísimas veces en la dichosa balsa. Era redonda. Que yo sepa, la única del barrio que tenía esa forma. Estaba construida con piedra y barro viejo, y guardaba aspecto de patrimonio artístico e histórico de la humanidad. Al menos de la humanidad de nuestro barrio, que no es poca cosa. Junto a ella, se alzaba una generosa higuera y una morera que aún hoy siguen dando sombra. Aquella esquina del mundo, para los niños que éramos y estábamos, poseía una proporción áurea: el nervioso ramaje de ambos árboles nos permitía camuflarnos a la vez que pescábamos, comíamos higos, cogíamos hojas para los gusanos de seda y nos bañábamos en sus aguas siempre misteriosas.

Corría el rumor de que si el dueño te sorprendía en sus tierras, te despellejaba con una espátula al rojo vivo. Así que nos organizábamos concienzudamente con los turnos de vigilancia. Uno aquí, otro allí y,

por si acaso, alguno más allá. No obstante, la experiencia, siempre tan hija de puta y didáctica, nos mostró que no era así. Que allí nadie despellejaba a nadie. No era necesario. En una ocasión, un integrante de la *troupe* fue cazado. Todos corrimos como hormigas durante las primeras gotas de lluvia, pero el Legones no tuvo tiempo de trepar por la cuerda que hacía las veces de escalinata. Aquel hombre venido de las montañas lo agarró, lo echó de un puñado al asiento trasero de su furgoneta y se lo llevó mientras nosotros nos amontonábamos silenciosos y cobardes detrás de un arbusto moribundo. Desde allí lo condujo hasta el cuartel de la Guardia Civil de la capital, que era la salida de emergencia de las vacaciones de verano. El peor de los castigos imaginables. Un horror imponderable. Cualquiera de nosotros habría preferido la espátula candente en la espalda.

Hoy ya no están aquellos bancales. Han construido dúplex y una pequeña plaza acolchada en la que los niños muy difícilmente pueden romperse los dientes. Aquella familia se marchó con el mismo silencio con el que una vez se instaló en el barrio: despiezó el cortijo en parcelas, las vendió a una promotora, tapió las puertas y las ventanas de la casa en la que vivían y se olvidaron de la balsa, la higuera y la morera. Así que ahí siguen. Intactas. Como la escena de un viejo cuadro en casa de cualquier abuela de aquellos años. Lo único que ha cambiado ha sido el agua. Ahora, si trepas al muro y te asomas a través de la alambrada, se puede ver el fondo de la balsa. Alguien, no sé quién ni por qué, se encarga de que siempre esté limpia.

Tres

Le he escrito un correo a T. explicándole que he empezado a trabajar en una nueva historia. Si no recuerdo mal, es el tercero de esta semana en el que le digo algo parecido. Entusiasmo cero, claro. Y eso que no deja de reclamarme que me siente a escribir de una puta vez. Ahora dice que está a punto de generar otra piedra en el riñón si recibe una nueva llamada de su exmarido. Y que eso, además, es lo mejor que le podría pasar. «Una baja, y que le den por culo a todos.» Es normal que ella no tenga la misma intuición que yo. Es normal que ella no perciba esta historia como ese yacimiento mineral que llevaba meses buscando. Y es normal que ella no sienta el alivio que me seda y electrifica al mismo tiempo. Todo eso es normal en mi vida. Solo quienes han escuchado en su interior el crujido de dos engranajes que encajan por vez primera saben de qué hablo.

Me ha contado, además, que su padre ha recibido una visita muy esperada, pero que, a la vez, ha sido totalmente inesperada. Así es él. Ha llegado una profesora y escritora vallisoletana afincada en Argentina con la que mantuvo una relación antes de venirse a España y casi antes de divorciarse. Nos propone una cena algún día de esta semana. Asegura —no me lo creo— que ha leído uno de mis libros y que tiene muchas ganas de conocerme. T. me ha hablado de ella en varias ocasiones. Al parecer, cuando era niña, la acompañaba a recitales y presentaciones de libros para pedir al escritor de turno que le firmara en un pequeño cuaderno que aún hoy conserva. Tiene unos cuarenta o cincuenta autógrafos, pero no conozco ni a uno solo de esos autores, la mayoría del extremo sur argentino. Me resulta tierno, la verdad. Puede que estos ejercicios de memoria propicien que yo la quiera cada día más y ella, por justicia poética, a mí, menos. En cualquier caso, no me apetece esa cena. Es probable que me sienta incómodo desde el principio y me obligue a beber más de la cuenta. Ella lo sabe de sobra. «Vale. Pero dile a tu hermano que tiene que venir. Así todos arrimamos el hombro.» Eso le he contestado en un

alarde de generosidad que rara vez aprecia. Se están perdiendo los modales. Y esa pérdida es una sangrienta y silenciosa guerra civil de la que nadie habla.

La última vez que asistí a una de estas cenas abandoné mucho antes de llegar a los postres. En realidad no ocurrió nada importante que motivara mi marcha. Mientras me dirigía a los servicios del restaurante, pensé que lo mejor que podía pasarme en ese momento era caer desvanecido en el sofá de mi casa. Abrazo supremo de lo doméstico. Ese fue el chispazo. Le mandé un mensaje a T. desde el coche y ella, supongo, me disculpó como pudo. El episodio provocó un enorme agujero de ozono en el ambiente familiar que tardará siglos en regenerarse. No pasa nada. Todos morimos de algo.

Pocos saben que la tozudez de mi suegro funciona de un modo muy parecido al tejido espacio-tiempo del universo. Está en continua expansión. Aunque en su entorno no se perciba a simple vista, su capacidad para que acabemos haciendo lo que su voluntad dicta sigue aumentando. Crece continuamente. No se detiene en su progresión. Y lo hace en unas magnitudes tales que cualquiera podría sentirse confuso o dejarse seducir por un error muy común: qué más da que lo haga a la velocidad de la luz o a la velocidad del sonido si ambas velocidades me arrollan e imposibilitan cualquier opción de supervivencia. Y aunque hay verdad en ese pensamiento, para qué negarlo, también la hay en la idea de que la magnitud es relevante. Cuando yo lo conocí, por ejemplo, sus Santos Cojones se desplazaban por mi vida a la velocidad del sonido, y eso implicó reparar la electricidad de la casa del pueblo, cenar con él casi todos los viernes, acompañarlo a las consultas médicas y sintonizarle el televisor cada dos semanas. Hace tiempo que sus Santos Cojones alcanzaron la velocidad de la luz. Y ahora, cada vez que nos encontramos con él, lo único que puedo ver es un haz incandescente que me arrastra de una habitación a otra, de una tienda a otra tienda, de la mesa al frigorífico y de mi garaje a su casa. Ya debo de estar a millones de años luz de mi punto de origen porque esta noche, sin ir más lejos, tengo que sacar a pasear otra vez al hijo de puta de su perro.

Cuatro

Sacaron el cuerpo entre varios. No llamaron a una unidad especial de buzos ni lo izaron con una grúa mecánica ni desaguaron pacientemente la balsa. Tampoco instruyó aquella operación un forense o un juez venido de la capital. Al menos no en un primer momento, que yo recuerde. Claudio Tijeras, el único policía municipal oriundo de allí, dijo «tú, tú y tú, os toca, sacadlo, y no os ahoguéis, que vaya mierda de día llevamos». Como si aquello constituyese una ceremonia íntima e intransferible. Como si el trabajo sucio del barrio nos perteneciera o nos lo mereciéramos. Y tres de los vecinos que miraban desde el otro lado del camino se sumergieron en el agua verde, lo cogieron como una alfombra enrollada y lo dejaron bocabajo a los pies de aquella vieja construcción.

Recuerdo el caluroso silencio de la escena. A pesar de que había más de una veintena de personas observándola, solo se escuchaban el sostenido croar de las ranas y el agua corriendo por el cauce principal. Y así fue hasta que aparecieron de la nada cuatro o cinco mujeres —jóvenes y mayores—, gritando, lamentándose, tropezando y cayendo al suelo, casi arrastrándose, desgañitándose, perdiendo la voz, los ojos y las manos. Claudio Tijeras dio la orden de que no las dejaran acercarse a la balsa y, aunque no fue una tarea fácil, consiguieron recluirlas en casa de una vecina que les puso en la frente un pañuelo empapado en agua fría y alcohol de romero.

Fue un hecho que se comentó durante semanas en el barrio. Porque, como ya se sabía entonces, el fallecido no guardaba vínculo alguno con esas señoras. Es más, cuando les preguntaron a qué venía todo aquel alboroto ninguna supo qué contestar. Ni siquiera fueron capaces de dar un nombre sobre el que sostener aquella congoja histérica. Se sumergieron en su aflicción, cerraron los ojos y sus gemidos iniciaron una disolución pacífica hasta convertirse en aire que entraba y salía del cuerpo. Ya está.

Mientras tanto, el cadáver descansaba debajo de una manta a la

espera de que sucedieran cosas que casi nadie sabía que tenían que ocurrir. O por lo menos yo, que estaba petrificado, comatoso, ido, en el sitio en el que me habían dicho que esperara porque tendría que responder a algunas preguntas tarde o temprano. Escuchamos una sirena que se aproximaba por la carretera nacional y todos nos estremecimos a la vez como si formáramos parte necesaria de un único organismo pluricelular. Y quizá en aquel momento era así. Entonces, sacándome de aquella nada, Claudio Tijeras puso su mano en mi hombro.

—¿Es la primera vez que ves un muerto?

—No.

—¿Sabes quién es ese hombre?

—Sí. Eduardo. Conozco a su hermana. Ella está en nuestra clase.

—¿Nervioso?

—Bueno… No sé. Supongo.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Me suelo asomar a las balsas. Iba camino de la tienda, me asomé y lo vi.

—¿Ya está?

—Más o menos sí.

—¿Tus padres no te han dicho que no debes acercarte a las balsas?

—Muchas veces.

—¿Y?

—Me gustan.

—¿Estabas solo?

—¿Cómo?

—¿Ibas con alguien?

—No.

—¿No estabas solo?

—No iba con nadie.

—Si no quieres acabar como ese que está ahí, no te asomes a las balsas. Se lo tengo que decir a tu padre. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro. Se va a enterar de todos modos.

—Vale. Hablaremos después. No te muevas de aquí hasta que yo te lo diga.

Cinco

Escuché un relato que me heló los dientes y que quizá debería contar ahora. La narradora, con una voz llena de verdad y convicción, hacía que la historia pareciera una vieja crónica recogida en los anales del barrio. También era verano. Quizá fin de semana. Y yo tendría unos diecinueve o veinte años. Había quedado en casa de mi amigo Pascual, que, por entonces, era el único de la pandilla que tenía carné de conducir y un padre lo suficientemente poético como para dejarle una furgoneta C-15 por la noche. Cuando llegué a su puerta me encontré, como era habitual en aquella época del año, un grupo de vecinos, casi todos sentados en el alféizar de un enorme ventanal de medio arco. Tenía un enrejado negro que para los amigos aún hoy constituye un emblema de nuestra adolescencia. Dos o tres años antes, quizá más, lo habíamos robado en una obra cercana y, como hacía tiempo que la familia Pascual tenía en mente darle un aire más sofisticado al porche, todo se aceleró. Una semana después ya le habían echado una capa de minio, otra de pintura negra y lo habían fijado a la ventana de medio arco hecha para la ocasión. Pero esa es una historia que tendrá que contar otro. Yo solo la apunto. Allí sentados, como digo, hablaban, gritaban, soltaban carcajadas, bajaban la voz, mascullaban, guardaban silencio y comían pipas en una suerte de equilibrio espantoso y primate.

Isabel, la mayor del grupo, una muchacha que rondaría los veinticinco y que siempre me llamó primo en aquellos años —a pesar de que nuestros lazos sanguíneos fueran inexistentes, casi incompatibles—, había empezado a relatar una historia. Otra más. Todos escuchaban en perezoso silencio, y yo me incorporé como si un cristal antibalas me protegiera de aquella mugre.

—Volvía a casa a todo trapo. Me estaba cagando como un mirlo y tenía la sensación de que aquello era una cuestión de vida o muerte. Cómo sería la cosa que superábamos los treinta grados y el frío me comía de dentro afuera. Bajé por los jardines de los pisos de los

sindicatos, salté los arbustos, enfilé la rambla de los columpios y, justo cuando cogí la calle Arcadia, me encontré a Eduardo sentado en la acera. Casi me lo como. Y ya os digo que si hubiera sido así, del impacto me habría cagado encima. Tenía toda la tensión muscular concentrada. Una densidad infinita en apenas un punto. Así que intento esquivarlo como puedo, y va y me pregunta que dónde voy con tanta prisa y que si le puedo hacer un favor. Le contesto que no es un buen momento y él me replica con un seco y lejano «que me lo digan a mí». Me pide que me detenga un segundo, me coge del brazo, me sienta a su lado y añade lo siguiente: «Dile a mi hermana Carmela que estoy bien. Que no me gusta verla llorar. Que no se preocupe por nada. Que yo la espero aquí». Me sorprendieron dos cosas de aquel momento. La mala cara que tenía Eduardito y el misterio que le daba a la entonación de sus palabras. Parecía que estuviera recitando los últimos versos de uno de esos poemas a los que siempre recurría. ¿Os acordáis? «Vamos a suponer que digo "verano" y escribo la palabra *colibrí*.» Era tan pesado que nos los acabábamos sabiendo de memoria. Al menos yo. En fin... Que me quedé muda a su lado. Y no salí corriendo de allí hasta que él estornudó y escuché cómo le crujía el pecho. Apenas treinta minutos después, en cuanto terminé de cagar y el frío me salió del cuerpo, me fui derecha a su casa. Quería decirle a Carmela lo que me había encomendado su hermano. Y al entrar, allí estaba la peste, toda esa gente llorando, aquella caja tan nueva y Eduardo dentro, que parecía dormido, vestido con una ropa muy rara.

Seis

A T. no le parece bien que explote el potencial que hay en las ganas de cagar de Isabel. Anoche me lo dijo. No exactamente así. «Qué desagradable, por Dios.» Eso soltó mientras se giraba y me daba la espalda en la cama. Ha puesto en duda, además, que las cosas ocurrieran tal y como he decidido contarlas. No cree que alguien se exponga de ese modo tan escatológico en el dolor de esta historia. Y a quién le importa eso. A mí no. Claro que no. Otra vez: a mí no. Me digo. Yo he insistido sin levantar la mirada del libro que estoy terminando de leer. Le he dicho que ocurrió así y que me he limitado a reproducir mi recuerdo. Ya está.

—Ese es el problema.

—¿Cuál?

—Cómo recuerdas las cosas.

—Es que en literatura importa muy poco cómo recuerdes las cosas. Lo importante es que todo encaje, que las piezas de la maquinaria se aprieten unas contra otras. Lo de menos es si esto o aquello ocurrió de verdad. En cualquier caso, esta mujer contó la historia. Eso sucedió.

—Seguro que sí. Solo hay que ver cómo se expresa. Si parece un juglar en mitad de una plaza.

—¿Cuál es el problema entonces? ¿La forma o el fondo? ¿Lo que dice o cómo lo dice?

—No me expliques qué diferencia hay entre forma y fondo porque esto puede acabar peor de lo que tú imaginas.

—Yo no imagino nada. Me he limitado a reproducir más o menos lo que contó aquella mujer. Eres tú quien parece haberse hecho un licuado con Freud y Jung antes de meterse en la cama.

—Vale. Suficiente. Buenas noches.

—Oye.

—Lo siento, pero me incomoda. Déjame dormir.

—¿Qué te incomoda ahora?

—Tu pedantería y este nuevo libro.

—Es una novela.

—Ya.

—No debí contarte nada. Simplemente es literatura.

—Te he dicho que no me trates como si fuera mongola. Ya sé que es literatura. Hasta ahí llego.

—Entonces cuál es el problema.

—A tu madre tampoco le va a gustar.

—¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto?

—No me hagas reír. Dime una sola cosa que hagas en tu vida en la que tu madre no tenga nada que ver.

—¿Pero qué dices ahora?

—Te aviso. A tu madre le va a sentar como un tiro. Luego no te hagas el incomprendido.

Siete

Ha pasado mucho tiempo. Puede que el relato que escuchara aquella noche fuera otro. Pero da igual. No cambia nada. Y lo puedo demostrar.

Isabel dijo esto.

Acababa de salir de casa y me encontré con Eduardo. Estaba sentado en el banco que hay junto al túnel verde. Lo miré durante un rato porque, desde donde yo estaba, daba la impresión de que no paraba de vomitar. Todo el mundo lo ha visto vomitar alguna vez, ¿verdad? No es que a nadie le tenga que extrañar eso. Él vomitaba a veces en la calle. Pero me acerqué un poco y no era así. Su cuerpo estaba en una posición extraña, retorcida, difícil de entender. Levantó la cabeza y me miró con la boca muy abierta. La piel de la cara se le ceñía al hueso y el pelo lo tenía empapado.

—¿Me haces un favor, Isabel?

—Claro.

—¿Me traes un vaso de agua de tu casa?

—Vale. ¿Estás bien?

—Sí. Tengo sed.

—¿Quieres que llame a tu hermana?

—¿Por?

—No tienes buena cara.

—Me encuentro bien.

—Mírate. Estás sentado de una forma muy rara.

—Vamos a hacer una cosa. Tú me traes un vaso de agua y después llamas a mi hermana.

—¿Y qué le digo?

—No sé.

—¿Que estás mal?

—Eso la va a preocupar.

—¿Entonces?

—Dile que no llore. Que siempre llora por mi culpa y no me

gusta. Y también dile que la espero aquí.

Ocho

El Pensacola, mi profesor de ciencias de primero de Bachillerato, encomendó a toda la clase un trabajo de campo. Podías elegir entre convertirte en un entomólogo y ensartar insectos, arañas y gusanos con alfileres, o ser un intrépido geólogo que buscara, hallara y clasificara minerales y rocas. Yo me incliné por esta segunda opción. Debió de parecerme más higiénica, menos repulsiva y acorde con mi estilo de vida de entonces. Así que me pateé ramblas, barrancos, montañas y llanuras. Incluso una mina de plomo abandonada y un volcán con más de seis millones de años. Durante aquel tiempo, sentí que mi existencia tenía un objetivo muy claro; una prioridad que ordenaba jerárquicamente la sucesión de tareas que hasta ese momento había sido mi vida fuera de las horas de clase. Aunque pueda parecer una exageración, el ejercicio de caminar mientras escaneaba el suelo se convirtió en un instinto antiquísimo. Una necesidad por la que era capaz de hacer casi cualquier cosa.

Recuerdo, y por eso lo escribo aquí, que durante una de esas excursiones me peleé con uno de mis compañeros. Alguien importante en toda esta historia. Solo me he enzarzado a puñetazos dos veces en mi vida. Esta fue una de ellas. Y lo hice porque intentó robarme de la mochila un mineral, hermosamente cristalizado, denominado Celestina ($SrSO_4$). Aquel pedrusco no conocía la impureza. Era perfecto. A primera vista ya se apreciaban algunos cristales tubulares y otros finos como agujas. Transparente y azulado. Profundo. Días antes lo había comprado en una tienda de la capital, junto con tres o cuatro piritas (FeS_2) que vendían al peso. Aprovechando que visitábamos una zona propicia para los sulfatos, lo escondí en una cavidad de la pared de rocas y lo volví a coger dando alaridos y saltos para que todos se percataran de mi milagroso hallazgo. Antes de guardar el mineral —otra vez— en el fondo de mi mochila, lo protegí con un plástico de burbujas. El mismo en el que me lo había entregado el vendedor. Cuando algunas horas después sorprendí a Bruto

intentando abrir la cremallera de mi mochila, le encajé tal puñetazo en la oreja que le hizo perder el equilibrio y caer por un pequeño terraplén. Tardó unos segundos, pero el muy hijo de puta se levantó y nos empleamos a fondo en un intercambio de golpes rabiosos y torpes hasta que las fuerzas nos flaquearon. Grazné como un grajo. Lo habría matado allí mismo y le deseé la muerte durante mucho tiempo. Años después busqué su número de teléfono en la guía y, cubriéndome la boca con la mano, lo llamé para comunicarle que uno de sus hijos había sido ingresado de urgencia en el hospital; le expliqué que un golpe en la cabeza lo tenía en coma y debía acudir cuanto antes. Al día siguiente pasé con el coche por la puerta del bar que regenta y estaba cerrado a cal y canto. Fue lo más parecido a verlo rodar por aquel terraplén. Una vez más. Hay que ser rastrero para intentar robar un mineral.

En el autobús, de vuelta a casa, el profesor de ciencias nos sentó en lugares opuestos. Creo que tuvo buen ojo. Porque sentí que el cerebro se me había convertido en magma que luchaba por romper la corteza y salir al exterior. Sé que la imagen tiende a la estridencia, pero hace justicia a las sensaciones que me embargaron.

¿Qué clase de código tenía Bruto? Yo lo sé. No tengo dudas al respecto porque pensé muchísimo sobre el asunto. El peor de todos los posibles. El mismo código que una rata hambrienta acostumbrada a dormir entre las mantas y el colchoncito de una cuna. El mismo que una colonia de bacterias instalada en nuestro intestino. El mismo que un viejo pozo abandonado a la espera del descuido de un excursionista. Ese era su código. Y yo, desgraciadamente, no he sabido olvidarlo.

Nueve

Mi amigo Pascual siempre pensó que yo acabaría siendo escritor. No porque tuviera el convencimiento de que mi talento literario fuese desmedido. Por entonces apenas había escrito tres o cuatro escenas teatrales —extenuantes, soporíferas, empalagosas— que nadie había leído, salvo un primo segundo que, porque citaba constantemente fragmentos de *El conde Lucanor*, consideré apto para la tarea. En realidad el origen de aquella perspectiva de futuro tenía más que ver con una cuestión de puro descarte: si no acababa siendo escritor, a qué cojones me iba a dedicar el día de mañana. Ese era el grado de confianza con el que me embadurnaba Pascual. De modo que cuando aquella noche le relaté palabra por palabra la historia que había escuchado en la misma puerta de su casa, me dijo que algún día me pondría a escribir como un descosido sobre toda esa mierda que se respiraba en el barrio y que, además, por suerte o por desgracia, tendría material hasta morirme. En aquellos años, cada vez que me dijo algo parecido, nunca supe con exactitud qué era eso de la mierda a borbotones. Algún tiempo después, en cambio, cuando tuve claro que ya no quería vivir allí, creí averiguar a qué se refería. Y mucho más tarde, no sabría decir en qué momento, decidí olvidarlo. Fue lo mejor para mí y para mi familia.

Ya entonces le pregunté a Pascual por el hecho de que Isabel contara esa historia de una forma tan sórdida. Y hoy, ahora mismo, mientras escribo esto, si lo tuviera delante, volvería a preguntárselo. Quizá con más curiosidad que aquella primera vez. Cuando busco en mi memoria ese momento, encuentro una escena más propia de una película que de una noche de verano adolescente. Pascual conduce la C-15. Se ha tintado la perilla con un rímel azul que le ha robado a su hermana y estrena tatuaje en el hombro derecho. Yo, desde el asiento del copiloto, juego con la guantera y encuentro unas gafas de sol polvorientas que no dudo en ponerme a pesar de que la noche ya nos aplasta. Alguna vez debieron de pertenecer al padre. Mi amigo me

mira y sonríe. Me llama gilipollas integral. Y pone con evidente liturgia un cedé de Lenny Kravitz. Mi ventanilla, a media altura, ni sube ni baja desde hace meses. Así que cuando llegamos a los residenciales nos alcanza la melaza de los jazmines y los galanes de noche.

—¿Por qué habrá contado esa historia Isabel?

—Te habrá visto llegar.

—No he tenido esa sensación.

—Isabel es como un camaleón. Tiene los ojos en órbita. Ve en cinco o seis dimensiones. Te ha visto llegar, te lo digo yo.

—Puede ser.

—Ha querido tocarte los huevos contando que Eduardo vivió cuando ya estaba muerto. Uh. Qué susto. No me jodas. Sabe, como todos los que estaban en mi puerta, que tú lo encontraste. Una provocación, no hay más.

—Pero si ya he contado mil veces qué pasó aquella mañana.

—Lo sé.

—¿Tú tampoco me crees?

—A mí ese tema no me interesa, Juanma. A mí lo que me importa son las tías buenas que vienen de vacaciones a los residenciales. Y espero que tú estés en la misma frecuencia. Así que concentrémonos.

Diez

He vuelto a escribir a T. desde el trabajo. Le he contado que voy a reunirme con mi amigo Pascual para hablar sobre ciertos recuerdos de nuestra infancia y adolescencia, y que me he preparado un cuestionario, quince o veinte preguntas maduradas en mi cabeza, cuyas respuestas van a ser grabadas. Conozco demasiado a Pascual y sé de su inclinación a la caricatura y a quitarle importancia a casi todo. Por eso creo que si observa que mis preguntas obedecen a un guion preestablecido se esforzará en buscar con algo de esmero en su memoria, utilizará palabras que se agarren a aquellos días y construirá un relato lo más alejado posible de la nebulosa que siempre desprende la nostalgia. Eso pienso, vamos. Luego pasará lo que tenga que pasar. T. me ha contestado casi dos horas después. No tiene una buena mañana porque con su respuesta han crujido las piedras. Que si Pascual era tan gilipollas entonces como lo es ahora, me va a quedar un cuestionario de lo más emotivo y que, quizá, solo quizá, esta novela empiece a levantar el vuelo contra todo pronóstico. Que si he llamado a la casera para contarle lo de la campana extractora, lo de la pérgola, lo del termo y lo del grifo de la terraza. Que si sé la última trastada que ha hecho esta noche el hijo de puta del perro de su padre. Que tenemos que organizarnos de otra manera, que esto no puede seguir así, que otra vez se ha ido al trabajo sin nada para almorzar, que está cansada, que no sabe por qué se levanta de la cama cada mañana. Que si recuerdo que aún tengo que pedir cita en la clínica de rehabilitación para el asunto de la rodilla. Y que no ha mandado a su compañero a la mierda porque le falta coraje, o porque en la rabia está su patria. Que me quiere. Que me echa de menos. Que esta noche podríamos ver una serie argentina de la que han hablado en la radio.

Once

En apenas un mes viajamos a Argentina. T. nació en Comodoro Rivadavia, una ciudad que pertenece a la provincia de Chubut, en plena Patagonia. Yo nunca he estado allí y ella no ha pisado aquellas tierras desde hace diez años. Ya va siendo hora de ponerle remedio a su hemorragia nostálgica. Ayer mismo cerramos los últimos detalles. Vamos a estar cinco semanas. Volamos de Málaga a Frankfurt, de Frankfurt a Buenos Aires y de Buenos Aires a Comodoro Rivadavia. La idea es hospedarnos algunos días en Rada Tilly, una especie de barrio residencial de Comodoro, bien pegadito a la playa, donde unos amigos de la familia, los Covalschi, tienen una casa que generosamente han puesto a nuestra disposición. Además, se han ofrecido a dejarnos un coche para movernos por la Patagonia. Eso ha llegado al corazón de mi billetera. También queremos viajar a Esquel y Bariloche —en la cordillera— y a Península Valdés —en la costa—. La última semana nos la hemos reservado para pasarla en Buenos Aires, visitar librerías, asistir a algún espectáculo, comer en cuatro o cinco restaurantes que nos han recomendado y sentirnos más de allí que de aquí. Todo muy del primer mundo.

Algo que me entusiasma es visitar Península Valdés. Por una carambola de una tarde de domingo, nos vamos a hospedar en el faro de Punta Delgada. Se trata de un lugar remoto al que llegamos por casualidad viendo una película protagonizada por Maribel Verdú y Joaquín Furriel. Según he podido leer en dos o tres páginas, el pueblo más cercano es Puerto Pirámides, que está a unos ochenta kilómetros, y el faro se alza en el filo de unos acantilados muy próximos a algunas loberías. Mi intención es, además de recorrer los lugares más emblemáticos de esta península, sacar tiempo para seguir trabajando en este libro. Pero no las tengo todas conmigo porque esta idea ha sido recurrente e infructuosa cada vez que me he dispuesto a pasar más de una semana fuera de casa. Aun así, me puede la bohemia y pienso que este viaje va a generar la inflexión que exige toda historia.

Ese punto exacto en el que cualquier objeto entra en el agua y parece doblarse, tomar una dirección distinta sin llegar a partirse por la mitad. Refracción. Hallar el punto exacto en el que todo empieza a mudar.

Nunca olvidaré nuestro primer viaje a Praga. Por entonces, me sentía dolorosamente bloqueado y era incapaz de escribir una sola línea del que debía ser mi próximo libro. Lo había intentado todo. Retomar alguna historia que tiempo atrás hubiera dejado a medias, trabajar con la misma disciplina de los agricultores de mi infancia, escribir sobre cualquier tema que se me cruzara e, incluso, no garrapatear ni una sola palabra durante meses. T., angustiada por mi tormento, organizó un viaje a Praga para ver si el cambio de aires conseguía sacarme la carbonilla de la cabeza. Y aunque lo descubriría mucho más tarde, su remedio fue un éxito absoluto.

Una furgoneta nos llevó desde el aeropuerto de Ruzyne hasta el centro de la ciudad ya en plena noche. Estaba cayendo una nevada apocalíptica. Cuando pusimos un pie en el suelo, comenzamos a dar saltitos y a girar como peonzas, mientras reíamos, nos mirábamos e intentábamos abrazarnos sin perder el equilibrio. Solo entonces me contó que había alquilado durante dos semanas un apartamento en la última planta de un edificio ubicado junto a un cementerio judío. En ese momento tuve la contundente certeza de que nos quedaríamos a vivir allí para siempre. Que de una vieja vida nacía otra nueva. Bueno, a veces uno se viene muy arriba. Lo innegable es que, aunque ha sido uno de los viajes más hermosos que haya hecho nunca, no escribí ni una sola línea. Era plena Navidad y nos dedicamos a pasear bajo la nieve, a recorrer sus misteriosos mercados callejeros, a beber *svarak*, a comer *goulash* y a hacer el amor borrachos de bohemia.

Como ya he dicho, solo tiempo después supe que fue en Praga donde, sin que yo lo sospechara, la amalgama de ideas que había estado volando sin rumbo durante meses en mi cabeza tomó una dirección iluminada y nueva. Todo lo iluminada y nueva que puede ser una amalgama de mi cosecha, claro. Mientras volvía del trabajo, puse la radio en el coche. Hablaban de la desastrosa gestión del Gobierno con las últimas nevadas que habían sepultado las grandes carreteras del norte. Los tertulianos se gritaban y descalificaban sin mucha maestría. Entonces recordé un episodio de nuestra estancia en Praga. Ya había caído la noche y T. y yo nos habíamos sentado en una

escalera lateral de una de las sinagogas. Cenábamos una enorme salchicha y un vino caliente, cuando vimos salir de un edificio a un hombre que dio seis o siete pasos y se detuvo en mitad de la calzada. La calle estaba muy poco iluminada, de modo que cuando se apagó la luz del portal su silueta apenas quedó recortada en la penumbra. A los pocos segundos, retomó el paso y alcanzó la acera que estaba justo a los pies de la escalera en la que nosotros cenábamos muertos de frío. Y entonces ocurrió. Volvió a detenerse y, en una reacción imprevisible, se echó las dos manos a los huevos, se dobló sobre sí mismo y cayó desplomado al suelo, quedando bocabajo sobre una alfombra de nieve embarrada. Mientras escuchaba la radio, recordé aquella escena con una precisión inquietante, a pesar del tiempo transcurrido. El frío en la cara y en las manos, el olor a leña ardiendo en las chimeneas, el sabor agrio del vino justo después de tragarlo, la oscuridad como una niebla sucia, el calor familiar de T. sentada junto a mí y los pasos del hombre desconocido haciendo crujir la nieve justo antes de que el lamento se ahogara en su garganta. Apagué la radio para comprobar si era capaz de escuchar el clic en mi cabeza. Otras veces había sido así. Y, efectivamente, sonó. Un clic seco y metálico que demostraba que la luz de la historia entraba en el agua y se doblaba sin llegar a partirse. Refracción. Esa misma tarde comencé a escribirla: «Martín se sentó en la cama y se palpó los huevos. Ahí seguía la quemazón. Como un drama familiar o una maldición atávica».

Doce

Sé que lo que le hice a Bruto no me dibuja como una buena persona. No voy a disculparme ni a justificarme por ello. Y no lo hago porque aquella llamada telefónica, en realidad, no es sino una esquirla de hierro en el ojo, apenas un grano de sal en la superficie de un iceberg, en comparación con lo que habría sido capaz de hacerle antes y después. El día de la pelea, justo al bajarnos del autobús, el profesor de ciencias les dijo a nuestros padres que había sido cosa de chavales, que no le dieran ninguna importancia y que bien mirado era mejor reventarse la cara por la geología que por el fútbol o la política. Y ellos, a tenor de las risitas cómplices que se dedicaron, debieron de quedar más que satisfechos con aquella basura. Pero yo supe, ya entonces, que ese conflicto iba mucho más allá. Tuve la sensación de que Bruto, con aquel acto ratero, me sajaba un viejo quiste oculto detrás de los ojos, en un lugar inalcanzable, imposible de desinfectar y suturar. Y no me equivoqué. No es que mi vida haya girado de un modo irremediable en torno al desprecio que me ha ido generando Bruto por este y otros episodios. De hecho, lo normal es que pasaran meses, puede que algún año, sin que ese sentimiento agriara allí donde cojones se guareciera. Pero por razones que no sé precisar, a veces las náuseas y el odio se me han convertido en una misma cosa en la boca del estómago. En esos momentos he descolgado el teléfono y lo he llamado para decirle que su hijo estaba siendo operado de urgencia, o para pedirle que pasara por la delegación de Sanidad y respondiera algunas preguntas, o simplemente para repetirle una y otra vez el nombre y los apellidos de su mujer. No hace tanto que me dediqué, o pensé en dedicarme, a dar de baja su suscripción a la televisión por cable, a contratarle un seguro de hogar y a concertar una visita en su casa —la misma tarde a la misma hora— con los Testigos de Jehová, los seguidores del movimiento de los Santos de los Últimos Días y un vendedor de Thermomix. Y no me siento un mierda por ello. Esa es la verdad. Quizá todo lo contrario. Alguien atado a la

justicia y guiado por el acierto. Porque a veces ambos conceptos, en mi opinión, más que por la parte inmaculada de la hoja, transitan por los márgenes, entre las notas a pie de página, por las cloacas que subyacen en los renglones. No soy un ácrata. La razón y el argumento siempre han de estar ahí. Y en este caso, por supuesto, estaban. La razón y el argumento. La luz. Por eso lo escribo como quien ultima un poema, pero también como quien redacta una sentencia.

Trece

La primera vez que vi un muerto acabé dándole un beso. Era pleno verano. Especialmente caluroso, además. O así lo recuerdo yo. Tenía siete años recién cumplidos. Mi madre había ido a un velatorio y, como mi padre estaba viendo el ciclismo, me llevó con ella. Nada más llegar a la calle Beleño, que queda justo detrás de la iglesia y al lado de una panificadora, dos señores encorbatados bajaban un ataúd blanco de una furgoneta negra y lo metían en volandas en una casa. Ahora pienso que fue un acto reflejo: la caja atravesó el umbral de la puerta y los alaridos lo sepultaron todo. Mi madre, después de peinarme con un salivazo, me pidió que no me fuera muy lejos, que tuviera cuidado con los coches y que no me rompiera la camiseta nueva. Con los ojos como nudos de globo se zambulló en aquel sopor de vivos y muertos.

Una hora después, la desesperanza me aplastaba como a un insecto. Allí no había nada que hacer, salvo cocerse al sol y desentrañar las conversaciones de los corrillos de hombres en la puerta. De modo que me tapé la nariz y me adentré en la casa en busca de mi madre.

—Me aburro.

—No levantes la voz. Aquí no puedes estar.

—Es que en la puerta no hay ningún niño. Estoy solo.

—Juan, por favor.

—¿Cuánto te queda aquí?

—Vete con tu padre a ver el ciclismo.

—¿De qué se ha muerto la niña?

—Estaba malica.

—¿Malica de qué?

—De la barriga y de la cabeza.

—¿Como la abuela?

—No, lo de la abuela es distinto.

—¿La abuela también se va a morir?

—No. Ya te he dicho que es distinto. Vete a la calle otro rato.

—¿Puedo acercarme a la caja?

—¿Para qué?

—¿Quiero verla? ¿A qué curso iba?

—Tenía trece años.

—Como la prima.

—Sí. Como la prima.

—¿Puedo verla de cerca?

—Vale.

—Quiero que me acompañes.

—No tengas miedo. No pasa nada.

—No me da miedo. Me da vergüenza.

Mi madre me tomó de la mano, lanzó una mirada al resto de señoras y nos aproximamos lentamente al féretro. No puedo olvidar que se me enfriaron de golpe los pies y la cabeza. Sentí que alguien me pillaba la garganta con muy mala intención.

—¿Son pétalos, mamá?

—Sí.

—¿Por qué le cubren el cuerpo con pétalos?

—Porque es una niña. A los niños se los mete en cajas blancas y se los cubre de flores. Son ángeles.

—¿Lo harán conmigo?

—Juan, tú no te vas a morir. No estás enfermo.

—Pero lo he estado muchas veces.

—Es distinto. Luego lo hablamos en casa. ¿Quieres darle un beso?

—¿Se puede?

—Claro. Para despedirnos de ella.

—¿Y no da cosa?

—Mejor vamos a sentarnos.

—No, quiero besarla. ¿Tú la vas a besar?

—Yo ya lo he hecho.

—Vale. Voy.

Catorce

En el momento en que Iván, el Tusmadres, me empujó, logré a duras penas agarrar su camiseta. Estiré el brazo como quien sacude un látigo, pincé con tres o cuatro dedos un trozo de tela y le arranqué de cuajo la manga. Eso atenuó el impulso, y la cosa, para mi desgracia, fue a peor. Porque terminé cayendo al agua tan pegado a la pared de la balsa que me desollé el costado desde la cintura hasta la axila. Un desastre. En cuanto toqué el fondo y regresé a la superficie, me agité como un gato en un lavabo. Sentí que mis huesos dejaban muy atrás sus límites naturales. Braceaba y me contorsionaba. Estaba dispuesto a partirme en mil pedazos. Pero el Tusmadres, lanzando una y otra vez con brío una de sus piernas, impedía que consiguiera agarrar el filo del muro.

—Ya estás dentro. Sumérgete y mira qué es.

—Hijo de perra, déjame salir. Te juro que mi madre te va a sacar los ojos.

—Amigo, relájate. No te va a pasar nada.

—Mierda de cabrón. Maricona, déjame salir. Me estoy ahogando.

—Baja y coge el zapato. O la botella. Lo que sea. Súbela y te ayudo a salir. Te doy mi palabra.

—No puedo respirar, hijo de puta.

—Que cojas el zapato o me quedo aquí a ver cómo te mueres, subnormal. Cállate y hazlo. O me follo a tu madre otra vez.

Tomé aire como pude, cerré los ojos con toda mi rabia y me zambullí con la misma efectividad con la que se hubiera hundido un globo. Cuando conseguí tocar el suelo, arrastré las manos de un lado a otro y palpé hasta que se me empezaron a arrugar los pulmones. Latas de refrescos, piedras, restos de plásticos y gruesas cuerdas hechas un gran ovillo. Aquello era un agujero tan resbaladizo que el agua parecía aceite templado.

—No hay nada.

—No digas gilipolleces. ¿Cómo que no hay nada? Si tú mismo lo

has visto antes…

—Nos hemos confundido. No hay nada. Te lo aseguro.

—Inténtalo una vez más.

—No quiero. Déjame salir.

—Bajas, subes y te vas. Ya te lo he dicho.

—No.

—Que bajes y subas, me voy a cagar en la puta.

Esta vez bajé con los ojos abiertos. Prefería perder la vista para siempre a que hubiera una cuarta zambullida. Tardé unos segundos en adaptarme a la luz y a la basura en suspensión, pero en cuanto lo hice, la imagen se convirtió en una quemadura en mi lóbulo temporal. Aunque apenas fue un instante, supe que nunca habría de olvidar aquello. El cuerpo de un hombre fondeado. Una cuerda corta atada a la cintura que lo unía a dos o tres bovedillas de hormigón. La camisa intentando desprenderse del torso. Los ojos hinchados y abiertos, sin párpados, pestañas, cejas y hondura. La piel jabonosa. La lengua inflamada entre los dientes. Y yo sumergido en agua putrefacta, en fluidos inútiles, en pura descomposición. Dicen que tres de cada cuatro muertos se cagan encima antes de ser enterrados.

—¡Sácame de aquí!

—¿Lo has subido? ¿Y el zapato?

—¡Que me saques, joder!

El Tusmadres me cogió de la mano y de un empellón me puso de pie en el filo de la balsa.

—¿Qué pasa? ¿Qué es?

—…

—Y el puto niño… ¡Que qué cojones es!

—Eduardo Huergo. El hermano mayor de Carmela. Mi madre me va a matar como se entere. Esta vez no lo cuento.

Quince

Como era de esperar, la cena con mi suegro y su amiga fue un hecho prescindible. No sé si ellos se llevaron la misma impresión porque me encargué de que no faltara vino en la mesa, pero en mi opinión apenas hubo nada que mereciera la pena salvar para el recuerdo.

Contra mi voluntad, tuvo lugar en casa. Supongo que T. quería evitar así que acabara marchándome de cualquier restaurante a mitad de la velada. E hizo bien. Me conoce mejor que yo. Ahora pienso que no habría huido, pero es probable que sí, es probable que ella siempre tenga razón, es probable que mi progresiva inadaptación ya me haya alcanzado las fosas nasales. Dispusimos la mesa en la terraza porque también accedieron a venir el hermano de T. y su pareja. Comimos empanadas argentinas, quesos italianos, embutidos leoneses y un par de ensaladas de la tierra. Bebimos vino, cerveza y cava. Nadie echó de menos el agua. No disfrutamos de un buen pan porque se me olvidó retirarlo de la panadería donde T. lo había reservado. Y nos reímos de casi todos los temas que cualquiera de los comensales fue proponiendo de forma más o menos natural. Construimos una de esas ornamentales cenas que conviene arrojar al fuego y verlas arder con furia mientras concilias el sueño. Las empanadas, no obstante, resultaron deliciosas.

A la mañana siguiente, recibí un mensaje de la amiga de mi suegro. Me decía que T. le había contado en algún momento de la cena que estaba trabajando en un nuevo libro y que, como no habíamos tenido ocasión de hablar, me invitaba a un café. Quería proponerme participar en un pequeño proyecto literario que se estaba gestando en la Universidad Nacional de La Patagonia San Juan Bosco y, por supuesto, conocer algo más sobre esas páginas en las que ya andaba metido. En ese instante, aún con el vino y el cava momificándome el cerebro, nada me resultaba menos apetecible que prolongar lo que ya consideraba más que concluido con la cena y las risotadas. De modo que decidí que, después de desayunar, le contestaría, vía lamento, diciéndole lo difícil que tendría las cosas

para buscar un hueco. Entonces T. se levantó de la cama como Lázaro, agarró el hervidor de agua y llenó su taza hasta arriba —dos cucharadas de café soluble y una de leche condensada— y se sentó a la mesa conmigo, sumida en el silencio y en la resaca.

—¿Qué tal has dormido, amor?

—Fatal. Bebí demasiado. Como cada vez que invitamos a mi padre.

—Bueno... ya pasó. No estuvo tan mal.

—No seas cínico. A ti te gustó menos que a mí.

—Las ha habido peores. Los invitados quedaron contentos, ¿verdad? Somos unos excelentes anfitriones.

—¿Tú crees? Si no llega a ser por el alcohol, yo no sé cómo habría acabado todo.

—Históricamente los buenos anfitriones han sido grandes bebedores.

—Eso me suena de alguna película.

—Puede ser.

—Por cierto, supongo que no te diste cuenta... Estabas tan escritor anoche...

—¿De qué no me di cuenta?

—Mi padre no soporta a su amiga. Es más, la detesta. Esa cena era más tortuosa para él que para nosotros.

—¿Qué más da?

—Sí da, joder. Claro que da.

—No te entiendo.

—Es por el dinero que nos dejó. Cree que ahora puede involucrarse en nuestra vida cómo y cuando quiera. Disponer del tiempo, de la terraza, de tus anécdotas de escritor, de mi escasísima paciencia y de nuestro vino.

—Trajo dos botellas.

—No te enteras de una mierda, cariño.

—Será eso.

—Nos hemos vendido. No hay vuelta atrás.

—Amor, no empecemos.

Dieciséis

Mi formación sobre rocas y minerales quedó suspendida en el tiempo el día que aprobé primero de Bachillerato. Fue un amor de verano. Pero un amor de los que dejan cicatrices y sietes en el cuerpo y en la indumentaria. Han pasado más de dos décadas desde aquel curso y aún hoy recuerdo algunas de las largas exposiciones, ideas y gilipolleces divertidísimas que el Pensacola, mi profesor de Ciencias Naturales, dejaba escapar en clase como quien hace pompas de jabón. El asombro adolescente que me generaba este campo concreto de la geología me acompañó silenciosamente durante ocho o nueve meses. Y conservo ese desvelo fosilizado en un cuaderno repleto de notas y en tres cajas donde clasifiqué un buen puñado de rocas y minerales.

Hoy, cuando leo aquellas anotaciones, la mayoría de ellas frases textuales del Pensacola, me sigo haciendo las mismas preguntas, me generan idénticas conexiones poéticas, me ofrecen sombras chinescas tan familiares como enigmáticas. Y, a pesar de la construcción inasible de aquellos aforismos, siento que la nebulosa que los envolvía se ha disipado lo suficiente como para ver algo en mi propia caligrafía.

«Los minerales son el material del que están compuestas las rocas. Decidme, ¿qué os gustaría ser en esta vida?, ¿mineral o roca?, ¿esencia o mestizaje?»

«El agua cristalizada que forma los icebergs también es un mineral. Además de un cementerio de mamuts y exploradores. Caminad con cuidado sobre el hielo. El hielo y la vida son la misma mierda.»

«En los dientes y en los huesos hay un mineral: el hidroxiapatito. Asaltad los cementerios.»

«La dureza no debe confundirse con la resistencia o la fortaleza. La dureza, a veces, conlleva fragilidad. Y eso es todo lo que quiero que aprendáis hoy. Podéis salir de clase.»

«Quienes os coméis las uñas tenéis un problema: la uña es ahora nuestro instrumento de urgencia para determinar la dureza según la

escala de MOHS. Aunque ya sabéis que Dios aprieta, pero no ahoga: podéis utilizar las de los pies, cabrones.»

«Cuando la luz atraviesa un mineral transparente o traslúcido, cambia de velocidad, de dirección. El índice de refracción ofrece la proporción entre la velocidad de la luz en el aire y la velocidad de esta en el cristal. Buscad el momento exacto en el que vuestra vida cambia de velocidad, de dirección.»

«*Cinabrio* quiere decir "sangre de dragón". Se podría escribir una novela con eso, pero es probable que lo olvidéis pronto. Lo importante siempre se olvida. Porque la importancia también es traslúcida.»

Aquel cuaderno sigue lleno de versos académicos que por entonces transcribía fascinado por algo que no terminaba de comprender. Y no creo que hubiera alumno en aquella clase que lo entendiera en su plena hondura. El Pensacola impartía clases de geología. Eso era incuestionable. De hecho, pese a no estar entre los más viejos, era uno de los profesores más exigentes y temidos de cuantos había en el instituto. Recuerdo que un año se convocó sin éxito una huelga para protestar por las calificaciones tan ínfimas que solía poner a sus cursos. Pero lo que él hacía en sus clases —ahora lo sé— era algo distinto y, en su esencia, complejo. Un espectáculo muy parecido —en una magnitud infinitamente más pequeña— al nacimiento de una estrella. Me explico. En aquel laboratorio, mientras él exponía sus esquemas, teorías y ejemplificaciones, asistíamos, curiosos o ensimismados, a la fusión de los primeros átomos de hidrógeno y helio. Ahí estaba el origen de todo. Pero no alcanzábamos a ver el gran fogonazo de luz. Ese que debía ponernos los huevos de corbata. Tan solo lo intuíamos a lo lejos como una promesa de cristal. La onda que generaban sus palabras tardaría en llegarnos algunos años luz. A mí, en concreto, no me golpeó hasta el día que, ya en mi edad adulta, me volví a topar con aquel cuaderno y lo releí. Supe que él nunca quiso empujarnos hacia la geología. O lo que es lo mismo: nos precipitó a lo que años después iba a ser nuestra vida.

Diecisiete

Hoy he asistido a la presentación de un libro. Una señora con un *piercing* en la ceja y un cerebro del tamaño del mar Caspio hablaba de la mecánica cuántica, de la paradoja de Schrödinger y de la superposición de estados opuestos. Y he concluido, llevado por mi optimismo literario, que, durante aquella cena, existían las mismas probabilidades de que mi suegro detestara a su amiga, como de que su amiga se hubiera quedado con ganas de follarme. Superpongo ambas situaciones y formulo la idea del siguiente modo:

—¿Qué tal has dormido, amor?

—Mal. Bebí demasiado. Como cada vez que hemos invitado a mi padre.

—Bueno... ya pasó. No estuvo tan mal.

—No seas cínico. A ti te gustó menos que a mí.

—Las ha habido peores. Los invitados quedaron contentos, ¿verdad? Somos unos excelentes anfitriones.

—¿Tú crees? Si no llega a ser por el alcohol, yo no sé cómo habría acabado todo.

—Históricamente los buenos anfitriones han sido grandes bebedores.

—Eso me suena de alguna película.

—Puede ser.

—Por cierto, supongo que no te diste cuenta... Estabas tan escritor anoche...

—¿De qué no me di cuenta?

—La amiga de mi padre quiere que te la folles, no te quitó ojo. Conociéndola, me temo que no hay vuelta atrás.

—Amor, no empecemos.

Dieciocho

Yo tendría unos once años. Era verano, como casi siempre ocurre en estos apuntes, y junto a un primo por parte de madre y un amigo que había venido de vacaciones husmeábamos por el barrio para decidir en qué invertir la tarde. Eso, en la mayoría de ocasiones, significaba dirigirnos clandestinamente al Hogar o a sus proximidades. El Hogar era una enorme construcción de la época franquista, que había quedado a medio hacer en el centro de una gran arboleda de pinos y eucaliptos. Ya Juan Goytisolo, en las primeras páginas de *Campos de Níjar*, hablaba de este lugar: «... en medio de un bosque de eucaliptos, se alza la mole inacabada de la Escuela Sindical para Hijos de Pescadores. A mi regreso a Almería el chófer del autobús me explicó que está así desde hace más de diez años. Los créditos se agotaron a mitad de la obra y el viajero puede mirar el paisaje a través de la andana de huecos del edificio». Por entonces, nosotros lo único que sabíamos de Juan Goytisolo era que así se llamaba un equipo de baloncesto contra el que había jugado nuestro colegio en un par de ocasiones. En realidad, creíamos que el Hogar no podía ser otra cosa que un edificio fantasma que solo se mostraba a los ojos de quienes vivíamos en aquel barrio. Nos refugiábamos en él, hacíamos hogueras, jugábamos al escondite durante horas, pintábamos murales procaces, nos masturbábamos, espiábamos a las parejas mientras intimaban y hacíamos amagos de un espiritismo de lo más rústico. Muchas veces, con el corazón poseído por la oscuridad de nuestras propias leyendas, comenzábamos a lanzarles piedras y trozos de ladrillo a los campistas que pasaban la noche en las proximidades. A más de uno le abrimos la cabeza, convencidos de que los apedreábamos desde una dimensión ignota para ellos.

Aquella tarde de verano, mientras nos aproximábamos al Hogar, nos tropezamos con una escotilla que daba a una caja de hormigón en el suelo. Aquel bocado en la tierra era enorme. Del tamaño de un aula del colegio. Mi primo, que siempre llevó dentro una voz asamblearia,

dijo que tenía pinta de ser un aljibe para suministrar agua al Hogar, pero mi impresión fue otra muy distinta: aquello era, como mínimo, una máquina del tiempo o una guarida de ladrones dedicados al tráfico de órganos de niños. En la pared había unos agujeros de los que sobresalían algunos tubos de plástico muy deteriorados. El suelo estaba lleno de escombros y bolsas de basura hinchadas y raídas. Alguien tendrá que creerme después de tanto tiempo. No miento cuando afirmo que no nos pusimos de acuerdo en nada. No había un plan preconcebido. Quizá sí un instinto de animal rabioso o malherido. Sucedió así.

Vimos bajar por una esquemática escalera de hierro oxidado a nuestro amigo y, como si de un acto reflejo se tratara, cerramos la escotilla de hormigón. Lo escuchamos soltar alaridos durante unos treinta segundos. Incluso la estructura pareció estremecerse por sus golpes. Nosotros reíamos y gritábamos como dos locos que, por fin, estuvieran a punto de echar a volar. Y, de repente, como si nos soplaran en los ojos, nos dimos cuenta de que ya no se escuchaba nada. De que el viento de poniente se lo estaba comiendo todo: las copas de los eucaliptos, los montones de tierra ya petrificados y las ventanas inmortales del Hogar. Volvimos a abrir la escotilla y lo encontramos tirado en el suelo, bocabajo, con un brazo atrapado por su propio cuerpo y un pie aún enganchado a uno de los peldaños. Ni siquiera nos miramos entre nosotros. Bajamos a por él, aunque el corazón me dice ahora que estuvimos a punto de salir corriendo, porque era lo que nos pedía el miedo. Lo giramos con cuidado, gritamos su nombre a escasos cinco centímetros de su oído, lo zarandeamos tomándolo por los hombros y le alzamos y flexionamos las piernas una y otra vez —tal y como habíamos visto tantas veces en los entrenamientos de fútbol—. Pero no se estremecía. Mi primo constataba repetidamente que tenía los labios morados. «Se está muriendo. Ya está morado. Mira los labios. Lo hemos matado. Mira los labios. Que se nos muere.» Y yo, como única respuesta, lloraba, sorbía mocos y suplicaba marcharnos de allí echando leches. Entonces, como si el espíritu de un cirujano torácico poseyera la voluntad de mi primo, se me acercó todo lo que pudo y, clavando sus ojos en el pavor de mi rostro, dijo que creía saber algo que podía funcionar. Que no estaba seguro, por supuesto, pero que había que intentarlo.

—Abrázalo.

—¿Cómo que lo abrace?

—Ponlo de pie, abrázalo así, como si estuvieras bailando con él. Yo te ayudo.

Pero no hizo falta que me ayudara. La adrenalina me calambreaba por todo el cuerpo. Lo alcé y lo abracé tal y como mi primo había representado unos segundos antes. El cuello parecía de algodón, tenía la espalda helada y el color violáceo, como una riada, empezaba a llegarle a las ojeras.

—¿Lo tienes bien sujeto?

—Creo que sí.

—Vale.

—¿Qué vas a hacer?

—No te muevas.

Y fuimos a parar contra la pared que tenía detrás de mí. Durante apenas unos segundos creí que había recibido el azote divino que imponía un orden superior en aquella pesadilla. Y la verdad es que sentí alivio al asumir ese merecido castigo. Pero no fue eso, claro. Mi amigo, que seguía tumbado sobre mí como un saco de pequeñas y afiladas ramas recién podadas, comenzó a tomar aire y a crujirle algo en la garganta. Me miraba con los ojos como dos hostias consagradas. Mientras yo lo había tenido abrazado, mi primo le había lanzado tal patada en la espalda que ni el desfibrilador más potente habría logrado algo semejante. La electricidad de sus J'hayber atravesó su delgaducho cuerpo y, por extensión, a mí me aflojó tres dientes. Así que en cuanto recobró algo de equilibrio, subió la escalera a zancadas, dándose refregones en las espinillas y preguntando entre sollozos qué cojones había pasado allí. Mi primo lo tenía tan claro que no paraba de gritarle la respuesta.

—¡Te he traído de entre los muertos, chaval! ¿Me escuchas? ¡De entre los muertos!

Diecinueve

Ni T. ni yo hemos ido a trabajar. Un día libre. Pero desde que regresamos del médico no nos hemos cruzado por la casa. Ni siquiera he intuido su presencia. Supongo que sigue encerrada en nuestra habitación. Yo, por mi parte, hoy tengo poco que escribir. Estas líneas. Ya está.

Veinte

Transcripción / Pascual / Extracto / Primera parte:

YO: ¿Recuerdas dónde te encontrabas y qué hacías cuando supiste de la muerte de Eduardo Huergo?

PASCUAL: Acababa de llegar a mi domicilio habitual. Por entonces me desplazaba cada mañana, antes de que despuntara el sol, a trabajar. Mis menesteres consistían en cortar el césped de diversas urbanizaciones ubicadas a escasos cinco kilómetros del barrio. Con apenas catorce años yo ya sabía cuáles eran mis obligaciones y qué papel desempeñaba en el núcleo familiar. Trabajaba durante el verano. Estudiaba el resto del año. Hacía lo que tenía que hacer. Sé que puede haber quien no lo entienda, pero era un deber superior. Lo habría hecho por ti también. Te considero parte de la familia.

YO: Pascual, ¿quieres hacer el favor de relajarte y hablar normal?

PASCUAL: Correcto.

YO: ¿Correcto?

PASCUAL: Correcto y de acuerdo.

YO: Limítate a contestar con claridad. Es importante para mí. Si no, lo dejamos.

PASCUAL: Vale.

YO: ¿Vale qué?

PASCUAL: Que correcto y de acuerdo con proseguir con la entrevista.

YO: ¿Entonces qué te dijeron cuando llegaste a casa?

PASCUAL: A mí, nada. Escuché a mi madre que se lo contaba a mi padre. Le dijo que no había tenido tiempo de hacer el almuerzo porque estaban sacando a Eduardito de una balsa, y eso la había dejado floja de piernas.

YO: ¿Qué hiciste?

PASCUAL: Tuve que convencer a mi madre para que me dijera de qué balsa se trataba. Luego salí corriendo a ver si me daba tiempo a

llegar antes de que se lo llevaran.

YO: ¿Y? ¿Llegaste?

PASCUAL: Claro. Ya sabes que lo tuvieron bajo una manta durante horas.

YO: Muy bien. Progresamos. ¿Qué recuerdas de lo que viste?

PASCUAL: No mucho.

YO: Ya. Eso me pasa a mí. Quiero juntar tus recuerdos con los míos. Haz un esfuerzo, por favor.

PASCUAL: Cuando llegué ya había bastantes mirones. Me situé en la esquina de la carretera nacional y me subí al armario de los contadores de la luz. Desde ahí veía a Tijeras-padre vociferando y caminando como si las piernas no le pertenecieran; el cuerpo de Eduardo bajo una manta de rayas marrones; tres o cuatro vecinos del barrio secándose con toallas; y el resto de presentes hablando, gritando, mirando y empujando. En algún momento me di cuenta de que estabas frente a mí. Solo. Al otro lado de la calle. En el lado del muerto y de Tijeras-padre. Apartado, pero en primera fila del patio de butacas. Mirabas fijamente hacia la pared. Creo que te silbé un par de veces, pero no reaccionaste. Entonces el cabronazo del padre del Tuerca me dio un bofetón y me dijo que me subiera en el contador de mi puta casa.

YO: En aquel momento, mientras estabas en la esquina de la carretera nacional, ¿alguien contaba lo que había ocurrido?

PASCUAL: Se había suicidado. De eso nadie tenía duda.

YO: ¿Por qué?

PASCUAL: ¿Cómo que por qué?

YO: ¿Por qué crees que nadie lo dudaba?

PASCUAL: Porque se trataba de Eduardo Huergo. El mismo que robó una caja llena de libretas de cheques y un sello con la firma del director de la caja de ahorros y fue repartiendo talones de quinientas mil pesetas. El mismo que en Navidad organizaba un concurso de decoración de nichos en el cementerio del barrio para quedarse con las flores y revenderlas. El mismo que empapeló las calles con unos versos de un poeta que no conocían ni en su casa. Al pobre le faltaba un jugador. Tú lo sabes mejor que yo.

YO: ¿También pensaste que se había suicidado?

PASCUAL: Yo lo único que pensaba en aquel momento era que ojalá alguien levantase la manta. Quienes lo habían visto salir de la balsa no

paraban de explicar a quienes íbamos llegando en qué estado había quedado. Unos decían que hinchado, morado, aceitoso e irreconocible. Según otros, en cambio, parecía un ángel dormido, sereno, feliz. Ya sabes cómo es la gente para estas cosas.

YO: ¿Lo llegaste a ver?

PASCUAL: No. Cuando la ambulancia y el resto de coches de policía se abrieron paso, nos echaron a todos. Solo dejaron acercarse a su madre y a su hermana. ¿Te acuerdas de eso? Joder, se me están poniendo los pelos de punta al contarlo. ¿Cómo fue capaz la madre de reaccionar así? Entiendo que el dolor era infinito, pero me cuesta encajar aquello. No creas que aspiro a encontrarle una explicación o algo parecido. Me da igual. Ocurrió y ya está. Pero es que Carmela Huergo era muy buena niña.

Veintiuno

Tengo claro que a mi amigo lo matamos en aquel agujero. Estuvo muerto durante dos minutos porque nosotros, mi primo y yo, nos lo cargamos justo después de cerrar aquella escotilla. Esa acción bastó. Dejó de respirar, se puso morado, abandonó este mundo. Y desde aquella tarde no he sido capaz de sacarme de encima esa pesada certeza. Fui un asesino durante ese pellizco de tiempo. Algunos podrán decir que aquello no pasó de ser un accidente, una trastada que se nos escurrió de las manos, un disparate imprevisible. Pero lo cierto es que nadie nos vio reír como desquiciados, mientras él gritaba y se dejaba los nudillos contra la puerta de hormigón. Porque de haber sido así, la historia la habrían contado otros, no yo. Y de un modo muy distinto.

Mi primo y yo, después de aquello, no volvimos a hablar del tema. Nuestro amigo, que ni siquiera se enfadó porque regresó de la muerte con una prodigiosa amnesia, se marchó a Madrid a finales de aquel agosto y, por circunstancias de la vida, no volvió a nuestro barrio. Así que nosotros hicimos otro agujero bien hondo y enterramos las carcajadas espasmódicas, los gritos de espanto y el morado de sus labios. Sin embargo, siempre supe que no aprendería a sobrescribir nada en aquel episodio. De hecho, en ocasiones, cuando veía un documental sobre asesinos, leía una novela negra o el informativo del día abría con una muerte violenta, algo me pataleaba en el pecho. Como si me sintiese capaz de descifrar el complejo e íntimo entramado psicológico que explica las acciones y reacciones de cualquier criminal; como si compartiéramos ese hilo cristalino que anuda y desanuda los instintos más primarios; como si yo fuera, ya para siempre, uno de ellos. Una gilipollez que, en cualquier caso, era lo menos que merecía sentir después de esa salvajada.

En el último tiempo, ya escritas muchas de estas líneas, cuando he intentado visualizar la cara de Eduardo Huergo bajo el agua, rara vez lo he conseguido. Me vuelvo a sumergir en aquella balsa, braceo

con torpeza, alcanzo el fondo y, cuando estoy a punto de contemplar otra vez los ojos abiertos de Eduardito, solo veo el rostro de mi amigo en el fondo de aquel cuarto de azogue. No sé por qué me ocurre. Quizá porque ambas experiencias me hicieron romper la membrana que hasta el momento me aislaba de la muerte; de ese dolor de barriga o de cabeza que anuncia que ya se está cerca del gran último día. Como le ocurrió a aquella niña de mi barrio que sepultaron bajo pétalos, por ejemplo. La peinaron con delicadeza, la vistieron con una túnica blanca de buena tela, le sellaron los párpados y los labios con pegamento, la envolvieron en desconsuelo y la velaron durante más de veinticuatro horas. Nadie llegó a tiempo para darle una patada que la trajera de entre los muertos. Quizá, quién sabe, se tomaron demasiado en serio la vida.

Veintidós

T. amenaza con cancelar el viaje a Argentina. Es la tercera vez que lo hace en un mes. Dice que no tenemos dinero para pasar las cinco semanas que hemos programado y que ella, además, si cruza el océano otra vez no es para estar angustiada por la dichosa tarjeta de crédito. En realidad, sé que no es eso lo que la paraliza, pero sigo con atención la trayectoria de sus palabras, ademanes y lágrimas, e intento aportar soluciones estúpidas e innecesarias. *Pedimos un préstamo en el banco, vendemos las joyas que heredaste de tu madre, nos fundimos los diez mil dólares que te regaló tu padrino o nos hospedamos en casa de familiares y comemos choripanes en los tenderetes de la orilla de la carretera*. Curiosamente, mis propuestas le generan más irritación que calma. Lo sé. Y aun así, no dejo de hacerlas. Porque la alternativa es muchísimo peor. La conozco muy bien. Plantarme frente a ella y decirle que lo que le ocurre es que está muerta de miedo puede desencadenar una catástrofe de consecuencias imprevisibles. *Cariño, a ti lo que te pasa es que te partes de la pena ante la posibilidad de ver tu ciudad natal arrasada por las riadas y recomida por el desempleo. Amor, a ti lo que te pasa es que te angustia la sola idea de volver, una vez más, al sitio del que nunca te quisiste marchar. T., tranquila, deja de gritar, no llores, que a ti lo que te pasa es que temes encontrarte con aquella niña que subía por la ladera del cerro Chenque para llevarle comida a ese caballo famélico; que hacía tambalearse la casa con los portazos de sus enfados; que a todas horas escribía interminables cartas de amor a sus amigas; y que abría los ojos más de la cuenta si alguna palabra o gesto le estrujaba el corazón.*

He tramitado por internet un préstamo personal. Los intereses no son bajos, pero no me cobran comisión de apertura, no exigen la contratación de un seguro de vida y el notario no tiene que visar la operación. En una semana me dicen algo. En principio parece que no habrá problemas. Todo el mundo sabe que la nostalgia y el dinero comparten raíces. Además, sigo pensando que la Patagonia será un espacio natural de escritura. Lo que dije antes: la luz entrando en el


agua.

Veintitrés

Transcripción / Pascual / Extracto / Segunda parte:

YO: ¿Qué hizo la madre en aquel momento?

PASCUAL: Yo no lo vi. A mí me lo contaron. Igual que a ti. ¿O tú sí lo viste?

YO: No. Cuando la madre y Carmela Huergo llegaron, ya me había ido.

PASCUAL: Pero te lo contaron...

YO: Claro. Como a todo el mundo. Y quiero que me digas qué escuchaste tú, qué recuerdas. De eso va esta entrevista, Pascual.

PASCUAL: No las dejaban acercarse a Eduardo. Peleaban. Se encendían y se apagaban en el rincón donde intentaban controlarlas. Finalmente un policía que había venido de la ciudad les dio autorización. Al parecer querían que reconociesen el cadáver allí mismo. Pensarían que una cosa menos, ¿no? Quienes presenciaron la escena aseguran que la madre gemía como un animal herido y la hermana lloraba sin descanso. Nadie, a tenor de lo que estaba sucediendo, podía presagiar algo así.

YO: Pero ocurrió.

PASCUAL: Eso dicen. Cuando retiraron la manta y comprobaron que era Eduardo, la madre soltó un alarido que se escuchó en todo el barrio. Sé que es una exageración, pero cada vez que recuerdo aquel día me parece encontrar ese grito en mi memoria.

YO: Continúa, por favor.

PASCUAL: Sí, señor escritor. La madre se quedó como un iceberg, quieta o a la deriva, quién sabe, a los pies del cadáver. Estuvo así durante unos minutos. Tuvo que ser Carmela quien acabó diciendo que sí, que esa bolsa hinchada del suelo era su hermano. Entonces, la madre sacó de no se sabe bien dónde una de esas largas agujas para lana y se la clavó a su hija en la pierna. Le entró por una cara y le salió por la otra. El mismo policía que había retirado la manta impidió

que aquel acto de locura o desesperación llegara más lejos.

YO: A mí me contaron que se la clavó en el hombro.

PASCUAL: Desconozco en qué parte se la clavó. Lo que sí sé es lo que me contaron ese mismo día por la tarde. Que la madre revoleó su propio cuerpo hacia Carmela y le consiguió clavar una aguja en la pierna.

YO: ¿Por qué dices que fue un acto de desesperación?

PASCUAL: O de locura. Tenía frente a ella el cadáver de su hijo. Poco más tengo que añadir. La locura o la desesperación infinita son las únicas razones que me permiten entender esa reacción. Tú no tienes hijos.

YO: ¿Y eso qué tiene que ver?

PASCUAL: Tiene mucho que ver.

YO: ¿Me estás diciendo que por la muerte de un hijo una madre es capaz de intentar matar al que le queda vivo?

PASCUAL: Esa pregunta demuestra que, efectivamente, no tienes hijos. Insisto. Me estás dando la razón. Lo que intento explicarte es que la imagen del cuerpo de tu hijo muerto bajo una manta es capaz de hacerte picadillo el cerebro.

YO: Te explicas muy bien y, por suerte, mis entendederas me dan para comprender lo que me quieres decir. Pero me sorprende que una persona como tú no se plantee siquiera otras posibilidades, otros escenarios.

PASCUAL: Será porque no soy escritor.

YO: No te lo tomes a mal. Quiero forzar los límites de nuestra memoria. Eso es todo.

PASCUAL: Vale. Adelante. ¿A qué otros escenarios te refieres?

YO: Una venganza o un escarmiento.

PASCUAL: ¿A Carmela Huergo?

YO: Sí. Es solo una posibilidad.

PASCUAL: Me parece increíble que me digas eso. Tú conocías a Carmela mejor que yo. Estaba en tu clase. Esa niña, a pesar de haber llegado al mundo cuando ya nadie la esperaba, era muy amada. No tenía dobleces, era amable, estudiosa, equilibrada, más madura que los niños de su edad. Que tú, por supuesto. Desde que su padre murió, ella cargó con responsabilidades familiares que yo, dos décadas después y con dos hijos en mi haber, aún no he asumido. Esa niña no se merecía que ni siquiera le pusieran un apodo en el colegio, ¿cómo

se iba a merecer, entonces, un escarmiento de esa talla?

YO: ¿Y la aguja?

PASCUAL: ¿La aguja qué?

YO: ¿Por qué la madre llevaba escondida bajo el vestido esa aguja para lana? ¿No evidencia cierta premeditación?

PASCUAL: No me jodas. ¿De verdad vas a escribir sobre esto? Con la de cosas que han pasado en este barrio y decides impresionar a tus lectores con una historia de detectives.

YO: No es eso. Ya te lo he dicho antes. Tengo preguntas y busco respuestas.

PASCUAL: Pues probablemente la persona más indicada para contestar esas preguntas seas tú.

YO: ¿Qué quieres decir?

PASCUAL: Que tú estabas del otro lado de la carretera, junto a Tijeras-padre. Que tú hablaste con él porque fuiste quien encontró a Eduardo. Que nunca has querido ahondar en el tema, a pesar de que todos te pedíamos que nos contaras cómo lo encontraste y qué pinta tenía. Eso quiero decir. Me sorprende tu planteamiento, para qué negarlo. Y solo salgo de esa sorpresa si pienso que sabes cosas de aquel episodio que nunca has contado. Al menos a mí.

Veinticuatro

T. ha hecho algo sin precedentes en nuestra relación. Dos noches atrás, poco antes de meterme en la cama, le envié el audio con buena parte de la conversación que mantuve con Pascual. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, no hizo alusión alguna a la entrevista, de modo que pensé que no la habría escuchado. No percibí nada extraño en ella. Tampoco entre nosotros. Comentamos algunas de las noticias que desgranaban en la radio —desde puntos de vista casi opuestos— y programamos cómo sería la tarde después de salir del trabajo. Tú esto y yo aquello. No olvides que tengo que ir allí. Hazme esa gestión, por favor, es importante. Nos vemos a esa hora. Que llegue pronto el fin de semana, por Dios. Y nos despedimos en el garaje como si tal cosa, encantados de ser baboseados por la rutina.

La cuestión es que, a mitad de mañana, recibí un correo electrónico de T. con un archivo adjunto. En un primer momento, maldije mi suerte. Lo abrí con el temor de que me cayera encima una lista infinita de tareas. Pero no fue así. T. había redactado un texto sobre la conversación grabada. Nunca antes había escrito nada, ni breve ni extenso, sobre cualquier cosa en la que estuviera trabajando. Jamás me había dejado ni una sola línea que reflexionara, comentara o simplemente aludiera a cualquiera de mis libros o artículos. Ni siquiera lo hizo cuando le pedí que participara en un reportaje para una revista de decoración, en la que las parejas de algunos escritores iban a hablar sobre qué suponía compartir casa con ellos. En aquella ocasión, ella me aseguró que no aceptaba la propuesta por respeto a mi trabajo, a nuestra intimidad y a su compromiso feminista. Yo creo que no lo hizo por puro hartazgo, inseguridad y cierto desprecio al gremio. Lo sé. Fue eso. Seguro.

T. ha escrito:

Espero que no te enfades. Y si lo haces, espero que no lo pagues con nadie. Después de escuchar parte de la conversación que has

mantenido con Pascual, me siento en la obligación de decirte algunas cosas. Ya sabes que tu amigo no es santo de mi devoción. No me gusta que su visión frívola y depredadora revolotee cerca de nuestra casa, de nuestra vida. Me da que no trae nada bueno bajo el ala. Nunca. Pero creo que, esta vez, lleva parte de razón. Te estás metiendo en un jardín del que vas a salir trasquilado. Te conozco lo suficiente como para saber que este asunto te pide más de lo que puede ofrecer. Entiendo, o al menos eso creo, porque a veces te pones estupendísimo, el discurso que me sueltas cada noche antes de dormir: tu intención de forzar las costuras de la memoria, tu voluntad de reflexionar sobre las distintas versiones de un mismo recuerdo y tu deseo de subrayar el carácter artificial de la frontera entre realidad y ficción. Deslumbrante, amor. Te felicito. Pero es que todo eso, en tu historia, no va a ser otra cosa que una vaca que contemplar desde el vagón de un tren. Fíjate en el trayecto. ¿Hacia dónde te lleva? Sabes mejor que yo dónde acaban esas vías. ¿Quieres llegar hasta ahí? La única buena noticia que puedo darte esta mañana es que aún estás a tiempo. Date la vuelta. O toma otra dirección. No seas estúpido. Evítate ese daño. Y, por favor, evítamelo a mí.

Si te he dicho esto por escrito es sencillamente porque no quiero hablarlo. Hace tiempo que sé más de lo que deseo saber. Y estoy cansada. Estas líneas son todo lo que tengo que aportar al tema. Además, aunque te incomode, tenemos otros asuntos, también importantes, que deberíamos tratar. No olvides pedir cita en el veterinario para el perro de mi padre. Nos vemos luego.

Veinticinco

Cuando comencé a buscar y coleccionar mis primeras rocas y minerales, los guardaba en uno de los cajones de mi mesita de noche. Eso enfurecía a mi madre porque decía que no era higiénico ni moral tener los calzoncillos revueltos con piedras. Yo intentaba enarbolar mis argumentos sobre conceptos como pureza, cristalización, composición o índice de refracción, pero ella, hubiera o no sustancia en mis palabras, terminaba todas las conversaciones con la misma frase: «No quiero mierdas en mi casa, ya está». Curiosamente, cuando escribí mis primeros poemas también los escondí en el mismo cajón. Entonces ya rozaba los dieciocho años y ella no husmeaba en mi mesita de noche por miedo a encontrar algo inexplicable. De haberlo hecho, habría pensado y dicho lo mismo. Y, en ese caso, la crítica literaria le habría dado la razón.

Al final llegamos a un acuerdo. Ella me compraba dos o tres cajas para almacenar mi colección y yo me comprometía a no sepultar la casa bajo pedruscos y polvo. Se las encargó a un carpintero que vivía cuatro calles más abajo de mi casa, y le costó un pastizal porque al hombre le gustaba autodenominarse ebanista y sacerdote de la madera. La verdad es que, a pesar de la sencillez, estaban hechas con gusto. Las celdas eran gruesas y resistentes a los arañazos de la mayoría de rocas, y en la tapa había encastrado, con una madera más noble, la figura de un diamante tallado.

En un principio dediqué una caja para minerales y otra para rocas. Los primeros minerales que clasifiqué fueron granate $X_3Y_2(SiO_4)_3$, amatista (SiO2::Fe + 3), goethita $\alpha\text{-}Fe^{3}+O(OH)$, pirita (FeS_2) calcita (CaCO3) y malaquita $Cu_2CO_3(OH)_2$. Las primeras rocas: obsidiana (ígnea), riolita (ígnea), basalto (ígnea), granito (ígnea), cuarcita (metamórfica), pizarra (metamórfica), gneis (metamórfica), mármol (metamórfica) y arenisca (sedimentaria). Para mí aquello era el éxtasis científico; el clímax de toda persona que trabaja por el progreso del conocimiento. Pero cualquiera que sepa un poco de qué

va la historia podrá constatar que se trataba de una colección muy básica, propia de un estudiante desnortado —y apasionado— en el minucioso arte de la mineralogía.

Con un cepillo de dientes desprendía la suciedad y las impurezas de los minerales y rocas que había encontrado en cualquier excursión o paseo. Mi padre, en aquellos días, también puso su granito de arena. Me trajo un par de frascos de cristal llenos de un líquido que podía aplicar en las piezas sin temor a que se dañaran, y que, por cierto, con el paso de los años supe que no era otra cosa que agua del grifo de la cocina. Una vez que estaban lustrosas, abría un libro sobre geología que había medio robado en la biblioteca del instituto y comenzaba a buscar coincidencias o parecidos razonables con las fotografías que lo ilustraban. Mi método de comprobación era muy rudimentario. Determinaba su dureza rayándolo con otro mineral, trazaba con la pieza una línea en un papel blanco y contrastaba su apariencia con las imágenes. Para mí eso era más que suficiente. Un trabajo serio, metódico y concienzudo. Una vez que le daba un nombre a la roca o mineral, anotaba en una etiqueta, con mi máquina de escribir electrónica, la clase a la que pertenecía, la fórmula química y el lugar del hallazgo, para finalmente pegarla en la celda donde iba a descansar por los siglos de los siglos.

Cuando me preguntan qué fue lo primero que escribí con clara voluntad de escritor, siempre contesto que las etiquetas de mi colección de rocas y minerales. De hecho, para ser sincero, creo que nunca he vuelto a escribir con ese nivel de celo y conciencia. Si había cualquier errata, las reescribía todas. Antes de pegarlas en la caja, las guardaba siete u ocho días en una carpeta para que también reposaran en mi memoria. Deseché más etiquetas de las que terminé usando. Y aún hoy, cuando las leo, soy capaz de evocar aquella emoción. Esas dos cajas fueron mi primer libro. Y es probable que no sea capaz de volver a escribir algo así.

Veintiséis

La tarde del día en que murió Eduardo Huergo, el policía municipal Claudio Tijeras apareció en mi casa. No era la primera vez que nos visitaba. Su hijo estaba en mi clase y, en ocasiones, solíamos estudiar o hacer trabajos juntos, así que no era raro que se pasara a recogerlo al caer la tarde. En aquella ocasión no vino a por su hijo, claro. Les dijo a mis padres que quería hablar conmigo sobre lo ocurrido y preguntó si les importaba que diera un paseo con él. Mi padre, que no había abierto la boca desde que se enteró de mi papel estelar en el hallazgo del cuerpo, le contestó que si quería hablar de algo tendría que ser allí mismo, en casa. Tijeras le dijo que no veía problema en hacerlo así. Por eso empujó la puerta de mi habitación, pasó y se sentó en una silla de director de cine que mi madre me había comprado meses atrás. Mi padre, antes de volver a cerrar la puerta, dijo que iba a estar todo el rato sentado en el sofá del comedor. Solo eso. Que iba a estar sentado y que iba a estar así todo el rato. Quizá mientras Tijeras estuviera en mi habitación, quizá eternamente.

—¿Qué tal, hijo? ¿Te importa que encienda la luz?

—No hay luz. Cuando mi padre está enfadado o triste desconecta el magnetotérmico y deja la casa sin electricidad.

—¿Por qué?

—No lo sé. Aunque puede que mi madre me haya contado la razón alguna vez. También suele bajar las persianas. La primera vez que me di cuenta de que lo hacía fue la tarde en que enterraron a un primo hermano. Se mató en un badén.

—Cada uno tiene sus costumbres. ¿Te importa si subimos un poco la persiana?

—No hay problema.

—¿Te han regañado?

—Aún no. Creo que no saben qué hacer.

—¿Quieres que les diga algo antes de marcharme?

—Quizá sea peor.

—Como te expliqué esta mañana, tenemos que hablar. Quiero saber qué pasó.

—Ya se lo dije.

—Sí, lo sé... Pero quiero que me lo cuentes de nuevo. Con más calma. Ya viste todo el jaleo que había allí.

—Mi madre me mandó a comprar a la tienda de la Francesa. Cuando pasé por la balsa, me detuve a lanzar algunas piedras. Subí al muro por el lado de la higuera, porque dicen que si el propietario te sorprende te mata a correazos. Sé que no debí hacerlo, pero me gusta escuchar el ruido del agua y ver cómo se hunden y desaparecen. Los peces negros nadan en todas las direcciones. Estaba a punto de irme cuando me pareció ver en el fondo un zapato.

—Pero el agua está muy turbia.

—Sí. Esa balsa no la limpian. Creo que la dejan así para que no nos bañemos. Es el agua más verde del barrio. Por eso, después de mirar un buen rato, me tumbé en el muro e intenté sumergir la cabeza.

—Cuánta curiosidad...

—Eso dice mi madre.

—No creo que el cuello te diera para tanto.

—Por eso caí a la balsa.

—¿Y viste a Eduardo?

—No. En ese momento me agobié mucho. Pensé que mi madre me iba a moler a hostias cuando se enterara de que me había caído en una balsa. Me tiene dicho que bajo ningún concepto me acerque a ellas. A ninguna. Ni limpias ni sucias. Ni con escalerilla ni sin ella. Así que lo único que hacía era intentar agarrar el filo del muro para salir de allí.

—¿Te resultó fácil?

—Más fácil de lo que mi madre me lo pintaba en sus advertencias. Cuando estuve seguro de que podía salir agarrándome a algunas piedras que sobresalían de la pared, metí la cabeza bajo el agua.

—¿Y?

—Entonces sí.

—Sí qué...

—Lo vi.

—¿Viste solo un cuerpo o a Eduardo Huergo?

—A Eduardito.

—¿Ya no estaba el agua tan turbia?

—Bueno... Me sumergí un poco.

—¿Tanto interés por un zapato?

—Por un zapato y por un mal presentimiento.

—Ah... que esto va de misterio.

—Mi madre me contó que una noche, mientras yo estaba aún en el interior de su barriga, comencé a llorar. Mi abuela también me escuchó.

—Eso da un poco de miedo, ¿no crees?

—Pregúnteselo a ella.

—No se lo voy a preguntar.

—Dicen que quienes lloran antes de nacer tienen gracia en vida. Por eso presto atención a los presentimientos. Es lo que me han enseñado. Y no me suelo equivocar.

—¿Crees en eso?

—Esta mañana no me falló.

—A ver, hijo... Todo esto de que te sientes curandero está muy bien, pero yo necesito que me digas qué ocurrió. Es decir, la verdad. Más fácil imposible.

—Ya se la he contado.

—¿No hay nada que se te esté olvidando?

—Creo que no.

—¿Puede ser que Eduardo estuviera atado a un par de bloques de hormigón?

—Yo no me di cuenta de eso. ¿Lo estaba?

—No.

—¿Entonces?

—Hemos encontrado unos bloques y una cuerda anudada a esos bloques. Parece que alguien la ha cortado. Y nos gustaría saber si ese alguien lo ha hecho para que no sepamos que Eduardo estaba fondeado.

—Yo no me di cuenta de si estaba o no atado.

—A lo mejor te dio pena verlo allí abajo. O pensaste que aún podías salvarlo. Es algo comprensible.

—No corté ninguna cuerda. Cuando vi a Eduardo, salí del agua y me fui corriendo a la tienda de la Francesa. Y fue ella quien le llamó.

—Ya sé quién me llamó. ¿No te parece muy raro que tú vieras el

cuerpo en el fondo y cuando llegamos nosotros estuviera flotando?

—Ni siquiera caí en la cuenta. ¿Por qué iba a hacer yo una cosa así?

—No digo que lo hicieras. Pero quiero que sepas que no pasa nada si lo hiciste. A veces, en situaciones difíciles, nuestras reacciones son raras.

—Le juro que no lo hice. Solo lo vi bajo el agua.

—Vale, chaval. Te creo. No es mi intención agobiarte.

—Esto me tiene muy preocupado. Mis padres no saben si darme una paliza o llevarme al hospital.

—Te entiendo. Y los entiendo a ellos también.

—Gracias.

—Mucha gente ya sabe que fuiste tú quien encontró a Eduardo. Es probable que algunos de tus amigos quieran saber más sobre el asunto. La curiosidad nos mata en este barrio. Te recomiendo que no digas que te sumergiste en el agua. Y mucho menos eso de que lloraste en la barriga de tu madre. Suena raro. ¿Me entiendes? Di que lo viste desde el muro. Con eso será suficiente. Y puede que te ahorres bastantes quebraderos de cabeza. También hazlo por los Huergo. Supongo que querrán que esto se mantenga en la intimidad. De todas formas, lo voy a hablar con tus padres.

—Lo haré así. La gente dice que se ha matado.

—Tú no tienes que preocuparte por eso. Ni siquiera deberías pensar en el asunto. Bastante mala suerte has tenido ya. Además, puede que haya sido un accidente. Los accidentes ocurren, ¿no?

—Claro.

Veintisiete

¿Quién fue Eduardo Huergo? O, mejor dicho, ¿quién es Eduardo en estos apuntes? Para responder a esas preguntas tengo otras preguntas. Por eso pensé que lo más acertado era encontrarme con algunos vecinos del barrio y esperar a que ellos me dieran sus respuestas. El resultado fue decepcionante. Mi trabajo de selección acabó siendo, mostrándome indulgente, muy mejorable. La pereza que me generaba tomarme un café con algunos de los que más podían aportar me hizo descartarlos sin contemplaciones. Y aquellos con los que me atreví a hablar, personal o telefónicamente, siempre grabándolos, apenas dijeron nada aprovechable.

Sé que Eduardo Huergo murió hace veinticinco años, cuando ya había cumplido los treinta y siete. El resto es un desguace de recuerdos, impresiones, certezas, rumores, acciones, silencios, prejuicios, mentiras, secretos y lugares comunes. Dicen que Eduardo tomaba medicación porque padecía un trastorno mental desde que era un adolescente. Sé que Eduardo cortó la calle Magallanes una mañana y colgó una espectacular pancarta para protestar por la ampliación del aeropuerto en los aledaños del barrio: ¿POR QUÉ LOS INMENSOS AVIONES NO SE PASEAN CON SUS HIJOS? Dicen que Eduardo destilaba su propio mezcal a partir del agave de la zona y lo distribuía gracias a los vendedores ambulantes del mercadillo de los lunes. Sé que Eduardo dirigió una obra de teatro que se representó en la plaza de la iglesia y que a los niños nos fascinó hasta el punto de invadir aquel escenario para saltar y saltar y destrozarlo todo de puro descontrol. Dicen que Eduardo robó y se lo gastó, pero también dicen que robó para dárselo a los vecinos que peor lo estaban pasando. Sé que Eduardo cada vez que se paraba a charlar con los niños terminaba relatándonos una historia basada en hechos reales en la que él abría una trampilla en el suelo por la que escapaba. Dicen que Eduardo estuvo desaparecido más de tres meses, que inventó lo de incendiar contenedores de basura como acción de protesta, que creía tanto en el poder subversivo del carnaval

que lo detuvieron en tres o cuatro ocasiones disfrazado de Muerte y que creía en las voces venidas del futuro. Sé que Eduardo distribuyó de buzón en buzón octavillas con un poema por cada signo zodiacal: el mío, Géminis, creo que hablaba de una mujer que se cortaba el pelo delante de su marido y de sus hijos. Dicen que Eduardo, a pesar de todo, no era una mala persona. Sé lo que vi: Eduardo en el fondo de aquella balsa, atado por la cintura, como si aquello pudiera evitar que saliera volando.

Veintiocho

Me senté al fondo de una cafetería donde se vende pan del que siempre parece recién horneado. Sea la hora que sea, el aroma de la corteza construyendo una mañana eterna. Está regentada por un confitero francés sobre quien he escrito con admiración en mi columna semanal. Allí esperé a la amiga de mi suegro, que llegó con más de veinte minutos de retraso. Ni siquiera se disculpó. Dejó un maletín de cuero en el suelo, se subió al taburete dando un ridículo saltito y le pidió a la camarera un café con leche y una tostada de aceite de oliva. Luego pasó a contarme que había decidido dejar la casa que mi suegro le había prestado para quedarse en una habitación de un hotel del centro. Perdía mucho tiempo yendo y viniendo en transporte público, y a España no se viaja todos los años. Aunque le dije que habría hecho lo mismo en su lugar, ella repuso que yo era demasiado joven para pensar en el tiempo que se pierde en los autobuses.

Después de certificarme con pelos y señales la crisis de la educación universitaria argentina, sin dejar de deglutir la tostada de aceite a la que en el último momento había agregado mermelada, me propuso participar en un libro que publicaría el Fondo Internacional de Empresarios del Transporte de Hidrocarburos (FIETH), en colaboración con el Departamento de Literatura Argentina del que formaba parte y la Casa de Andalucía en Comodoro Rivadavia. Había ideado un volumen en el que incluiría una cuidada selección de escritores de diferentes partes del mundo hispánico, que escogerían un texto propio, lo harían acompañar de un comentario literario (tres mil palabras como máximo) y una entrevista (dos mil palabras como máximo) que se harían a sí mismos. El objetivo era, según me dijo, que el autor se aproximara a su obra con un afán íntimo y filológico y respondiera a las cuestiones que él, enfrentado a su propio texto, desearía que alguien le hiciera y rara vez le han formulado. Además, estaba convencida de que el volumen podría funcionar no solo entre

los alumnos de la Facultad de Humanidades, sino también, o sobre todo, entre la clientela de la Facultad de Psicología y Psiquiatría de las universidades asociadas a la suya.

Me dio pereza contestarle que no, aunque era lo que realmente me pedía el cuerpo. Así que opté por la técnica más común entre los escritores y adláteres: decirle que contara conmigo, asegurarle que en un mes le haría llegar a su correo todo lo que me pedía y, como colofón, darle largas hasta que se hastiara de enviarme avisos, últimos avisos y ultimísimos avisos. Qué contenta se puso cuando acepté su amable invitación.

La amiga de mi suegro tiene la mirada de catequista y el discurso de quien no tolera ningún tipo de cadena o mordaza. No para de hablar de la Ilustración, del progreso, de la razón y de la felicidad. Recomienda libros en todas las direcciones. Canta citas textuales de próceres del sur de la Patagonia. Confunde y olvida los nombres de las parejas con las que ha convivido en los últimos quince años. Alarga los brazos, toca, señala, gesticula, golpea y acaricia. Le cuesta escuchar. Y sabe lo que quiere.

—Me ha dicho T. que estás trabajando en un nuevo libro.

—Eso es lo que le he contado. Pero en realidad apenas he escrito algunos folios. Tengo una idea y quiero ver hasta dónde me lleva. Hablar más allá de eso es una osadía por mi parte.

—He leído con mucha atención tu última novela. Ya sabes quién me la ha regalado. Ha sido una lectura incómoda, desasosegante y angustiosa, pero muy placentera. No sospeché que pudieras ahondar de ese modo en el alma de los personajes. Te felicito.

—Gracias. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Quería compartir contigo esa impresión lectora.

—Te lo agradezco. Ya sabes que uno escribe sin mapa hasta que los lectores fijan el punto de llegada.

—Puedes estar orgulloso. Es un gran libro... Yo también estoy trabajando en algo.

—¿Una novela?

—Aún no lo sé. Por ahora apenas son unos apuntes que esbozan un relato.

—Por ahí se empieza siempre, ¿no?

—Empezar es una cosa y terminar, otra bien distinta.

—Bueno… Tampoco es un drama no acabar lo que se empieza.

—Sí… Tienes razón. Puede que esta vez solo escriba para soltar lastre.

—…

—Hace unos años me entrevisté con una mujer cuyo testimonio me estremeció. Todavía no sé por qué me confió aquello, la verdad. La cuestión es que no he conseguido sacarme esa historia de dentro y, tal vez, escribiéndola…

—¿Qué te contó?

—Fueron muchas tardes de conversaciones.

—Vayamos al conflicto.

—Fue raptada, sometida y violada por el que entonces era su jefe.

—Joder.

—Ya.

—Tremendo.

—En realidad el asunto que quiero abordar no es ese. O no solo ese. Mi confidente, en pleno cautiverio, empezó a tener fantasías sexuales con su secuestrador, en un momento en que este estaba pensando en cómo y cuándo liberarla. Quería ponerle fin a esa historia de violencia y sumisión. No por un acto de compasión o de humanidad. Qué va. Nada de eso. Se hartó de ella.

—¿Síndrome de Estocolmo?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Se volvió loca?

—Se enamoró de él. Más o menos.

—¿Del tipo que la violó y la encerró?

—Sí.

—Lo vas a tener difícil.

—¿Por qué? Te estoy diciendo que ella me lo contó.

—Ya, bueno… Creo que sigo sin entender qué ocurre en esta historia.

—Actualmente sigue enamorada de él. Esa es una de las razones por la que no lo ha denunciado. Es más, de vez en cuando mantienen encuentros de diversa naturaleza. Y en dos ocasiones han viajado juntos por puro placer. Un par de cruceros por el Caribe.

—…

—Él está casado y ella vive a apenas dos cuadras de su casa.

—Esta historia va calando. ¿Qué más?

—Tú no lo has hecho.

—¿Qué no he hecho?

—No has dicho ni una sola palabra sobre tu novela. ¿Por qué iba a desvelarte yo todos los detalles de mi relato?

—Seguro que puedes encontrar el modo de contarme algo sin decirme mucho.

—No me gustaría pecar de pedante.

—Por favor. Nada me haría más feliz.

—Pero me pido otro café.

—Por supuesto. Yo te acompaño.

En el tiempo que tardó la camarera en servirnos los dos cafés, el silencio se volvió tan espeso que era posible untarlo. Como cuando alguien se te aproxima más de lo esperado, al borde del contacto, y te sientes incapaz de dar un paso atrás o alejarlo de un empujón. Si algo he aprendido desde que vivo con T. es que la ironía en Argentina esmalta cualquier dentadura. Y en la sonrisa de la amiga de mi suegro refulgía sin complejo alguno.

—Se me ocurre que esta novela puede ser una historia sobre el campo de batalla que se extiende entre la desesperación y la esperanza. Justo donde arraigan árboles y plantas jamás vistas antes en los cuadernos del botánico. Justo donde viven y se reproducen animales que son extraños a los ojos del zoólogo. Justo donde gruñen tormentas que al meteorólogo no le encajan en sus tablas y pronósticos.

—Impresionante. Quedará bien en la contracubierta. Pero cuida que tanta metáfora no asfixie la veracidad del testimonio de esa mujer.

—¿La veracidad?

—Sí.

—Qué poco me interesan la verdad o la mentira. Ni en la calle ni en la literatura, que para mí, con el paso de los años, se han convertido en una única cosa. ¿A ti sí? Todos construimos una vida, que no es otra cosa que un relato. Y nos enamoramos de ese relato. También nos hartamos de él. Nos aburrimos o nos divertimos. Nos emocionamos. Tú eres un relato y yo soy otro. Con evidentes semejanzas y diferencias naturales. La mujer con la que me entrevisté

era inexorablemente ese. Ningún otro. En ese momento ella no se podía entender sin él. ¿Crees que tenía algún valor que me planteara si eso que me estaba contando era verdad o mentira?

—Lo único que creo es que me falta información y que eso hace posible que estemos hablando de cosas distintas.

—Puede ser. Pero en el fondo sí escribimos sobre lo mismo. Deberías de entenderme.

—¿Tú y yo?

—Sí. Cuando nos sentamos a escribir somos una única persona.

—Eso sí que es nuevo para mí.

—Qué va. No lo es. Lo que ocurre es que te estás quedando en la superficie del planteamiento.

—Creo que esta conversación, de repente, ha ascendido a niveles inalcanzables.

—No te burles.

—No lo hago. De verdad.

—Está bien. Pues volvamos al principio.

—¿Y cuál es el principio?

—He dejado la casa que me ha prestado tu suegro. Ahora tengo una habitación en un hotel muy cercano. Ese es el principio.

Veintinueve

Durante meses, tanto adultos como niños de mi barrio, incluso algún periodista infiltrado de una gacetilla de tres al cuarto, me pidieron con insistencia que les revelara qué ocurrió aquella mañana. Pero primero Tijeras y después mis padres me encomendaron que nunca contara la historia con mucho detalle. No era necesario porque, sencillamente, yo no había hecho nada malo. Así me lo repitieron una y otra vez. Me asomé a la balsa, vi el cuerpo flotar y corrí hasta la tienda para avisar a la Francesa. Eso le tendría que bastar a quien quisiera profundizar en el tema. Y hasta que conocí a T., ese fue mi relato.

Al terminar aquella conversación con Claudio Tijeras, mi padre lo acompañó a la comisaría. Recuerdo que volvió bien entrada la madrugada y que se enfadó con mi madre porque había conectado el magnetotérmico. En realidad fui yo quien había levantado el interruptor a petición de mi madre. «Niño, dale a la luz que se me va a echar a perder todo lo que tengo en el frigorífico.» Los escuché discutir durante un buen rato. Se dijeron cosas muy feas. Cosas que nunca antes había escuchado que se dijeran. Luego mi padre comenzó a pedirle a mi madre que no llorara, que nosotros no teníamos nada de lo que avergonzarnos. Y más tarde fue al revés. Mi madre tuvo que consolar a mi padre, prepararle una tila y pasarse por casa de mi tío, en plena madrugada, para decirle que su cuñado no iría a trabajar. Creo que ahí me dormí porque no guardo en la memoria el momento del regreso de mi madre.

A partir de esa noche, la crudeza del recuerdo de aquella mañana de verano se fue diluyendo al ritmo de un deshielo lento y doloroso. Tardé algunas semanas en volver a salir de casa, pero, cuando lo hice, para mi propio asombro, nada parecía haber cambiado. Como si nunca hubiera muerto nadie. Y esta vez no lo circunscribo al barrio. Hablo de ninguna muerte en la historia de la humanidad. El sol temblaba en el cielo, el barrendero charlaba con algunos jubilados, las mujeres tiraban de sus carritos de la compra, los niños chillaban, corrían,

jugaban y se golpeaban en el llano de los partidos de béisbol, los adolescentes se sentaban en los respaldos de los bancos de la carretera nacional, los perros se refugiaban en los soportales y bajo los coches, los bares exhalaban el humo del pescado asándose en la plancha y los vecinos se agrupaban en la plaza de abastos, en la puerta de la farmacia, en torno al quiosco de la lotería, en la parada del autobús y en la acera de la iglesia. El universo parecía en perfecto equilibrio. Nada más poderoso que el hecho de que todo se me mostrara inmutable. Creí, durante algún tiempo, que el cambio se había originado, como un humilde y minúsculo *Big Bang*, en el centro de mi cabeza, y desde ahí comenzaba a expandirse por toda mi existencia. Claro que, como es obvio, tampoco descarté que me estuviera volviendo loco.

Treinta

Históricamente, los espacios más inexplorados por uno mismo han sido las habitaciones de los hoteles de la ciudad donde se vive y convive a diario. Pensémoslo un momento. ¿Para qué vas a dormir en un hotel del pueblo donde resides con tu familia y tus amigos? Ya sé que siempre podemos encontrar razones. Basta con una inundación, o una reforma, o una relación extramatrimonial, o un trabajo de recepcionista, o una separación precipitada, o una celebración que va a acabar en borrachera. Pero lo concreto es que cuando he preguntado en mi entorno si conocían cómo eran las habitaciones de los hoteles de esta ciudad, casi todos han contestado que no tenían ni puta idea. Como yo, vamos. Por eso, nada más entrar en la habitación donde se hospedaba la amiga de mi suegro me embargó una emoción que oscilaba entre la euforia y la curiosidad.

Estaba en la séptima planta de un hotel que habían terminado de reformar a comienzos de año. Los pasillos olían a moqueta nueva y las habitaciones a escayola. La puerta se abría con una llave de las de toda la vida, detalle que me trasmitió confianza, y el espacio era, aunque ajustado, bastante acogedor: una cama enorme con sábanas blancas y tensas, un minúsculo escritorio, un ventanal con vistas a una pequeña plaza atestada de flores y un baño que parecía estar tallado en una única pieza de mármol blanco.

Me senté en la cama. Se sentó en la cama. Puse mi mano en su pierna derecha. Echó su brazo sobre mis hombros. Y comenzamos a besarnos. Lo que más llamó mi atención fue que me ofreciera su lengua como un músculo sereno y húmedo. No sé por qué siempre había imaginado que las personas de cierta edad, más que mover la lengua, la sacudían eléctricamente. Nos desnudamos con evidente urgencia y nos echamos uno al lado del otro. No albergo el recuerdo de que nos dejáramos de lamer en ningún momento. Será porque ahora que lo escribo lo veo todo como un continuo. Mis manos recorriendo una piel delicadísima, mi boca buscando los pliegues de

su cuello y de sus axilas, mis empeines rozando con fuerza las plantas endurecidas de sus pies y la agitación arrítmica de sus caderas para dejarme entrar y salir de su cuerpo. Si tuviera que quedarme con una sola cosa de aquella mañana, no dudaría ni un instante: la temperatura febril, próxima al delirio, que salió de su boca cuando alcanzó el orgasmo. Tuve la impresión de que un demonio se me alojaba en los pulmones.

Nos quedamos dormidos. Bueno, me quedé yo. Porque cuando abrí los ojos la vi sentada, desnuda, frente al escritorio, leyendo algo en voz baja. La estuve observando en silencio casi diez minutos: la franqueza de su nuca, los nudos de sus codos, el orgullo de su columna vertebral y el culo generoso y aplastado. Habría intentado hacer el amor de nuevo. Pero se puso a hablar.

—Aquí tienes una copia del relato del que hemos hablado. Lo he repasado y he visto algunas erratas, pero, para el fin que perseguimos, valdrá de sobra. No olvides mandarme tu participación para el libro que queremos editar. Hay tiempo, aunque mejor antes que después, ya sabes. Los del servicio de publicaciones son insufribles.

—...

—Voy a darme una ducha, que me la merezco. Pero primero quiero decirte algo. Confío en que no te lo tomarás a mal. Ninguna mujer, salvo tu madre, puede hacer de madre. Folla con T. todo lo que puedas. No cometas el error de sacártela del saquito en el que te cuelgan las pelotas. Ahí solo puede estar ella. Ninguna otra mujer. ¿Me entiendes? T. es un cielo. Dame un beso. No olvides nada en la habitación. Y no pongas esa cara.

Treinta y uno

Antes de meternos en la cama, he leído a T. el encuentro con la amiga de su padre. En una situación normal, de hostilidad en parámetros ordinarios, no lo habría hecho porque actos como ese suelen ser de poca utilidad. Me gusta tomar mis propias decisiones; coger a solas la vereda que más me inquieta, sin tener en cuenta opiniones ajenas. Quien quiera sentirse demiurgo que escriba su propio libro, me suelo decir. Pero, después de recibir el correo electrónico de T., he pensado que compartir esa lectura podría ser una buena salida; un pequeño gesto que deje entrever mi vuelta a su legalidad vital y literaria. Por eso lo he hecho. No por otra cosa. Si el resultado ha sido una catástrofe, las intenciones, al menos, eran nobles.

Cuando ha escuchado la última línea, ha sonreído, se ha levantado del sofá y se ha encerrado en el baño. A lo mejor solo iba a mear y cepillarse los dientes, pero lo cierto es que el gesto contenía sustancia melodramática. Yo he aprovechado para echarme en la cama con un libro sobre una mujer cuyo mayor pecado fue hacerse vegetariana sin el consentimiento de su familia. El agotamiento ha empezado a soplarme en la cara hasta que me he dormido sin siquiera cubrirme los pies con la sábana. No he soñado. Prácticamente ha sido una muerte temporal.

He resucitado al cabo de cuatro horas y T. no estaba a mi lado. La he encontrado en el salón viendo la televisión. Acababa de prepararse un té. Las infusiones, en nuestra casa, constituyen la señal inequívoca de que ya está ocurriendo algo que ninguno de los dos deseaba que ocurriera.

—¿Estás bien?

—Es la alergia. No me deja respirar. Voy a tener que soportar otra vez el mal aliento de la alergóloga.

—¿Hay más agua caliente?

—No. Pero el hervidor tarda un minuto.

—Da igual. Si todo está bien, me vuelvo a la cama.

—Vale.

—¿Quieres que me quede un rato contigo?

—¿Para qué?

—No sé… Bueno… Mejor me vuelvo a la cama.

—Mejor.

—¿Te ha molestado algo de lo que he escrito?

—No. Me ha trastornado. No, tampoco eso. Me ha entristecido.

—¿Por qué?

—No sé. Supongo que hay algo de verdad en lo que cuentas.

—Siempre la hay. Pero nunca lo es.

—Ovación para el escritor. ¿Qué tal te fue con la amiga de mi padre?

—Me fue. Sin más. No paraba de hablar. Quiere que participe en un proyecto pedagógico y que hable con mi editora para que lea lo que está escribiendo ahora.

—¿Y le vas a echar una mano?

—Creo que no.

—Es lo menos que puedes hacer después de follártela.

—Ella no sabe que me la he follado, así que no existe tal deuda. El sexo le da un respiro al mal lector. ¿No te ha parecido bien que escriba eso?

—Me da igual.

—No he desvelado su nombre. No creas que es fácil aludir a ella como «la amiga de mi suegro».

—Puedes ponerle otro.

—Lo he pensado, pero creo que es más sugerente así. Tú también vas a tener que decir en este libro «la amiga de mi padre». Además, supongo que están por llegar algunos nombres nuevos. No quiero jugármela.

—Bueno… Pero quien la conozca sabrá identificarla, ¿verdad?

—Planteado de ese modo suena a juego sucio.

—¿Y no lo es?

—Desde mi punto de vista, no.

—Entonces tranquilo. No hay de qué preocuparse.

—Ya está aquí la ironía argentina, ¿no?

—O el cinismo español, según cómo lo queramos ver.

—Mi intención no ha sido ofenderte con ese texto. Es más, creí que, hasta cierto punto, te resultaría divertido.

—¿Y exactamente qué tenía que resultarme divertido?

—Todo. Le estoy dedicando tiempo y esfuerzo tal y como me pides. Y no pienses que es fácil. En esta casa siempre tenemos en la cabeza algo más importante que la tarea de escribir estas mierdas que luego, por cierto, acaban poniéndote de mala hostia.

—Es este puto libro. Te juro que empieza a resultarme agotador y solo acabas de empezar.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Ponte a escribir de verdad y deja de hacer esos trucos de escapismo.

—¿Trucos de escapismo?

—Sí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya te lo he explicado en otras ocasiones.

—Ponme un ejemplo. Ilústrame, cariño.

—Pues aquí tienes uno: he sentido vergüenza cuando has leído la historia de la mujer que es secuestrada y violada. Por no mencionar el hecho de que eres impúdicamente generoso con tu propia literatura. Ni siquiera pareces tú.

—Sigo sin entenderte.

—¿En serio vas a meter ese relato en este libro?

—¿Qué importancia tiene eso?

—Pero si no es tuyo.

—Eso no es verdad.

—¿Lo vas a incluir o no?

—Puede. Pero no creo que esa sea la razón por la que estés de tan nefasto humor.

—¿No te das cuenta de que no es honesto?

—A la mierda la honestidad, T. ¿Honesto con quién? ¿Contigo? ¿Conmigo? ¿Con la amiga de tu padre?

—La amiga de mi padre tiene nombre.

—En esta historia no lo tiene. Y no pasa nada. Tú tampoco lo tienes. Eres una inicial y un punto. ¿También te ofende eso?

—Ahora el más pequeño de mis problemas es cómo decides llamarme en ese libro. Y creo que el tuyo también.

—Ya he escuchado suficientes tonterías. Me voy a la cama. Y tú deberías hacer lo mismo. Intentemos darle algo de normalidad a todo esto, porque tengo la impresión de que estamos descarrilando. Me va a

reventar la cabeza.

—Yo me quedo aquí. No creo que pueda dormir.

—Como quieras.

—Descansa tú si puedes.

—Eso es. Si puedo, lo haré.

—Esta semana me dan los resultados de la prueba.

—Mierda.

—...

—¿Por qué no has empezado por ahí?

—...

—¿Por qué no lo has compartido en la agenda?

—...

—Seguro que no va a ser nada. Todo irá bien. Lo sé.

—...

—Menudo soplapollas estoy hecho.

—...

—Mierda y mierda.

—...

—¿A qué hora es?

—...

—Da igual. Sea cuando sea, yo te acompaño. Voy a poner el hervidor. ¿Quieres otra infusión?

T. no ha querido otra infusión. Tampoco hablar. Se ha dormido en el sofá, tal y como hacía yo antes de conocerla. Gracias a su descanso he podido escribir un rato.

Treinta y dos

Transcripción / Pascual / Extracto / Tercera parte:

YO: Lo que te conté en su día es lo que te puedo contar ahora, Pascual. Me gustaría volver a dejar claro que mi intención no es incomodar a nadie. Tampoco reabrir un tema que en su momento generó muchísimo dolor y confusión en la gente del barrio. Lo que pretendo es aproximarme a aquel episodio con más datos que los que yo guardo en mi recuerdo. No juzgar. No concluir qué ocurrió de verdad y qué ha sido producto de la imaginación colectiva del barrio. Simplemente acercarme a esa red de hechos que hoy constituyen uno de los episodios más tristes de aquellos años.

PASCUAL: No me jodas. Te estás riendo de mí, ¿verdad? ¿O es porque estás grabando la conversación?

YO: ¿A qué viene eso?

PASCUAL: No estás siendo sincero. Te conozco. Sé a qué te huele el culo desde que eras un niño. Tú quieres otra cosa. Algo que tiene que ver más con tu ego que con el deseo de reconstruir un relato colectivo. Yo tampoco quiero incomodarte a ti. Pero me siento en la obligación de sugerirte que pienses muchísimo las consecuencias que puede traer el tema de Eduardito Huergo. Conoces mejor que yo todos los disparates que se han dicho sobre lo que sucedió aquel día. ¿Vas a incluirlos también?

YO: Esa es mi intención.

PASCUAL: Algunos no te dejaban en buen lugar.

YO: Esos también los escribiré. Puedes estar tranquilo.

PASCUAL: Entonces creo que deberías hablar con todas las partes.

YO: ¿A qué te refieres?

PASCUAL: Busca a Carmela Huergo.

YO: ¿Para qué?

PASCUAL: ¿Cómo que para qué? Me dejas sin palabras, Juanma.

YO: Se fueron después de aquello. No sé dónde acabaron.

PASCUAL: Seguro que eso no es un inconveniente para ti.

YO: No creo que le apetezca hablar del asunto.

PASCUAL: ¿Y qué problema hay? Si te dice que no quiere hablar, lo dejas escrito tal cual en tu libro. ¿No va de eso?

YO: No exactamente.

PASCUAL: Pues eso es lo que he entendido.

YO: Ya.

PASCUAL: No te miento.

YO: Y seguro que tú sabes por dónde puedo empezar a buscar, ¿verdad?

PASCUAL: Y medio barrio también. Pregúntale a su prima Eugenia. ¿Sabes quién es?

YO: Ni idea.

PASCUAL: Es mayor que nosotros. Creo que no llegamos a coincidir con ella ni en el colegio ni en el instituto. Ahora trabaja de auxiliar de administrativo en el ambulatorio. Seguro que ella sí te conoce a ti. Pero no le digas que estás escribiendo un libro sobre Eduardo. Miéntele. Cuéntale una historia bonita sobre Carmela. Por lo que sé, la echa de menos. Seguro que se te ocurre algo.

YO: Lo pensaré.

PASCUAL: Tómate tu tiempo. No hay prisa. Así hay menos probabilidades de que la cagues.

Treinta y tres

Durante los primeros meses, los rumores se extendieron como una plaga bíblica. Nadie se vio sorprendido por todos aquellos relatos disparatados que llegaban desde cualquier parte: policías, profesores, vecinos, familiares, amigos... Ruido. Puro ruido. En el barrio, desde el inicio de los tiempos, acogimos con muy buenos ojos la mitología más rastrera que uno se pueda imaginar. Estirábamos el elástico de cualquier trama, creando monstruos o caricaturas, según el tinte del suceso, y defecábamos sobre la aburrida verdad hasta que le resultaba imposible mover siquiera un dedo. Ese era —y supongo que sigue siendo en muchos lugares— el procedimiento. Siempre imparable, devastador y parasitario en nuestras vidas. Lo conozco a fondo porque lo sufrí en mi propio pellejo.

De mí se dijeron las perrerías más flagrantes que uno se pueda imaginar. Hicieron llorar a mi madre hasta que dejaron de funcionarle los párpados. Empujaron a mi padre a que, en pleno verano, desconectara el magnetotérmico casi a diario. Durante semanas, en casa se hablaba y se caminaba lo justo. Podíamos pasar horas y horas sin que se escuchara ruido alguno y, si por casualidad sonaba, si por casualidad alguien cerraba una puerta con cierta vehemencia, o dos cacerolas se entrechocaban en el fregadero azarosamente, mi padre suspiraba, se levantaba de su sillón y se marchaba de casa durante tres o cuatro horas.

Era una prima hermana quien solía contarle a mi madre las falacias que corrían como la pólvora. Ella trabajaba en un pequeño supermercado en el centro del barrio y era allí donde, con descaro o disimulo, daba igual, la clientela relataba aquellos disparates. Dijeron de todo. Que de una pedrada lo hice caer al agua y ahogarse. Que se precipitó a la balsa y, pese a sus súplicas desesperadas, me limité a ver cómo se hundía. Que había quedado con Eduardo en aquel lugar para hacer cosas impropias de un niño de mi edad. Que acordé con él llamar a alguien cuando ya estuviera muerto, a cambio de un cheque

de quinientas mil pesetas que mi madre cobró en un banco de la capital. Que quise implicar en este asunto a mi primo y a un par de amigos del colegio, pero la policía supo en todo momento que mi historia era una mentira seguida de otra mentira. Como digo, lo oscurecieron todo. Ya está.

A pesar del volumen de versiones, nunca se aproximaron a la verdad. Nunca estuvieron cerca de lo que ocurrió aquella mañana de verano. Y eso, por alguna extraña razón, me procuró siempre un abrazo de euforia. Constaté muy pronto que la mala baba con la que solían cubrirlo todo era un procedimiento inútil que los precipitaba hacia el error. Y ese error constituía el mejor arbusto tras el que camuflarse, tras el que sentirse a salvo. Si nunca se supo la verdad —mi verdad— sobre aquello, no fue porque tuviera la destreza de cerrar la boca. Sospecho que con que me hubiesen coaccionado con un mínimo de habilidad o le hubiesen dado carne a mi ego habría largado todo lo que guardaba dentro. Pero aquella inmundicia colectiva me lo puso muy fácil. Era la noche perfecta en la que ocultarse hasta que llegara el olvido, hasta que sucediera otra desgracia.

Treinta y cuatro

Lo acabo de escribir. Aquellos chismes maliciosos se fueron diluyendo como piedras en un riñón. No recuerdo el día en que, mientras paseaba por mi barrio, dejé de tener la sensación de ser juzgado desde las ventanas, las aceras o los bares. Supongo que llegó como una fase más de una historia que no hacía otra cosa que caer ladera abajo. Sin embargo, cinco o seis años después, cuando aquel recuerdo parecía ser ya un pueblo bajo las aguas de un embalse, llegó a casa mi prima con la misma cantinela. Otra vez. Y asomó sobre la superficie el jodido campanario de la iglesia abandonada.

Recuerdo que ya habíamos cenado y estaba en mi habitación leyendo unos apuntes para mi primer examen de Teoría de la Literatura. Los conceptos, como extraños cuerpos celestes, ni siquiera se aproximaban a mi cabeza. Así que interpreté su visita como una señal infalible del destino. La suerte estaba más que echada para ese examen. Abandoné mi escritorio y me la encontré en el salón eligiendo ovillos de lana que se amontonaban en una cesta.

—¿Qué pasa, Allison?

—Todo bien. ¿Tú qué tal? ¿Estudiando?

—Ya he terminado. Mañana tengo un examen de los jodidos. Pero está bajo control. ¿Y Colin? ¿Dónde te lo has dejado?

—Está en casa. Se ha acostado de mala hostia porque en el reconocimiento médico del trabajo le han sacado las transaminasas altas. No va a poder beber alcohol en una temporada.

—Es una buena oportunidad para que empiece con el deporte.

—No se lo vayas a decir si no quieres que te mande a la mierda.

—Entonces solo dale recuerdos...

—...

—Estoy destrozado. Me voy a meter en la cama con un libro.

—Buenas noches.

—Igualmente.

Aquí fue cuando el silencio se volvió áspero como la lija y yo

ahogué mis pulgares en el centro de los puños.

—Esta mañana me he enterado de algo, Juanma.

—¿Sí?

—Sí.

—¿De qué?

—No sé si tiene mucho sentido seguir hablando de aquello.

—¿De qué?

—De lo que le pasó a Eduardo.

—¿Otra vez?

—Ya. Eso he dicho yo.

—¿Quién habla ahora?

—En mi nuevo trabajo… La gilipollas de mi compañera lleva algunos días intentando sacarme el tema. Yo ni caso, claro. Pero ayer llegó con una historia disparatada. Y no soy de piedra, ¿sabes?

—No sé si quiero conocer esa historia.

—Por supuesto. Te entiendo. Lo mejor es no hacer caso a esta gentuza.

—No sabía que tuvieras un nuevo trabajo.

—Sí. He empezado en una floristería. Ahora nos llamamos expertos en decoración floral. Hasta he hecho un curso a distancia.

—¿Y te gusta?

—Lo odio.

—No le digas nada a mi madre, ¿vale?

—¿Sobre el nuevo chisme?

—Sí.

—Se lo conté ayer.

—Lo suponía. ¿Y te pagan bien en ese trabajo?

—Una mierda. Pero estoy entretenida. Mi compañera, a pesar de ser una bocazas, es muy divertida.

—¿Qué le has dicho sobre el asunto de Eduardo?

—La verdad. ¿Qué le iba a decir?

Treinta y cinco

Recuerdo que la noche anterior a que T. cagara sangre un terremoto de seis coma dos hizo crujir nuestro edificio. Jamás olvidaremos aquella sucesión de hechos. El miedo que nace de ambas cosas es muy parecido. A la mañana siguiente yo estaba sacando a pasear al hijo de puta del perro de su padre y sonó el móvil. Era ella. Aunque la conversación duró más de dos minutos, lo único que escuché fueron sollozos. Así que me dejé el café y la tostada sobre la mesa del bar, desaté del árbol al animal y salí disparado hacia casa. Cuando abrí la puerta —casi de una patada—, me sorprendió verla tan relajada. Estaba sentada en el sofá, recién duchada, metiendo y sacando documentos de una carpeta. Durante unos segundos estuve convencido de que ni siquiera me había llamado un rato antes, que había sido un delirio o una visión futura. Pero cerró la carpeta, se levantó y me dijo que nos íbamos al hospital.

Ya en el coche, camino de urgencias, por fin se dignó a contestar a mis preguntas. Creo que porque pensaba que de no hacerlo era muy probable que acabáramos saltando rotondas e improvisando plegarias.

—He cagado sangre.

—¿Cómo que has cagado sangre?

—...

—¿Tienes hemorroides?

—No seas gilipollas.

—No soy gilipollas. ¿Tienes hemorroides o no?

—No.

—Puede que sea eso.

—No es eso. ¿Crees que estaría yendo a urgencias de ser eso?

—Pero puede que sea eso. No somos médicos.

—No es eso.

—¿Y qué es?

—Me desesperas, Juanma.

—No nos pongamos nerviosos.

—No estoy nerviosa. Eres tú quien lo está.

—Tampoco pasa nada si te pueden los nervios. Es algo comprensible.

—Gracias por tu comprensión. Presta atención a la carretera, por favor.

—¿Recuerdas aquel bulto que me encontré en un testículo? Acabó siendo algo inofensivo.

—...

—Me asusté mucho. Pasé los peores días de mi vida. ¿Y qué aprendimos de eso?

—No sé.

—Aprendimos cosas buenas, amor.

—...

—Aprendimos cosas sobre las trampas de nuestra mente. Tú misma me lo dijiste.

—...

—Seguro que es una tontería. Vas a ver.

—Amor, ¿tú has cagado sangre alguna vez?

—Nunca.

—Por supuesto que nunca.

—Ya te lo he reconocido yo.

—Tú lo único que tuviste fue un triste atasco de esperma.

—No te pongas así.

—Me pongo así si quiero.

—¿Qué significa eso?

—Nada.

—Intento tranquilizarte, amor.

—¿De verdad quieres tranquilizarme?

—No te jode... Pues claro.

—Entonces cierra la puta boca hasta llegar al hospital.

Después de aquella mañana, se sucedieron las ecografías y los análisis, y con ellos las enzimas desajustadas, los diagnósticos descartados y los resultados no concluyentes. La ignorancia pudo con la incertidumbre durante los primeros días. Así que mantuvimos nuestra entereza hasta que el doctor pronunció la palabra *biopsia*. Una vez que la soltó, un tren de mercancías embistió aquella consulta y nos arrastró hasta sacarnos del continente. Nos destrozó. Nos partió por la mitad. Lloramos en la consulta y lloramos hasta que nos

bajamos del coche en el garaje. Y cuando subimos, lejos de abrazarnos, cada uno se encerró en un rincón distinto de la casa. Supongo que para seguir llorando un rato más.

Treinta y seis

Si hoy me detengo a pensarlo con un mínimo de sosiego —y reconozco que me cuesta—, no era tan tremendo. Aquello que no quería escuchar y que mi prima estaba a punto de contarme no podía ser grave. ¿Cómo iba a serlo? Por entonces tendría diecinueve años, ya había corrido el tiempo desde el ahogamiento de Eduardo y las habladurías se habían naturalizado en mi vida. ¿Qué fue, por tanto, lo que me condujo al disparate? ¿Por qué reaccioné con esa desmesura? Lo supe entonces, lo sé hoy y lo sabré dentro de dos décadas más. Esta vez la maledicencia había salido de la que por entonces consideraba la peor de las bocas.

Resultó que la nueva compañera de trabajo de mi prima estaba noviando con el hermano mayor de Bruto. Y en consecuencia había escuchado un sinfín de veces su versión de lo que ocurrió aquella mañana en la balsa del Paraje de la Costumbre. Desconozco los detalles porque, a pesar de que le insistí a mi prima para que me contara la historia una y otra vez, entendió que no era conveniente descarnar la herida más de la cuenta. No traiciono la esencia de sus palabras si lo resumo del siguiente modo: Aquella mañana Bruto me vio detrás de la higuera que aún hoy se alza junto a la balsa. Según su relato, yo estaba masturbando a Eduardo. Sobre esa imagen decía no albergar duda alguna, porque estuvo observándonos hasta que la escena le resultó repulsiva, o insoportable, o asquerosa, o desviada, o dolorosa. Vete a saber qué dijo sentir. Entonces, reptando como una culebra, se marchó por donde había venido sin siquiera volver la mirada atrás. Horas más tarde tuvo noticia de que a Eduardo Huergo se lo habían encontrado muerto en una de las muchas balsas del barrio. Él sabía en cuál de todas ellas.

Ignoro por qué en aquel momento no expulsé el cerebro por las fosas nasales. La sensación de que algo iba a estallar dentro de mí estaba ahí todo el rato. Al parecer, ese relato se había convertido en una salmodia que recitaba cada vez que tenía ocasión; lo extraño era

que no lo hubiera escuchado mucho antes. Mi prima Allison, una vez que pronunció la última palabra, se quedó mirándome hasta que tuvo constancia de que aún albergaba algo de electricidad en el cuerpo. Después me dio un abrazo, me deseó suerte para el examen y se marchó de casa diciendo algo sobre las transaminasas de su marido.

Por dos obvias razones —al menos a mí me lo parecían— no actué contra Bruto en los días sucesivos. La primera, porque necesitaba tiempo para pensar sobre el modo en que quería hacer las cosas. La segunda, porque tenía que evitar que mi prima relacionara de algún modo lo que pudiera contarle su compañera de trabajo con el hecho de que me hubiera confiado aquella historia. Así que transcurrieron más de ocho meses hasta que me puse manos a la obra. Dos no eran suficientes y un año me parecía un tiempo excesivo.

Después de un exiguo intento en Bachillerato y en la Formación Profesional de Electricidad, Bruto abandonó los estudios y comenzó a ocupar puestos de trabajo que su padre le buscaba a la par que él los perdía. Que yo sepa o recuerde, lo intentó en los invernaderos, en un taller de motos y bicicletas, en una carpintería clandestina y en varios bares del barrio. El promedio de duración era de unas tres semanas, porque, tarde o temprano, terminaba por no levantarse de la cama. Precisamente, en la época en la que ocurrió todo esto, trabajaba de jueves a domingo en un restaurante especializado en pescado y marisco, cuya clientela solía estar formada por concejales, tripulación de aviones, médicos privados y altos cargos de distintos sindicatos de la época. La labor de Bruto siempre era la misma. Por la mañana, bien temprano, cogía una carretilla y pasaba por la casa de algunos pescadores. Ellos le entregaban el pescado que su jefe había pagado. Lo único que tenía que hacer era recorrer la ruta que se le indicase, cargar las cajas de pescado cubierto de nieve y llevarlo al restaurante antes de que se echara a perder. También hacía de recadero. No daba para más.

Lo estuve siguiendo a una distancia prudencial desde que empezó el itinerario a eso de las ocho de la mañana. Se detuvo en la calle Currican y echó dos cajas a la carretilla. Se detuvo en la calle Volantín y cargó otra. Se detuvo en la calle Traíña y salió de una casa con una caja más. Empezó a subir con desgana por la Calle Magallanes y temí que no fuera a detenerse más hasta llegar al restaurante. Pero esta vez hubo suerte. Se desvió y comenzó a atravesar los jardines de los pisos

de la Delegación Nacional de Sindicatos. Allí se metió en uno de los soportales, descuidando la carretilla y, en consecuencia, la mercancía. Entonces procedí tal y como había ensayado en mi habitación. Me acerqué silenciosamente, agarré el carro como pude y lo volqué, desparramando toda la carga por el suelo hasta alcanzar la tierra de los parterres. Después salté cuatro o cinco veces sobre el pescado y salí echando leches de allí. Fue ahí cuando llegó la contemplación. Desde una esquina, lo vi arrodillarse, cubrirse el rostro una y otra vez e intentar poner orden en aquel desastre. No puedo negarlo: sentí que el barrio, en ese momento, era un lugar un poquito mejor. También que el corazón se me inflamaba.

Una semana después supe que Bruto estaba en el paro. Me enteré, como la mayoría de los vecinos del barrio, de la cagada que había protagonizado y de la monumental paliza que le había propinado su padre. Se había convertido en la vergüenza familiar. «Le ha dado tal *japuana* que se lo han tenido que llevar a la casa de una tía abuela para que nadie lo viera.» Sentí un terror caníbal. No por haber sido el responsable de aquel episodio de violencia. Tampoco por haberle ocasionado pérdidas al restaurante. Mi angustia provenía de un lugar bien distinto. Más profundo y, desde otra perspectiva, más cobarde. Nacía en la idea de que alguien me hubiera visto cometer aquel disparate y que tarde o temprano saltara la liebre. Yo apenas había entrado en lo bueno de la juventud, había logrado llegar a la universidad con un expediente sin mácula, me merecía más que nadie una pareja estable y era el chico con el que siempre se podía contar para amenizar semanas culturales y folclóricas en el barrio. La certeza de que mi prometedora vida se desintegraba estuvo empujando en mi pecho durante algunos días. Los suficientes como para plantearme una confesión redentora. Al menos ante mis padres. ¿Cómo demonios había reunido el valor para hacer una cosa así? ¿En qué momento mi cerebro se emponzoñó de ese modo? Esas preguntas una y otra vez. Hasta casi volverme loco. Pero las manos del tiempo empezaron a darme friegas y, poco a poco, la confianza volvió a mí. Así que no solo descarté la posibilidad de reconocer aquel acto, sino que esa impunidad avivó mi ego y cebó mi cobardía.

Treinta y siete

El Tusmadres me dijo que aguardara junto a la higuera y que no se me ocurriera moverme. Entonces se quitó la camiseta, o lo que quedaba de ella, volvió a sentarse en el muro de la balsa y, después de mirar en todas las direcciones, se zambulló con una delicadeza impropia de él. Probablemente estuvo bajo el agua más de un minuto. Y digo probablemente porque tuve la impresión de que aguantó sumergido en aquella manteca verde una o dos semanas. Quizá más. Yo, mientras tanto, agachado junto a aquel árbol, tuve tiempo de sentir un terror inenarrable, exagerar el dolor de la enorme herida de mi costado, imaginar las primeras palabras de mis padres al enterarse de lo ocurrido, reconstruir el horror de los días que estaban por llegar y el tiempo que tardaría en olvidar los ojos tan abiertos de Eduardo.

Al salir del agua, el Tusmadres apenas rozó el bordillo. Dio un salto marcial, cogió su camiseta y se agachó junto a mí en lo que parecía ser una coreografía olímpica. Intentaba ordenar su respiración a fuerza de bocanadas y el aliento le olía a una mezcla de leche agria y tabaco rancio. Lo observé desde mi mutismo, dispuesto a estar así mientras no se demostrase que todo aquello era una ordinaria y detestable pesadilla. Pero por desgracia él no parecía refugiarse en la misma madriguera que yo. No tardó en empezar a hablar, mientras se sacudía el agua del pelo y se secaba el torso con su camiseta hecha un ovillo. En realidad, más que hablar, daba instrucciones, como siempre, bajo la tácita amenaza de follarse a todas las madres que considerase oportunas. Reconozco que quien le puso el apodo merece un palacio de congresos.

—Amigo, creo que tenemos un problema.

—...

—Vamos a tener que ponernos de acuerdo en algunas cosas.

—...

—¿Me estás escuchando o necesitas que te meta una hostia en el hocico?

—No debimos meternos en la balsa.

—Tarde piaste, golondrina.

—¿Qué dices?

—Que te espabiles y que me escuches. No hay mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—De eso es de lo que tenemos que hablar. Escúchame bien. Vas a decir que estabas solo cuando encontraste a Eduardo.

—Los cojones.

—Los cojones son los que te voy a pisar como vuelvas a contestarme así.

—No voy a decir que estaba solo. Además, nosotros no hemos hecho nada malo.

—Amigo, atiéndeme. Vas a decir que estabas solo. Que te asomaste a la balsa, te caíste y lo viste en el agua. Repítelo.

—No.

—Vas a hacer eso. Y además, esperarás veinte minutos antes de avisar a alguien.

—¿Y si está vivo?

—¿Vivo? ¿Te crees que somos sapos?

—No entiendo por qué tenemos que hacerlo así.

—¿De verdad te lo tengo que explicar? Creí que eras más espabilado.

—Nos vamos a meter en un lío.

—Ya estamos metidos. Y tenemos que salir de él como sea.

—Nosotros no le hemos hecho nada malo a Eduardo.

—Joder con el puto niño. Vamos a ver... ¿Qué crees que van a pensar los gilipollas de este barrio cuando se enteren de que yo me he encontrado muerto a Eduardo?

—Lo hemos encontrado los dos.

—¿Pero quién estaba primero? ¿Tú o yo?

—Si ese es el problema, contaré que estábamos juntos desde el principio.

—¿Tú y yo juntos? ¿Desde cuándo? Si esto es muy fácil, chaval. No lo compliques. ¿Tú qué habrías pensado al enterarte de que el desgraciado del Tusmadres se ha encontrado un muerto en una balsa?

—Que te lo has encontrado. Ya está.

—Y una polla como una olla. Pensarías que algo he tenido que ver. ¿O no? Porque el Tusmadres siempre anda buscando pelea, y una

vez lo pillaron robando en la Asociación de Vecinos, y no se ha matado con la moto de puro milagro, y es raro el día que no va hasta el culo de droga. Porque todas esas cosas son las que hacen de mí un apestado a ojos de la gente. Sé lo que me digo. Y no voy a pasar por eso.

—¿Y si se creen que he sido yo?

—¿Que has sido tú?

—Que he tenido algo que ver con la muerte de Eduardo.

—¿Estás hablando en serio? De qué modo ibas a estar implicado en algo así.

—La gente. Ya sabes.

—No me hagas reír.

—Mi madre me va a matar.

—Si lo haces como yo te digo, no pasará nada. Te asomaste a la balsa, resbalaste y caíste al agua. En la refriega por salir, viste a Eduardo. Dentro de veinte minutos avisas a alguien.

—Me da miedo.

—No me seas maricona. No has hecho nada malo.

—Ni tú tampoco.

—¿Quieres que te lo explique otra vez desde el principio?

—No es eso.

—Pues ya está. No hay nada más que hablar.

—Vale.

—Vuelve a mojarte la ropa antes de avisar.

—...

—Y una última cosa.

—...

—¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Pues habla, cojones. Con tanto silencio... Sabes qué te haría si acabas relacionándome con todo este asunto, ¿no?

—Sí.

—¿Seguro?

—Me lo imagino.

—No es suficiente con imaginarlo. Tienes que saberlo. Si en algún momento das mi nombre, me compro un embudo y te lleno la barriga de aguafuerte. Te lo juro por mi vida.

—...

—¿Lo has entendido?

—Sí.

—Júrame que no dirás nada.

—Te lo juro.

—¿Por quién?

—Por mi madre.

—Me vale. Pero ya sabes que ahora también habrá aguafuerte para ella.

La cláusula de los niños

—Firme aquí. Con eso será suficiente.

Daniel se desplomó en el área del equipo rival del campo de Santa Lucía, entre General Mosconi y Saavedra. Su cuerpo tocó el césped recién cortado con la contundencia de la lluvia. Durante unos segundos, la trayectoria de la bocha siguió atrapando la atención de los espectadores, que no dudaron en enmudecer cuando tuvieron que hacerlo. Sus ojos —vueltos, blanquísimos— parecían pintados a lápiz sobre dos cantos rodados. Una imagen que se le apelotonó en la frente al árbitro, justo antes de pedir que alguien llamara a emergencias. Como una descarga eléctrica en una bañera llena de agua, el grito desesperado de su madre restalló en el graderío.

A Valeria no le tocaba llevar a Daniel al partido de hockey. No era su fin de semana. No era su cosa. Pero hacía mes y medio que su exmarido estaba en el norte impartiendo un curso de formación para el Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda del país. Algo gordo, le había dicho antes de marcharse. Así que ese era el tiempo que llevaba atendiendo a Daniel en agotadora exclusividad. Un hecho que, en pleno proceso de divorcio, le llegó a parecer la mejor de las opciones, y ahora, cuatro años más tarde, le provocaba una desidia fría y afilada en la boca del estómago.

«Este fin de semana no me tocaba tenerlo.» Eso fue lo que Valeria le dijo a la chica que la atendió tras el mostrador de urgencias. «Tiene que esperar en esa sala de ahí, señora. Su hijo está en buenas manos. Procure estar tranquila, que nosotros, en cuanto podamos, le diremos cómo se encuentra.» Y fue entonces cuando acudieron a su garganta esas palabras, esas pequeñas piedras. «Este fin de semana no me tocaba tenerlo. No era mi cosa, no era mi asunto.» En los difíciles días

que vinieron, no consiguió saber por qué había dicho eso. Los nervios, el terror, la angustia o la mala suerte. Ni convirtiendo en grumos las letras de esas palabras y engulléndolos, consiguió bocetar una explicación convincente. A partir de ese momento, eso sí, sintió que no dejó de llegar tarde a todos los momentos de su vida.

Valeria se dirigió a la cocina. Jaime aguardó sentado a que volviera como quien aguanta la respiración bajo el agua. Intentó repasar el perfil de sus llaves sobre la mesa sin llegar a rozarlas. No lo consiguió.

—Este vino lo trajiste del norte, ¿te acuerdas, Jaime?

—Creo que no lo traje del norte. No lo recuerdo.

—Era de suponer.

—Es que dices del norte como si esto fuera una escena de una película francesa.

—Ya.

—Vale... Lo siento.

—No pasa nada. ¿Te sirvo un poco?

—Sí. Y créeme que lo siento. De verdad. No sé cómo llevar esto. Me pregunto cómo lo haces tú.

—Bueno...

—Bueno qué.

—Hago números y me sale el resultado. Tú sabes más que yo de eso.

—¿De números?

—De números, sí, de cuentas. Trece meses sin follar. Cuatro sin dormir en la misma habitación. Tres semanas desde la última vez que estuvimos sentados delante de esta misma mesa. Cincuenta y cuatro días sin salir juntos a hacer cualquier cosa de las que antes hacíamos. Un año sin celebrar ni una sola fecha señalada.

—No es una cuestión de números, Valeria.

—Joder, ya sé que no es una cuestión de números. Desgraciadamente no es solo eso.

—¿Qué te parece si esperamos un tiempo? Muchas parejas lo hacen. Nosotros ni siquiera hemos hablado en serio de este asunto. Lo estamos haciendo ahora por primera vez y tampoco sé si con la suficiente seriedad.

—Jaime, quiero la custodia. Ya te lo he dicho. El acuerdo es más

que razonable.

—Custodia compartida.

—Y una puta mierda, Jaime.

—No podrás con todo. Sabes mejor que nadie que Daniel no para. Y tu trabajo… Bueno, mejor no hablar ahora de tu trabajo.

—Sí, mejor. Muchísimo mejor.

—Medítalo, por favor. Solo eso. Replantéatelo. Yo necesito estar con mi hijo tanto como tú. Además, no es una cuestión tuya o mía. Se trata de Daniel y de lo que es mejor para él.

—No seas cínico. No sigas por ahí.

—No llores, joder. Estamos hablando… Es lo que tenemos que hacer, ¿no? Decir lo que cada uno piensa.

—La custodia es mía. Para ti, los fines de semanas alternos. También una tarde de lunes a viernes. No quiero escuchar más tus pensamientos.

—¿Y la pensión?

—Eso es cosa tuya.

—Valeria, ¿de verdad te quieres quedar sola en todo esto?

—Este vino lo compraste en el norte. Nunca me quedó claro qué fuiste a hacer allí. Y aun así está francamente delicioso. Dicen que la madera de las barricas tiene memoria. Recuerda cuanto ha pasado por ella. Qué faena no poder olvidar.

Las conversaciones de la sala de espera eran lo más parecido a un amasijo de chatarra. En una esquina, apoyada en una máquina expendedora, Valeria intentó a duras penas enumerar los pasos que debería dar en las horas siguientes, las llamadas que necesitaba hacer, las palabras que exigían cierto orden. Cerró los ojos con tanta fuerza que sintió que se le debilitaba el resto del cuerpo. Las manos, las piernas, la boca. Al fondo de la suciedad que había concentrado bajo sus párpados, buscó, sin fortuna, una brizna de consuelo.

Entró en la habitación muy despacio. Como si temiera despertarlo. De la boca de Daniel salía un tubo que se perdía en la cabecera de la cama. Una sábana acartonada cubría su cuerpo hasta la cintura, el pecho soportaba parches, cables y esparadrapo, y sus párpados

estaban cubiertos de algo parecido a la vaselina o al aceite.

—Solo tiene unos minutos, señora. Ahora lo mejor es que tengamos a Daniel muy controlado.

Valeria se acercó a la cama todo lo que pudo. En un primer momento pensó cogerle la mano, acariciarla, besarla, dejar constancia de que acababa de entrar. Pero después de haber escuchado al médico relatarle lo ocurrido, no sabía si ese gesto podía entrañar algún riesgo.

«A Daniel se le paró el corazón por algún motivo que aún andamos buscando. Por desgracia a veces ocurre. De camino al hospital, el equipo de emergencias consiguió reanimarlo, pero estuvo más tiempo del deseado en parada cardiorrespiratoria. Es pronto para saber cuál es el estado de Daniel. Y sé que para usted, en este momento, esa información es valiosísima. Sinceramente, lo único que puedo decirle es que su situación es muy grave. ¿Me entiende? Si decide irse a casa, déjelo dicho en recepción. Si quiere quedarse, hay una sala de espera para los familiares de pacientes en el estado de su hijo. Le pido paciencia y confianza, señora. Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos.»

Durante esos primeros minutos, no apartó la mirada de Daniel. Lo hizo con la convicción de que si ponía toda su atención, podría encontrar el minúsculo destello que augura un desenlace feliz, esperanzador. Pero lo cierto es que Valeria no halló nada de eso. Percibió su respiración acompasada, un fuerte aroma alcohólico y un hematoma, que, como un pequeño continente, se extendía por la zona del esternón. Detalles que, vistos desde cierta perspectiva poética, no podían traer nada bueno.

—Puede que no despierte nunca, Jaime. ¿Eso lo puedes entender?

Tres días después de aquel desgraciado episodio, Jaime consiguió llegar del norte. Y meses después seguía acudiendo al hospital cada mañana, como si esa fuera la última de las mañanas. Algunas veces conversaba con Valeria mientras se tomaban algo en una cafetería cercana, pero lo normal era que se saludaran con tristeza y apenas intercambiaran mínimas novedades sobre el estado de Daniel. Las cosas parecían estar claras. El tiempo corría en su contra: si no había

salido del coma a esas alturas, difícilmente lo haría ya y, en caso de hacerlo, las secuelas serían insoportables para todos. El médico se lo había explicado a ambos en varias ocasiones, aunque no habría sido necesario porque, como cualquier otra persona, ya habían asistido a casos similares en los informativos, en el cine y en la literatura.

—Valeria, ¿no crees que es demasiado pronto para eso?

—¿Para qué?

—Para esa ginebra.

—Yo nunca llego pronto a nada. Supongo que a esto tampoco.

—No te pongas estupenda.

—Vete a la mierda, Jaime. Hazme ese favor.

—Como siempre.

—¿Sabes que Daniel ha abierto los ojos otra vez?

—Sí.

—Es una señal.

Al principio Valeria no aceptó de buena gana que Jaime acudiera al hospital acompañado de su actual pareja. No sucedía siempre. Pero sí las suficientes. De modo que se lo dijo dos o tres veces. Quizá más. Puede que nueve o diez. Y él no le hizo caso hasta que una mañana, llevado por una incómoda intuición, le pidió a Carmen que no se bajara del coche, que, si no le importaba, prefería subir solo a la habitación. Esa fue la mañana que Daniel abrió los ojos por vez primera para volver a cerrarlos pasados unos segundos. El tiempo justo para concluir que su decisión estaba conectada con esa acción refleja de Daniel. Con el paso de los días llegaron los bostezos, las contracciones musculares, las convulsiones y los episodios de asfixia por la saliva estancada en su garganta. Meros actos reflejos o consecuencias de su estado, les explicó el médico. En realidad no es síntoma de nada. Y Valeria y Jaime colocaron esa información en lugares muy extraños, de un modo muy distinto cada uno.

—Una señal de qué, Valeria.

—Déjalo. No lo entenderías.

El teléfono sonó como fuertes pisadas en el tejado. Eran las seis de la mañana y Jaime se encontraba enfrascado en su ducha matutina, así que fue Carmen quien descolgó el teléfono. Lo hizo con la funesta corazonada de quien descorre una cortina en un sótano.

—Dígame.

—Lo he llamado al móvil y no lo coge.

—¿Quién eres?

—¿Puedo hablar con Jaime?

—¿Eres tú, Valeria?

—¿Puedo hablar con Jaime? Ha pasado algo importante.

—Está en la ducha. Le digo que te llame en cuanto salga. ¿Va todo bien?

—No lo sé.

—¿Es Daniel?

—Siempre es Daniel.

—Vale. Te llama ahora mismo.

—No cuelgues, por favor. Prefiero esperar sabiendo que hay alguien ahí.

En los seis meses que llevaba Daniel en aquella habitación del hospital, Valeria no se había hecho cargo de ningún caso. Sus socios del despacho jurídico le habían asegurado que podía tomarse el tiempo que necesitara, que ellos asumirían su agenda. Pero, hasta para ella, en aquel estado de somnolencia narcótica, seis meses era demasiado tiempo. Lo pensaba nada más entrar en el hospital, cada vez que asistía a la ceremonia triste y quieta de Daniel, cuando escuchaba al médico decirle que no había ninguna novedad, en el momento de bajar al bar y pedirse la primera copa del día, también una vez engullidas las primeras cápsulas, y en ese instante en que, desde lejos, veía despedirse a Jaime y Carmen con un beso que le traía a la boca antiguas cenizas. En seis meses uno es capaz de enredar su vida hasta límites insospechados. Y Valeria sentía que se desinflaba, que la electricidad había salido de su cuerpo, conservando apenas una pequeña chispa de luz que, para su desgracia, la mantenía despierta. En seis meses la vida de cualquiera puede convertirse en un desguace de emociones. Y Valeria ni siquiera buscaba la manera de escapar de toda esa basura que se le iba acumulando en su cabeza. Quizá todo lo contrario. Quizá se aproximaba al deseo de que aquello acabase cuanto antes. Incluida ella misma.

—¿Qué ha pasado, Valeria?

—¿Vas a venir?

—¿Daniel está bien?

—Sí. No sé. Como siempre.

—Entonces qué cojones pasa. No son ni las siete de la mañana.

—Tú deberías haber estado con él aquel día.

—¿Otra vez estás con eso?

—Se lo debes a tu hijo. Ven cuanto antes.

—Estás perdiendo la cabeza.

—Ven de una puta vez. Te espero en la cafetería.

Valeria tenía en el rostro una fuerza inusitada; más propia de tiempos adolescentes que del vía crucis que protagonizaba desde antes del accidente de Daniel. La miró con el mismo talante con el que se asiste al parto de un animal salvaje; con un sentimiento que va del miedo al asombro. Conforme escuchaba el relato de Valeria, el suelo se fue diluyendo bajo sus pies y el aire de aquel lugar se enfrió con la rapidez de un beso. Jaime no daba crédito. Cómo hacerlo. Entendía que aquella pena tan honda pudiera haber triturado la cabeza de cualquiera, pero su historia era un disparate de tal envergadura que le resultaba, como mínimo, irritante y maliciosa. Intentó no interrumpirla; dejó que su exposición progresara con el deseo de que concluyera cuanto antes o de que, en su defecto, acaeciera cualquier cataclismo que rompiera en mil pedazos aquel momento. Pero como era de esperar, nada de eso ocurrió. Aquello que tenía que contarle se extendió como humo negro, deteniéndose a veces en detalles de una escala microscópica, buscando atrapar una pretenciosa esencia que Jaime ni siquiera llegó a intuir. Cuando terminó, sorprendentemente para Jaime, todo conservaba su aspecto original. Los camareros tras la barra, los clientes ensimismados, el ajetreo de tazas, platos y cubiertos, los ruidos amortiguados del exterior. Procuró ponerse en la rota y triste piel de Valeria y sentir esa esperanza que le brindaba aquella historia. Sin embargo, una rabia dolorosa se le instaló en los ojos.

—No llores, Jaime. Es bueno. ¿Me entiendes? Aún tenemos esta posibilidad.

El médico había sido contundente en las últimas semanas. Daniel estaba empeorando de forma considerable y eso los obligaba a ponerse en lo peor. No sabían precisar si era una cuestión de días, semanas o meses, pero todo indicaba que esa gravedad no daría un paso atrás. «Lo conveniente es que se turnen y no lo dejen solo. Me refiero a las noches. Cuando empiece a ocurrir, no habrá mucho tiempo para avisarles.» Valeria decidió que pasaría todas las noches con Daniel, y así se lo dijo a Jaime.

—Podemos turnarnos, Valeria. Además, creo en la fuerza de Daniel.

—Nadie duda de la fuerza de nuestro hijo. Morirse no es de débiles. Me quedaré por las noches. Tú vendrás por el día, cuando puedas, y yo aprovecharé para descansar un poco.

—Las noches son durísimas aquí.

—Por eso, Jaime. Déjame que lo haga yo.

—¿Por qué esa manía tuya de quedarte sola?

—Jaime, por favor.

—Es que no te entiendo. Me va a reventar la puta cabeza.

—Tú puedes llegar a casa por la noche, hablar con Carmen, tumbarte a su lado, llorar con ella.

—No metas a Carmen en esto.

—No la meto. Precisamente no fui yo quien la metió en esto. Esta pena es nuestra.

—Qué gilipollez, por Dios.

—Sí, una gilipollez como cualquier otra, ¿verdad?

—Quédate las noches de esta semana, y ya iremos viendo. ¿Te parece?

—Vale.

—Bien, Valeria. Gracias.

—Voy a subir a ver qué tal está.

—¿Tú crees que Daniel se va a morir?

—Lo mejor es no pensar en eso.

—Contéstame.

—No se va a morir. ¿Cómo va a morirse nuestro hijo?

—Ya, eso mismo pienso yo.

Este fin de semana no me tocaba tenerlo. No era mi cosa, no era mi asunto.

Este fue el relato de Valeria en aquella cafetería si hubiera tenido que dejarlo escrito:

Saqué un café y me senté en una de las sillas que hay junto a los ascensores. Eran casi las dos de la mañana. Lo hice porque me dolían los tobillos una noche más. Pedí a la enfermera un analgésico y esperé en silencio a que las piernas dejaran de latirme. Di algunas cabezadas. Miré el reloj en tres ocasiones. La segunda vez habían transcurrido veinte minutos desde la primera. La tercera, quince más. Justo en el momento en que había decidido volver a la habitación e intentar dormir un poco, se abrió el ascensor y salió de su interior un empleado de la limpieza. Empujaba un carro. Lo colocó en uno de los extremos y comenzó a fregar el suelo, mientras progresaba en mi dirección. Lo hacía con lentitud, con esmero. Era agradable asistir a esa escena. Abandoné mi intención de marcharme y comencé a contemplar embobada cómo lo hacía. Parecía cuidadoso y rítmico. Conforme avanzaba, deslizaba el carro, escurría y continuaba. Deslizaba, escurría y continuaba. Cuando llegó hasta mí, se sacó de las orejas unos auriculares en los que yo no había reparado, soltó un gran suspiro y se sentó justo en el asiento de al lado. Olía a amoniaco. Todo empezó ahí.

—Buenas noches, señora. Me alegro de que haya alguien aquí.

—Buenas noches. No quiero parecer maleducada, pero lo cierto es que ya me iba.

—Vaya. Es una pena.

—Me espera mi hijo en la habitación.

—Por supuesto. En cualquier caso, ha sido un placer. Yo aguardaré a que se seque el suelo. Pase una buena noche.

—Lo siento. No había caído.

—¿Qué?

—El suelo está mojado aún. Puedo esperar un rato.

—No se preocupe.

—No es molestia. Me sentaré unos minutos más. Si total, me siguen doliendo las piernas.

—Quizá sea por la calefacción. Está alta.

—Pues me está jodiendo de lo lindo.

—¿Es grave?

—No. Simplemente molesto.

—Me refiero a lo de su hijo.

—...

—Perdone la indiscreción. Olvide la pregunta.

—Sí, es grave.

—Lo siento.

—Bueno, creo que aún me quedan esperanzas en el cuerpo. No tiramos la toalla.

—Por supuesto que le quedan. Aquí su hijo está en las mejores manos.

—Quizá eso, a estas alturas, no sea suficiente.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy abogada.

—Perfecto. Los abogados siempre encuentran la grieta por la que alcanzar una duda razonable. De eso va este lugar. He ahí la esperanza.

—No es lo mismo. Esto no se parece en nada a lo que yo hago en mi trabajo.

—Al menos tómese un minuto para pensarlo.

—¿Qué quiere que piense?

—Pues eso. Si los abogados son expertos en buscar esperanza cuando ya apenas la hay.

—Planteado de ese modo tan simple, sí. Pero tampoco se les da nada mal hacerla añicos.

—Bueno, ya nos vamos poniendo de acuerdo. Y eso es algo que le vendrá bien a Daniel.

—¿Cómo ha dicho?

—Que su experiencia con la esperanza le vendrá bien a Daniel.

—¿Cómo sabe que se llama Daniel?

—Usted lo ha dicho antes.

—Creo que no.

—¿Cómo iba a saber su nombre entonces?

—No sé. Por eso le pregunto.

—Lo ha dicho. Créame. Por cierto, me llamo Annas.

—Encantada. Creo que me marcho ya.

—¿Cómo se llama usted?

—Valeria.

—Valeria, aún no se ha secado el suelo. Ve aquella parte de allí, aún está húmeda. Y si se resbala me culparán a mí por no haberlo señalizado con ese indicador que llevo en el carro. Quédese un rato más. En unos minutos tengo que volver al trabajo.

—Está bien.

—Gracias. El turno de noche es muy solitario. Se agradece la compañía más de lo que imagina.

—Ya...

—Perdone. Soy un desconsiderado. Su hijo en ese estado y yo quejándome de mi estúpida soledad.

—¿A qué estado se refiere?

—Me refiero a lo que usted ha dicho.

—Me voy. Ya está bien por esta noche.

—No se vaya, por favor. Siento si la he molestado.

—¿De qué cojones va esto?

—Si sigue levantando la voz nos van a llamar la atención.

—Tengo que irme.

—Lamento que lo haga de ese modo. No he venido hasta aquí para esto.

—¿Y a qué se supone que ha venido?

—Para preguntarle si quiere firmar.

—¿Firmar?

—Siéntese y lo hablamos.

—No voy a sentarme.

—Vale. Pero es necesario que esté tranquila. Si hablamos del asunto tendrá que tomar una decisión. Y no le conviene que los nervios la tomen por usted.

—¿Trabaja para el hospital?

—Ya me ve. Pertenezco al servicio de limpieza de este hospital.

—¿Quién le envía?

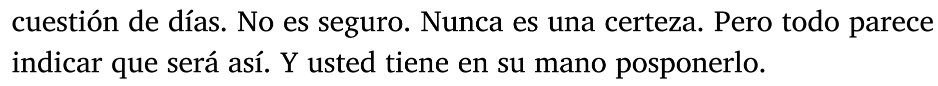
—¿Quién me envía? Nadie. La situación de Daniel. Aunque le parezca muy raro, esto es puro protocolo.

—¿Protocolo?

—Sí, un trámite, una obligación.

—¿Y qué se supone que tengo que firmar?

—Aquí viene lo difícil de encajar en la cabeza de cualquiera. Como ya le ha explicado el médico, que Daniel se nos vaya puede ser


cuestión de días. No es seguro. Nunca es una certeza. Pero todo parece indicar que será así. Y usted tiene en su mano posponerlo.

—¿Se está riendo de mí?

—Nada más lejos de la realidad. Sé lo difícil que resulta entender esto que intento explicarle. Le pido que me tenga paciencia. No pierde nada.

—Mi hijo está muriéndose en una habitación y yo hablando aquí con un tarado. ¿En serio cree que no pierdo nada?

—Todo lo contrario. Depende de usted que saque algo de provecho.

—Esto es un disparate.

—Entiendo que lo vea así. Pero aún no me ha dado la oportunidad de explicarme.

—¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho antes. Alguien que hace su trabajo. Como usted el suyo en el despacho jurídico.

—¿Me estoy volviendo loca? ¿Es eso?

—¿Qué le parece si le explico de qué va esto y luego decide si está o no loca?

—¿Tengo otra opción?

—Siempre. Pero puede que ninguna sea mejor.

—...

—¿Comienzo?

—No sé.

—Si no me pide que lo haga, no lo puedo hacer.

—Está bien. Hágalo de una puta vez.

—No son las palabras mágicas que esperaba escuchar, pero me pueden valer. Se trata de un simple documento. Solo se lo mostraré si decide firmar. Por eso es importante que escuche con extrema atención la única condición del acuerdo y que valore, además, su alcance. ¿Vale?

—Esto es de locos.

—¿Vale?

—Vale.

—Si firma el documento estará liberando a su hijo de la difícil situación en la que se encuentra. Ocurrirá así: el corazón se le detendrá y, pasados unos segundos, volverá a latirle de un modo distinto. Será una imagen hermosa e inolvidable. Daniel, en apenas

unos días, se encontrará bien y volverá a ser ese niño que entrenaba al hockey tres veces por semana. Eso significa que podrán marcharse a casa.

—Esto es una mierda de broma que no tiene gracia.

—Ahora viene la condición. Una vez que Daniel esté bien, alguien de su entorno tendrá que morir. Y cuando digo alguien de su entorno, también la incluyo a usted como posible damnificada. Una vida por una muerte.

—¿Cómo dice?

—Ustedes, los abogados, seguro que bautizarían esta condición con un nombre rimbombante, ¿no es así?

—...

—Cláusula de equilibrio, por ejemplo. O cláusula de los niños. O con un número. Cláusula 07/93

—¿Esto está pasando? ¿Es cierto?

—Tan cierto como que su hijo lleva meses dormido en esa cama. Tan cierto como su soledad. Pero no es cuestión de añadir más hondura al asunto. Sé que es una decisión difícil. ¿Tiene alguna pregunta?

—¿Pregunta?

—Sí.

—Ninguna.

—¿Ninguna?

—¿Puedo ser yo quien muera?

—Puede ser.

—Me refiero a si puedo elegir ser yo.

—Eso no está ni en su mano ni en la mía. De hecho, no creo que lo decida nadie. Le ocurrirá a alguien. Ya está.

—Menudo disparate.

—Puede pensar que es un disparate o puede firmar el documento y salvar a Daniel.

—Y que muera otra persona.

—Bueno. Cosas que ocurren todos los días.

—No por firmar un documento.

—A estas alturas no le voy a explicar las consecuencias que conlleva firmar cualquier acuerdo. Se dedica a eso.

—No sé si todo esto tiene algún sentido, pero creo que nunca podría hacer algo así.

—Esto no es una suposición, Valeria. Es una opción que le estoy dando.

—Una opción injusta.

—Ya salió la justicia. Dígame, ¿recuerda el día que cayó desplomado Daniel en el campo de hockey?

—Lo hago cada día de mi vida.

—¿Y fue justo?

—¿Me está diciendo que le ocurrió a él porque alguien firmó uno de estos acuerdos? ¿Es eso?

—No. Le estoy preguntando si le pareció justo que fuese Daniel el que cayera al suelo, y no otro niño.

—Creo que sé dónde me quiere llevar.

—Mire, Valeria, piénselo. Sé que no es una situación fácil. Pero tampoco es tan terrible. Se trata de su hijo. Supongo que querrá consultarlo con su exmarido, así que tómese unos días para decidir si firma o no. Yo la buscaré.

—¿Volverá?

—Claro. Es mi trabajo. Ahora descanse. Su hijo la necesita.

Valeria, nada más llegar a casa, se echó en el sofá. Semanas atrás, habría ido directamente a darse una ducha y meterse en la cama hasta que el hambre la sacara de allí. Porque esa era la costumbre que habría de traerle algo de equilibrio; la cordura que conlleva cualquier acto rutinario. Sin embargo, esa mañana llegó a casa después de pasar la noche en el hospital, dejó su bolso sobre la mesa de la cocina y se echó en el sofá. Eso fue todo.

Desde aquella conversación en la que Jaime la escuchó hablar sobre la cláusula, apenas habían vuelto a dirigirse la palabra. Sus encuentros en el pasillo del hospital se habían ido transformando en una mecánica que sepultaba cualquier emoción. Supuso que era el precio que se pagaba cuando la lógica de los acontecimientos desaparece para siempre. Pero, por muy desesperado que pudiera resultar su relato, ella sabía lo que había vivido, lo que había escuchado. Y esa certeza se podía vislumbrar al otro lado de sus ojos.

En las noches que sucedieron a aquella conversación, Valeria esperó sentada junto a los ascensores. Consiguió que el sueño saliera de su cuerpo para así convertirse en una extraña centinela. Estaba

convencida de que aquel hombre no tardaría en volver, empujando su carro, desempeñando aquella minuciosa tarea. Entre otras cosas porque a Daniel, en aquel estado, no podía quedarle mucho. Y nadie en su sano juicio plantea un acuerdo si lo que se desea es que la otra parte no lo acepte. Eso lo tenía claro.

Aquella mañana, en la cafetería, Jaime le suplicó que no volviera a hablarle de ese asunto; que si volvía a hacerlo se encargaría de que las cosas fuesen muy diferentes a como lo habían sido hasta el momento. Ella se limitó a escucharlo con cierta euforia en su rostro y no volvió a pronunciar palabra hasta que él se levantó de la silla.

—Jaime, me conoces mejor que nadie. Y yo a ti. Entiendo tu miedo, porque es el mismo que el mío. Sabes que nunca jugaría con algo así.

—Buenas noches, Valeria.

—Pensé que no vendría.

—¿Por qué no iba a venir? Es mi trabajo.

—No sé. He llegado a creer que esto solo estaba en mi cabeza.

—Pues con más motivo. ¿Ha decidido qué va a hacer?

—Sí.

—¿Y?

—Voy a firmar.

—Vale. Creo que hace lo correcto.

—¿De verdad?

—Daniel es un niño maravilloso. Y no se merece pasar por esto. A usted no le tocaba estar con él aquel día.

—No quiero pensarlo mucho más.

—Este es el documento. Léalo con calma. Aunque no dice nada diferente a lo que ya le expliqué. ¿Tiene un bolígrafo?

—Sí.

—Firme aquí. Con eso será suficiente.

Valeria escuchó el sonido lejano del teléfono. Abrió los ojos e intentó ubicarlo en el espacio. «Está en la cocina. Dentro del bolso.» Se incorporó y fue en su busca con la ligera embriaguez del sueño abandonado antes de tiempo. Justo cuando dio con el teléfono, este

enmudeció. Vio que era la tercera llamada perdida de Jaime y se decepcionó al comprobar que aún era capaz de dormir profundamente. Llenó un vaso de agua, dio un trago, se enjuagó la boca y escupió en el fregadero. Entonces, con el miedo acariciando desde su interior, devolvió la llamada.

—¿Valeria?

—Sí.

—Te he llamado varias veces.

—Me he quedado dormida. Lo siento.

—Tienes que venir.

—¿Tengo que ir?

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Acaba de ocurrir.

Un caballo

Treinta y ocho

Comodoro Rivadavia es una implacable ciudad a la que regresaría todos los años que me queden de vida si no estuviera a más de once mil kilómetros de mi casa. Marcada por los vaivenes del precio del petróleo y de la mayor o menor fortuna en el hallazgo de yacimientos, ha crecido como una red tejida con seda y alambre. Al sur de la Patagonia argentina, se va extendiendo desde el fondo del océano hasta casi abrazar por completo el cerro Chenque, bautizado así por los pehuenches, los tehuelches o los mapuches. Esta ciudad parece una res recién sacrificada. Su panza está abierta de par en par por dos grandes carreteras de las que emerge un entramado de calles y avenidas de un tiempo distinto al mío. O eso he anotado en mi cuaderno de viaje. Ambas, tanto la principal como la que va junto a la costanera, se acaban uniendo para desembocar en Rada Tilly, un pueblo formado por chalets y construcciones de lo más eclécticas donde nos hemos hospedado mientras recorríamos el sur. En Comodoro, la mayoría de barrios no tienen otro nombre que un número. En el mejor —o peor— de los casos, los bautizan con los cegadores apellidos de un prócer o un militar destinado y muerto en la Patagonia. El viento, en invierno, es constante, afilado, indígena, y corre helado partiéndoles los ojos a los perros y gatos que allí, tan al sur, en su mayoría, son libres hasta que mueren de hambre o de viejos. La gente putea casi por cualquier motivo. Todo el tiempo. Parecen felices haciéndolo y derivando palabras que más que escucharse se ven elevarse en el aire. Por la corrupción política, por la inseguridad ciudadana, por el destartalado criterio urbanístico, por la selección nacional de fútbol, por el precio del agua mineral, por la escasez de subvenciones culturales, por la gente que muerde la teta del Estado, por la pusilánime queja del europeo, por la humillación militar y espiritual que trajo la pérdida de las Malvinas, por la reparación de la memoria histórica, por la caza de brujas a destiempo, por el cerrojazo de los ricos bancos de los pobres, por la invasión de

los inmigrantes, porque están matando a las mujeres, por los pueblos indígenas de la cordillera, porque ese mate ya está rancio, por el cambio del peso, del euro y del dólar, porque hay muchos pobres atascando las aceras, porque hay demasiados ricos cagando en las instituciones, porque el café de esta mañana estaba horrible, porque te tengo dicho que el matambre no se hace así, por la reputa madre que parió al compañero gordo del laburo, por la incapacidad de los funcionarios, por las coimas a la policía, por la izquierda ensimismada, por la derecha desalmada, por el tráfico endemoniado, porque el sistema sanitario es calamitoso y porque la educación ya no es lo que era, si es que algún día fue algo distinto a lo que hoy es. Hay quien se queja de la gente que no deja de quejarse en ningún momento. Mientras estuve allí me quejé de cosas que, en realidad, nunca me importaron en esa magnitud. Y lo hice porque aprendí que putear también es parte de un folclore identitario, saludable y liberador. Como tomar mate, aflautar la voz o llorar por Maradona.

Desde nuestro regreso, una nueva alegría ha germinado en el salón de casa. T. ha regresado feliz. Un optimismo desmedido le brota como una flor carnívora en algún punto de su cuerpo. Yo, asustado, no puedo dejar de imaginar un reactor nuclear en el centro de su cabeza, generando esa energía poderosísima de consecuencias milagrosas. ¿Cuánto tiempo tardará en producirse la fusión del núcleo? ¿En qué momento esa alegría mudará su estado de sólido a líquido? ¿Acabará la nostalgia arrasándolo todo? Sé que, llegado ese momento, no habrá préstamo personal que amortigüe la catástrofe.

Treinta y nueve

Transcripción / Pascual / Extracto / Cuarta y última parte:

PASCUAL: ¿Y Bruto?

YO: ¿Qué pasa con ese?

PASCUAL: Pues que si vas a hablar con todas las partes, quizá debas hacerlo también con él.

YO: No te cansas... ¿Hablas en serio?

PASCUAL: Muy en serio.

YO: ¿Qué tiene que ver con todo esto?

PASCUAL: No me jodas, Juanma.

YO: Te estoy preguntando.

PASCUAL: Vale, te lo explico por si te has quedado atrás. Después de tantos años, él sigue manteniendo que te vio aquella mañana charlando con Eduardo muy cerca de la balsa.

YO: ¿Todavía seguimos con esas?

PASCUAL: No seguimos con nada. Pero creo que si, tal y como dices, te quieres aproximar a las distintas versiones, la de Bruto fue una de las más consistentes.

YO: No me seas hijo de puta, Pascual. ¿Quieres tocarme los huevos? ¿Versión consistente? ¿Crees que estuve cascándosela a Eduardo debajo de la higuera? ¿Esa es la consistencia de la que estás hablando?

PASCUAL: Yo no creo eso. Pero la credibilidad, lo queramos o no, se la da y se la quita la gente del barrio. Y mucha acabó asumiendo que tú habías hablado con él esa mañana.

YO: Lo que a la gente le gusta creer es otra cosa. Tú lo sabes tan bien como yo. No seas cínico.

PASCUAL: Lo que está claro, Juanma, lo quieras o no, es que tu relato de aquella mañana no coincide con el resto de las versiones. Y cuando hablo del resto de las versiones también me refiero a la de tus padres o a la de la policía. Ya han pasado muchos años y la gente está

en su derecho de relajarse un poco, de suavizar los rigores de esa confidencia. No tengo la menor duda de que tú no tuviste nada que ver con aquel desastre. Creo que nadie alberga esa idea. De verdad. Pero las cosas no fueron como contabas con catorce, quince y dieciséis años. Y es por eso que me pregunto por qué has decidido abrir este melón si nunca te ha gustado hablar sobre el asunto. ¿T. lo sabe?

YO: Claro.

PASCUAL: ¿Y le parece bien?

YO: Por supuesto.

PASCUAL: Entonces perfecto. Adelante.

YO: No te entiendo.

PASCUAL: Hace un año o año y medio, cenando en tu casa, me preguntó sobre este tema. Le preocupaba.

YO: ¿Qué le preocupaba exactamente?

PASCUAL: No lo sé. Me dijo que, navegando por internet, habías leído algo sobre el asunto y que te había trastornado. Entonces le contaste qué ocurrió aquella mañana, porque ella, hasta ese momento, no sabía nada de Eduardito.

YO: ¿Y tú qué le dijiste?

PASCUAL: Que había pasado demasiado tiempo y que me extrañaba que aquello pudiera afectarte aún. Es curioso, pero tuve la sensación de que ella sabía más que yo. Supongo que ya te rondaba por la cabeza la idea de escribir esta novela.

YO: Ahora mismo solo tomo apuntes.

PASCUAL: ¿Qué le contaste a T.?

YO: Lo que ya sabes. Que cuando tenía catorce años encontré a un vecino del barrio ahogado en una balsa y que para mí no fue fácil la convivencia después de aquello.

PASCUAL: Ya. ¿Y qué leíste en internet para que tuvieras que contárselo a T.?

YO: Una soberana gilipollez.

PASCUAL: Soy todo oídos, chaval.

YO: Un periodista se ha autoeditado un volumen sobre misterios y demás mierdas sobrenaturales de Andalucía.

PASCUAL: Sí. Creo que mi hermano tiene ese libro.

YO: Pues léelo.

PASCUAL: Venga ya.

YO: Ha incluido el ahogamiento de Eduardo entre sus páginas. No

tiene ni zorra idea, claro. Se ha puesto a relatarlo con un sesgo esotérico que bien podría la niña de la curva arrancarle las pelotas de un bocado.

PASCUAL: ¿Te nombra?

YO: Más o menos. En un momento del relato, dice que el cuerpo de Eduardo fue hallado por un niño del que apenas se ha sabido nada. Asegura que escuchó varios testimonios de vecinos del barrio y que ninguno fue capaz de darle el nombre de ese extraño y desdibujado personaje. ¿Con quién cojones habrá hablado este sujeto para que no le dieran mi nombre? Lo peor es que, a partir de esos mimbres, enarbola una teoría en torno a la mítica y decisiva figura del «infante revelador». ¿Has oído hablar de ella?

PASCUAL: En mi puta vida.

YO: Vas a alucinar. Escucha. Partiendo de sus procelosos años de estudio, ha concluido que en un gran número de desgracias, un niño o niña, «el infante revelador», se cruza con alguien y le facilita información decisiva sobre un trágico episodio. En este punto, según su teoría, hay que diferenciar entre dos tipos de infantes. El infante revelador FFWD, que informa sobre una tragedia que está por producirse. Y el infante revelador REW, que informa sobre hechos ya consumados.

PASCUAL: No me jodas. ¿Eso no es de los radiocasetes antiguos?

YO: Claro.

PASCUAL: Entonces, tú eres un infante revelador REW, ¿no?

YO: Sí. Bueno, no. Según la teoría de Bruto, yo sabía que Eduardo iba a morir ahogado en aquella balsa. Así que también tengo algo de infante FFWD. Lo que nunca supe es si su hipótesis era que yo lo maté.

PASCUAL: No.

YO: ¿No?

PASCUAL: No. Lo que cuenta Bruto es que Eduardo no sabía nadar. Que se cayó a la balsa, te pidió ayuda y te quedaste paralizado sin saber qué hacer. No solo afirma haberte visto de pie en el bordillo. También dice que habló contigo cuando Eduardo ya estaba en el fondo.

YO: ¿Eso te ha dicho él?

PASCUAL: No.

YO: ¿Quién te ha contado eso?

PASCUAL: La gente.

YO: ¿Qué gente?

PASCUAL: Qué gente va a ser. Toda la gente, Juanma.

YO: Qué hijos de puta.

PASCUAL: Creo que Bruto habló días después de aquello con Tijeras-padre.

YO: ¿Para qué?

PASCUAL: No sé. Lo obligarían en su casa. Es comprensible, ¿no crees?

YO: Entonces contó que vi cómo se ahogaba y Tijeras-padre nunca nos dijo nada ni a mis padres ni a mí. ¿Es eso lo que me quieres decir? ¿Te das cuenta del calibre de esa chorrada?

PASCUAL: ¿Tú qué sabes si habló o no con tus padres? Además, ¿qué podías hacer en una situación como esa? ¿Tirarte al agua y acabar ahogándote también?

YO: ¿Te estás escuchando?

PASCUAL: ¿Qué pasa ahora?

YO: Todos tenéis vuestro propio relato sobre lo que ocurrió aquella mañana. Todos menos yo. Es irritante, Pascual. La persona que estuvo allí ha sido desposeída de su versión de los hechos. ¿No te parece una buena razón para empezar a contarla?

PASCUAL: Juanma, tú contaste ya tu versión. No lo olvides. Para que vuelvas a contar lo mismo no hace falta que escribas un libro. En eso estarás de acuerdo conmigo, ¿no? Y si lo vas a hacer de otro modo, solo servirá para reconocer que mentiste. Párate a pensar, por Dios. ¿Qué te hace creer que esta vez será distinto? ¿Cómo estás tan seguro de que la interpretación no será aún más disparatada? ¿O quieres disculparte? ¿Es eso? ¿Buscas algún tipo de perdón?

YO: Qué cojones voy a querer disculparme, Pascual.

PASCUAL: ¿Y de qué se trata entonces?

YO: No lo sé. Todavía no lo sé.

Cuarenta

Días antes de viajar a Argentina quedé con mi amigo Pardo, también escritor, para tomar un par de decisiones sobre una antología poética que nos ha encargado la Diputación. Lo esperé en el bar de siempre, tomándome unas cervezas y comiéndome unas huevas de jibia y unas bravas infernales. Cuando llegó, recién salido del trabajo o recién duchado o recién nacido, vete a saber, se mostró tan hambriento como yo saciado. Así que, mientras él bebía y comía con fruición, me pedí una copita de moscatel y empecé a contarle con palabras, silencios y aspavientos la novela sobre la que ya había empezado a trabajar. El alcohol y el azúcar me impulsaron muy arriba. Él, en cambio, no dijo mucho. Pero viéndolo comer de ese modo pensé que la gula no tenía por qué taponarle la razón; que él siempre había sido un hombre de escribir un poema mientras marca un gol o replantea los aperos para un arroz con liebre. Así que continué con mis explicaciones hasta que se limpió la boca con una servilleta, tosió implosivamente, pidió una lágrima de moscatel y comenzó a hablar sobre los criterios que debíamos fijar para trabajar en la antología. La borrachera que pillamos fue de las de llorar hasta por la pérdida del verso rimado.

Ya llevaba doce días en Comodoro Rivadavia cuando recibí un correo de una amiga en el que me avisaba eufórica de que Pardo me citaba en un artículo. Durante apenas unos segundos, la alegría y la vanidad me empañaron las gafas. Tiene su aquel que, desde allende los mares, uno reciba la noticia de que es citado por un colega al que se admira y se sigue. Insisto: aunque esa emoción no fuera más allá de un instante. Mi amiga se despedía con una frase que me desmanteló partícula a partícula: «A mí también me dan miedo las balsas». Cuando leí eso, sentí que el cerebro se me cuarteaba como cuando meas en la arena del desierto en pleno verano. ¿Qué había contado Pardo en ese artículo? Lo cierto es que no recuerdo si le advertí de que todo cuanto le iba a confiar era secreto de estado. Pero para qué hacerlo. Hasta el momento, nunca había sido necesario. A fin de

cuentas, no era la primera vez que nos mostrábamos las arenas movedizas y literarias en las que habíamos hundido los pies. A más de once mil kilómetros de distancia de Pardo, lo recordé deglutiendo bravas, champiñones a la plancha, hueva de jibia y riñoncitos al jerez, protegido por esa indiferencia con la que el acto de comer y beber te adormece. Pinché en el enlace con el que se cerraba el correo. Leí. Este fue el texto.

Miedo a las balsas

Cuando Juanma Gil y yo éramos niños nuestras respectivas madres querían que tuviéramos miedo, ese era su objetivo de madres almerienses, acojonarnos. Cuanto más miedo tuviéramos, mejor. Y como ninguna de las dos había leído artículos sobre los terrores nocturnos en *Ser padres hoy* y no tenían ni la más remota idea de si la palabra *traumatizar* se escribía con hache intercalada o no, no se plantearon otra posibilidad para protegernos que mantener unos niveles tolerables de terror. Nuestras madres sabían, porque sus madres antes se lo habían enseñado a ellas, que el miedo es una niñera, y que si este planeta estaba lleno de cobardes era debido a una cuestión adaptativa, razón por la cual les importaba una mierda que nosotros tuviéramos pesadillas con el hombre del saco, con el mantequero, con el coletas, el bigotes o con el lobo de Caperucita, a ellas tanto les daba; la cuestión es que los miedos que invocaban cumplieran con eficacia su trabajo: amedrentar, proteger, salvarnos de algo que no había ocurrido y que, aunque probablemente nunca sucedería, no estaba de más contemplarlo como una funesta posibilidad. Y digo todo esto porque en el siglo pasado nuestros barrios estaban rodeados de balsas, como Oslo está ahora rodeado de lagos. El peligro mayor al que entonces los niños del extrarradio podíamos enfrentarnos eran las balsas, balsas llenas de ova, como un mar de los Sargazos que atrapaba, en plan Escila y Caribdis, a los marineros infantiles. ¡Cuidado con las balsas!, esa era la advertencia. Visto desde la perspectiva actual parece algo un poco ingenuo, pero las balsas eran entonces lo que ahora son los pederastas en internet, depredadores, agujeros negros, horizontes de sucesos, arenas movedizas que se tragaban a los niños.

Como Juanma y yo éramos dos niños muy bien mandados jamás nos bañábamos en las balsas que circundaban nuestros barrios, nos quedábamos en el borde mirándolas con resignación, intentando comprender a las balsas y a las madres. Sabíamos que para estar dentro de ellas necesitábamos apoyarnos sobre los hombros de gigantes, como hizo Newton. Estábamos seguros de que jamás llegaríamos a estar más a salvo que sobre los hombros de nuestros padres.

Cuarenta y uno

Con apenas veintitrés años, recién licenciado en Filología Hispánica, la Fundación Antonio Gala me concedió una beca de creación en Córdoba. Estuve viviendo nueve meses en un convento que una vez perteneció a la orden de los Dominicos, repensado y reformulado por el estudio del arquitecto Rafael de la Hoz, con el único objetivo de que me sentara a escribir a diario. Aquella fue la primera promoción de una historia cuyo relato todavía continúa. Resultó ser un tiempo hermoso y emocionante, en el que conocí a personas de un talento incuestionable, abracé la reproducción por esporas y me descubrí, por primera vez, creyéndome que algún día sería escritor.

Después de desayunar junto al resto de residentes, me encerraba en mi habitación e intentaba escribir todo el tiempo que podía. Me decía a mí mismo, una y otra vez, que la clave fundamental era la disciplina. Que para eso estaba ahí. Que de eso se trataba. Pero lo innegable era que la emoción, especialmente durante los primeros meses, era lo más parecido a un espontáneo corrimiento de tierras. No era capaz de quedarme quieto ni una puta hora. Estaba deseando levantarme de la silla, buscar a algunos de mis compañeros, salir a recorrer la ciudad, visitar la filmoteca, asistir a los muchos recitales que por entonces tenían lugar en salas, patios y bares, hablar con los escritores, pintores y músicos que nos visitaban con regularidad y no irme a la cama hasta bien entrada la noche. Así hasta que alguien tocaba la campana en el claustro, avisando de que el desayuno ya estaba servido un día más y se podía volver a empezar. Conforme fueron pasando las semanas, aprendí a sobrellevar los embates de la holganza creativa. Fui capaz de aprovechar las mañanas para escribir y las tardes para leer, documentarme y corregir. En cambio, las noches me las reservaba, sin hacer excepción, para no separarme de algunos de los residentes; era mi deseo disfrutar de aquella honda y luminosa compañía.

Recuerdo el olor a almazara nada más salir de mi habitación

rumbo al desayuno. Recuerdo el color y la pose descansada del naranjo en una esquina del patio del claustro. Recuerdo la temperatura del agua al meter la mano en la fuente central. Recuerdo el calculado bullicio de mis compañeros entrando y saliendo de la biblioteca y de los talleres. Recuerdo la compañía silenciosa y necesaria del bibliotecario. Recuerdo el timbre de voz de cada uno de los empleados que allí trabajaban. Recuerdo el antiquísimo chirrido del cerrojo de la puerta principal del convento. Y, sobre todo, por encima de cada una de estas cosas, recuerdo el timbrazo del teléfono público que habían colgado muy cerca del salón de recreo.

Una tarde, poco antes de la cena, mientras leía tirado en la cama, escuché sonar el teléfono y, a los pocos segundos, la voz de mi amigo Ramón extendiéndose como una onda visible. «¡Juanma Gil, es tu madre!» Solía hablar con ella una vez a la semana porque era mi enlace familiar. Bajé dando saltos y, cuando llegué al teléfono, Ramón se había marchado —supongo que al taller de pintura— y me había dejado el auricular apoyado en una silla. La conversación progresó por los mismos derroteros de siempre. Mi madre preguntaba y yo respondía. ¿Estás comiendo bien? ¿Vas a volver a salir en la tele? ¿Ya has escrito la novela? ¿Vienes este fin de semana? Pero ella, en aquella ocasión, añadió una pregunta que, aún no siendo novedosa, se dibujaba como un inexorable horizonte de sucesos. «¿Sabes quién se ha matado esta misma tarde?» Eso dijo. Y, claro, ¿cómo demonios iba a saberlo? Por el modo de plantearlo, acababa de ocurrir y yo estaba a más de trescientos kilómetros del teléfono desde el que me hablaba. Y es que ella siempre ha sentido fascinación por ese estado vertiginoso que genera una pregunta imposible de responder. Al menos a priori.

—¿Qué dices?

—Que si sabes quién se ha matado esta tarde.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Ay, yo qué sé, hijo. Como ahora estáis siempre con el internet.

—¿Y?

—¿Qué?

—Que me digas quién se ha muerto.

—Más que morirse se ha matado.

—Mamá, por Dios. No lo hagas.

—¿Qué pasa ahora?

—Me estás poniendo de los nervios.

—Hijo, para una vez a la semana que hablamos... Parece que te molesta todo lo que digo.

—No es eso.

—Pues parece que sí lo es.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

—Nada, mamá. Perdona. Cuéntame, por favor.

—Si tampoco es tan importante.

—Ya te he pedido perdón, mamá.

—No me tienes que pedir perdón, hijo. Solo te preguntaba que si ya sabías quién se ha matado esta tarde.

—No lo sé.

—Iván.

—¿Qué Iván?

—Ese que era medio delincuente. El que robó las cornetas y los tambores en la Asociación de Vecinos.

—¿El Tusmadres?

—Se ha matado.

—¿Cómo que se ha matado?

—El pobrecillo se ha destrozado.

—¿Se ha suicidado?

—Su abuela está hecha un trapo. Qué lástima, Santo Dios. Porque ya sabes que ella lo ha criado y que la madre es una viva la virgen.

—¿Pero qué le ha pasado?

—Acuérdate de que su abuela también se muere este año. Ya está mayor. De esta no sale viva.

—Mamá, no empieces.

—Cómo que no empiece, si me has pedido que te lo cuente. Cada vez te pareces más a tu padre.

Cuarenta y dos

No sé si fue mi fatalismo literario o mi pesimismo hipocondriaco lo que me condujo al error. Desde que la biopsia descartara que nuestra vida se iba a la mierda por un tumor, y el doctor le diagnosticara a T. una infección viral y un impreciso hígado graso, las cosas han cambiado sustancialmente en casa. Sigue manteniendo su postura de oposición frontal a la novela que llevo entre manos, pero, de un modo mucho más conciliador, apaga la televisión y se encierra en el dormitorio cada vez que me siento a escribir. Deduzco que mi comportamiento durante nuestra estancia en Argentina ha contribuido de una forma más o menos decisiva a esa mejora en la convivencia. En Comodoro cenamos con su amiga de la infancia y adolescencia Yanina y su marido. Cenamos con su amiga de la infancia y adolescencia Naty y su marido. También nos juntamos todos —las tres parejas— para cenar marisco oceánico en dos ocasiones. Cenamos con un amigo de mi suegro y todos los miembros de su familia directa. Cenamos con los Covalschi, los propietarios del apartamento en el que nos habíamos alojado. Ya en Buenos Aires, cenamos con su amiga de la infancia y adolescencia Andrea. Cenamos con su amiga de la infancia y adolescencia Fernanda. Cenamos con su madrina. Y, por supuesto, cenamos con los Collazo una y otra vez. En ninguna de esas cenas abandoné el buen talante y las cuidadas formas. Me mostré hablador, interesado por las conversaciones que me brindaban, lisonjero con los vinos y la carne que servían, fascinado por la tierra y la luz patagónicas y dispuesto a esconder el cansancio en cualquier circunstancia. T., consciente de mi faraónico esfuerzo, tan impropio de mi natural mezquindad, me agradeció en el vuelo de regreso la afabilidad con la que me había comportado durante toda la estancia. Jamás en mi vida me he sentido tan despreciable y ruin. Allí, en ese momento tan ingrávido, era un mierda sentado en ventanilla con vistas a la noche. En mitad de un vuelo transoceánico, a más de treinta mil pies de altura, deseé que el avión reventase en mil pedazos

y que yo fuera la única víctima mortal. Menudo cretino. Conseguí dormirme al cuarto gin-tonic. Justo después de que T. pronunciase entre sueños el nombre de un viejo amigo suyo, con el que, por cierto, también tuvimos ocasión de cenar.

Cuarenta y tres

Estábamos hospedados en el Faro de Punta Delgada, en Península Valdés, cuando le conté a T. que Pardo había publicado un artículo sobre el miedo a las balsas y que, además, me mencionaba expresamente. ¿Cómo reaccionaría? ¿Estaría a la altura de las circunstancias? Esas eran mis dudas. Le confesé que, aunque no había desvelado nada sobre mi futura novela, no pude evitar sentir una profunda decepción. Estuve a punto de utilizar otra palabra. Nada de decepción y esas mierdas. Tampoco tristeza o irritación. Lo que me pedía el cuerpo era hablar de ira. Eso es. Pero quizá estaba en uno de los pocos lugares del mundo donde la rabia o la ira están vacías de significado. No tienen razón de ser. No existen. Son palabras muertas, si es que algún día llegaron a nacer.

El camarero me trajo unas milanesas a la napolitana y una cerveza de medio litro. En cambio, a T. le sirvió un bife de chorizo con puré de batata y una copa de Malbec. Mientras dejaba los platos sobre la mesa, el pobre intentó dar un sutil tajo en el ambiente para ver si se abría y vislumbraba una conversación futura, pero se marchó sin más respuesta que una carcajada de T. y un estiramiento de labios por mi parte.

Nos empleamos a fondo con aquella comida. Teníamos un hambre desmesurada. La mañana la habíamos dedicado al avistamiento de ballenas francas y la tarde a pasear entre elefantes marinos. Cada actividad en un punto opuesto de la península. De modo que el almuerzo lo habíamos solventado con un «sanguchito de miga de salame» y un refresco que nos hizo llegar a la noche con vida, pero sin alegría. Solo cuando empezamos a saciarnos y el alcohol nos había calentado los ojos, T. estimó oportuno iniciar la conversación. Yo, por mi parte, ya habría seguido callado hasta el desayuno. Quizá hasta el almuerzo del día siguiente. Pero uno, por desgracia, no es un molusco, aunque a veces cumpla todos los requisitos.

—Quizá te lo dijo.

—¿Quién?

—Pardo. Puede que te avisara de que escribiría sobre el asunto de las balsas.

—No lo hizo.

—¿Quién sabe?

—¿Cómo que quién sabe? Yo lo sé. Estaba con él.

—Aquella noche llegaste a casa como una cuba. Estabas destrozado de tanto alcohol.

—Recuerdo todo lo que ocurrió.

—Recuerdas lo que recuerdas. Y eso no es lo mismo que recordarlo todo.

—Pardo podría haberme escrito. Avisarme de que iba a publicar ese texto.

—A lo mejor te lo dijo aquella noche.

—Ya te he dicho que no.

—Pues a lo mejor quería darte una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Hay buena gente en el mundo.

—Le cuento de qué va mi novela y él, sin preguntarme siquiera, publica un artículo donde ya aborda ese tema. Hombre... No sé yo... En cualquier caso, una sorpresa sí que es.

—Entonces perfecto.

—¿Qué es perfecto?

—Que un amigo como Pardo te prepare una sorpresa.

—¿Te estás burlando?

—No.

—Es lo que parece.

—¿Qué problema tienes, Juanma? Estamos en el fin del mundo, rodeados de maras, guanacos, ñandúes, zorros colorados y, con suerte, algún puma. ¿No te ha gustado esa milanesa? ¿Y la cerveza? ¿Estaba caliente? ¿Contemplar las ballenas no ha sido una de las cosas más hermosas que hayas hecho en tu vida? Estoy convencida de que Pardo no ha escrito ese artículo con la intención de joderte. Tú lo conoces mejor que yo. Es un buen tipo. Así que, cariño, afloja un poco. Te lo pido sin atisbo de ironía. Aquí cualquier asunto literario tiene la misma trascendencia que esas bolitas negras que cagan las liebres patagónicas. Y eso no es malo. Porque precisamente es por eso, entre otras cosas, por lo que hemos decidido venir desde el otro lado del

océano. Para que nada nos importe más que este hotel y esta noche. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Vale, cariño. Te lo agradezco.

—¿Nos vamos ya a la habitación?

—Perfecto. Nos tomamos una copa y vamos. ¿Te parece?

—Yo te espero allí.

Cuarenta y cuatro

La muerte del Tusmadres me licuó el cerebro. Durante algunos días no fui capaz de escribir ni una sola palabra. Con la excusa de no dormir bien por un asma alérgica, dejé de asistir a los actos que la propia Fundación Antonio Gala organizaba en la capilla del convento y en la sala de arcos. Me dediqué a estar tumbado en la cama y, solo cuando caía la noche, salía a pasear por la Judería con la costumbre del sonámbulo. Iván, que se había casado con una funcionaria de prisiones y tenía una hija de un año según el tensado relato de mi madre, había empezado a trabajar en una planta de tratamiento de residuos. «Volvió al camino del Señor», apostilló mi madre. Esa tarde desde la que hablábamos por teléfono, poco antes de terminar su jornada de trabajo, intentó desbloquear una de las incomprensibles máquinas de procesado. Los dientes y las cuchillas de acero tiraron de él y no hubo modo de detener aquella ceremonia. Quedó en tal estado que los forenses fueron incapaces de ofrecer a la familia los restos desprovistos de la basura con la que acabó enredado para siempre. Tenía treinta y dos años.

Según la taxonomía sobre decesos que mi madre ha desarrollado a lo largo de su vida, las personas mueren, las matan o se matan. Para ella, solo con aquellos que nos dejan por causas naturales puede emplearse el verbo «morir». A estos finados se los lleva Dios siguiendo los protocolos y los controles de calidad establecidos. Si alguien muere a manos de otra persona o animal, se puede considerar que «lo han matado», aunque se trate de una bala extraviada en un coto de caza o que el elefante del circo no viera al bebé antes de tomar asiento. En cambio, y esto es lo que siempre me resultó sorprendente, entre los que «se matan» no solo incluye los casos de suicidio. También les encuentra hueco a los fallecidos por accidentes, sean de la naturaleza que sean. Un resbalón, una descarga eléctrica, un escape de gas, una salida de la calzada, un trozo de carne en la garganta, un alambre oxidado. Da igual. Todos se han matado. Por eso consideró en su

momento que Eduardo Huergo se había matado y por eso consideró años después que Iván había hecho lo mismo. Matarse. «¿Sabes quién se ha matado esta tarde?»

He hablado con mi madre sobre este asunto en alguna ocasión. Más para entenderla que para provocar cambio en su clasificación. Y no sé si he llegado a alguna conclusión que me haga encajar su postura con un mínimo de naturalidad. Aquella tarde, mientras sujetaba el auricular del teléfono público de la Fundación, mientras ella estiraba la tensión como un hilo de baba, creí que algo se calcificaba en mi cabeza. Estaría mintiendo si dijera ahora que sentí pena por la muerte de Iván. No tendría sentido que escribiera algo así. Sencillamente tuve la sensación de que en aquella máquina de tratamiento de residuos se trituraba también una parte de la mañana en la que encontramos a Eduardo en el fondo de la balsa. Al menos el punto de vista de Iván, su versión de los hechos. Y eso se tradujo en una pesada responsabilidad que iba a descansar sobre mis hombros para siempre. Quizá supe en aquel momento, no lo sé, que algún día escribiría la historia de Eduardo Huergo y la balsa del Paraje de la Costumbre. Mi verdad, claro. Una verdad de un color intenso, con las mismas propiedades de un caleidoscopio, con la efectividad de un péndulo, con la dureza de un cuarzo y con el poder seductor de un barbitúrico. Una verdad que calcinara el resto de verdades. Por los siglos de los siglos. Amén. Ya está.

—Juan, el pobre se ha quedado como un paté a las finas hierbas. Esta navidad yo no pongo de eso en la cena. Hay que respetar.

Cuarenta y cinco

Los viernes suelo ir a comer a casa de mis padres. Es una ley consuetudinaria que no siempre cumplo porque me empeño en dibujar mi vida como un cohete del que ya es imposible apearse. En la mesa del comedor —sala suprema o capitular de la casa— ocupamos los mismos lugares. Mi padre en una de las cabeceras. Mi madre en un lateral, frente a mí. Y en la otra cabecera, la silla vacía de mi hermano, poco dado a los cónclaves familiares. Hablamos del menú de ese día, forzados por mi madre, que siempre tiene la distorsionada impresión de que nunca comemos lo suficiente, a pesar de que a mi padre le han diagnosticado un repunte de la glucosa y a mí me han advertido de los inquietantes niveles de colesterol y triglicéridos en sangre. Informo a mi madre de que quienes pasan hambre no sufren de estas anomalías tan del primer mundo. «Niño, tú cada día comes menos y peor. Eres como tu padre. ¿Es que ahora no te gusta el calamar en aceite? ¿Es que le pasa algo a ese conejo con patatas panaderas? ¿Es que has comido alguna galguería antes de venir? Estás cambiando, Juan. Te lo digo. Ya está.» Lo cierto es que muy raras veces sobra algo de lo que cocina. Y, aun así, nos sigue entrando un postre casero o un canasto de fruta. Es entonces cuando nos dejamos abducir por el tema que nos fascina. Desde siempre. Por lo que sé, el interés que sentimos por esta conversación tiene su origen en las raíces más hondas de nuestro árbol genealógico.

—Papá, ¿ha pasado algo en el barrio? ¿Se ha muerto alguien?

—Sí. Pero no sé si lo conoces.

—¿Quién?

—El hijo mayor de Amadís.

—A Amadís lo conozco.

—Pero el muerto ha vivido mucho tiempo en Barcelona. Era policía allí.

—¿Y qué le ha pasado?

—Al principio creían que era un telele. Pero qué va... Un derrame

cerebral.

—Pobre.

—Pues a tu madre no le da pena.

Este era el momento exacto en el que mi madre cogía las riendas de la conversación y la doblegaba hasta que caía mansa y rendida a los pies de su silla. En ese momento pronunciaba unas palabras muy concretas. «Ya está.» Como quien levanta acta, da fe o concluye un salmo responsorial. «Ya está.» Y yo he abrazado esas palabras desde que tengo uso de razón. Las he hecho mías. Porque creo que no se puede aportar más en menos. Decía «ya está» y, efectivamente, más allá de eso solo había nada, misteriosa materia inexplicable. Basura cósmica.

—Es que tu padre va de comprensivo con la gente de la calle. Yo no digo que no me dé pena. Lo que pasa es que otros me dan más pena que el hijo de Amadís.

—Mamá, por favor. Se acaba de morir.

—Porque Dios ha ordenado que pique billete. A ver si voy a tener yo la culpa.

—No tienes la culpa. Pero espero otra cosa de ti. Vas a la iglesia con la vecina todas las tardes de domingo.

—Cierto. Y el mencionado difunto no la pisaba ni en la Misa del Gallo.

—Yo tampoco la piso.

—Pero ya lo hago yo por ti.

—¿Y de dónde te viene tanta tirria?

—Yo no le he tenido tirria a nadie en mi vida. Es solo que no me tiene que gustar todo.

—¿Quién ha hablado de gustar? No te entiendo, mamá.

—Ya sois dos. Tu padre y tú.

—Mamá...

—Por cierto, ¿sabes quién está muy malico?

—¿Quién?

—Está ingresado en la Cruz Roja. Así que...

—Mala señal. ¿Quién?

—Este sí que me tiene el estómago estrujado. Qué lástima me da.

—Mamá, ¿quién es?

—De él tendríamos que estar hablando ahora.

—Ya lo hacemos, mamá. Tú no paras.

—Buschemi. El de los dúplex de enfrente.

—No me jodas. ¿Y está muy enfermo?

—Juan, malico. Si ya te lo he dicho. Han mandado llamar a la hija que vive en Cáceres.

—¿Y qué tiene?

—Qué va a ser. Lo que todo el mundo, Juan. Lo que todo el mundo. Ya está.

Eso que todo el mundo acaba teniendo, según mi madre, se llevó por delante a mi vecino Buschemi. Mi padre me llamó por teléfono para avisarme. «Ya sabes que es tu madre la que lleva estos asuntos, pero me ha pedido que te lo diga yo. Buschemi ha guiñado los ojos. Quiere saber si puedes acercarnos al tanatorio.» Y allí, expresándole nuestras condolencias a la viuda, fue cuando vi entrar en la misma sala a Tijeras-padre. Por entonces, la idea de escribir este o cualquier otro libro relacionado con Eduardo Huergo era inexistente o yo, al menos, no había sabido interpretar las señales. Así que la conversación que mantuvimos un rato después en el mismo bar del tanatorio fue muy distinta a la que habría propiciado hoy. Por desgracia, murió año y medio después que Buschemi. De lo mismo. O de algo muy parecido. También se puso malico y también mandaron llamar a su hijo que vivía en otra ciudad. Eso me dijo mi madre un viernes, mientras nos comíamos un potaje de jibia.

Cuarenta y seis

Conseguí el teléfono de mi profesor de ciencias de Bachillerato. Me lo dio un compañero que durante algunos meses trabajó en mi instituto como monitor. Se encargaba, auspiciado por los fondos de la Unión Europea, de vigilar a alumnos con conductas perjudiciales para el entorno académico; los clásicos revienta pelotas que en otros sistemas educativos han perdido el pelo de las patillas. No guarda un buen recuerdo de ese tiempo. Lo invité a un café, buscó el número en su agenda telefónica, lo anotó en un papel y se cagó en los muertos de aquel alumno que le prendió fuego a su mochila mientras aún la llevaba colgada en la espalda. Yo no entendí nada, la verdad. Me dijo, además, que mi profesor se había jubilado hacía un año y que recientemente, para su desgracia, había enviudado. No aportó mucho más al tema. Se dedicó a reflexionar sobre unas monedas virtuales en las que había invertido todos sus ahorros y que, aunque la cotización no iba del todo mal, le habían hecho perder el sueño, la libido y la sombra.

Tuve que llamar en siete ocasiones, en diferentes días y en momentos distintos, al teléfono fijo que me apuntó en el papel. Llegué a pensar de todo. Que aquel no era su número, que había dejado el auricular mal colgado, que se había muerto mientras dormía o se preparaba un puré de verduras, que no quería hablar con nadie, que mi compañero lo había advertido de que un exalumno lo llamaría o, incluso, que marcaba el teléfono una y otra vez, pero en realidad aquello solo ocurría en mi imaginación. Durante esos días mi neurosis fue a más. Jubilado, viudo, depresivo, medicado, alcohólico, senil, abandonado, solo, sepultado en inmundicia, olvidado. Estuve a punto de llamar al servicio de emergencias para avisar de la delicada situación en la que se encontraba el Pensacola. Pero una mañana sonó mi teléfono y era él. Al parecer, acababa de volver de pasar unas semanas en la casa de su hija y, al llegar, se había encontrado mis siete llamadas perdidas. Y digo al parecer porque nunca descarté por

completo esa hipótesis del abuelete de piel medicamentosa abandonado a su suerte.

Le expliqué quién era. Obviamente, no me recordaba. Le hablé de sus inspiradoras clases, de mi trabajo de mineralogía y del cuaderno de notas que aún conservaba. Pero apenas dijo nada al otro lado de la línea. Entonces abrí la puerta de mi última opción. Le conté que estaba escribiendo un libro autobiográfico para un gran grupo editorial en el que me centraba, *grosso modo*, en aquellas personas que habían marcado alguna etapa de mi vida. Entre ellas, *grosso modo*, estaba él desenvolviéndose en aquel laboratorio de ciencias. Le expresé mi deseo de concertar un encuentro en el que pudiéramos charlar sobre aquella época; sobre mis recuerdos y sus impresiones. Y, en un doble tirabuzón final, antes de que respondiera a mi proposición, le solté que la dureza no debía confundirse con la resistencia o la fortaleza; que la dureza, a veces, conllevaba fragilidad; y que entendía que estuviera pasando por un momento delicado, difícil, pero que la historia que estaba escribiendo, de alguna forma, podía ofrecerle algo de alivio. También *grosso modo*, claro. El silencio posterior me aflojó las piernas. Se quedó callado hasta que le pregunté si seguía al otro lado. Entonces habló. «Te invitaría a tomar un café en casa, pero la tengo hecha una mierda. Un día me la precinta Sanidad. Si no te parece mal, quedamos en la cafetería que hay al lado del Círculo Mercantil. Ya no va nadie. Ponen una música horrible y hay luces azules y violetas. Ahí podremos hablar. Además, la camarera tiene tatuajes.»

Cuarenta y siete

No fue necesario hablar con la prima de Carmela Huergo para averiguar su paradero. Pascual, a mi vuelta de Argentina, me llamó y me dijo que estaba viviendo en Aledo, un pueblo ubicado en Sierra Espuña, a menos de doscientos kilómetros de Almería. «No tienes excusa. Ve y habla con ella. Está a tiro de piedra.» Y lo cierto es que una parte de mí, o todo yo, deseó que hubiese rehecho su vida en cualquiera de las muchas islas y atolones del Pacífico. Agradecí su espontánea gestión y le pregunté de dónde había sacado la información. «De Facebook, Juanma. No veas cómo se ha puesto Carmelita Huergo. Cuando puedas, échale un vistazo a su perfil.»

Cuarenta y ocho

No voy a decir que una decisión como la de escribir ese artículo sobre las balsas sitúe a Pardo en una posición similar a la de Bruto. No sería justo con nadie. Ni siquiera con el propio Bruto. Pero tampoco voy a negar que ese acto fue lo más parecido a dejar caer en mi estómago una semillita de raíces largas y agrias. Cuando volvimos de Península Valdés, de nuevo en Rada Tilly, mientras T. almorzaba con sus excompañeras del equipo de hockey, salí a la calle a buscar una cabina telefónica. Hacía un frío propio del mesolítico. El viento patagónico se escurría entre las costuras, conseguía ir más allá de la camiseta térmica, se alojaba en los dedos de las manos y de los pies, y te cosía con fuerza las sienes a la mandíbula. Caminé más de cuarenta y cinco minutos hasta que di con un teléfono en el exterior de una gasolinera. Un tiempo más que suficiente para demostrarme que aquel acto no era un espasmo muscular. La decisión respondía a una necesidad profunda. Vital, diría yo. O profesional. Era mejor dejarlo hecho ya. Para qué posponerlo. Así que ahuequé la garganta y marqué su número.

—¿Es usted Juan Pardo?

—Sí, soy yo.

—Llamo desde la comisaría. Tiene que pasarse por aquí a contestar algunas preguntas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo siento, no puedo decirle mucho más.

—¿Está todo bien?

—Lo siento.

—¿Le ha pasado algo a mis hijos?

—...

—¿Sigue ahí?

—Sí, sigo aquí. Pregunte por el oficial Fierro.

—¿Es por mi pareja? ¿Está bien?

—Lo siento, Juan. Venga lo antes posible. ¿Tiene alguien que

pueda acompañarlo?

—Sí.

—Entonces nos vemos ahora.

Cuarenta y nueve

Transcripción / Profesor Pensacola / Extracto / Primera y única parte:

YO: ¿Le importa que grabe nuestra conversación?

PROFESOR PENSACOLA: Ya lo estás haciendo.

YO: No. Aún tengo que darle al botón rojo.

PROFESOR PENSACOLA: Vale. Como veo que los números avanzan en la pantalla.

YO: Ya, pero no. Aún tengo que darle al botón rojo.

PROFESOR PENSACOLA: Muy bien.

YO: Hice mi último curso de instituto hace más de dos décadas. Supongo que aquello estará muy cambiado.

PROFESOR PENSACOLA: Bastante. Fíjate que cada mañana, nada más despertar, como quien dice una oración en voz alta, mando a tomar por culo ese lugar. Mi esposa, que en paz descanse, cerraba mis palabras con un ceremonioso amén. Entonces, después de mear, preparábamos el desayuno.

YO: Me dijo Julián que su mujer falleció hace poco. Lo siento.

PROFESOR PENSACOLA: ¿Qué Julián?

YO: Fue un monitor de alumnos complicados.

PROFESOR PENSACOLA: Coño, Julián. Ya sé de quién me hablas. Pobre chaval. Quería que lo llamáramos Jules.

YO: ¿Jules?

PROFESOR PENSACOLA: Cosas de artista.

YO: No guarda un buen recuerdo de su paso por ese instituto.

PROFESOR PENSACOLA: Lógico. Ni siquiera lo guardo yo. No sé si te lo contó. Le dio una patada en la boca a un alumno y le saltó cinco dientes. Al parecer creía que le había quemado la mochila, pero en realidad había sido una alumna a la que ni siquiera conocía. Lo echaron, por supuesto.

YO: No tenía ni idea.

PROFESOR PENSACOLA: Sí, no es mal tipo. Tiene sus cosas. Como

todos. Ahora intenta estafar a pobres desgraciados con un tema de unas monedas virtuales.

YO: Joder con Julián.

PROFESOR PENSACOLA: Pues tendrías que haber visto al alumno con la boca reventada y la cara de pánico. Lo más divertido es que ese mismo día llegó el padre con la intención de matarlo y se dio media vuelta escoltado por los conserjes, porque Jules estaba dispuesto a dejarlo también sin dentadura. Aun así, como te he dicho, no es un mal tipo.

YO: Ya veo.

PROFESOR PENSACOLA: Es que aquello se ha convertido en una pesadilla horrible. Los profesores somos el váter de la administración, de los padres y de los alumnos. A diario se cagan en todo lo que pensamos, decimos y hacemos. Demasiada mierda para tan poca vida. Y lo más doloroso es que, probablemente, muchos de esos padres de alumnos, e incluso algún inspector educativo, pasaron por mi laboratorio de ciencias. Así que supongo que he puesto mi granito de arena en este desastre colectivo.

YO: Yo pasé por allí.

PROFESOR PENSACOLA: Eso está bien. Es mejor pasar por un laboratorio de ciencias que no pasar nunca. Pero aún no puedo descartar que tú también seas un retrasado mental como ellos.

YO: Intentaré aparentar que no.

PROFESOR PENSACOLA: No te lo tomes a mal. Los últimos diez años han sido horribles. ¿Tú crees que la patada en el hocico solo la soltaba Jules? No, esa patada la dábamos todos. Daba igual que ese alumno no hubiese prendido fuego a su mochila. Eso era lo de menos. Porque estaba sobradamente demostrado que el niño era un sádico hijo de la gran puta que nos estaba haciendo la vida imposible. Fue un acto ejemplarizante. Puede parecerte exagerado, pero después de aquel episodio celebramos un almuerzo para agradecer a Jules lo que había hecho por la comunidad educativa. Asistieron profesores de otros institutos, pusimos dinero para hacerle un buen regalo, contratamos un grupo de música que versionaba canciones de los ochenta y el jefe de actividades extraescolares le preparó un vídeo que recordaba su corta estancia en nuestro claustro. Fue muy emotivo. Lloró. Lloramos todos, qué cojones. Pero bueno, supongo que no hemos quedado para hablar de esto. Así que tú dirás.

YO: Podemos hablar de lo que queramos, de lo que vaya surgiendo.

PROFESOR PENSACOLA: Entonces voy a ser sincero contigo. Me parece lo más honesto. Lo cierto es que no te recuerdo. No sé quién eres. Son demasiados años, claro, pero he buscado entre mis cuadernos y no he dado con tu nombre. Los guardo todos, por cierto. Y si para tu libro son útiles, no me importa prestártelos. O dártelos para siempre, da igual. Ahora confío en que tú seas capaz de refrescarme la memoria.

YO: ¿No aparezco en sus cuadernos?

PROFESOR PENSACOLA: Yo no te he encontrado.

YO: Vale… Ahora no sé muy bien por dónde empezar.

PROFESOR PENSACOLA: Cuéntame, por ejemplo, quiénes eran tus compañeros de clase. A lo mejor así te ubico.

YO: Manuel Muñoz, Fernando Cabeo, Víctor Cayuela, Harry Duck…

PROFESOR PENSACOLA: Hombre… Con alguno de ellos he tenido relación después de que se marcharan del instituto. Sé que Harry vive en Barcelona y trabaja para una multinacional importante.

YO: Sí. Tiene cuatro hijos.

PROFESOR PENSACOLA: ¿Y tú?

YO: Ninguno.

PROFESOR PENSACOLA: Sigo sin ubicarte. Cuéntame más.

YO: No pasa nada. Lo esencial es que yo sí lo recuerdo a usted. Fue importante para mí durante aquel curso.

PROFESOR PENSACOLA: ¿Y has cambiado mucho físicamente?

YO: Bastante. O eso me dicen. Por aquel entonces tenía el pelo largo y me parecía a Kurt Cobain.

PROFESOR PENSACOLA: No sé quién es.

YO: Nadie. Uno que se pegó un tiro antes de tiempo.

PROFESOR PENSACOLA: ¿Era profesor?

YO: No.

PROFESOR PENSACOLA: ¿Qué te parece si me resumes de qué va ese libro que estás escribiendo para una gran editorial?

YO: Bueno, todavía no es un libro. Ahora mismo estoy recopilando material para escribirlo. Apenas unos apuntes.

PROFESOR PENSACOLA: ¿Pero es autobiográfico?

YO: Sí. Pretende serlo.

PROFESOR PENSACOLA: ¿Cómo que pretende serlo?

YO: Trabajando en este libro me he dado cuenta de que no es fácil ser autobiográfico. Me lo están poniendo muy difícil.

PROFESOR PENSACOLA: Lo ves… Por fin esto empieza a ponerse interesante.

YO: Obviamente tengo mis propios recuerdos. Mi memoria alberga hechos concretos sobre los que gravita este libro. Pero cuando me he puesto a indagar, una vez que he podido contrastar varios testimonios, me he dado cuenta de que las versiones nacen de una oposición radical.

PROFESOR PENSACOLA: Dicen que la memoria es una mentira más.

YO: ¿Y usted está de acuerdo con eso?

PROFESOR PENSACOLA: ¿Cómo no voy a estar de acuerdo? Si tengo una memoria llena de acontecimientos de dudosa veracidad. Aunque a mí, como imaginarás, la verdad nunca me ha importado. Me produce pereza. Creo que está sobrevalorada.

YO: Es la segunda vez que me lo dicen en poco tiempo. Una escritora con la que hablé hace unos meses afirmó algo parecido.

PROFESOR PENSACOLA: ¿Y qué le dijiste tú?

YO: Que, en el fondo, nuestra vida es un relato.

PROFESOR PENSACOLA: ¿En serio le dijiste eso?

YO: Creo que sí.

PROFESOR PENSACOLA: Eso es una mariconada, ¿no crees?

YO: Bueno…

PROFESOR PENSACOLA: Y has venido a comprobar si el relato que tú tienes en tu cabeza se corresponde con el que yo tengo en la mía.

YO: Algo así.

PROFESOR PENSACOLA: Bien. Pero tenemos un problema.

YO: Sí, lo sé. Que usted no me recuerda a mí.

PROFESOR PENSACOLA: Así es.

YO: Ya sabemos entonces que serán dos relatos distintos. ¿Le parece que empiece yo?

Cincuenta

Hace ya algunas mañanas T. me pidió que le dejara leer algo de lo que llevaba escrito. Me quedé mirándola desde el umbral de la puerta de la cocina, con la taza de café en una mano y la cadena del hijo de puta del perro de su padre en la otra. A estas alturas de la relación, su buen humor me sigue desconcertando. Nunca sé cómo interpretarlo. En ocasiones pienso que se trata de una evolución sofisticada de la ironía argentina. Y muchas otras veces lo catalogo como ese sereno trinar de pajarillos que precede a una catástrofe natural. En cualquier caso, sea como fuere, el humanismo matutino es mejor refugio que el desapego de la batalla. Así que procuro disfrutarlo desde la certeza de que existen tiempos y espacios muchísimo peores. Le dije que le enviaría a su correo lo que hasta ahora merecía la pena ser salvado de las fauces de la papelera de reciclaje. Y ella me devolvió una sonrisa y un «estupendo, cariño» que me secó la boca.

Esa misma mañana, en cuanto tuve un hueco, comencé a descartar aquellos textos que podían conllevar controversia. Yo sé defender como un guerrero mi única patria: la tranquilidad. Al final pude enviarle alguna página suelta en la que hablaba de nuestro viaje a Comodoro y de la conversación con mi profesor de ciencias. El resto del día lo dediqué a vislumbrar en el horizonte cómo podían acabar las cosas con T. Y lo cierto es que ni con mi pronóstico más retorcido hubiese podido adivinar el pequeño cataclismo que produjo en ella.

Me encontré la casa vacía bien entrada la tarde. Como única fibra de vida, apenas una lámpara encendida junto a la estantería principal del salón. Dejé mi cartera sobre la mesa, conecté la radio al hilo musical y me di una larga ducha. La periodista Àngels Barceló conversaba con un científico que había descubierto una molécula o una proteína o un gen o un átomo, ya no recuerdo qué, cuyo comportamiento errático favorecía la aparición del alzhéimer en pacientes relativamente jóvenes. Relataba cómo uno de los investigadores del departamento que él dirigía, de apenas cuarenta y

cinco o cincuenta años, tampoco lo recuerdo con exactitud, había empezado a desarrollar la enfermedad. Aquello fue durísimo para todos sus compañeros. A esa edad el mal suele progresar de un modo devastador y ellos, por supuesto, conocían de qué manera iba a vaciarlo de dentro afuera. Sin embargo, gracias al trabajo diarístico o documental que fue realizando este pobre hombre en los primeros estadios de la enfermedad, el equipo de científicos consiguió adentrarse en espacios que hasta el momento le había resultado inaccesibles. Anotó en multitud de cuadernos sensaciones físicas, emocionales e intuitivas, fue capaz de describir con rigor poético las primeras ausencias, radiografió a lo lejos la luz de su propia desaparición y precisó sobre el papel los primeros latidos de la bestia. Puede que el relator no lo contase con estas mismas palabras, pero la sustancia, más o menos, era esa. O eso creo. Cerré el grifo de la ducha y, al poner el primer pie en la alfombrilla, me di cuenta de que había olvidado preparar una toalla. Algo de miedo sí que sentí.

El ruido de platos y cacerolas alcanzó el baño de la habitación. Supuse que T. ya había llegado de donde quisiera que hubiera estado, y así era. Cocinaba con brío un pastel de choclo, mientras se bebía una copa de vino blanco y miraba la televisión. El pastel de choclo, para quienes no lo sepan, es una espesa pócima argentina que lleva huevo, mantequilla, leche, harina, maíz, nuez moscada, sal y pimienta, y es muy probable que su consumo esté duramente sancionado por el Comité Olímpico Internacional. Aspiré su aroma dulzón y energético desde mucho antes de entrar en la cocina. Cuando me puse frente a ella y la besé despacio, observé que me sonreía, pero que en su cara ya no quedaba ni rastro del buen humor matutino. El viento patagónico se lo había llevado.

—¿Qué tal el día, amor?

—Bien. Me he apuntado al gimnasio con mi amiga Tania.

—Pero Tania ya va al gimnasio desde hace años, ¿no?

—Sí, eso quiero decir. Que me he apuntado con ella a su gimnasio.

—Suena prometedor.

—Sí.

—¿Queda vino?

—Aún hay un poco en el frigorífico.

—Ese gimnasio es el que está a siete kilómetros de casa, ¿no?

—¿Y?

—Que tenemos uno a cuatrocientos metros.

—Pero en ese no está apuntada Tania.

—A lo mejor a Tania no le importa cambiarse de gimnasio.

—Ya... ¿Vienes con hambre?

—Sí.

—Este choclo es para el almuerzo de mañana, pero puedo preparar lo que te apetezca. ¿Qué quieres?

—No te preocupes. Cortaré un poco de queso y sacaré el paté de aceitunas. ¿Has podido leer lo que te envié?

—Sí.

—Es poco texto, la verdad, pero es que en cuanto empiezo a corregir nada me convence.

—Acabas de empezar. Ten paciencia. Me ha gustado cómo hablas de Argentina y, especialmente, de Comodoro. Ya sé que solo es literatura, pero aun así.

—Bueno, esa parte es cierta. Me gustaría volver pronto.

—Ojalá lo hagamos.

—¿Tú quieres queso o prefieres que prepare otra cosa? He dicho queso y paté porque ya sabes que me encantan, pero puedo hacer algo caliente.

—Queso está bien.

—Vale.

—¿Me has grabado alguna vez?

—¿Cómo dices?

—Que si alguna vez has grabado nuestras conversaciones.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Es solo una pregunta.

—Por supuesto que no te he grabado. Nunca lo haría sin tu consentimiento.

—¿Sin mi consentimiento? Qué raro suena.

—¿Lo dices por lo de mi profesor de ciencias?

—No lo digo por nada. Solo lo digo. Lo pregunto. Me quedo más tranquila.

—Pues puedes estarlo porque no te he grabado.

—Sin problema, Juanma. ¿Has gastado toda el agua del termo?

—No.

—El pastel de choclo está listo. Voy a darme una ducha.

—Para una ducha seguro que hay agua caliente. Habría que plantearle a la casera que nos pusiera un termo de mayor capacidad. ¿No crees? Este es diminuto.

—Creo que mejor me espero un rato, ¿no?

—Sí, podríamos cenar un poco de pastel y luego te duchas.

—Ya te he dicho que es para mañana.

—Pues queso y paté. Y vino. ¿Abro otra botella?

Cincuenta y uno

Lo llamo Bruto. Es obvio que ese no es su nombre. También rebauticé otros personajes. Pero qué importancia tienen en literatura cuestiones como esta. Lo he cambiado por otro que considero mucho más natural. Bruto. Semilla de traición. Carne de rata. Lengua de vieja bruja. Treta de bandolero. Bruto tiene dos hijos —una niña de doce y un niño de siete— y está casado con una mujer que no es del barrio, con todo lo que ello supone. Nunca nos hemos hablado. Ella y yo. A lo sumo nos hemos mirado cuando las circunstancias adoptaron forma de embudo. Ya me dijeron en su día, y no me lo creí, que le faltaban algunas asignaturas para licenciarse en Psicología y que su madre era médica de familia. Cualquiera sabe qué es verdad y qué no, viniendo de quien venía aquella información. Lo que sí era incuestionable era su belleza. Ojos profundos, boca generosa, una chispa de cintura y una cadera que era un parque acuático en pleno verano. Cuando me enteré de que estaban juntos, supe dos verdades antagónicas: que ese capullo no se la merecía y que ya la había dejado embarazada.

Los padres de Bruto, ya con la primera nieta en camino, le cedieron una casa y un local en la parte trasera. Hasta ese momento tuvo tiempo de dar tumbos dentro y fuera de Almería. Pero la primera hija, la casa y el local, como digo, terminaron llegando a sus manos, y ahí fue donde todo mudó, ahí fue cuando montó el bar que regenta a día de hoy con más o menos fortuna. Se llama Bar El Cáncamo, que es como se apodaba su abuelo por parte materna. Ese hombre fue quien dejó el heraldo sobre la puerta de esa familia. Porque por parte de padre todos eran unos inútiles. Y el hijo es la prueba irrefutable de que la estirpe es de rama gruesa.

No puedo decir que me haya tomado una mala cerveza acodado en esa barra. Nunca he entrado. Ni siquiera para sacar tabaco de la máquina que hay en la misma puerta. Supongo que como otros muchos vecinos del barrio. Pero tengo la impresión de que mi ausencia pesa más que la sombra de quienes sí lo frecuentan. Las

razones son obvias. Al menos para mí. Por todo cuanto ha ocurrido entre él y yo. Por aquella pelea en la que nos enzarzamos, por las historias envenenadas que fue contando, por la venganza que me cobré y por cuanto vino después. Por los silencios también, claro. Por todo lo que nunca nos dijimos.

Desde que me entrevisté con Pascual, tengo la sensación de que él vislumbra con más nitidez que yo el camino que debo tomar cada vez que me siento delante del ordenador. De hecho, cuando termina una de sus intervenciones con un «de eso va este nuevo libro, ¿no?», procuro parapetarme detrás de un frágil, impreciso y locuaz silencio. Con ese movimiento me siento a salvo. Por eso lo miro como si fuera a revelarme una verdad cifrada, algo que a mí se me ha estado escapando por más que me haya demorado en su interpretación última. Pero Pascual, como siempre, da un giro a su discurso y yo me extravío y siento que desaparece el suelo bajo mis pies y vuelvo al punto de partida. Así una y otra vez. Me recrimina que me sumerja en las aguas turbias de aquella balsa. Me acusa de zarandearlo todo con un afán narcisista. Me expresa su preocupación por los efectos que todo esto pueda causar en mí. Y también me facilita el paradero de Carmela Huergo del mismo modo que me recomienda que escuche la versión de Bruto. Como si todo formase parte de una misma cosa: la muerte de Eduardito.

Si nunca atravesé la puerta del Bar El Cáncamo, no veo por qué tendría que hacerlo ahora. Si nunca le pedí que me sirviera una cerveza, no entiendo por qué habría de sentarme frente a él a escuchar lo que no tuvo cojones de decirme a mí. Si nunca le deseé cosa buena a ese hombre, no sé por qué ahora iba a mirarlo a los ojos y estrecharle la mano. Aquella historia del Paraje de la Costumbre la escribiré yo. No él. Quizá de eso vaya este libro, Pascual. De quién deja dicha o escrita la última palabra. Si es que eso existe. Si es que es posible decir algo por última vez, y seguir vivo.

Cincuenta y dos

T. ha entrado en mi estudio después de meses sin siquiera acercarse a mi mesa, a mis papeles, a mis libros.

—¿Me has grabado, Juanma?

—¿Otra vez con eso?

—¿Sí o no?

—Que no, cojones, que no.

Cincuenta y tres

Está apoyada en la pared de una casa vieja. La ruina o la sombra de un lugar abandonado ya. Esconde las manos detrás de la espalda y mira hacia la derecha. El pelo, largo, ondulado y negro, se lo ha recogido en la parte alta de la cabeza, como si un puño invisible lo sujetara con fuerza. Viste una camiseta azul de manga corta, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas. La luz de ese día parece convertirlo todo en un interminable campo de trigo. Pero en realidad, junto a la casa, lo que hay es una pequeña callejuela con un coche que alguien ha oxidado a fuerza de olvido. A ella no se le aprecia el rostro con la nitidez que me gustaría. Sé que su peso es superior al mío. Sé que es mucho más alta que yo. Sé que sus piernas son más fuertes que las mías. Sé que en ese momento su tranquilidad es más grande que mi tranquilidad.

Así es como me encuentro a Carmela Huergo en Facebook. Miro una y otra vez su foto de perfil, como si estuviera contemplando un recorte de un periódico del futuro. La última vez que la vi fue un mes después de que muriera su hermano. Ya han pasado veinticinco años desde aquel día. Mi madre me había pedido que comprara una caja de Calmante Vitaminado en la farmacia y, nada más entrar, me di cuenta de que ella estaba junto al mostrador. Me puse tan nervioso que, con la torpeza de un borracho, me desvié hasta la báscula, subí en ella, introduje una moneda y esperé a que me diera el papelito con el peso y la estatura. Justo cuando iba a cogerlo, Carmela me tocó el hombro e hizo una mueca con la boca. Una mueca de burla. O de tristeza. O de resignación. O de asco. O de nada. Se quedó callada un buen rato, esperando a que dijera cualquier gilipollez de las mías. Pero yo lo único que buscaba desde mi silencio era perder el conocimiento en ese preciso instante. ¿Qué mejor lugar que una farmacia? ¿Dónde mejor que a los pies de aquella niña? Finalmente, creo que por el bien de todos, empezó a hablar ella. Lo hizo mientras me bajaba de la plataforma. Dio un pasito hacia atrás y habló de la misma forma que

tantas veces lo había hecho. No fui capaz de encontrar por ningún lado el cadáver de su hermano bajo el agua, ni a ella reconociéndolo al levantar la manta, ni a su madre clavándole una aguja en el muslo o en el hombro. Y eso que puse toda mi atención en cada palabra que pronunció. Fui amontonándolas en algún lugar de mi memoria, como quien apila leña, sabedor de que el invierno está a la vuelta de la esquina.

—¿Cuánto pesas?

—La máquina dice que cincuenta y ocho kilos.

—Yo peso más.

—Es que yo creo que la máquina está rota.

—No creo que la máquina esté rota. Podemos preguntarle al farmacéutico si quieres.

—Qué va. Paso.

—No deberías perder el dinero en máquinas que están rotas. O que pienses que están rotas. ¿No crees?

—Es que necesito el peso y la estatura para hacerme la ficha del fútbol.

—¿Y cuánto mides?

—Un metro con sesenta y cuatro centímetros.

—¿También mide mal?

—No. Eso sí está bien.

—Pues soy dos centímetros más alta que tú.

—Vale.

—No tiene importancia. Solo lo digo para que lo sepas.

—Lo que tienes que hacer es apuntarte al fútbol tú. Como eres tan alta...

—Podría. No creas que no lo haría bien. Mis piernas son más fuertes que las tuyas. Pero es un deporte estúpido. Ya te darás cuenta algún día.

—Tranquila. No te enfades.

—Yo estoy muy tranquila, Juanma. Más que tú.

Mientras contemplo la foto de Carmela recuerdo aquel momento como un pequeño pliegue en el espacio-tiempo de lo que estaba por suceder. Tres o cuatro días después de nuestra breve conversación me enteré de que los Huergo se habían marchado del barrio. Que su madre había cerrado las puertas y las ventanas de esa casa y habían cogido un autobús con destino a una ciudad del norte, donde tenían

un pariente que era arquitecto o político. Así que el rostro, el peso, la estatura, la fortaleza de sus piernas y esa tranquilidad se quedaron en mí como un fósil vegetal. Por eso su cuerpo, apoyado en aquella desconchada pared, me sigue pareciendo un fotograma del futuro, algo que siempre está por ocurrir. Como si aquel día, justo cuando ella abandona la farmacia y me deja con mi papelito del peso y de la estatura, alguien entra y me revela esa escena: algún día Carmela será una mujer muy hermosa y habitará un interminable campo de trigo.

Cincuenta y cuatro

Yo escribí:

Hola, Carmela. Soy Juan Manuel Gil. Fuimos compañeros de clase en el Colegio Público San Bernardo. Espero que no te moleste este mensaje después de tanto tiempo. Si es así, cómo no, vayan mis disculpas por adelantado. No es necesario que sigas leyendo. Bórralo. Y acepta, por favor, un saludo y el deseo sincero de que todo te esté yendo bien. Si has alcanzado estas palabras —ojalá que sí—, puede que no lo vayas a borrar sin leerlo completamente, y eso me alegra muchísimo. Ha llovido bastante desde la última vez que nos vimos, desde la última vez que hablamos. Así que no sé muy bien por dónde empezar. Supongo que lo más adecuado es ir al grano y, si las circunstancias lo acaban propiciando, ya tendremos tiempo de contarnos qué ha sido de nuestras vidas. A día de hoy, entre otros menesteres nada exóticos, me dedico a escribir libros que lee muy poca gente. Ahora, de hecho, estoy trabajando en uno que rebusca en mis años de infancia y adolescencia. O eso creo yo. Es un intento de reflexionar sobre la realidad, la ficción y la memoria, y el relato que somos capaces de construir a partir de esos tres yacimientos. La cuestión es que, en esta primera fase de escritura, me estoy entrevistando con algunos amigos de esa época. Así compartimos y contrastamos recuerdos. Ya te advierto de que es muy probable que no acabe siendo un buen libro, tal vez ni siquiera un libro a secas, pero te garantizo que todas estas conversaciones han deparado momentos hermosos y, si se me permite, entrañables. Mi propuesta es que, si a ti te parece bien, nos veamos en el lugar que me digas y el día que decidas para que podamos charlar un rato. La entrevista no suele durar más de hora y media, pero, para serte sincero, puesto que llevamos tanto tiempo sin saber el uno del otro, me encantaría tener la oportunidad de almorzar o cenar contigo. Por supuesto, puedes ir acompañada. Espero que esta invitación no te suponga incomodidad alguna. No es esa mi intención. Creo que eres una parte esencial de

este libro. Al menos tu memoria y tu testimonio. Como te dije antes, espero que la vida te haya tratado bien. Un abrazo. Juanma.

Cincuenta y cinco

Transcripción / T. / Extracto / Primera y única parte:

YO: He pensado en todo eso.

T.: ¿De qué hablas?

YO: Lo de escribir el libro. Le he dado vueltas a tus advertencias y a las de Pascual.

T.: No sé si empezar esta conversación es una buena idea.

YO: Por supuesto que lo es. ¿Por qué no iba a serlo?

T.: Porque nos conocemos, Juanma. ¿Cómo que te has metido en la cama ya? Es temprano.

YO: Estoy agotado y quiero leer un rato. A lo mejor debería de tomar algún suplemento vitamínico. ¿Tú qué dices?

T.: Yo qué sé. Eso es cosa tuya.

YO: Ya.

T.: Pero no te lo tomes a mal. Es que no sé si eso de las vitaminas funciona.

YO: Quizá le pida un análisis al médico. Hace tiempo que no me hago un chequeo.

T.: ¿Qué has pensado sobre las advertencias?

YO: Puede que estéis en lo cierto.

T.: Me alegra escuchar eso. No sabes cuánto. Aunque soy muy consciente de que probablemente no signifique que vayas a abandonar este libro.

YO: Estoy barajando todas las posibilidades.

T.: ¿Entonces?

YO: Antes de tomar una decisión quiero volver sobre el tema.

T.: ¿Conmigo?

YO: No hay nadie más aquí.

T.: Qué misterioso todo.

YO: Si no te apetece, lo podemos dejar para otro momento.

T.: No.

YO: De verdad, no pasa nada. Lo dejamos.

T.: Que no. Que puede ser ahora.

YO: ¿Qué es lo que te asusta de este libro?

T.: No me asusta nada. Me preocupas tú. Me preocupa cómo te pueda afectar la reacción de la gente del barrio cuando lo lea.

YO: Pero es una novela, T.

T.: ¿Vas a volver con eso? Claro que es una novela. O no. Porque, a lo mejor, que sea o no una novela no lo decides tú sino los lectores o la crítica o los editores. Es una historia con nombres y apellidos, con desgracias reales que están en las hemerotecas y en internet y en la memoria de algunos. Es el callejero vivo de tu adolescencia. Bueno, no solo de la tuya. Y, en el colmo de esa nueva ficción, te has dedicado a grabar la voz y las palabras de muchas de esas personas. ¿Crees que cuando lean sus testimonios pensarán que eso que tienen entre manos es una novela?

YO: Antes de grabar les he advertido a todos de qué iba el asunto.

T.: ¿Me puedes decir cuál ha sido tu advertencia?

YO: Que estaba escribiendo un libro sobre aquellos años.

T.: ¿Un libro o una novela?

YO: Un libro. Pero ellos saben que escribo novelas.

T.: Ya... Si alguien se acaba sintiendo ofendido, va a ser difícil explicarle que es posible escribir ficción solo con hechos, lugares, personas y testimonios reales. Más aún si se trata de su propio nombre y de sus palabras literales.

YO: Siempre podré decir que se trata de autoficción.

T.: La autoficción es cosa de escritores acomplejados. Esto no lo he dicho yo. Es de tu cosecha.

YO: Entonces, ¿dejo de escribirla? ¿Crees que ese argumento justifica que abandone aquí?

T.: Sí. Por supuesto. Pero si no te parece suficiente, te puedo dar otro.

YO: Adelante.

T.: ¿Pascual sabe lo que ocurrió aquel día?

YO: No te entiendo.

T.: Sí me entiendes. ¿Pascual sabe que Iván estaba contigo?

YO: No. Eso solo lo sabes tú.

T.: ¿Y de eso va este libro? ¿De contar de una vez por todas qué ocurrió en aquella balsa?

YO: Y yo qué cojones sé de qué va el libro. Una novela no va de una sola cosa, ¿no? ¿Qué os pasa a todos con el tema del libro? Tengo la necesidad de contar esta historia. Vale. ¿Y? Eso no implica que quiera hablar de mí. Hablar de mí es solo el pretexto para narrar algo.

T.: Sublime. Más de veinte años guardando un secreto que ni siquiera confesaste a la policía o a tus padres. Más de veinte años contándole a la gente que solo te asomaste y lo viste, que tú eras el típico niño que pasaba por ahí en el típico momento equivocado. ¿Cómo crees que se tomarán que ahora, tanto tiempo después, confieses que los hechos no ocurrieron como contaste en su momento? ¿Qué te dirán cuando todo el mundo sepa que no estabas solo, que te metiste en el agua, que encontraste el cuerpo de Eduardo atado a los bloques de hormigón? ¿Crees que no habrá consecuencias? ¿Cómo reaccionará la familia del Tusmadres cuando conozcan esta nueva versión de los hechos? Por no hablar de los familiares del ahogado. Si crees que bastará con poner en la primera página del libro que se trata de una ficción y que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, te equivocas.

YO: No tengo pensado poner ninguna nota que me exima de nada. ¿Por quién me tomas?

T.: Pues ya lo hiciste en la última novela.

YO: Me obligó la editora. Es algo muy distinto.

T.: Dime una cosa, Juanma. Acotemos esto. ¿Qué es exactamente lo que has pensado sobre las advertencias que te hicimos? Porque tengo la impresión de que te encuentras en el mismo punto que hace unos meses.

YO: No tengo claro si ese riesgo del que me hablas es la verdadera razón de ser de esta historia. O, como dices, una cagada monumental.

T.: Es una cagada. Por supuesto que es una cagada. Una cagada de dimensiones cósmicas. Pero no solo lo pienso yo, también tu amigo Pascual. Hazle caso a él si mi opinión te parece insuficiente.

YO: Pascual apenas sabe nada. Lo más que le preocupa es que Carmela Huergo vuelva a sufrir con todo esto.

T.: Por Dios, Juanma. A veces me sorprende tu candidez. ¿Qué clase de gilipollez es esa?

YO: ¿Qué dices ahora?

T.: ¿A Pascual le preocupa una tía que no ve desde hace dos décadas? ¿En serio crees eso? A él lo que le inquieta es que este libro

le sirva a la gente para confirmar todos esos rumores que corrieron por el barrio.

YO: Te refieres a que le estuviera haciendo una paja a Eduardito junto a la balsa aquel día.

T.: Sí, entre otras muchas historias. Él mejor que nadie sabe cuánto te hicieron sufrir.

YO: No le estaba haciendo ninguna paja a Eduardo.

T.: ¿Lo ves?

YO: ¿Qué pasa ahora?

T.: Que sigues defendiéndote de un ataque que ya no se produce. Ha pasado el tiempo. Eduardo se quitó la vida, Carmela se marchó, Iván murió y tú te convertiste en alguien admirado en ese barrio del que tanto hablas. Punto. A otra cosa. ¿No crees?

YO: ¿A otra cosa? A otra cosa y unos cojones. ¿Y dónde queda mi relato?

T.: ¿Qué relato, Juanma? ¿De qué hablas?

YO: Yo fui quien encontró a Eduardo Huergo en el fondo de esa balsa. Soy el único que sabe qué ocurrió aquel día y, sin embargo, soy el único que no ha abierto la boca. ¿Por qué no es el momento de escribir sobre todo aquello? Le pese a quien le pese, hablaré de aquellos días.

T.: Ninguno ha escrito un libro para contar su versión.

YO: Eso es lo mejor.

T.: Tú decidiste guardar silencio. Te callaste. O contaste lo que quisiste para capear el temporal.

YO: En eso estoy de acuerdo contigo. Pero ahora que el temporal ha quedado atrás, quiero que este sea el relato. No otro.

T.: Para mí ya lo es. ¿No te vale? Me lo contaste en su día y yo te creí.

YO: Tú no estabas. ¿Qué te hace pensar que de haber estado entonces no les habrías creído a ellos?

T.: ¿Qué dices?

YO: Lo que has oído.

T.: Me tienes hasta el coño, Juanma. Hasta el coño.

Cincuenta y seis

Carmela escribió:

Hola, Juanma. Cuánto me alegra saber de ti. Qué sorpresa me he llevado al enterarme de que eres escritor. Nunca lo habría imaginado. Buscaré alguno de tus libros. Siento tener que rechazar tu propuesta. Al menos por ahora. Llevo un tiempo muy liada con la casa y con el trabajo. Quizá más adelante, en unos meses, si aún sigues inmerso en el libro, podamos acordar un nuevo encuentro. Yo también deseo que te esté yendo todo muy bien. Por cierto, qué cambiado estás. Creo que, de habernos cruzado por la calle, nunca te habría reconocido. Un abrazo.

Cincuenta y siete

Me escuchó con los ojos grapados en la camarera. Mientras me demoraba en los detalles de aquellas lejanas mañanas en su laboratorio, el Pensacola fue persiguiéndola con la mirada y, a tenor de sus muecas, parecía que empezara a alcanzar un nivel supremo de conciencia; como si en cualquier momento fuese a tirar de telequinesia, y la cremallera de la minifalda, en un acto hermoso y volátil, fuera a ceder para que el cuero tocara el suelo y la tinta de sus tatuajes nos manchara la punta de los dedos. Algo así. Lo cierto es que, por un momento, tuve el convencimiento de que la sola presencia de aquella joven mujer era razón más que suficiente para sacar la literatura de mi vida. Un espejismo o una oportunidad, quién sabe.

Allí sentados, bajo un manto de luz violeta, al borde de la epilepsia, le recordé sus lecciones de vida en clase, definí sus frases como electrones verbales o silenciosas ondas gravitacionales, describí con nostalgia mis cajas de minerales y rocas y, cimbreando brazos y cuello a modo de cisne, relaté aquella pelea en la que me enzarcé con Bruto. Como era de esperar, mi engolado discurso apenas causó efecto en él. Mi silencio, en cambio, lo atrajo de nuevo a aquella mesa. En cuanto concluí mi intervención, se olvidó de la camarera y posó su mirada primero en el móvil y luego en mis gafas. Los cristales no se hicieron añicos, pero, por desgracia, el teléfono me traicionó y dejó de grabar. Quizá lo consiguió con más muecas y telequinesia. No lo sé. A partir de ese momento, me cuesta recordar con precisión sus palabras. Y eso que recordar palabras es, probablemente, mi única virtud. Sé que cada vez que apelaba a mí lo hacía con un «chaval» que sonaba como si fuese el eco de otra voz. Chaval esto. Chaval lo otro. Qué pena, chaval. Chaval, vaya vida de mierda. Como era de esperar, no se reconoció en mi relato. O eso deduje yo mientras intentaba hallar su breve discurso en mi memoria. Así que dijo, eso creo, que una noche, mientras su mujer estaba ingresada en cuidados intensivos, al volver a casa, se encontró a un hombre sentado en su sofá. Veía la televisión

hasta que se supo sorprendido. Entonces dio un salto y se puso en el centro del salón como quien intenta colonizar tierras salvajes. Según recuerdo, mi profesor no fue capaz de pronunciar palabra. Al menos al principio. Quizá por la pena en la que se ahogaba y la sedación de las horas en la sala de espera del hospital. Quizá porque hay escenas que vienen del centro de la locura. Se quedó en la puerta de su salón a la espera de que fuera el otro quien dijera algo. Y así ocurrió. «¿Qué hace usted en mi casa?» Eso le preguntó. Pero mi profesor de ciencias no contestó. ¿Para qué cometer ese disparate? Escuchó cómo le explicaba que lo mejor era que salieran de la casa para hablar del posible malentendido que se estaba produciendo. «Salgamos. Seguro que esto ha pasado por algo. Averigüémoslo.» Pero del mismo modo que no era capaz de abrir la boca, tampoco sabía cómo desandar el camino hasta la entrada de su vivienda. Así que ahí estaba él, quieto, tenso, cristalizado como un cuarzo, frente a un desconocido que le pedía que abandonara su propia casa la misma noche en que su mujer —aún no lo sabía, pero tampoco era un disparate saberlo— se iba a morir en una cama de hospital. Como ese hombre o la sombra de ese hombre observó que mi profesor no cedía ni un centímetro, volvió a sentarse en el sofá y le habló muy despacio. Le sugirió que abriera el frigorífico y comprobara si esos alimentos alguna vez habían sido de su gusto. Del mismo modo le ofreció buscar en los armarios, en los cajones, en las estanterías y en todas las carpetas que encontrara. También entre las páginas de los muchos libros. Solo en ese momento, y durante apenas unos segundos, fue débil y se planteó la posibilidad de que aquella casa no fuese la suya; de que fruto del cansancio y del miedo se hubiese desorientado y hubiese subido una planta de menos o de más. Pero, como digo, fueron unos segundos. Ese era su sofá, esa era su televisión, ese era su salón, esa era su casa. La misma en la que tres días atrás su mujer, puro nervio y determinación, había caído desplomada mientras se cortaba las uñas de los pies. Miró al hombre con dureza. Intentó hallar en su rostro un resquicio de miedo y, efectivamente, ahí estaba. Tan oscuro como el suyo. Sin que dejaran de cruzar la mirada, el hombre apartó el teléfono fijo de la mesita que había junto al sofá y cogió un portarretratos. «Esta de aquí es mi esposa.» Eso dijo mostrándole la fotografía de la mujer con la que el Pensacola llevaba casado más de treinta años. Dio cuatro o cinco pasos y tomó el portarretratos. Sus dedos no llegaron a rozarse.

Recordó la helada tarde en la que tomó esa fotografía. Era treinta y uno de diciembre en una casa —una vez fue un viejo puesto de caza— que alquilaron en la montaña. Miró el rostro de su esposa y pensó que le costaba reconocerla, que en realidad ya no se parecía a esa mujer que a duras penas sobrevivía en el hospital. Después levantó la cabeza y contempló al hombre que ahora lloraba en el sofá mientras se cubría los ojos con las manos. «Cómo me costaba reconocerme. Qué pena, de verdad. Vaya vida de mierda, chaval.»

Cincuenta y ocho

Mi madre, quizá antes de unir para siempre la que fue mi habitación y el salón, llevó mis cajas de minerales y rocas a la casa de mi tío Hunter. Él vive solo y, por dejadez, miedo o tristeza, hay partes de su casa que nunca pisa. No sé en qué momento procedió a ese traslado. Por la capa de polvo que las cubría contemplo una horquilla que oscila entre seis meses y varios lustros. Su decisión unilateral no me sentó bien. Podría haberme consultado, tal y como ha hecho en otras ocasiones. Pero, teniendo en cuenta los antecedentes en materia mineralógica, no era un tema de discusión que me apeteciera abrir. Le agradecí a mi tío que hubiese dado cobijo a aquellas cajas, me pidió cincuenta euros, le di veinte y me marché cargando mis piedras.

Sobre mi mesa de trabajo, mientras escribo esto, descansan las tres cajas. Abiertas de par en par. Las he limpiado cuidadosamente y he asegurado con cinta adhesiva las etiquetas técnicas. Con un cepillo de dientes, como en los viejos tiempos, he repasado cada pieza y las he vuelto a contrastar con las fotografías de aquel libro que medio robé en la biblioteca. Todo parece seguir en el mismo punto, aunque nada lo esté. ¿Qué hago con ellas? Esa es la pregunta que no dejo de plantearme. ¿Las guardo en mi trastero? ¿Las devuelvo a la parte oscura de la casa de mi tío Hunter? ¿Intento donarlas a un instituto? ¿Las cargo hasta la casa del Pensacola y se las muestro como prueba irrefutable de que fui uno de sus alumnos?

Antes de despedirnos, ya en la puerta de la cafetería, el Pensacola me pidió que le diera recuerdos a Harry Duck. Y eso hice a la mañana siguiente, mientras repasaba los minerales. Llevábamos casi seis meses sin cruzar siquiera un mensaje. Desde que se ha instalado en Barcelona con su familia y dirige un gran departamento de una gran empresa, nuestra relación se ha escorado más hacia las redes sociales, hacia las referencias a través de amigos comunes. A pesar de ello, ninguno de los dos hemos dejado de sentir nuestra amistad como el núcleo de una planta nuclear. Algo inexpugnable. Algo protegido de

cualquier amenaza o catástrofe. Eso es lo que nos decimos, más o menos, cada vez que nos felicitamos Año Nuevo.

Le dio alegría escucharme al otro lado de la línea. Y a mí también, por supuesto. Hace ya años que su manera de hablar mutó con elegancia, de modo que no me extrañó su grado de expresividad. Ahora salpica sus intervenciones con anglicismos y ha recuperado la «d» intervocálica y la «s» de final de sílaba, aunque a veces se le escapa alguna de más. Después de preguntarle por la familia y el trabajo, le conté que me había visto con el Pensacola, nuestro profesor de ciencias en Bachillerato, porque estaba escribiendo un nuevo libro. No dijo nada. Añadí que me había rogado que le diera recuerdos. Y eso le hizo gracia. Se escuchó una risa trastornada y tuve que separarme el auricular de la oreja porque sentí un pinchazo en la sien derecha.

—¿De qué te ríes?

—Me llamó anoche.

—¿Quién? ¿El Pensacola?

—Sí.

—¿Qué quería?

—Saber algo sobre ti.

—¿Qué?

—Ubicarte.

—No me recuerda, el muy cabronazo.

—Lo primero que me preguntó fue si eras maricón.

—¿Maricón? ¿Qué dices?

—No podía parar de reír. Cómo es este viejo. Dice que os atendió una camarera espectacular y que tú como si tal cosa.

—¿Y qué quería que hiciera?

—Ni caso. El Pensacola está caliente veinticuatro horas al día.

—Eso es verdad. Parecía un violador con pedigrí. ¿Qué más te dijo?

—Me contó que habíais estado hablando sobre el año en que nos dio clase y que, como no se acordaba de ti, te pusiste a la defensiva.

—Eso es mentira.

—Está mal, Juanma. A mí no me tienes que explicar nada. Desde que murió su mujer entra y sale de una residencia de ancianos. No le hagas mucho caso. Es un pobre diablo.

—A mí me ha dicho que pasa temporadas en casa de su hija.

—No tiene hijas. Ni hijos. No tiene nada. Está más solo que la una.

—¿Y tú como tienes tanta relación con él?

—No tengo tanta. Lo que ocurre es que mi suegra vive en el mismo edificio. Ella, de vez en cuando, me va contando. Una noche tuvo que llamar a la policía porque lo escuchaba dar alaridos como un animal. Decía que alguien había entrado en su casa.

—¿Y era así?

—No lo sé. Supongo que no. Cuando echaron abajo la puerta, lo encontraron llorando en el sofá. Mi suegra está muy preocupada. Y, como es tan pesada, él la rehúye. De ahí que el viejo me llame de vez en cuando para pedirme que interceda.

—Puede que por eso no se acuerde de mí. Está de alzhéimer hasta la cintura.

—Seguro. Lo veo jodido. Este se muere pronto.

—Le conté lo importante que fueron para nosotros aquellas clases en el laboratorio. En especial el trabajo de rocas y minerales.

—Sí, eso me dijo él. Pero yo no hice trabajo de rocas y minerales.

—¿No?

—No, yo hice trabajo de insectos.

—Vaya. Juraría que los dos hicimos el mismo trabajo. ¿Tú no viniste a aquella excursión al volcán?

—¿Qué volcán?

—El único volcán.

—No. ¿Fue cuando Bruto te abrió la ceja?

—Sí. Nos peleamos aquel día.

—¿Por qué?

—Yo qué sé. Ya no me acuerdo. Si ni siquiera recordaba que hubieras hecho el trabajo de insectos.

—Joder, no es lo mismo un trabajo de instituto que el hecho de que te calcen una hostia en el careto.

—Yo también le di lo suyo, ¿sabes?

—Es una forma de hablar, Juanma.

—Ya.

—Oye, ¿y de qué va tu nuevo libro?

—De esto.

—¿Cómo que de esto?

—Sí, de esto.

—Ah.

Cincuenta y nueve

Esta vez llegó antes que yo. Pardo estaba en uno de los extremos de la barra hablando con el camarero sobre la conveniencia o no de peatonalizar por completo el centro de la ciudad. Quien conoce a Pardo sabe que ese es uno de sus temas inexorables. El origen de esta obsesión dialéctica se puede fijar, sin temor a equivocarnos, en el año en que recibió el cuerpo de Cristo. Con motivo de su comunión le regalaron una bicicleta G.A.C. que, muy poco después, acabaría hecha un enredo de hierro bajo las ruedas de un Citröen AX, en la mismísima puerta de su casa, ante los ojos aterrorizados de sus padres. Se escapó por los pelos, pero, desde entonces, ha arrastrado un dolor en la rodilla derecha que, según él, le ha impedido profesionalizarse. Dice eso: profesionalizarse. Aunque nadie sabe a qué se refiere. Porque pensamos que es un profesional de las matemáticas, de la literatura, de la jardinería, de los hijos propios y ajenos, de la gastronomía y de cosas mediáticas como los gatos, los eclipses y las libélulas, por ejemplo. Noté el alivio en el rostro del camarero en cuanto me vio entrar y dirigirme hacia ellos. La chapa que le estaba dando era épica.

Pardo me sorprendió con un abrazo demasiado largo. No suele cometer esos excesos emocionales, así que lo achaco a que ya llevaría en el cuerpo unas cuantas cervezas. Me preguntó por mi estancia en Argentina y yo le conté las primeras tres o cuatro cosas que me vinieron a la cabeza. Inexplicablemente, no me dijo nada sobre la llamada, pero yo sabía que estaba ahí, más allá del cristal de sus ojos, más allá de todas sus verdades. Estaba convencido de que se había presentado en la comisaría con el corazón asomándole por la boca. Cuando noté que se ensimismaba en el fondo de su vaso, redirigí la conversación hacia el tema que nos había llevado hasta allí.

—¿Le has escrito a los poetas?

—Sí, por supuesto. Menos dos, todos han contestado que sí, que quieren formar parte de la antología.

—¿Les has dicho que es una cosa de Diputación?

—Claro. Y están conformes. Esta gente se parte el ojete por que sus poemas salgan en cualquier lado.

—Entonces ya podemos empezar. ¿Cómo lo hacemos?

—Yo había pensado en escribir dos prólogos. Uno cada uno.

—Eso va a quedar un poco raro, Pardo.

—No tiene por qué. Los podemos enfocar desde puntos de vista distintos.

—Vale. Tampoco es que tenga mucho tiempo para este asunto. Escribiré algo y te lo pasaré. ¿Cuándo van a mandar los poemas?

—Ya han mandado algunos.

—¿Y?

—Ni los he leído. Mejor cuando los tengamos todos. Tengo la sensación de que vamos a encontrar hasta faltas de ortografía.

—Es que yo no creo que haya tantos poetas en la provincia.

—Ni yo, Juanma. Pero pagan.

—Eso… ¿Cuándo van a pagar?

—Sobre ese tema hay novedades.

—¿Novedades?

—Nos van a pagar bajo cuerda. En Diputación este tipo de publicaciones, si son remuneradas, tienen que pasar el control de un comité asesor. Ya sabes. Así que se han inventado un procedimiento.

—¿Qué procedimiento?

—No sé. Uno.

—¿Cómo que uno?

—Es que no he preguntado por el procedimiento. Solo por cuándo nos iban a pagar.

—¿Y qué te contestaron?

—Eso que te he contado. Me dijeron que iban a inventar ese procedimiento.

—Vale. Pues yo no escribo nada hasta que sepa cuándo van a soltar la pasta. Que a estos cabrones y a los de la universidad ya me los conozco yo.

—Tranquilo, Juanma. Que nos van a pagar. Ahora pidamos unas bravas.

—Ya. Pero que paguen.

—Vamos a brindar por los poetas.

—Yo brindo por quien quieras, pero que paguen porque no es la primera vez que nos dejan el perro amarrado y se van.

—Que sí.

—Por cierto, tengo que pedirte un favor.

—Dime.

—He leído tu artículo sobre el miedo a las balsas.

—Coño, creí que nunca ibas a sacar el tema.

—Quizá lo utilice para una cosa.

—Faltaría más. Es todo tuyo. Espero que no te molestara. Pensé que podía ser una bonita sorpresa.

—Cómo me iba a molestar... Pardo, que estás hablando de nosotros. Me gustó muchísimo tu texto.

—Pues entonces que le den por culo a los poetas. Brindemos por nosotros y por aquellas balsas de la infancia.

—Eso.

—Y tranquilo, que nos van a pagar. Yo me encargo.

Sesenta

Carmela escribió:

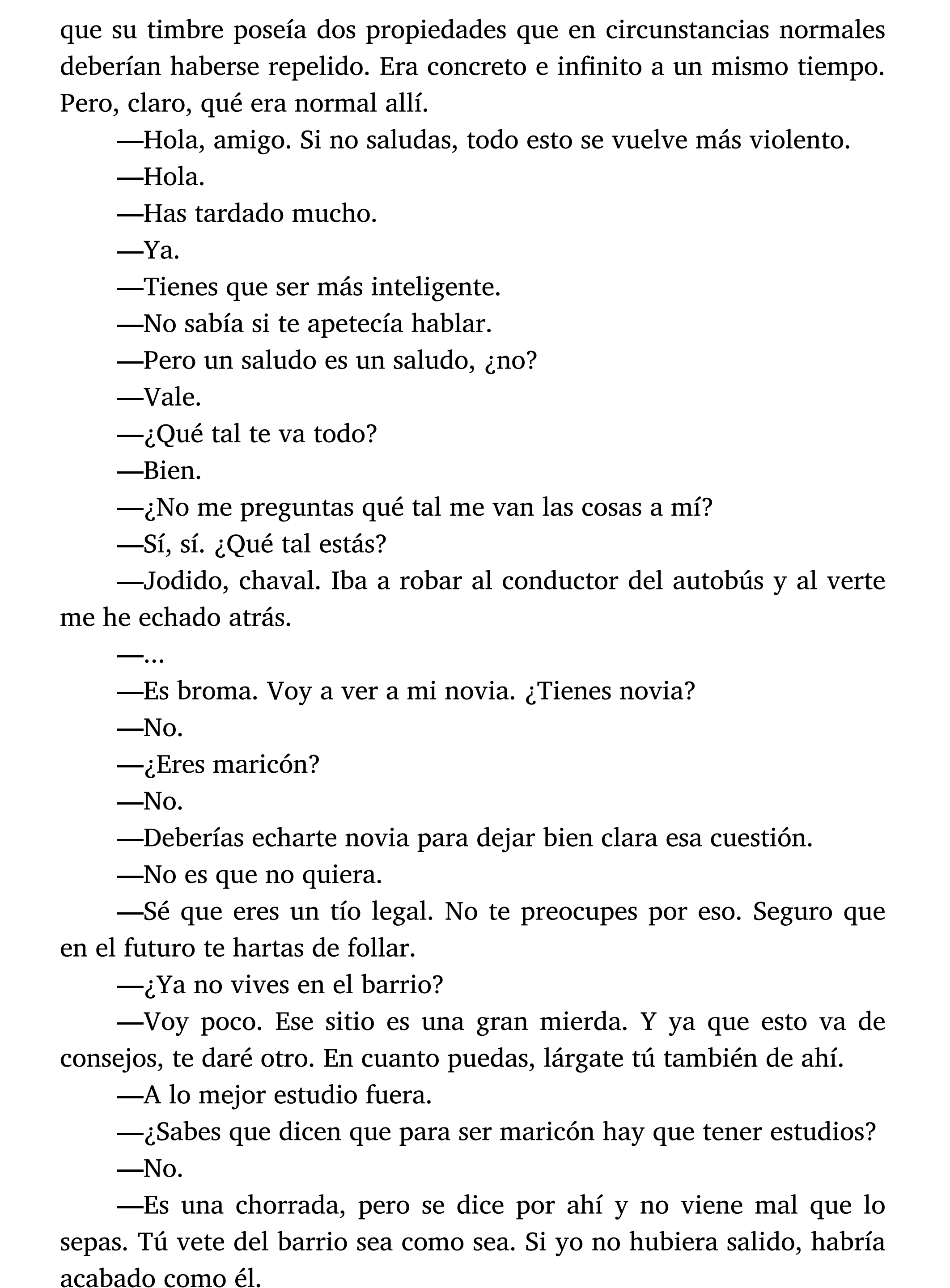
Hola, Juanma. ¿Te vendría bien que nos viéramos el viernes de la semana que viene? Hay un pequeño bar en el centro de Aledo. No tiene pérdida. Es un pueblo minúsculo. La tarde la tengo libre. ¿A las cinco? He leído en internet que escribiste un libro sobre tu padre. Qué curiosidad. Un abrazo.

Sesenta y uno

Desde el día en que Iván, el Tusmadres, saliera corriendo rambla abajo en el Paraje de la Costumbre hasta la tarde en que acabó convertido en compostaje en las tripas de aquella máquina, solo volví a hablar con él en una ocasión. Nos cruzamos muchas veces, eso sí. Las suficientes como para perder la cuenta. Por muy cerca que pasáramos el uno del otro nunca nos mirábamos. Era una regla no escrita que tenía la misma validez que una ley bendecida con sangre. Lo cierto es que nada me apetecía menos que iniciar una conversación con un tío que me había amenazado con llenarme la barriga de aguafuerte. Y es de suponer que él no sentía muy distinto. Coincidir en la sala de espera del ambulatorio, en el campo de fútbol o en los banquillos de la plaza era como hallar una grieta de fuga; no sé él, pero yo era capaz de entrecerrar los ojos y teletransportarme a lugares y tiempos lejanos.

Por desgracia, aquella tramoya mental falló en una ocasión. Iba en el autobús camino del centro cuando, en una de las paradas, vi subirse a Iván. No tardé en reconocerlo, aunque tampoco habría sido un disparate que pasara desapercibido. Estaba muy delgado, llevaba el pelo más largo de lo habitual y su barba parecía postiza. Como era costumbre, entrecerré los ojos buscando en mi cabeza el punto de evasión. Pero esta vez no hubo suerte. Veía todo en blanco y negro y a mucha velocidad. Así que decidí cambiar de estrategia y ejecutar un ejercicio de normalidad que acolchara aquel momento. Nunca he podido olvidar ese autobús. Tampoco el olor corporal que Iván sacudía cuando se rascaba el cuello y los antebrazos.

Se sentó a mi lado y, durante algunos kilómetros, no dijo nada. No sé si me miraba, contemplaba el paisaje o dormitaba, porque no me atrevía a levantar la cabeza. Una parte de mí no perdía la esperanza de que mi cerebro finalmente consiguiese llevarme muy lejos de allí. Entonces, como era de esperar, ocurrió lo contrario. Su rodilla golpeó la mía y habló. Su voz, a diferencia de su aspecto físico, sí la conservaba intacta. No sé por qué siempre tuve la impresión de


que su timbre poseía dos propiedades que en circunstancias normales deberían haberse repelido. Era concreto e infinito a un mismo tiempo. Pero, claro, qué era normal allí.

—Hola, amigo. Si no saludas, todo esto se vuelve más violento.

—Hola.

—Has tardado mucho.

—Ya.

—Tienes que ser más inteligente.

—No sabía si te apetecía hablar.

—Pero un saludo es un saludo, ¿no?

—Vale.

—¿Qué tal te va todo?

—Bien.

—¿No me preguntas qué tal me van las cosas a mí?

—Sí, sí. ¿Qué tal estás?

—Jodido, chaval. Iba a robar al conductor del autobús y al verte me he echado atrás.

—...

—Es broma. Voy a ver a mi novia. ¿Tienes novia?

—No.

—¿Eres maricón?

—No.

—Deberías echarte novia para dejar bien clara esa cuestión.

—No es que no quiera.

—Sé que eres un tío legal. No te preocupes por eso. Seguro que en el futuro te hartas de follar.

—¿Ya no vives en el barrio?

—Voy poco. Ese sitio es una gran mierda. Y ya que esto va de consejos, te daré otro. En cuanto puedas, lárgate tú también de ahí.

—A lo mejor estudio fuera.

—¿Sabes que dicen que para ser maricón hay que tener estudios?

—No.

—Es una chorrada, pero se dice por ahí y no viene mal que lo sepas. Tú vete del barrio sea como sea. Si yo no hubiera salido, habría acabado como él.

—¿Como quién?

—Ya sabes.

—Ah.

—Todavía me acuerdo de aquella mañana. No es que me dejara traumatizado ni nada por el estilo, pero uno no se encuentra un ahogado todos los días. Me entiendes, ¿verdad?

—Sí. Yo también me acuerdo.

—Nos entendemos entonces. Me gusta hablar con gente con la que me entiendo.

—Ya.

—¿Te dieron mucho por culo con las preguntas?

—No creas.

—Hoy podemos hablar. Sé que te dije cosas feas, pero es que prefiero ser muy claro con según qué temas. Y en aquel momento había que serlo.

—No me gusta hablar de aquello.

—Por supuesto, chaval. No hay problema. Pero es que es incómodo ir en el autobús sin hablar con nadie. Y como el ahogado es lo único que tenemos en común...

—Ya, pero no me gusta.

—Muy bien. Hablemos de otra cosa. ¿Qué propones?

—No sé.

—¿Lo ves?

—Di tú algo.

—Yo ya he sacado tema y no te ha gustado. Ahora te toca a ti.

—De verdad que no sé.

—Di lo primero que te venga a la cabeza.

—No.

—Ánimo. Tú puedes.

—No.

—Joder, menudo compañero de viaje me he buscado.

—Está bien... Vale.

—Perfecto. ¿Tienes tema?

—No. Bueno, sí. Es el mismo.

—¿El mismo?

—Sí. ¿Por qué cortaste la cuerda?

—¿Qué cuerda?

—La que lo tenía atado a los bloques.

—Pero mira que eres hijo de puta, chaval. No tienes tema y ahora vienes con eso.

—Olvídalo.

—No, no. Me gusta. Lo hablamos si quieres.

—Yo no quiero.

—Sí quieres. Por eso lo has preguntado.

—¿Entonces vas a contestar?

—Claro. Pero no imagines nada del otro mundo.

—En realidad no imagino nada.

—Me dio pena. Por eso la corté.

—¿Pena?

—Sí. Era una buena persona. Aunque estaba mal de la cabeza. Y tenía estudios, ya sabes.

—¿Qué?

—Que era maricón, cojones.

—¿Crees que se suicidó?

—Qué más da lo que yo crea.

—No sé. Supongo que ya da igual, pero siempre he tenido esa duda.

—Tener dudas en la vida es bueno. Cuando seas maricón lo sabrás.

—No soy maricón.

—He dicho cuando seas. Además, es una broma. ¿Tampoco podemos hacer bromas?

—Sí podemos.

—Yo creo que se suicidó. Y que se ató esos bloques a la cintura para que tardaran en encontrarlo, o por si se arrepentía. ¿Dijeron si sabía nadar?

—¿Quiénes?

—Yo qué sé. La gente.

—Creo que no sabía.

—Pues listo. Mi teoría tiene sentido. Chaval, la mente del hombre es un laberinto sin salida.

—¿Cómo supiste que estaba ahí?

—No lo sabía. Creí ver algo y tú lo confirmaste.

—Ya, pero no podrías haber visto nada de no haberte subido primero al muro.

—¿Y qué?

—No sé... ¿Por qué subiste?

—¿Qué cojones quieres decir?

—Nada.

—Algo querrás decir, ¿no?

—No quiero decir nada. Solo saco tema de conversación.

—Pues vaya mierda de tema.

—Ya. Si a mí tampoco me gusta.

—Me has puesto de mala hostia. Qué difícil es que haya buen rollo.

—Lo siento.

—Vas a tener que dejarme algo de dinero. Ya te lo daré cuando nos volvamos a ver.

—...

—¿Cuánto llevas?

—No mucho.

—Quédate con algo para volver y déjame el resto.

—...

—¿Me lo prestas o no?

—Vale. No te preocupes si no puedes devolvérmelo.

—No, chaval. Estas cosas se tienen que pagar. Si no, imagínate. La vida se vuelve un cachondeo.

—Yo me bajo aquí.

—Vale. Y échate novia. Hazme caso. Que la gente tiene muy mala lengua.

Sesenta y dos

Buschemi y mi padre habían ido juntos a la pesca de calamares con potera. No muchas veces. Pero sí las suficientes como para que naciera entre ellos una ridícula hermandad de hombres cazadores. Salían a media tarde en un pequeño bote y no volvían hasta que se acababan la botella de coñac y el frío empezaba a lamerles los huesos. De una de esas salidas conservamos la foto más emblemática de nuestro álbum familiar. Mi padre en la cocina, enfundado ya en el pijama, mostrando un enorme calamar capturado esa misma tarde, mientras sonríe con los ojos cerrados y piensa —supongo— en todos sus camaradas del bar. Fue precisamente la anécdota de aquella captura la que mi padre estaba contando en mitad del velatorio de Buschemi, cuando vi que Tijeras-padre me hacía un gesto desde la puerta. Al principio lo interpreté como un saludo algo pasado de vueltas, pero no tardé en deducir que lo que quería era que fuera hacia él. Y eso hice. Ya no era aquel Tijeras que ordenaba las manifestaciones en el barrio o metía en el coche patrulla a los borrachos y los llevaba a su casa. Pero conservaba en el rostro esa mala leche aristocrática con la que solía despachar al personal.

Nos sentamos en el comedor de la cafetería del tanatorio. Yo me pedí un café con leche y él un plato combinado de pechuga de pollo, patatas fritas y huevo. Al principio la conversación se centró en la desgraciada muerte de Buschemi. Había adquirido un tic que lo hacía mover la nariz y la boca hacia la izquierda y se había dejado una barba bien poblada, supongo que para disimular aquel trastorno nervioso. Le conté que ya había acabado la carrera, que había estado becado en una residencia de creadores, que había ganado un importante premio de poesía y que iba a empezar a trabajar en algunos proyectos docentes. Me dibujé, en definitiva, como un aspirante a un puesto en una academia de clases particulares. Con el plato ya limpio, me miró a los ojos más allá del tiempo reglamentario. No sabría decir si con curiosidad o escepticismo. Entonces comenzó a

sonreír, alargó el brazo y me agarró la mano. Supongo que fue un gesto que se originó muchos años atrás, cuando yo aún era un niño y él venía a recoger a su hijo a mi casa bien entrada la tarde. Menos mal que habló. Porque por un instante creí que alguno de los dos se iba a echar a llorar.

—¿Crees que vivo en paz, hijo?

—¿Cómo dice?

—¿Mi cara te trae algo de tranquilidad?

—Sí. No sé. Me inspira confianza. Supongo que eso tiene mucho que ver con la tranquilidad.

—Mi mujer me dejó hace algo menos de un año. Al principio estaba muy jodido, pero llevo un tiempo pensando que vivo más tranquilo que nunca.

—Eso está bien.

—¿Tú crees?

—Claro.

—Supongo que sí.

—Supone bien. Inspira tranquilidad. Sin duda.

—¿Sabes que mi hijo se casó y se fue a vivir fuera?

—Sí. Cuando tenemos ocasión nos contamos la vida.

—El muy capullo no quiso seguir estudiando. Estaba encelado con las mujeres.

—Tengo entendido que le va bien en el trabajo.

—Sí. Lo han ascendido a jefe de zona. Empezó recaudando el dinero de las máquinas tragaperras y ahora coordina un grupo de empleados que abarca tres provincias. Va fastidiado de tiempo, pero gana.

—Me alegro por él. Cuando hacíamos los trabajos de clase su cabeza era el centro de operaciones.

—Si es que el hijo de puta cuando quiere algo lo consigue. Pero tiene que querer, claro. Ahora no paro de pedirle que me dé un nieto. Y nada. No hay forma.

—Ya llegará.

—Sí. Sois muy jóvenes todavía.

—Cada vez menos. Como todo el mundo.

—Tú de hijos nada, ¿no? Quién iba a decir que te ibas a convertir en un gran poeta... Bueno, recuerdo que a tu tío ya le iban las letras. Le gustaba escribir en el libro de fiestas sobre la virgen y la playa y

esas cosas tan vuestras.

—En realidad yo lo que quiero escribir son novelas. Pero vete a saber por qué acabé escribiendo un libro de poemas.

—Nada más que un caballo resoplando contra otro.

—¿Cómo dice?

—Nunca supe qué significaba. Nada más que un caballo resoplando contra otro. ¿Tú lo entiendes?

—No sé.

—Supongo que nadie lo tiene que entender.

—...

—Esa frase la escribió Eduardo Huergo en la tapia del cementerio. Cómo era ese chico, ¿verdad? Utilizó pintura roja y lo pilló en plena faena el enterrador de entonces. ¿Te acuerdas del Larvas?

—Sí.

—Quería matarlo allí mismo con una cruz de hierro forjado. Pero matarlo de verdad. Para siempre.

—Nunca vi esa pintada.

—La borraron esa misma mañana. Me llamaron y cuando acudí me encontré a Eduardito encerrado en la sala de exhumaciones con el labio partido. Así que como el uno lo había hecho tan mal como el otro, ordené que blanquearan el muro y me lo llevé a su casa. De camino me pidió que no borrara aquellas palabras, que las dejara allí algún tiempo. ¿Te acuerdas de su hermana?

—Sí.

—Como no estaba la madre, le pedí que no lo dejara salir de casa y avisé de que volvería más tarde para ver si estaban las cosas más tranquilas. ¿Sabes qué me contestó? Que no habría poesía suficiente para tanta bestia.

—Carmela tenía un carácter fuerte. Desde siempre. En clase era temible cuando llegaba con el cable cruzado.

—Quizá no le faltaba razón. ¿No crees?

—No sé. Puede que sí. Puede que nos haya faltado poesía en general.

—¿Qué puede querer decir con eso de los caballos resoplándose unos a otros?

—No lo sé. Pero siempre es más importante la emoción que provoca que la realidad a la que se alude.

—Pues aquel día, cuando leí su pintada, me sentí muy triste.

—Entonces significa eso. Para usted, al menos, debería de ser así.

—Sí. Supongo que para el Larvas significó otra cosa bien distinta.

—Algunos dicen que la poesía está en los límites de la comunicación, que llega a lugares donde uno no se atreve a asomarse, que nombra lo que carece de nombre.

—Pues esa vez se asomó al cementerio y se cagó en los muertos del Larvas.

—Sí. No es exactamente lo que quiero decir, pero puede valer. Supongo que Eduardo quería provocar algo. A lo mejor hasta lo consiguió.

—Ojalá.

—Sí. Ojalá. Siempre he pensado que no supimos entender a Eduardito. Tampoco teníamos la obligación, eso es verdad, bastante tiene cada uno con lo suyo, pero ese enigma estaba ahí, al alcance de quien quisiera despejarlo.

—Hijo, sé que lo pasaste mal durante algún tiempo. Para un niño no es fácil vivir entre aquellos rumores. Por eso me alegra verte ahora tan bien y con tantas historias en la cabeza.

—Bueno... Ya es cosa pasada.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Pues genial.

—¿Qué le ocurrió?

—¿A Eduardo?

—Claro.

—La respuesta a eso no tiene ningún valor. Murió ahogado en una balsa. Tú lo sabes como yo. Vas a tener que pensar en otra pregunta. Una más importante.

—No le entiendo.

—Mejor. Porque es probable que yo no tenga esa respuesta.

—Ya.

—¿Sabías que Buschemi fue uno de los que sacaron el cuerpo de Eduardo de la balsa?

—No lo recordaba.

—Sí. Siempre se podía contar con él. Era un hombre bueno. Pobrecillo. ¿Es cierto lo que dice tu padre?

—No sé. ¿Qué dice mi padre?

—Que aquel calamar enorme lo compraron Buschemi y él para hacerse la foto.

—¿Eso dice?

—Eso me ha parecido escuchar.

—Yo creo que lo capturaron ellos. Al menos a mí siempre me ha dicho eso.

—Entonces habré escuchado mal.

Sesenta y tres

Al principio de nuestra relación, codicié la previsión y el orden sistemático de T. Llegué a su mundo convencido de que lo único que había estado haciendo con mi vida era desaprovechar el tiempo. Yo siempre iba con prisas o fuera de plazo, nunca usaba pijama ni zapatillas, jamás encontraba los paraguas cuando los necesitaba, rara vez disponía de la tranquilidad suficiente para servirme una lata de cerveza en un vaso y pasaba las noches indistintamente en la cama o en el sofá. Así que su llegada a mi vida —más bien la mía a la suya— fue un fogonazo cálido y dulce. Abracé con amor sus costumbres.

En nuestra despensa siempre hay dos unidades de cada alimento. Lo mismo ocurre con los productos de limpieza y de higiene personal. Los almuerzos de toda la semana, si es posible, se preparan la mañana del domingo y las cenas nos la repartimos en un cuadrante que hemos pegado en el frigorífico. Los pagos bancarios los hemos domiciliado, tenemos un armario repleto de todo tipo de herramientas, la señal de internet llega a cualquier habitación mediante una serie de amplificadores, el hilo musical recorre la casa de punta a punta, no tardamos en instalar riego por goteo en las macetas de la terraza y los libros están organizados por editoriales y géneros. Estos son solo algunos ejemplos. Todos ellos sustentados por un único mandamiento: ganaremos tiempo por encima de todas las cosas. Y lo cierto es que funciona. Si se hace bien, funciona.

En todos los años compartidos, esta filosofía doméstica ha sido ligeramente tamizada por otras corrientes que tan pronto como entraban en casa se acababan marchando. Minimalismo, veganismo, crudiveganismo, feng shui, funcionalismo, yoga style y cromoterapia fueron algunas de ellas. Más allá de trastornos digestivos, no aportaron nada. Pero sí hubo una decisión entre todas ellas que logró romper el equilibrio familiar en el que vivíamos. Un hecho en apariencia inofensivo: sincronizar nuestras agendas. Una mañana, mientras estaba en el trabajo, recibí una notificación en el teléfono

móvil. «T. ha agregado un evento a tu agenda.» A partir de ese momento nuestros calendarios y obligaciones se fusionaron de un modo inevitable y catastrófico, como si dos galaxias colisionasen ante los ojos expectantes de la comunidad científica. Todas las tareas diarias se organizaban en una complicada red de tramos horarios que muy rara vez se solapaban. El mandamiento era el mismo. Ganaremos tiempo por encima de todas las cosas. Pero la realidad fue que nos quedamos sin él. Sin ese tiempo íntimo, personal e intransferible.

Cuando recibí el mensaje de Carmela Huergo estuve a punto de incorporar en nuestra agenda común aquel viaje a Aledo. «Encuentro con Carmela. Viernes, 23 de noviembre, 17:00 horas, Todo el día, Calendario Casa, Primer aviso un día antes, Segundo aviso a la hora del evento.» Pero no lo hice. Tampoco me estuve quietecito. En su lugar lancé a la agenda una charla literaria en un instituto de un pueblo del interior de Almería y el almuerzo posterior con un viejo compañero de la facultad. Me equivoqué. Hoy lo sé. Como tantas otras veces. Pero no por haberle mentido a T., sino por subestimar las consecuencias que aquella decisión pudiera traer; por no evaluar la trayectoria de las bolas que yo mismo ponía en movimiento; por no haberme preparado para ser desprovisto de la última palabra. Fue un error doloroso que volverá con el frío o con el insomnio. Una y otra vez. Una y otra vez.

Sesenta y cuatro

¿Y si T. y Pascual tuvieran razón? ¿Y si sumergirme de nuevo en las aguas turbias de aquellos días es la peor de las decisiones? ¿No debería dejar de apretujar estos apuntes en mi cuaderno y ponerme a trabajar en otra historia? Me lo repito demasiadas veces: quizá deba de abandonar este intento desnortado de exprimir la memoria para reconstruir o inventar aquellos momentos. ¿He evaluado con seriedad las consecuencias, tal y como me advierte T.? ¿Ciertamente la literatura puede infligir algún daño sobre mí o sobre cualquiera? ¿Mi literatura puede hacer eso? Y si tiene esa milagrosa capacidad, ¿por qué demonios detenerme ahora?

Hace algunas noches me quedé hasta tarde escribiendo en mi estudio. Como consecuencia de la sensación de extravío y de la frustración, acabé enroscado en el sofá con un somnífero agriándome el estómago. Cerré los ojos para poder ver cómo el Tusmadres me volvía a empujar a las aguas de aquella balsa con una fuerza desmedida para un niño. Escuchaba su orden una y otra vez. «Baja y súbelo, hijo de puta. Haz algo. Se está ahogando. Tiene los labios morados.» Y yo luchaba con todas mis fuerzas por encontrar un lugar al que agarrarme para salir de allí. Todo era como entonces. El olor vegetal del agua estancada, el tacto jabonoso de la ova, la presencia fantasma del enredo de plásticos bajo los pies y la sombra nerviosa de la higuera y de la morera sobre la superficie. Después de tantos años, volví a bajar al fondo de aquella balsa. Braceé con una ligereza desconocida hasta tocar el suelo. La luz se fue quedando atrás como una vieja piel ya inservible. Pero allí no había nadie. Yo lo sabía. Solo basura negra y escombros negros, entre los que nadaban peces aún más negros. Busqué a Eduardo Huergo por todos lados. Busqué a ese amigo que estuvimos a punto de matar —o matamos temporalmente— en aquel agujero de hormigón. Nadie. Entonces subí para contarle a Iván que esta vez la historia acababa bien, que era posible que todo el mundo estuviera vivo ahí fuera.

Cuando saqué la cabeza del agua comprobé que me había dejado solo. Así que salí de la balsa como pude y me puse de pie en el muro. Fue al devolver la mirada al agua cuando contemplé aquella escena. La imagen era tan hermosa como terrorífica, tan real como alucinada. Un caballo flotaba en el agua. Su envergadura hacía que la balsa pareciera apenas un pequeño estanque de jardín. El agua estaba más limpia que nunca. Era transparente, pura luz, y se podía ver el fondo ya despejado de cualquier desecho. El cuerpo sin vida del caballo se mecía con suavidad en mitad de aquel abrazo de agua. Volví a zambullirme y nadé con delicadeza hacia él. Cuando estuve a su lado no pude evitar acariciarle su enorme panza hinchada. Tuve la sensación de que algo ardía ahí dentro: una ciudad o un bosque. Con el pataleo conseguía mantenerme a flote, mientras que con las manos no sabía ni quería dejar de acariciarlo. Así que eso estuve haciendo hasta que el cansancio entorpeció mis movimientos. Mi respiración empezó a desordenarse y mis ojos se tornaron blancos e inútiles. Entonces me abracé al caballo y el agua también me abrazó a mí. Tuve que dormirme sobre él para poder despertar y escribir líneas muy parecidas a estas. Claro que la imagen no habría metido su puño en mis sueños, si días antes, llevado por mi intuición y curiosidad, no hubiera acabado delante de *La batalla de San Romano*.

La progresión de estas notas me obliga a apuntar que *La batalla de San Romano* es un hermoso tríptico pintado por Paolo Uccello, un artista del Renacimiento italiano que, según los manuales que he consultado, destacó en la difícil técnica de la perspectiva. Las tres tablas representan tres momentos distintos de la batalla que en 1432 libraron los florentinos, comandados por Nicolás de Tolentino, y los sieneses, liderados por Bernardino della Ciarda. La victoria acabó cayendo del lado de los primeros.

En la actualidad, cada una de esas pinturas se conservan por separado. La primera, en la National Gallery de Londres. La segunda, en el Museo del Louvre de París. Y la tercera, quizá la más emblemática, en la Galería Uffizi de Florencia.

Esta última, cuyo título es *Nicolás Mauricio de Tolentino derriba a Bernardino della Ciarda en la Batalla de San Romano*, se ha convertido en una obsesión. He examinado durante horas, quizá días, esa última tabla de Uccello. Mandé imprimir una copia con la máxima resolución posible, la enmarqué y la colgué frente a mi mesa de trabajo. Mientras

escribo estas líneas minimizo —casi suspendo— mi respiración para sentir el ruido primero de la batalla.

En el flanco izquierdo de la tabla, Nicolás de Tolentino, a lomos de un caballo rojo, golpea con su lanza el pecho metálico de Bernardino della Ciarda, que es descabalgado de su caballo blanco, y ya busca para siempre el alivio del suelo. Junto a ellos, soldados de uno y otro bando se enfrentan blandiendo estandartes, trompetas, lanzas, hachas, espadas y arcos. Emplean con brío sus piernas, brazos y puños en el corazón de una ceremonia que, a esas alturas, ya no tiene ni lógica ni estrategia. Solo espasmo y ceguera. Otros, en cambio, lejos de estremecerse, yacen muertos junto a sus caballos a la espera de que llegue un nuevo y rojo amanecer. Al fondo, en inmensa y hermosa perspectiva, las liebres y los galgos huyen atravesando las tierras de cultivo, en busca de la espesura del refugio.

Mi sueño cobra un hondo significado al calor de esa pintura. Lejos de ella, se convierte en un recurso narrativo pobre, previsible e impúdico. Pero ambas cosas existen. Y la euforia electrifica mi entorno. De modo que ya no escribo. O no solo escribo. También cabalgo entre sueños y recuerdos, como Nicolás de Tolentino, a lomos de un caballo rojo.

Sesenta y cinco

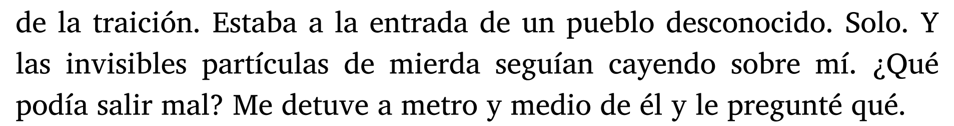
El pueblo de Aledo está a los pies de Sierra Espuña, en un enclave idílico si lo que se desea es mandar a tomar por culo al resto de congéneres planetarios. Solo hay que imaginar un macizo escarpado sobre el que plantas un castillo medieval, una iglesia de estilo barroco, algunas murallas musulmanas, un enredo de callejuelas y casas bajas, y no más de mil habitantes. Eso es Aledo. Si levantaran un muro, cavaran un foso y declararan la independencia, poco se podría hacer para recuperarlo. Aquel lugar, aun mostrándose amable, hospitalario y misterioso con el visitante, se antoja de esencia inexpugnable y de digestión correosa. Mis razones tengo para pensar así.

Como llegué con bastante antelación, aparqué el coche a la entrada del pueblo y comencé a repasar mentalmente las preguntas que no podía dejar de hacerle a Carmela; las encrucijadas a las que tenía que llevarla con astucia. Albergaba algunas dudas sobre cómo debía proceder. ¿Grababa la conversación con su consentimiento, dándole al encuentro un barniz de formalidad y planificación? ¿Grababa la conversación a escondidas y me inclinaba por un aire más desenfadado? ¿O, por el contrario, me olvidaba de la grabadora y tomaba notas sin más, con el fin de asomarnos a esa vieja familiaridad que una vez pudimos tener? Por la experiencia que he adquirido en los últimos meses, sabía que la grabadora engolaba o constreñía los testimonios, desvirtuando en mayor o menor medida la naturalidad. Pero no era menos cierto que me facilitaba el trabajo de un modo tan considerable que me parecía una temeridad jugarme todo a la baza de los apuntes precipitados. Hice algunas pruebas aprovechando la asepsia acústica del interior del coche. Conecté la grabadora en el teléfono móvil, lo metí en uno de los bolsillos de la chaqueta y me la puse. Hablé balanceando el tono de voz. Subí y bajé el volumen una y otra vez. Tosí, fingí estornudar, me moví e, incluso, me quité la chaqueta, la dejé caer en el asiento de al lado y volví a enfundármela. Después me puse los auriculares y reproduje el archivo. Ahí estaba

todo. Se escuchaba. Era posible la transcripción.

Hastiado de mirar el reloj del salpicadero, me bajé del coche y crucé la carretera para comprar una botella de agua en una minúscula estación de servicio. Una ligera brisa llevaba de un lado a otro el aroma espeso del estiércol de las tierras de cultivo o de las granjas intensivas. El chico que había tras el mostrador, embutido en un mono amarillo y con los ojos apretujados en el centro de su cara, se mostró muy amable conmigo, a pesar de que ni abrí la boca ni sonreí. Él se explayó. Me habló de unas jornadas de alfarería que se inauguraban al día siguiente, me recomendó el único bar decente del pueblo para cenar y el único hostal decente del pueblo para dormir, me ofreció una rebaja en los sacos de naranjas que se amontonaban en la puerta, me regaló un díptico con los senderos más importantes de la parte meridional de la sierra y me deseó una estancia provechosa en la comarca. Cuando volví a la calle, me di cuenta de que ni siquiera había preguntado por la botella de agua que iba buscando. Tomé aire con fuerza y constaté que la mierda seguía suspendida en el aire, intacta, a un paso de convertirse en tormenta oscura, así que decidí empujar los acontecimientos y me dirigí al coche con la intención de entrar en el pueblo y esperar a Carmela en la puerta del bar, por si ella también se anticipaba. Fue la primera vez que destelló en mi cabeza el deseo de que aquello acabara cuanto antes. Lo sé porque me cagué en Pascual y en sus putas ocurrencias.

La vida adopta la forma que más le conviene. Tiene la flexibilidad de la caricatura y el paroxismo de la pesadilla. Por eso estaba a punto de meterme en el coche cuando escuché que alguien decía algo a mis espaldas. Línea directa con la ultratumba. Más o menos eso parecía. Giré la cabeza sin abandonar mi intención de marcharme de allí a toda prisa y lo vi apoyado en una pared de tierra caliza. El hombre tendría más o menos mi edad. Era corpulento. Un gordo compacto con una barba muy poblada y unas piernas demasiado delgadas. Vestía unos vaqueros que había recortado a la altura de las rodillas, una camisa de manga corta abotonada hasta el cuello, unas sandalias de cuero trenzado y una gorra con una lechuza tejida junto a la palabra *sabelotodo*. Lo sé con tal detalle porque me pidió que me acercara y no dudé en hacerlo. Sin quitarle la vista de encima, volví a cerrar la puerta del coche y me aproximé a él como quien espera ser capaz de esquivar en el último momento el golpe seco


de la traición. Estaba a la entrada de un pueblo desconocido. Solo. Y las invisibles partículas de mierda seguían cayendo sobre mí. ¿Qué podía salir mal? Me detuve a metro y medio de él y le pregunté qué.

—¿Qué?

—¿A quién buscas?

—¿Cómo?

—¿A quién buscas?

—No busco a nadie. ¿Por?

—¿Habrás venido por alguna razón?

—No te entiendo muy bien. ¿Qué es lo que quieres? Tengo prisa.

—¿Llevas casi dos horas metido en ese coche y ahora tienes prisa?

—Eso es.

—Vete a la mierda. Si no quieres contestar a mis preguntas, dímelo y nos ahorramos todo esto.

—¿Pero por qué iba a responder yo a ninguna de tus preguntas?

—¿Y por qué no? ¿Tú a qué estás acostumbrado? ¿En ese lugar de donde vienes no se responde a las preguntas?

—Hagamos lo contrario. Prueba a decirme algo que no sea una pregunta. Venga. Inténtalo.

—¿Estás jugando conmigo?

—Error.

Dio un paso hacia mí y se detuvo. Tenía la mandíbula encajada como un cepo y su agitación era más que evidente, así que lo amenacé, supongo que con torpeza.

—Ni se te ocurra acercarte.

—Así que me tienes miedo.

—¿De dónde cojones te has escapado tú?

—Veo que a ti también te gusta hacer preguntas. Yo siempre estoy aquí.

—Pues me parece un sitio estupendo para que sigas algunos años más. Yo me voy.

—Hazlo. Vete. Y saca tu coche de mi propiedad.

—Pero si está casi en el arcén de la carretera.

—La carretera también es mía.

—No me hagas reír, imbécil.

—Ya te he dicho lo que tienes que hacer. Hazme caso y llévate de aquí todo lo que traigas contigo.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Márchate.

Miré hacia la estación de servicio con la esperanza de que el chico amable estuviera contemplando desde el otro lado de la carretera aquella disparatada escena. Pero, por el contrario, tuve la impresión de que la gasolinera llevaba años, puede que décadas, cerrada a cal y canto. Me sentí turbado y, por mucho que arrastré la lengua, no encontré ni rastro de saliva en mi boca. Como si un lejano barbitúrico comenzara por fin a disolverse en mi estómago y se iniciara así una lenta demolición interna. Entonces le devolví de nuevo la mirada al hombre y le pregunté una vez más qué.

—¿Qué?

—Vete por donde has venido. Te lo pido por favor. Te ruego que no vuelvas jamás por aquí. Vete.

Sesenta y seis

Después de arrastrar la idea durante algunos días, decidí pedirle a mi amigo Harry Duck la dirección del profesor Pensacola. Ni siquiera me preguntó para qué la quería. Me la envió en un mensaje y me contó que él bajaba al barrio en unas semanas y que le gustaría que comiéramos juntos el día que yo eligiera. Aquello no era una novedad para ninguno de los dos. Ya en otras ocasiones nos habíamos dicho cosas parecidas, pero la pereza, el olvido o los estériles compromisos cotidianos habían empujado nuestra voluntad hasta un desguace de deseos. Así que esta vez ni le contesté.

Cuando leí en la pantalla del móvil la dirección del Pensacola, sentí que el estómago se me desprendía y comenzaba a flotar. Vivía a escasos cincuenta metros del primer piso que T. y yo nos habíamos alquilado cuando decidimos irnos a vivir juntos. Allí estuvimos un año y medio, durante el que follamos casi a diario y tomamos decisiones importantes como iluminar la entrada con un pequeño acuario con tres peces de agua fría. Tiempos hermosos que no sé si volverán.

Eran antiguos edificios espejo. Me bastaba con cerrar los ojos para levantar sobre mi mesa aquellas moles de hormigón. Fachada verde y ocre. Con unos soportales siempre húmedos y mal iluminados que abrazaban todo el perímetro. Más de setenta viviendas aplastándose unas a otras. Un *hall* generoso con vegetación de plástico verde fluorescente y dos ascensores pequeñísimos. Escaleras estrechas, demasiado empinadas, con ojos de buey traslúcidos en algunos descansillos. En el aire, el aroma aceitoso y agridulce del restaurante chino que ocupaba toda la esquina. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto nunca? Todo este tiempo alardeando ante T. de la potencia de mi visión periférica, y muy probablemente me había estado cruzando en el vecindario con el profesor Pensacola sin percatarme de nada. Me maldije cien veces por no haber estado atento. Y después culpé al amor y al deseo que me emborrachaban el corazón en aquella época.

El portal estaba abierto. Era habitual que por las mañanas estuviera así para evitar que los carteros, los repartidores y los mormones te reventaran las pelotas con el zumbido del portero automático. Subí y no me crucé con nadie en el camino. La primera impresión fue que sus pasillos eran algo más oscuros que los del nuestro —el que había sido nuestro, claro— y que el ascensor tenía una mayor amplitud, quizá por los espejos que forraban sus paredes. Dejé las tres cajas de minerales y rocas en el suelo y golpeé la puerta del profesor. Nada. Solo el sonido viajando. Volví a llamar, toqué el timbre. Nada. Golpeé la puerta y dije su nombre. «Soy yo, profesor Pensacola. Será un momento...» Mucha más nada. Entonces se abrió la puerta que tenía a mi espalda y una mujer mayor asomó la cabeza como si dispusiera de un cuello hidráulico. Se me quedó mirando con los mismos ojos de un alcaraván, y me agaché a recoger mis cajas para salir de allí echando leches. Entonces habló. Supongo que porque la gente que quiere hablar al final acaba haciéndolo le pese a quien le pese. En este caso a mí.

—¿Busca al profesor? Creo que ha salido esta mañana temprano. Es probable que no vuelva hasta la noche. Le gusta ir al parque a mirar a las muchachas. Una vez salió al pasillo borracho como una perra diciendo que se iba a suicidar en el *hall* para que el edificio estuviese maldito y nadie quisiera venir aquí. Usted pensará que está como una jodida cabra. Tiene su lógica. Pero no. Porque no lo hizo, el muy cobarde no se mató. Y no lo hizo porque le faltan los huevos que su mujer sí tuvo. Por cierto, es usted de la policía, ¿verdad? A mí no me engaña.

Me abrazó un silencio que no vi llegar. No sabía si marcharme para volver en otro momento o descartar para siempre la confusa idea que me había llevado hasta ese pasillo. Fue entonces cuando escuché el pesado crujido de la cerradura. La puerta del Pensacola se abrió y salió disparado hacia la cabeza de la vecina, gritando y blandiendo un paraguas. Por suerte tuvo tiempo de escurrirse hacia dentro como un caracol. La empuñadura metálica del paraguas fue a golpear contra el marco de la puerta y las astillas saltaron como si hubiera dado un puñetazo en el agua. Me quedé bloqueado sujetando las cajas, ordenando la respiración, controlando los esfínteres. Hablaron respetando los turnos de palabra.

A este lado de la puerta, Pensacola: Vieja hija de puta, cierra la

boca de una vez.

Al otro lado de la puerta, la vecina: Te voy a denunciar, cabrón. Usted lo ha visto con sus propios ojos. Deténgalo. Enciérrelo hasta que se le pudran los pies. Ha intentado matarme. ¡Ha intentado matarme!

De nuevo a este lado de la puerta, Pensacola: Serás loca... A quién van a detener. Al único que van a acabar encerrando es a tu hijo por darle palizas a su mujer. Yo mismo lo voy a denunciar.

Y, al final, al otro lado de la puerta, la vecina: Ándate con ojo. Y tú también, maricón. Menudo policía de mierda. Menudo corrupto pesetero. Que os den a los dos. ¡Que os den!

El profesor Pensacola tomó mi brazo y me sugirió que entrara en su casa. Yo estaba en tal estado de nervios que habría hecho instintivamente cualquier cosa que me hubiese pedido. Él, en cambio, parecía relajado. Sonreía mientras me dirigía pasillo adentro hasta un enorme salón, hasta un viejo sofá. Aquella estancia era tan luminosa que cegaba en el primer contacto. La pared que daba al sur tenía cuatro ventanas enormes desde las que se apreciaba el mar, el cargadero de mineral, el puerto e, incluso, si afinabas la mirada lo suficiente, algunas localidades del otro lado de la bahía. Lejos de lo que había imaginado, la casa no estaba hecha unos zorros. Es probable que un asmático no hubiera tardado en morir asfixiado en aquel sofá, pero había orden y cierta pulcritud en la disposición de los muebles y en la elección de algunos objetos decorativos. Desde donde yo estaba esperando a que volviera de la cocina, podía ver libros, portarretratos, cuadros, una televisión, una radio, un perchero de pie y, como mínimo, cuatro lámparas de mesilla. No sé por qué, tuve la impresión de que era un hombre hecho por la suma de sus costumbres. Una idea muy lejana, casi opuesta, a la que me sugería aquel profesor que impartía clase a golpe de silencios y aforismos.

Dejó sobre la mesa una bandeja atestada de tazas y botes de aluminio, como si tuviera seis o siete invitados. Se sentó en un hospitalario sillón orejero. Suspiró con cansancio. Y, entonces sí, habló.

—¿No vas a grabar la conversación?

—¿Qué problema tiene esa mujer con usted?

—No es nada personal. Trata del mismo modo a todos los vecinos. Te diría que está senil, pero eso sería rebajar mucho el diagnóstico. Quizá sea más apropiado afirmar que es una insoportable

vieja hija de puta.

—Da miedo.

—Cierto. Por eso tengo un paraguas de kilo y medio junto a la puerta. Un día de estos se lo parto en la frente.

—Mala idea.

—Mejor una mala idea que una idea mediocre. ¿No crees? Eres escritor. No me decepciones.

—No estamos hablando de literatura.

—Si lo que acabas de presenciar no es literatura, ¿qué cojones es?

—No lo sé, la verdad. Aún me tiemblan las piernas.

—Tranquilo. Sírvete lo que quieras. No tengo tila, pero debe de haber algo de menta poleo y manzanilla. Si quieres que saque la artillería pesada, solo tienes que pedirlo.

—Gracias.

—¿Qué hay en esas cajas?

—La razón de esta visita. Es el trabajo que le presenté hace más de veinte años.

—Eres un nostálgico, chaval.

—En realidad no lo he traído por eso. De hecho, cuando venía de camino estuve a punto de tirarlas en un contenedor de basura.

—¿Puedo abrirlas?

Puso las tres cajas sobre la mesa grande del salón y las abrió. Estiraba el cuello de iguana como si más que verlas quisiera atrapar una vieja fragancia. Tomaba entre las manos algunas de las piezas y las observaba con curiosidad. En un par de ocasiones sopló con brío para librarlas de polvo o pelusa. Una vieja costumbre. Mientras tanto yo buscaba y encontraba sus nombres en mi cabeza. Oligisto. Malaquita. Obsidiana. Galena. Recordaba aquellos días en los que era capaz de examinar cada piedra empleando todos los sentidos a un mismo tiempo. Pirita. Celestina. Espejuelo de asno. Amatista. Y un placentero cosquilleo comenzó a viajar lentamente desde el estómago hasta la nuca.

—Hace muchísimos años que dejé de mandar este tipo de trabajos.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? ¿Quién se echa al campo a buscar piedras hoy en día?

—Yo lo hice. Y me niego a creer que todos los alumnos hayan

perdido la posibilidad de fascinarse por algo.

—¡Qué cojones! ¿Quién dice que no puedan sentir fascinación? Por supuesto que pueden. Pero por otras cosas muy distintas que, para colmo, pertenecen a tierras ignotas para un hombre de mi edad.

—Me basta con mirar esas rocas y minerales para volver a sentir el calor que siempre trae el descubrimiento.

—Sin embargo, a pesar de esa pedantería, hace un rato te planteaste si lo mejor era deshacerte de ellas. Qué raro, ¿verdad? Todo acaba pasando. La curiosidad, la pasión, el dolor, las certezas y, por supuesto, la vida misma. Tarde o temprano llega ese momento en el que nos desprendemos de buena parte de nuestro equipaje. Y el cansancio o la decepción suelen ser buenos aceleradores de ese proceso. Hace ya algunos años, mucho después de la que dices que fue tu promoción, les encomendé a los alumnos de primero un trabajo que consistía en anotar todo lo que comían durante una semana para después calcular las calorías consumidas. Era una chorrada que otras veces había funcionado muy bien. Un viernes a última hora, el director me llamó a su despacho, me invitó a un whisky y me pidió que cambiara ese trabajo por cualquier otro. Yo, al principio, ni siquiera sabía si me estaba hablando o no desde el otro lado de la mesa. Pero en algún momento de su exposición acabé por pillarle la hebra y me enteré de que los padres veganos de una alumna también vegana habían planteado una queja formal porque entendían que ese trabajo iba a exponer innecesariamente a su hija a un escarnio público. Por supuesto, me reí como pocas veces me he reído en mi vida y me negué a mover un dedo en ese sentido. ¿No era lógico que entendiera que aquello era una broma? Pues al inspector de turno apenas le llevó mes y medio suspenderme de empleo y sueldo durante una semana.

—Increíble.

—Lo peor no fue esa suspensión. Tampoco que aquella decisión fuese el primer paso hacia una demolición sistémica y sistemática. Lo peor de todo, sin duda, fue que se me instalara esta sensación de no haber hecho lo que debía.

—¿Pero qué cree que podría haber hecho en una situación como esa?

—Entonces no lo sabía y de ahí que actuara del modo en que lo hice. Pero ahora lo tengo clarísimo. Mi obligación era haberle

reventado la cabeza al director en aquel despacho. En el mismo momento en que terminó de plantearme lo que para él era un gran problema, yo debí saltar sobre esa mesa y hacer lo que fuera preciso para tomar las riendas de lo que estaba por ocurrir. Golpearle la cabeza contra el suelo, clavarle los dedos en los ojos o morderle las pelotas.

—…

—¿Te incomoda? Pues a mí no me avergüenza reconocerlo. ¿De verdad te incomoda, chaval? El golpe que le he dado a la puerta de esa vieja es más efectivo que cualquier palabra que hayamos podido intercambiar. La patada que Jules le propinó a aquel alumno es muchísimo más sanadora que todas las mediaciones o terapias del mundo. Es lógico que pienses, no obstante, que mi planteamiento solo puede nacer de la ira o de la frustración. Pero yo niego la mayor. Detesto esa lógica. Además, ¿no era frustración lo que llevó al hijo de puta del director a pedirme que cambiara el trabajo? ¿Y alguien ha ido a hablarle de la inconveniencia de actuar desde esa frustración?

—No sé… Me resulta muy difícil defender la violencia.

—¿Crees que no fue violento el modo de actuar de la inspección y del director? ¿Cómo piensas que me sentí cuando volví a entrar en la sala de profesores después de aquella suspensión?

—Eso lo entiendo. No me cabe la menor duda de que debió de ser un episodio horrible para usted. Lo que me cuesta entender es qué habría arreglado el hecho de que lo hubiera inflado a hostias en aquel despacho.

—No habría tenido que arreglar nada porque, de haber reaccionado así, nada se hubiera roto dentro de mí. Esa es la cuestión, chaval. Habría sido un acto de pura defensa, preventivo, profiláctico. Por supuesto, la suspensión habría llegado y habría sido mucho más contundente. Pero yo no habría soportado durante todos estos años una piedra tan grande en el corazón. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—Por supuesto. En el fondo, no podemos ser tan diferentes. Pasaste por mis clases. Algo útil aprenderías.

—Bueno, no se acuerda de mí. De hecho podría no haber pasado por su laboratorio. Recuerda a casi toda la promoción. Algarte, Cabeo, Muñoz, Segura, Orts, Valenzuela… Incluso tiene relación con Harry Duck. Sin embargo no guarda ningún recuerdo sobre mí. Ni siquiera

aparezco en sus cuadernos.

—No creas que no le he dado vueltas. Muchas, además. Me estoy tomando tu interés muy en serio. Pero, bien pensado, ¿qué importancia tiene que yo no te recuerde?

—¿No la tiene?

—Claro que no, chaval. No seas reduccionista. Hayas estado o no en mis clases, por alguna razón, te has sentido en la obligación de buscarme y hablar conmigo. Deseas que el viejo y descerebrado profesor Pensacola aparezca en tu nuevo libro, y aquí estoy. O aquí estás. Según cómo queramos verlo. Y yo, para qué negarlo, no puedo más que sentirme halagado y henchido de curiosidad.

—Le había traído esas cajas para ver si terminaba de recordar algo de aquellos años. Bueno, para ser preciso, algo sobre mí.

—Han servido para otra verdad no menos hermosa. Hacía muchos años que no disfrutaba del olor de una buena colección de piedras. En ellas siempre hay belleza, hay origen y también hay futuro. ¿Sabías que cinabrio quiere decir sangre de dragón?

—No.

—Pues no lo olvides. Lo importante siempre se olvida porque la importancia es traslúcida. Y si no que me lo digan a mí.

—Descuide. Lo anotaré en mi cuaderno.

—Dime, ¿con quién tienes que hablar ahora?

—Con una amiga de la infancia. Carmela Huergo.

—¿Crees que se acordará de ti?

—Sí. Nos hemos escrito para fijar un encuentro.

—¿Tiene tatuajes?

—¿Cómo dice?

—Esa amiga, ¿tiene tatuajes?

—No lo sé. Hace demasiado tiempo que no nos vemos.

—Pregúntaselo. A veces se los esconden.

—Va a sonar rara la pregunta, ¿no cree?

—No. No creo. Tú pregúntaselo.

Sesenta y siete

«Nada más que un caballo resoplando contra otro.» He dado cobijo a esas palabras rojas que Eduardo Huergo pintó en la tapia del cementerio. Las guardé en el olvido con la voz de Tijeras-padre o les di cristiana sepultura bajo el estéril deseo de no haber cruzado aquella mañana el Paraje de la Costumbre. Habría bastado una somera búsqueda en internet para encontrar el origen de ese verso. Porque Tijeras-padre tenía razón. Era eso. Un verso. Pero, arrastrado por la brújula de la narración, no lo hice hasta que llevé bien avanzados estos apuntes.

Leí en algún lado que, después de vivir un episodio especialmente traumático, nuestro cerebro es capaz de conectar la máquina de la niebla y sumir algunos recuerdos en el olvido más profundo y opaco que se haya conocido. La hipnosis y el EMDR son procedimientos que usan algunos psicólogos para dar algo de luz a esa oscuridad. Por eso, en un momento muy concreto de mi vida en el que el bloqueo creativo era total y mi angustia infinita, decidí acudir a un profesional. Durante semanas me sometí a numerosas sesiones de EMDR en una pequeña consulta ubicada en el entresuelo de un viejo edificio. Me sentaba en una silla, cerraba los ojos y me empeñaba en recordar determinados episodios de mi infancia y adolescencia. Mientras tanto el psicólogo no dejaba de tamborilear con sus dedos en mis hombros. Rápido y lento. Rápido y lento. Así hasta que, según él, se abría una minúscula grieta a través de la cual era posible alejarse de la niebla para recolocarlo todo.

Aquellas sesiones vespertinas me ayudaron de un modo extraño que aún hoy me cuesta explicar. Aunque el bloqueo creativo siguió conmigo un par de años más, la angustia dejó de apretar con la virulencia a la que me tenía acostumbrado. Me convertí en un hombre capaz de visibilizar su propia serenidad, de taponar o redirigir determinados abscesos de ira, de construirse un exoesqueleto que reforzara su autoestima. Siempre he pensado que aquel trabajo

psicológico fue una de mis mejores inversiones. Y aun así habría cambiado todo lo conseguido por una sola cosa: que aquella minúscula grieta se abriera y yo hubiera sido capaz de recordar, al atravesarla, ese verso. «Nada más que un caballo resoplando contra otro.» Porque eso habría sido el origen de muchas otras revelaciones. Quizá, quién sabe, habría llegado a este punto narrativo hace años y, aunque eso no fuese garantía de nada, habría tenido algo que decir. Porque de eso va esto de la literatura. Ya está.

No obstante, quizá haya que reconocer que solo el fogonazo de la escritura tiene el poder de penetrar en las tinieblas de uno mismo. «Nada más que un caballo resoplando contra otro» es el verso de un poema escrito por el poeta norteamericano Gregory Corso. Se titula «Uccello». Y está inspirado en el tríptico *La batalla de San Romano*, del pintor renacentista Paolo Uccello. Cuando leí el poema, una euforia antiquísima me emborronó la vista. La misma que otras veces me había sacudido en la adolescencia cuando hallaba y clasificaba un mineral o una roca. Tuve el impulso de llamar a T., a Pascual, al profesor Pensacola, a mis padres. A todo el mundo. Quise que alguien me escuchara gritar que sabía, por fin, de qué iba todo esto. Sin embargo, no lo hice. Me quedé mirando la pantalla y leyendo una y otra vez el poema de Corso, traducido por Diego A. Manrique. Disfrutando del desvelo al que nos tiene acostumbrados el hallazgo. Relamiendo el placer que solo procura la soledad y la buena ventura.

Nunca morirán aquellos que luchan tan
abrazados
aliento con aliento, el ojo reconociendo al ojo,
imposible
morir o moverse, ninguna luz se filtra, ningún
brazo con maza,
nada más que un caballo resoplando contra otro,
escudo
brillante sobre escudo, todos iluminados
por el afilado rayo de un ojo bajo un yelmo.

Ahí estaba todo. Qué razón tenía el poeta. Nunca morirían aquellos que luchan tan abrazados en aquellas tablas. Paolo Uccello, si no los hizo vivir para siempre en su tríptico, sí logró al menos que no

murieran nunca. Soldado abrazado a soldado. Armadura contra armadura. Escudo sobre escudo. Caballo frente a caballo. Un bloque inexpugnable para el tiempo. El brillo del arte cegando para siempre la amenaza del olvido. Algo que primero supo ver Uccello. Después, Gregory Corso. Y, por supuesto, así lo comprendió también Eduardo Huergo.

Se levantó antes de que amaneciera y lo escribió en rojo en la tapia del cementerio de mi barrio. Bien grande: «Nada más que un caballo resoplando contra otro». Sabedor de que bastaba ese acto para hacer inmortales a quienes estaban enterrados allí y, por extensión, a sí mismo. Después, por desgracia, la ignorancia trajo la cal y el olvido. El Larvas borró a escobillazos todas las letras, haciendo refulgir la misma nada de siempre. Pero ya era tarde. Tijeras-padre había memorizado ese verso. Aquella tristeza que sintió al leerlo garantizó la supervivencia de esas ocho palabras. Y con eso debía ser más que posible. Como aquella noche en la que mi padre decidió fotografiarse en pijama mostrando orgulloso un enorme calamar. Suficiente. No para perdurar por los siglos de los siglos, pero sí para que el día de la muerte de Buschemi alguien le pidiera que contara otra vez aquella hazaña real o inventada.

Sesenta y ocho

No nos escondimos en el único hostal decente de Aledo. Supongo que Carmela siempre fue más valiente que yo. Más alta, más pesada y con las piernas mucho más fuertes. Por otra parte, también supongo que habría sido una estupidez. Su casa estaba en la parte alta del pueblo y fuimos dando un agotador paseo. Hablábamos y acompasábamos la respiración en un ejercicio que en ella parecía natural y en mí pura vergüenza. Serían las once de la noche cuando me dijo que ya no quedaba mucho para llegar. Y las once y diez cuando volvió a repetirlo. La temperatura se había desplomado y las callejuelas, ya sin apenas asfaltar, estaban iluminadas por el relumbrón de las ventanas de las casas. Un rato antes, justo al salir del bar, me había sugerido que no moviera el coche de ahí porque las callejuelas eran estrechas y el aparcamiento complicado. Sin embargo, al llegar a su casa comprobé que había una camioneta en la puerta y espacio suficiente para dos vehículos más. Pensé en esas preguntas que siempre genera un coche desconocido en la puerta de cualquier casa de un pueblo como ese.

¿Qué habría dicho Pascual de haberme visto en aquella situación? Me excitaban sus posibles reacciones. Todas. Pero no tenía claro si era una buena idea contárselo cuando llegara el momento. Así, de primeras, por dos razones. Porque dudaba de mi capacidad para armar el relato de lo que estaba a punto de suceder. Y porque Pascual nunca se había caracterizado por su sentido de la confidencialidad. De modo que ahí estaba yo: repantingado en el sofá, con una copa de vino en el filo de la mesa, escribiéndole un mensaje a T., silenciando el móvil y esperando a que Carmela regresara de donde estuviera.

No sé a qué se dedicó allí arriba. Mi optimismo me hizo sospechar que estaba depilándose porque tardó más de veinte minutos en bajar. Tuve tiempo de escudriñar los retratos que había desperdigado por el salón, los muchos libros que lucían en sus estanterías, los trofeos de atletismo en el único mueble acristalado, la

correspondencia sobre el taquillón, el remiendo de la alfombra, los vinilos apilados en un canasto y el escrupuloso orden que caía sobre la estancia como una sábana recién lavada. Tuve tiempo, como digo, de todo eso y, además, de contrastar esa radiografía doméstica con lo que me había relatado en el bar. Veinte minutos es mucho tiempo para ordenarlo todo. Y, con algo de suerte, para depilarse.

En cuanto la vi bajar por la escalera, eché mano al móvil y volví a cerciorarme de que siguiera silenciado. No quería que nada interrumpiera aquel descenso. Bueno, en realidad, quería que ese teléfono móvil desapareciera. En ese íntimo cataclismo de mi biografía lo deseaba absolutamente todo: que no existiera la vida rutinaria que yacía al otro lado de la línea. Habría nacido de nuevo en aquel sofá de haber tenido esa posibilidad: lo llaman volver a empezar y dicen que es hermoso. Soy consciente de la infinita mezquindad que germina en ese deseo, pero Carmela Huergo, la misma niña que había compartido pupitre conmigo, la misma niña que se había burlado de mi naturaleza enclenque, la misma niña que Pascual había intentado enamorar con todas las canciones de aquella España plagada de hombreras y camisetas de propaganda, la misma niña que contempló a su hermano bajo una manta, esa niña, volvía a estar frente a mí después de veinticinco años. Solos, curiosos, engatusados y, por supuesto, ya vencidos. La belleza de Carmela se antojaba de una contundencia turbadora. Su pelo era obsidiana, sus ojos parecían manchar como el oligisto y su cuerpo, en algún momento de su vida, había cristalizado como la celestina por la que una vez me partieron la cara. Ya entonces, mientras enarbolaba esa sucesión de metáforas y comparaciones, no pude evitar pensar en el profesor Pensacola y preguntarme entre dientes en qué parte del cuerpo habría ocultado su tatuaje.

Antes de que el vino desenmascarara nuestro deseo, tuvimos ocasión de hablar con más calma sobre algunas cuestiones que, por pudor o pertinencia, apenas habíamos tratado en el bar. Carmela llevaba años trabajando en el sector editorial. Traducía del francés, del alemán y del inglés manuales de investigación universitaria, en especial del ámbito de la psicología, y llevaba a cabo correcciones estilísticas para un portal de autoedición que, para tranquilidad de nuestra sociedad, canalizaba cólera y frustración. Lo cierto es que en todo ese tiempo nunca había imaginado que se dedicara a algo así.

Profesora de Educación Física, sí. Cajera de supermercado, sí. Técnico de laboratorio, sí. Fisioterapeuta o veterinaria, también. Concejal de urbanismo o servicios sociales, por qué no. Pero jamás pensé en Carmela como una mujer próxima al mundo en el que yo acostumbraba a moverme. Estudió Traducción en la Universidad de Granada, trabajó durante algunos años en Zúrich para un bufete de abogados y, cuando su madre cayó enferma, volvió a Aledo para cuidarla durante sus últimos meses. Fue entonces cuando conoció a L.H.T. Un hijo de puta de tomo y lomo que, justo después de contraer matrimonio en la torre del castillo medieval del pueblo, comenzó a estrujarle el corazón y terminó por amoratarle las piernas, los brazos y el costado. Según Carmela, ella aún seguía viviendo en esa casa porque en el pueblo se conocen todos y si lo vieran aparecer, lo descoyuntarían en el acto. Además, tenía una orden de alejamiento. Pero ya había pensado en malvender y empezar de nuevo en cualquier otro lugar. No lo ocultó. Volver a empezar. Eso dijo. Y a mí esas palabras me emocionaron desde una estupidez supina, desde las brasas que me caldeaban los huevos en ese momento, porque entendí que no ocupábamos lugares muy distantes entre sí.

En esas mismas circunstancias, Pascual no habría tardado en intentar besarla. Lo sé. Y no por su torpeza en el devaluado arte de la seducción. Más bien por precipitación, impulso o espasmo. Viejo instinto animal. Por confiar en el puñetazo que procuran el pan y el vino de la proximidad. Amago de conejo. Pero yo, en cambio, si era necesario, estaba dispuesto a llegar al tiempo de descuento para que aumentaran mis posibilidades. Por eso pasé de puntillas por mis logros académicos; desgrané con puntería y misterio mis modestos hitos literarios; fui prestidigitador con mi vida sentimental; y también pinté al natural los cambios que había sufrido el barrio en el que habíamos crecido.

Por suerte para mi sistema inmunológico, después de servirnos una nueva copa de vino —quizá la cuarta—, Carmela se sentó a horcajadas sobre mis piernas. Su naturalidad estaba a años luz de esa pedante premeditación que me hacía sentir seguro. Y eso confirmaba que el impulso de Pascual habría hecho añicos mi elogio a la paciencia. Reconozco que tal certeza me jodió. Busqué sus labios y su lengua y encontré algo parecido a un puñado de frutos amargos. Me olió las manos y el pecho como quien busca el rastro de algo que

quedó muy atrás en el tiempo. Se desnudó y me desnudó. Lo cierto es que follamos con la euforia y la incertidumbre de quien está a punto de hacer cumbre en un ocho mil y no sabe si será capaz de bajar con todo el equipo a cuestas. Ese riesgo siempre había merecido la pena. Lo había leído muchas veces. Por eso dejé que llevara la iniciativa en todo momento y que los límites los impusiera su naturalidad. En un par de ocasiones dejó de moverse y contuvo la respiración para rebuscar algo en mi cara que no sé si encontró. Parecía que estuviéramos a punto de despertar. Yo para salir de un sueño. Y ella para dejar atrás el pasado una vez más. La caída fue tan hermosa que no tuve más remedio que maldecir el salto.

Cuando desperté, Carmela no estaba a mi lado. Ni siquiera recordaba el momento en el que nos habíamos ido a la habitación. Me di una ducha fría —no había agua caliente—, me vestí y bajé abrazado por el desconsuelo de la resaca. Sobre la mesa había una cafetera humeante, agua caliente, pan tostado, zumo de naranja recién exprimido, un taco de mantequilla, confitura casera y los cubiertos escrupulosamente dispuestos. La luz del exterior entraba por la única ventana que no tenía cortinas. Tuve la impresión de que todo estaba preparado para una sesión fotográfica de una revista de hogar y salud, y esa idea me forzaba la sonrisa. Carmela salió de la cocina con un bol lleno de queso para untar.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

—Creo que me he muerto durante algunas horas.

—Te mueves demasiado en la cama para estar muerto.

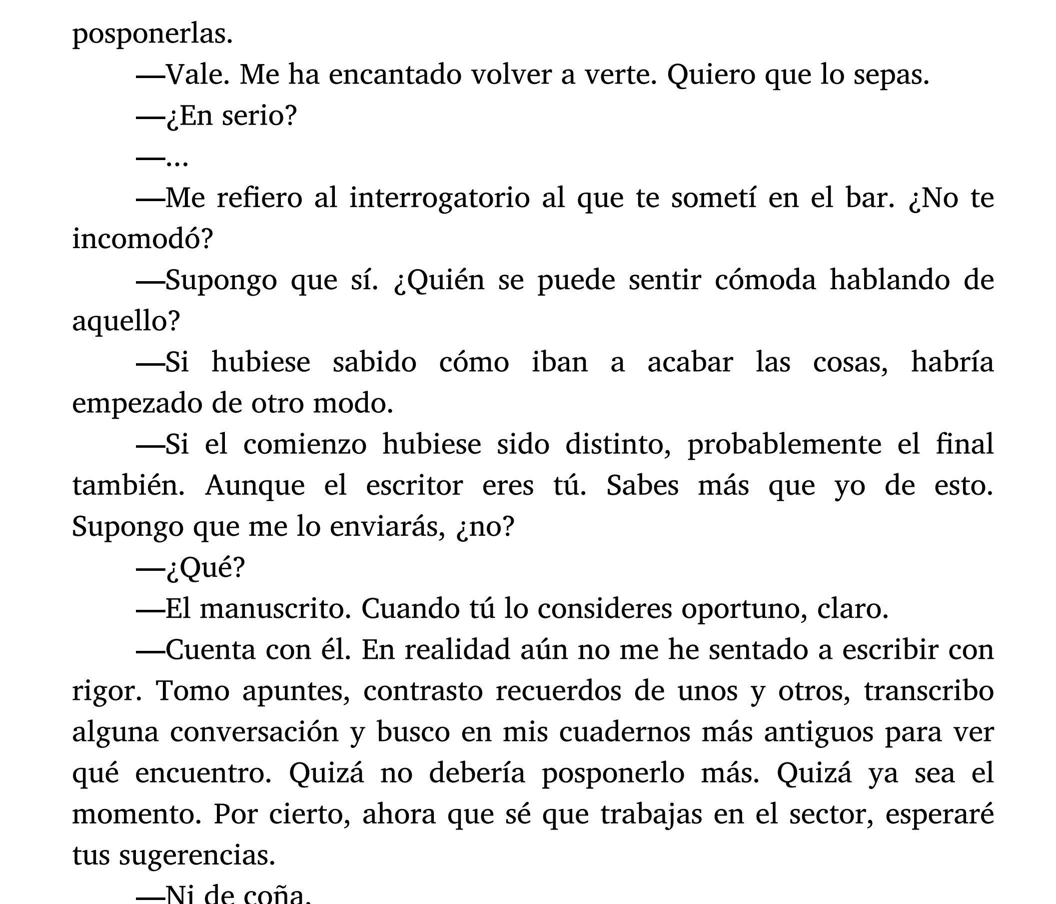
—Mejor. No me gusta morirme en casa ajena. Más aún si luego me encuentro estos desayunos. Muchísimas gracias, Carmela. No tendrías que haberte molestado. Con un café habría sido más que suficiente.

—No digas gilipolleces y siéntate ya.

Creo que comí todo lo que había dejado de comer el día anterior. El café estaba algo aguado para mi gusto, pero el pan, la mantequilla y la confitura no eran otra cosa que manjares. Carmela, en cambio, en la otra punta de la mesa, se sirvió un té y procuró que, a esas alturas, no nos viéramos sorprendidos por algún silencio incómodo.

—¿Te vas esta mañana? Yo tengo que sentarme un par de horas delante del ordenador, pero después estaré libre.

—Me voy. También tengo que hacer algunas cosas allí. No puedo



posponerlas.

—Vale. Me ha encantado volver a verte. Quiero que lo sepas.

—¿En serio?

—...

—Me refiero al interrogatorio al que te sometí en el bar. ¿No te incomodó?

—Supongo que sí. ¿Quién se puede sentir cómoda hablando de aquello?

—Si hubiese sabido cómo iban a acabar las cosas, habría empezado de otro modo.

—Si el comienzo hubiese sido distinto, probablemente el final también. Aunque el escritor eres tú. Sabes más que yo de esto. Supongo que me lo enviarás, ¿no?

—¿Qué?

—El manuscrito. Cuando tú lo consideres oportuno, claro.

—Cuenta con él. En realidad aún no me he sentado a escribir con rigor. Tomo apuntes, contrasto recuerdos de unos y otros, transcribo alguna conversación y busco en mis cuadernos más antiguos para ver qué encuentro. Quizá no debería posponerlo más. Quizá ya sea el momento. Por cierto, ahora que sé que trabajas en el sector, esperaré tus sugerencias.

—Ni de coña.

—Bueno, cuando llegue el momento ya veremos si te reprimes las ganas. También dijiste que no a mi invitación de vernos y mira dónde hemos acabado.

—Deduzco que no sabes por qué te volví a escribir.

—Pensaba que era porque te apetecía. Pero veo que hay algo más.

—Pascual le pidió el teléfono a mi prima Eugenia. Y me llamó.

—Qué hijo de perra más grande está hecho este Pascual.

—Bueno, yo me alegro de que lo hiciera.

—Y yo. No me malinterpretes. Pero es que me jode que siempre vaya por delante. ¿Qué te dijo?

—Que aceptara la propuesta. Que querías verme para hablar sobre mi hermano.

—No se anduvo por las ramas.

—Me contó que estabas atascado con una historia que te tenía caminando en círculos desde hacía meses y que hablar conmigo te

podía hacer bien.

—Él cree que es una mala idea escribir sobre esto.

—No fue eso lo que me dijo a mí. Se mostró preocupado por el daño que te pudiera causar abrir de nuevo este melón. Y, después de lo que te escuché ayer, creo que su postura no es ningún disparate.

—...

—Espero que no te moleste mi franqueza.

—No. Claro que no. Si alguien tiene derecho a decir lo que piensa sobre todo este asunto, esa eres tú.

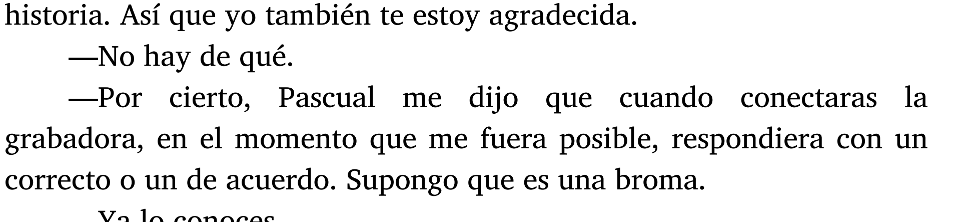
—La muerte de mi hermano Eduardo me trajo el dolor más grande que haya padecido jamás. Eso ya lo sabes. Y no se supera. Como mucho, se aprende a vivir con él. Han pasado más de veinte años, Juanma. Es demasiado tiempo. Y, a la vez, es poquísimo. Vivo todo lo tranquila que puedo. Ahora sé revolverme contra los golpes, me empecino en tener proyectos que sobrepasen mis posibilidades y creo más que nunca en la mañana de mañana. Solo así consigo sentirme viva. Y te lo dice alguien que ha estado casi muerta durante muchos años.

—Has sido de gran ayuda, Carmela. Todavía no sé cómo ajustar tus palabras entre los recuerdos y los testimonios que he ido juntando en los últimos meses. Pero tengo la certeza de que cualquier cosa que haya escuchado o recordado antes estaba condenada a ser una mera prótesis de lo que debía ser este relato.

—No entiendo por qué. Mi testimonio no deja de ser uno más. Y no quiero que pienses que se trata de falsa humildad. A estas alturas resultaría ridículo. Colaborar contigo me ha gustado y, por razones obvias, lo he disfrutado mucho. Desde que me llamó Pascual me he movido entre la curiosidad de saber y el miedo de husmear. Así que durante días he estado dándole vueltas a qué podía contarte que te ayudara en tu situación y que no me dañara a mí. No fue fácil, para qué negarlo. Pero al final llegué a la conclusión de que mi relato sería como el de otra persona que tuviera ganas de hablar sobre aquello. Uno más. En cualquier caso, y de eso que no te quepa ninguna duda, te he contado todo lo que querías saber. No me he guardado nada.

—Te estoy infinitamente agradecido por ello.

—Aunque yo no vaya a escribir un libro, todo lo que me has contado ya es indispensable para mí. Y, como has dicho tú, me llevará un tiempo encajarlo en lo que siempre ha sido mi recuerdo, mi propia



historia. Así que yo también te estoy agradecida.

—No hay de qué.

—Por cierto, Pascual me dijo que cuando conectaras la grabadora, en el momento que me fuera posible, respondiera con un correcto o un de acuerdo. Supongo que es una broma.

—Ya lo conoces.

—Pero no vi la grabadora, así que no lo hice.

—A veces me olvido de ella y tomo notas. Sobre todo cuando intuyo que lo que está a punto de ocurrir no lo captaría ni una cámara infrarroja.

—Dile a Pascual que contesté en algún momento lo que me pidió.

—Descuida. Sé lo pesado que puede llegar a ser.

Carmela se levantó y abrió un cajón del mueble que tenía a su espalda. De él sacó algo que no alcancé a ver hasta que lo puso sobre la mesa.

—Me gustaría regalarte algo.

—No es necesario, Carmela. De verdad que no.

—Creo que tiene sentido que la tengas tú.

—¿Qué es?

—Una carpeta que perteneció a mi hermano. Yo tengo muchas. No sé por qué las guardo. Me ponen triste. Un día las distribuí por casa como quien esparce semillas. Ahora creo que hago lo correcto dándote esta. Además, es una tontería. Un recuerdo. Solo eso. Acéptala, por favor.

—Muchísimas gracias.

—Y ahora me cambio y te acompaño al coche, ¿vale?

—De eso nada. Ya has hecho demasiado.

—…

—Por cierto, ¿te has planteado pasarte por el barrio? Ha cambiado bastante en algunos aspectos.

—Nunca voy a volver, Juanma.

—Ya.

—¿Y tú? ¿Volverás a Aledo?

La pantalla del móvil se iluminó sobre la mesa y atrapó nuestra atención. Más que un fogonazo de luz era una trampilla que se abría en el suelo. Ahí, en ese preciso instante, se calcinó cualquier respuesta que pudiera darle. Carmela volvió a levantarse de la silla y empezó a colocar el desayuno en una gran bandeja de plástico. Yo cogí el móvil

y me retiré hacia la ventana. Era, cómo no, un aviso del calendario común. «Hoy tienes un evento a las 12:45. Llevar al hijo de puta del perro al veterinario. Tráfico fluido. Llegarías a destino en 1 h 57 min.»

Sesenta y nueve

Camino del coche tuve tiempo de descubrir otro Aledo distinto al del día anterior, muy lejos del delirio que a veces traen algunas noches. En un ambiente bullicioso, hombres y mujeres levantaban mesas y toldos de la feria de alfarería. El frío de las primeras horas de la mañana rascaba con fuerza la cara y las manos, pero esa sensación no dejaba de ser un consuelo. Siempre creí que el mundo rural estaba preñado de poesía. Y es que cuesta abajo, después de follar, la vida se ve de otra manera. Pensé en recorrer el pueblo antes de marcharme por si podía serme útil en el proceso de escritura que tenía por delante, pero recordé que no sabía nada de T. desde que me despidiera en casa veinticuatro horas antes, y eso, conociéndola, nunca podía interpretarse como algo bueno. Caminé, pues, manteniendo el rumbo.

Durante algunos años de mi vida me aficioné al atletismo. Casi todas las tardes recorría entre ocho y diez kilómetros con el único fin de huir del bloqueo. Así, corriendo con las piernas como varillas de cohete, el sudor empapándome la espalda y el ritmo cardiaco por encima de mis posibilidades de deportista de clase media, me golpearon en las gafas algunas ideas que aún hoy me esperan en un cajón de mi escritorio. Lo hacía para sepultar el terror que me provocaba no tener nada que escribir. Afortunadamente, por iluminación divina o humana comodidad, quién sabe, terminé por descubrir que caminar me traía los mismos beneficios terapéuticos. Y de ese modo, caminando y caminando, llené el segundo cajón de mi escritorio.

Supongo que fue eso lo que me ocurrió esa mañana en Aledo. Ya había dejado atrás la feria de alfarería, el bombeo del corazón empezaba a arrinconar el frío y podía ver el coche aparcado a lo lejos. Entonces, lo que tantas otras veces había vivido volvió a suceder. Una idea se clavó delante de mí y casi pierdo el equilibrio. Más que una idea, la incómoda certeza de haber errado con una de mis irritantes

deducciones. Era más que evidente lo que había pasado. Carmela no me había pedido que dejara el coche ahí por problemas de aparcamiento. Tampoco lo había hecho por lo que pudieran imaginar o preguntar de buena mañana sus vecinos. No podía ser eso. Habíamos estado hablando durante horas a la vista de todos en el bar de la plaza del pueblo. Habíamos paseado a solas hasta llegar a su casa. Y, además, esa misma mañana volvía a estar dispuesta a acompañarme hasta el coche. Carmela no temía las maledicencias del vecindario. No era una cuestión de salvaguardar su reputación o de proteger su intimidad. Eso lo habría hecho yo, no ella. En realidad se trataba de lo único que había conseguido redoblar su fragilidad durante nuestra conversación: el miedo a la reacción de su exmarido si llegaba a ver el coche de otro hombre en la puerta de la que había sido su casa durante años.

Reanudé el paso. Y me resultó inevitable meterme en un pozo de preguntas sin respuestas serenas. ¿Habría dicho lo de la orden de alejamiento para que yo me sintiera tranquilo? ¿Hablaría de un pueblo en armas contra el maltratador para aclarar que aquella casa era inexpugnable? ¿Habría merodeado aquel hijo de puta mientras follábamos? ¿Me estaría observando en ese preciso momento? A tanta interrogación le bastaba con una sola respuesta. Y la tuve. Cuando me metí en el coche me di cuenta de que alguien había dejado una nota atrapada en el limpiaparabrisas. Un dedo de acero me apretó en la boca del estómago mientras me planteaba si era una estupidez salir a cogerla. Como es obvio, no lo hice hasta asegurarme de que ningún hombre acechaba en las proximidades, y eso no me llevó poco tiempo. Cuando me atreví, la ejecución fue eléctrica y limpia. La puerta abierta, la mano en la nota, la puerta cerrada y el bendito y amado bloqueo centralizado. En ese momento, da igual lo que te escriban. La caligrafía parece universal. Todas las palabras, sean las que sean, se vuelven magma o gasolina. Te abrasan en el acto o no tardarán en hacerlo. Estás jodido. Porque el miedo se convierte en una cucharilla de café que no para de removerte la poca razón que te quede. Y eso me ocurrió a mí. «Hijo de puta, lo has estropeado todo.» La leía una y otra vez. Y mientras lo hacía pensaba en Carmela y en si debía dar media vuelta y subir a su casa para contarle lo ocurrido. «Lo has estropeado todo.» O si lo mejor era llamarla por teléfono y decirle que ese hombre nos había visto follando en el sofá y, muy probablemente,

también desayunar esa mantequilla que aún me acariciaba la lengua y el cielo de la boca. «Hijo de puta.» O si, por el contrario, lo más inteligente era subirme al coche y marcharme de allí antes de que un cartucho de perdigones me pelara la cara.

Me equivoqué de dirección y fue difícil encontrar la carretera principal. El pueblo era mínimo, pero las prohibiciones y obligaciones de tráfico lo hacían infinito. Los hombres con los que me cruzaba, quizá por esa cobardía que tan a salvo me había mantenido a lo largo de mi vida, parecían tener el rostro apretado y los dientes sobre los labios. Era obvio que el pánico se me había desparramado encima. Ya estaba más que claro que dejar el coche lejos de la casa de Carmela no había sido suficiente. Pero daba igual. Porque era probable que ninguna precaución hubiera bastado. Carmela y yo cruzando el pueblo, y él escondido, doblado sobre sí mismo, acechante, animal, casi muerto de celos, olfateando nuestro deseo, como una maldición con la que ya nadie contaba.

Me metí en una calle imposible y, por suerte, fui a parar a la carretera que debía sacarme del pueblo. El alivio comenzó a hormiguearme en manos y brazos. Pisé con suavidad el acelerador y tomé una larga curva que me alejaba de allí. Con la sensación de haber salido ileso de un campo de minas, me atreví a encender y apagar la radio y mirar el móvil por si T. me había escrito o llamado. Pero nada. Entonces devolví la mirada a la carretera y ahí estaba ese hombre de nuevo. Apoyado en la misma pared caliza, vestido con la misma ropa, con sus ojos clavados en mí, como si no hubiera pasado el tiempo. Y lo supe de inmediato. Era él. Se trataba del exmarido de Carmela. Por alguna razón que se me escapaba, sabía que yo llegaría el día antes y me había estado esperando. Conocía mi coche. Habíamos mantenido una conversación absurda que ahora se me antojaba decisiva. Una advertencia. Eso había hecho. O puede que solo me hubiera suplicado. También era posible. «Te ruego que no vuelvas jamás por aquí.» El verbo *rogar* y el adverbio *jamás* son palabras que nacieron en galaxias distintas. Casi todo el mundo lo sabe. En cualquier caso, había pasado la noche con Carmela y era comprensible que ese hombre creyera que todo lo que tenía arreglo se hubiera estropeado definitivamente; era razonable que a sus ojos mis actos me convirtieran en un hijo de puta.

Comenzó a caminar muy despacio hacia el arcén, sin apartar la

mirada ni un segundo. Y fue entonces cuando me lo planteé. ¿Por qué no? Ese cabrón había dado mala vida a Carmela durante años. Me había descrito alguna de las primeras palizas y se merecía que alguien le diera de su propia medicina. Sé que a Pascual, en mi lugar, se le habría ocurrido algo parecido. Esa certeza me insufló valor. Reduje la velocidad y dejé que se acercara al borde de la carretera. ¿Qué tenía ese tipo en la cabeza? ¿Qué habría hecho de no haberme adelantado yo? Pisé el acelerador a fondo e invadí por completo el arcén. Las piedras salían proyectadas por los neumáticos y mi trayectoria levantaba un manto de polvo, que yo supuse infernal o volcánico o fatídico. Al principio se quedó quieto como una montaña de mierda sin saber cómo reaccionar, pero no tardó en emprender una carrera en dirección a la estación de servicio. Así que volví a la carretera y enfilé hacia él. Parecía una rata buscando un agujero negro. Cuando estuve más cerca escuché un grito sostenido que parecía abrirle la garganta por la mitad. Zigzagueó. Cayó de rodillas al suelo, volvió a levantarse y siguió corriendo. Sabía que no iba a llegar a la gasolinera. Era imposible. No había contado con que las cosas ocurrieran de ese modo. «¿Quién lo ha estropeado todo, cabrón? ¿Quién?» Entonces se echó al suelo y se hizo un ovillo. Dejó de gritar, supongo que para apretar los dientes. Me fui contra él y, cuando lo tuve a mi alcance, frené mientras giraba con rapidez y desesperación el volante. Hasta yo me asusté. Me quedé clavado a apenas dos metros de donde yacía. Ni se estremeció. Lloraba, gimoteaba, eso sí. Puede que creyese que ya estaba más que muerto. En la carrera había perdido las sandalias, yo las había visto volar por los aires como dos colibríes. Aquella era una imagen muy hermosa. Me habría gustado que Carmela lo contemplara ahí tirado, que se meara sobre él, que lo insultara. Hice una bola con la nota que me había dejado en el limpiaparabrisas, bajé la ventanilla, apunté a la cabeza y se la lancé con fuerza. Fallé. Pero, aun así, la mañana seguía siendo espléndida y el olor a estiércol, por fin, había desaparecido. El viento soplaba en la dirección adecuada.

Setenta

Fue en el hall del hospital de especialidades donde volví a encontrarme a T. Por entonces, mi futuro y el de estas páginas habían tomado una dirección bien distinta. La acompañaba Helena, una amiga que llevaba años viviendo en Bruselas, donde trabajaba para una multinacional china. Precisamente ella fue la primera en darse cuenta de que yo estaba sentado al fondo de la sala de espera principal. Se dirigieron al mostrador y, mientras T. hablaba con uno de los recepcionistas, Helena se giró hacía mí, me miró y negó con la cabeza. Sabía lo que quería decirme. «Si se te ocurre acercarte a nosotras, te arranco las pelotas.» Por lo que me han contado, desde que se conocieron al poco de que T. llegara de Argentina, siempre se había comportado así. Generosa, comprensiva y protectora. Una hermana con el instinto de una perra recién parida. Era celosa, salvaje, implacable, salomónica. Cuando tuvo noticia de que T. y yo habíamos empezado una relación, me escribió un mensaje que aún conservo como una joya heredada. «Si se te ocurre hacerle daño, te arranco las pelotas.» Pues eso. Me miró y negó con la cabeza para refrescarme aquellas palabras.

Ya habían pasado más de tres meses desde la última vez que T. y yo nos vimos. Fue la mañana que salí rumbo a Aledo. Cuando regresé, se había llevado buena parte de su ropa y había dejado la casa trepanada para siempre. Quise hablar con ella durante semanas, pero dejé de intentarlo el día que su hermano me visitó en el trabajo y me explicó cómo estaban las cosas y cómo podían llegar a estar. Lo entendí a la primera. Pero eso no cambió la mala cicatriz que había dejado su ausencia en casa. El vacío que se amontonó allí era la mismísima muerte con cabeza de cabra y traje de azufre. Por primera vez en mi vida, tal y como habría hecho mi padre, apagué el magnetotérmico y desordené mis hábitos hasta convertirlos en una enorme bola de pelusa que rodaba de habitación en habitación. Me llevó casi dos meses volver a sostener con apenas la punta de los

dedos las riendas que T. dejó caer al suelo. Escribir, por supuesto, muchísimo más tiempo.

La laxitud llegó a mi vida. Recuerdo volver del trabajo, buscar tepazepam en un cajón de la cocina y meterme en la cama hasta la mañana siguiente. Así día tras día. Mis padres no se enteraron de nada hasta que pasaron algunos meses. El único que lo supo desde el principio fue Pascual. La mañana en la que fui a encontrarme con Carmela Huergo, T. lo llamó para preguntarle dónde cojones había ido realmente, y este, convencido de que la verdad le traería consuelo, le habló con un tono complaciente sobre Aledo, Carmela y la luz que aquella futura conversación podría proyectar sobre los días que sucedieron a la muerte de Eduardito. Lo que desconocía Pascual era que mi mentira funcionaría como un disparo en la falda de una gran montaña. Aquel engaño en la agenda común crujió en la cabeza de T., y una lengua de nieve me sepultó para siempre.

Yo le pedí a Pascual que no se sintiera responsable de nada. Aunque lo cierto es que él nunca albergó tal sentimiento. Para qué engañarnos. Habría sido absurdo. Incluso embutido en mi edredón bajo los efectos del tepazepam supuse que el verdadero origen de la marcha de T. debía de estar en otro punto de nuestra vida. Nadie en su sano juicio tiraba por el váter más de cuatro años de relación por una puta mentira. Nadie cava un foso tan profundo por una revelación así. Estaba preparado para sentarme frente a ella y contárselo todo. «Está bien, amor. No fui a impartir una conferencia a un instituto ni me quedé a dormir en casa de un viejo amigo de la facultad. Busqué a Carmela, hablé con ella, se me hizo tarde y decidí quedarme a dormir en el único hostal decente del pueblo. Sé que soy un gilipollas. Te suplico que me perdones. Ya está.» Pero no me dio siquiera esa oportunidad. Decidió irse. Morirse para mí. O morirme para ella. Arrancar de cuajo la materia de su presencia. Solo volvió a casa en una ocasión, mientras yo estaba trabajando, para terminar de recoger sus cosas, para rematarme. Un acto que resultó letal en el centro de mi propia existencia. Cuando entré y vi que su vacío se había extendido como un incendio, no encontré otra salida que tirarme al suelo, gimotear y arrastrarme por toda la casa. Ser parte de la gran pelusa. Fue Pascual quien me metió en la bañera, me puso el pijama y esperó a que me durmiera.

T. solía articular una frase cuando quería elevar el listón de una

conversación. «Para bien o para mal, las cosas cambian y nunca vuelven a ser las mismas.» Yo, en una ocasión, con poco tacto y mucho alcohol, le dije que eso era una obviedad que ya había formulado Heráclito en el siglo IV antes de Cristo. Y ella me contestó que Heráclito le tocaba el coño a dos manos. Como estábamos cenando en compañía de tres amigas, prosiguió con su exposición a fin de que su intervención no fuese arrasada por esa salida de tono. Recuerdo que mencionó algunos hechos que habían conseguido que su vida nunca volviera a ser la misma. Para bien o para mal. Hitos biográficos, los denominaba. Ninguno de ellos, por supuesto, tuvo lugar en el tiempo que llevábamos viviendo juntos. Sospecho que, la próxima vez que vuelva a repetir esa idea, hablará de aquella mañana en la que me dio un último beso antes de marcharme a un pueblo a los pies de Sierra Espuña.

Que ambos coincidiéramos en el hall de aquel hospital no fue una mera casualidad. De hecho, hacía tiempo que la casualidad no podía tener cabida en esta historia. Conocía el día y la hora en la que tendría que volver a la consulta de su doctor de aparato digestivo. Ella misma me lo había anotado en el calendario común, cuando mi vida era otra cosa. Así que, después de pensarlo durante toda la noche, lo decidí. La esperaría en la entrada. No sé si para intentar hablar con ella o para que viera en mi cara que tenía toda la razón: las cosas pueden cambiar para que nunca vuelvan a ser las mismas. Con lo que no contaba era con la presencia de Helena en el hospital. Error por mi parte, claro, puesto que no había turbulencia en la vida de T. que no hubiese sido estabilizada por Helena y su palabra castradora.

Las observé mientras hicieron la gestión en el mostrador. Me limité a contemplar cómo intercambiaban algunas palabras con el recepcionista, cómo caminaban hacia los ascensores, cómo desaparecían tras ese lento parpadeo metálico. En ningún momento me planteé levantarme del sillón y acercarme a ellas. No por la amenaza que había destellado en los ojos de Helena. La razón radicaba en una honda y atávica cobardía que me era muy familiar. Cuando la tuve delante, a apenas unos metros, supe que no estaba preparado para encajar las palabras que T. tuviera que decirme. Me daba igual que pronunciara un siempre o un jamás, un ahora o un nunca. No habría sabido qué hacer con ninguno de esos adverbios, independientemente de su intención última.

Esperé un tiempo antes de marcharme. Y luego me metí en la cafetería del hospital a volver a esperar cualquier otra cosa. A seguir esperando. A no dejar de esperar nunca. Porque la espera, en mi vida, siempre ha sido un territorio de paz. No así la revelación o el desenlace.

Setenta y uno

No puedo empezar diciendo que el Bar Cáncamo hubiera soportado el paso de los trece años que llevaba abierto porque, como ya apunté, nunca llegué a entrar. Por lo que había escuchado de boca de mis padres y algunos amigos, la regencia de aquel negocio había dado más de un bandazo. Tapas y raciones, copas y frutos secos, campeonatos provinciales de dardos, modestas celebraciones de bautizos, clases de baile de salón, catas de vinos con chacina y punto de encuentro de adolescentes hechos a la precariedad. Braceo nervioso de quien sospechaba que se hundía. Digo yo. Una larga condena en vida. Aun así, que el Cáncamo siguiera abierto trece años después de su inauguración tenía un mérito incuestionable. ¿Quién habría augurado que Bruto sería capaz de tal cosa?

T., de no haberme abandonado como una prenda que se encoge al pasar por la lavadora, no habría dado crédito ni presenciando mi entrada allí. Llegué a las seis de la tarde porque deduje que apenas habría parroquianos. Y, en efecto, tuve buen ojo. Muy cerca de la entrada, en uno de los extremos de la barra, un hombre, sentado en un taburete, encorvado como una vieja pregunta, se tomaba una copa de coñac y leía con calma el periódico local. De fondo, como una letanía, la televisión y los suspiros de las cámaras frigoríficas cuchicheaban. Después de echar un vistazo a un lado y a otro, opté por sentarme en una de las mesas a la espera de que alguien saliera a atenderme. Pero eso no sucedió. Al menos no al principio. Y no como yo había imaginado. Así que me dediqué a escrutar lo que hasta ese día había sido tierra nunca pisada por mis zapatos.

Lo cierto es que mi imaginación no había dado una. Al final de la barra se alzaba una puerta junto a una ventanilla para las comandas y los platos. Y de ella parecía brotar el murmullo de una conversación lejana. En dos ocasiones llegué a cerrar los ojos para ver si así conseguía separar las palabras del ruido de fondo. Pero resultó inútil. La primera vez, en el momento de abrirlos, sorprendí al hombre de la

barra observándome boquiabierto. La segunda, la puerta abatible cedió e irrumpió una mujer que, sin solución de continuidad, cogió un pequeño cuaderno y se dirigió hacia mí. En cuanto la tuve a dos metros supe que era la esposa de Bruto. Antes no. Miopía pura. Y aunque había cogido unos diez kilos y ahora su pelo era rojísimo, conservaba esa trascendencia de la carne que tantas veces había maldecido por haber caído en manos de ese desgraciado. Su sonrisa, natural y revolucionaria, en contraposición a mi parálisis facial, la envolvía en una serenidad que yo no había sabido reunir por más que lo había intentado. Me saludó, arrastró el servilletero hasta una esquina de la mesa, me preguntó qué deseaba, se apartó el pelo de la cara, le pedí una tónica con dos rodajas de limón y se volvió a marchar para regresar a los tres o cuatro minutos con la misma sonrisa de la primera vez.

—Perdona, ¿está Bruto?

—No.

—Me llamo Juanma. Tu marido y yo compartimos clase en el colegio y en el instituto.

—Te conozco. Tus padres suelen venir.

—¿Mis padres? No creo.

—Manuel y Dolores, ¿verdad?

—Sí.

—Pues eso. Los fines de semana se pasan por el bar.

—Vaya... Es una sorpresa.

—¿Por qué? ¿No hablas con ellos o qué?

—¿Y cuándo va a venir?

—¿Bruto? Ya no vuelve hoy. Es su tarde de descanso.

—...

—Mañana estará todo el día. Pásate si quieres.

—Mañana tengo un día complicado.

—¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—Que he estado aquí preguntando por él. Con eso será suficiente.

—¿Tú crees?

—¿Qué?

—¿Sinceramente piensas que con eso será suficiente?

Al filo de esa pregunta tuve ganas de levantarme sin volver a pronunciar palabra. Huir. Quizá agarrar una silla para lanzarla contra las botellas, los vasos y las tazas. Pero me limité a contestar como si la

conversación estuviera en el punto que yo quería.

—Bueno... Es un comienzo.

—Sí, tienes razón. Pero un comienzo de mierda. Porque, en realidad, aquí, en el bar, vais a poder hablar bien poco. Esto en un rato se pone imposible. Y mañana y pasado mañana va a estar peor porque hay fútbol.

—Ya.

—¿Tienes su número de teléfono?

—No.

—Bueno, claro. Lo habrías llamado, ¿no?

—...

—Te lo doy y tú decides, ¿vale?

—Me parece bien.

—Erais unos niños. ¿Qué tendríais? ¿Trece o catorce años?

—No te lo tomes a mal, pero, después de tanto tiempo, prefiero hablarlo con él.

—Por supuesto. No te enfades. No sé qué te ha traído hasta aquí, pero me alegra que por fin lo vayas a hacer. Lo que no quiero es que te marches pensando que con este intento ya has cubierto gastos.

—¿Y si lo pienso?

—Bueno... Puede que lo sea para ti. Pero que no te quepa la menor duda de que para Bruto no es así.

—En ese caso, supongo que no es ningún disparate preguntarte por qué nunca ha venido a hablar conmigo.

—Por la misma razón por la que tú no lo has hecho hasta ahora.

—No te entiendo.

—La gente.

—¿Qué gente?

—La misma que hablaba contigo. La misma que te aseguraba que Bruto había dicho de ti tal o cual cosa. Esa gente. Bruto nunca contó de ti esas barbaridades que circularon por el barrio. La imaginación nunca fue su fuerte. Es probable que no dijera toda la verdad. Vale. No lo niego. O que callara en momentos en los que lo correcto habría sido aclarar algunos malentendidos. Pero toda esa basura que se comentó sobre ti no había salido de la boca de mi marido. Eso te lo aseguro.

—Ya veo.

—Contéstame a una pregunta. ¿Crees que a Bruto no se le

acercaron para contarle lo que tú habías dicho de él?

—Yo no dije nada de él.

—Eso no puedes demostrarlo a estas alturas, pero estoy dispuesta a creerte. ¿Y por qué? Pues porque hay personas que nacieron sin boca y, en su lugar, les implantaron hormigoneras de mierda. Además, eso lo sabes tú mejor que yo, que sufriste esas conspiraciones cutres en torno a la muerte de Eduardo. Sé que no lo pasaste bien en su momento. He tenido ocasión de hablar con tus padres más de una vez sobre lo difícil que fueron aquellos primeros años. Lo que para el barrio era un mero entretenimiento en la cola del banco o en la barra del bar, para tus padres no era otra cosa que miedo. Pánico por no saber qué podía estar pasando dentro de tu cabeza. Cómo estaba colocando aquellas piezas un niño de esa edad. Qué pasaba ahí dentro cada día y cada noche. Lo que les preocupaba no era que dijeran barbaridades que, en el fondo, nadie creía. Por Dios, ¿quién iba a creer esos disparates? Todos sus fantasmas o todos sus miedos eras tú.

—No estaba al tanto de vuestra estrecha relación con mis padres.

—¿Estrecha? Bueno, los apreciamos. Esa es la verdad. Bruto leyó el libro que escribiste sobre tu padre y, si no me equivoco, lo ha regalado en tres o cuatro ocasiones.

—Vaya.

—¿Te sorprende?

—No sé. Proceso tanta información.

—¿Quieres procesar algunas de las salvajadas que tuvo que escuchar Bruto y que, supuestamente, habías dicho tú?

—Creo que no.

—Mira, Juanma, Bruto fue un capullo en su adolescencia. Eso es innegable. Que no fue un buen estudiante, que les dio tormento a sus padres y que no aguantaba en un trabajo más de cuatro semanas lo sabe todo el mundo. Pero también es cierto que Bruto nunca le puso la mano encima a su madre. Nunca metió la zarpa en la caja de ningún restaurante. Tampoco tuvo que irse a casa de su tía abuela porque su padre le partiera dos costillas. No pasó dos días en el calabozo ni por provocar un accidente de tráfico ni por espiar a una vecina mientras se duchaba. Pero eso se dijo de Bruto y el origen de muchos de esos rumores, no todos, acababa en ti.

—Ya te he dicho que yo nunca dije nada de él.

—Vale. Pero él, durante algún tiempo, creyó que sí y, a veces, su

impulso no era el de arreglar este asunto hablando. Eso lo puedes entender, ¿verdad? Porque tú habrás sentido cosas parecidas. Luego nació nuestra primera hija, y ese hecho, por suerte, le enseñó que había nuevas regiones que explorar que no fuera la periferia del desprecio. Dicho de otro modo, cambió. Punto. Porque las personas no dejan de cambiar. Es una obviedad innegable. Con esto no quiero decirte que ahora te tenga aprecio o que a veces cuente anécdotas entrañables de vuestra confusa infancia. No. Por supuesto que no. Lo que ocurrió fue que dejó de responsabilizarte de esos comentarios.

—¿Nunca mintió?

—Cuando contó su versión nunca mintió, y yo confío en su palabra. En cualquier caso, esos disparates que circularon sobre ti no fueron cosa de Bruto.

—¿Y qué dijo él?

—La verdad. Al menos la suya.

—¿Cuál es esa verdad?

—¿No prefieres que te la diga él?

—Creo que llegados a este punto puedes decírmela tú.

—Vale. Por mí no hay problema. No voy a dejar escapar esta oportunidad. Además, su historia es breve. Dice que te vio sentado en el filo de la balsa. Estabas empapado, sin camiseta, ido, con la mirada perdida y tembloroso. También dice que se acercó a ti y te habló. Pero tú no respondiste. Como por entonces vuestra relación no era la mejor, dio media vuelta y se marchó.

—Pues tenemos un problema. Porque ya te digo yo que ni lo vi por allí ni, por supuesto, habló conmigo.

—¿Estás seguro de eso?

—Claro que estoy seguro.

—Entonces hay dos verdades que, por suerte, parecen compatibles. La de un niño que, sentado en el filo de una balsa, intenta procesar lo que acaba de vivir. Y la de otro niño que le habla a alguien sin saber que realmente tiene su mente muy lejos de allí. Te vio, Juanma. Y eso fue todo lo que contó. Nada más. De hecho, sus padres, cuando se enteraron de lo ocurrido, llamaron al policía municipal del barrio para que tuviera conocimiento de lo que había visto su hijo. Al parecer, según me ha contado él, ese policía sospechaba, no sé por qué, que tú no habías estado solo en la balsa, que ibas con alguien aquella mañana. El testimonio de Bruto descartó

esa posibilidad. Aseguró, como te he dicho, que estabas solo, al filo de la balsa y que tenías mala cara. El policía supuso, como todos, que estarías en shock. Y creo que era así.

—¿Qué me dijo?

—¿Cómo?

—Has dicho que Bruto me habló.

—No puedo reproducirte las palabras exactas. Bruto las tiene muy presentes. Sé que te preguntó si te habías caído a la balsa y si estabas bien. Más o menos. Tú ni lo miraste. Así que se fue por donde había venido.

—¿Nada más?

—No sé. Que yo recuerde eso es todo. Habla con Bruto, él te dirá.

—Lo haré.

—Le diré que quieres hacerlo.

—Vale.

—Bueno... Recuerdo una cosa más.

—...

—Me dijo que estabas herido en el costado. Que tenías un buen raspón a la altura de las costillas.

—...

—Sí. Y que eso, sin saber bien por qué, nunca se lo dijo al policía.

La incomodidad de mi silencio puso el punto final a aquella conversación. La mujer de Bruto volvió a perderse tras la puerta abatible y yo me refugié a duras penas en la tónica que me había servido un rato antes. Instintivamente me palpé la camisa. Aquella herida en el costado desapareció a las dos o tres semanas de encontrar a Eduardo, pero la piel tardó en recobrar la melanina casi un año. Un entramado de líneas blancas que se asemejaban a una red de pesca. Hoy no queda en mi piel nada de aquel empujón que no vi venir. Todo se lo llevó el viento. Como ya ocurrió con el verso de Eduardito, bastó con cal y tiempo. Pero del mismo modo que existieron la memoria y la tristeza de Tijeras-padre, existieron los ojos y las palabras de Bruto para que no todo se hiciera ceniza al instante. Me resultó inevitable que la ruindad de mis actos me apretara la garganta: aquellas llamadas anónimas sobre sus hijos y todo ese pescado esparcido y pisoteado en el suelo, en un barrio donde el mar es sagrado. ¿Por qué no hizo referencia a esa herida? ¿Por qué se calló? No sé si esa información habría cambiado los acontecimientos de forma sustancial,

tal vez no, pero, sin saber por qué, ahora sentía que tenía otra cosa más que detestar. Su silencio. El secreto. Esa confidencia. Me da igual cómo llamarlo. Tuve ganas de levantarme y gritar que yo no le había pedido que callara sobre aquella herida, de modo que a esas alturas era absurdo que se arrogara la virtud de la lealtad. No lo hice, claro. De qué habría servido añadir más ridículo al asunto.

Dejé el dinero sobre la mesa y me dispuse a marcharme con la certeza de que me había equivocado entrando en ese bar. Tras la barra seguía sin haber nadie y eso, al menos, hacía más fácil mi salida. Cuando me acerqué a la puerta, el hombre que leía el periódico se giró sobre el taburete y me habló. Podría no haberlo hecho. Pero lo hizo. El bendito hijo de puta lo hizo. Puede que ahora nadie me crea. En este punto del relato, y a tenor de cómo se han contado los hechos, cada uno puede pensar lo que le plazca. Es lo mejor para todos. Pero yo digo que lo hizo. No miento.

—¿Buscas a Bruto?

—¿Perdón?

—¿Estás buscando a Bruto?

—¿Nos conocemos?

—No. ¿Lo buscas?

—Sí.

—¿Te debe dinero?

—No.

—¿Qué te debe entonces?

—Nada. ¿Por?

—Algo te debe. Seguro. Y si te marchas ahora no vas a recuperarlo nunca. Aguanta.

—No le entiendo. ¿Por qué dice eso?

—Lo sé. No me equivoco.

—Pero por qué lo sabe.

—Entonces tengo razón. Te debe.

—Puede.

—Lo sabía. Yo nunca le dejo dinero. Nunca. Ni loco.

—Vale. Que tenga usted un buen día.

—Este Bruto no va a cambiar en la vida.

—Me he perdido. No sé qué quiere decirme exactamente.

—Está ahí dentro. Cuando te ha visto llegar se ha escondido. Por eso sé que te debe algo.

—¿Bruto?

—Claro.

—Pero…

—Ya. Te ha dicho que no está. Lógico. No es la primera vez. Sabe hacerlo.

—No sé. Quizá se haya ido.

—Te digo yo a ti que no. Ese está ahí dentro. A lo mejor hasta nos está escuchando.

—Bueno, puede ser. Ya da igual.

—Es. Puede no. Es. Hazme caso. Y no da igual.

—Ya volveré otro día.

—¿Entonces no aguantas?

—Tengo cosas que hacer.

—Tú mismo.

—Vale.

—Oye.

—…

—No me has dicho qué te debe.

—No es a mí. Yo solo hago de intermediario. Vengo del pasado.

—Qué hijo de puta. Esta vez es algo gordo, ¿verdad? No va a cambiar nunca.

Setenta y dos

No es mi intención escribir un elogio de la cobardía. Otros ya lo hicieron mucho mejor de lo que yo sería capaz. Pero eso no implica que deje de reconocer que la cobardía, esa extraña herramienta al servicio de la evolución, me haya permitido conseguir algunas cosas en mi vida. Y ese hecho, sin lugar a dudas, no es más que la victoria de la supervivencia. Los héroes llenan los cementerios, las cumbres de nieves perpetuas, la lejana termosfera, las grietas abisales, los campos de batalla, los pasos fronterizos y los bosques que un día ardieron. Los cobardes, en cambio, somos una informe lengua de lava que ha ido abriéndole camino a la propia vida del ser humano. Así de grandilocuente. Y así de mezquino.

Cuando decidí esperar en la cafetería del hospital, sin más deseo y amor que el que se le puede profesar al propio acto de la espera, estaba relamiendo mi gruesa capa de cobardía. De hecho, mientras escribo esto, me reconozco en aquellas sensaciones. Mi estómago parecía llenarse de vacío. Una laxitud extrema me ablandaba el cuerpo. A mis ojos, todo se volvía borroso. O puede que en realidad no, y simplemente se tratase de mi gran destreza para ver desde el aire todo aquello que me rodea cuando ya no me pertenece. Las manos y los pies se me helaron de golpe, pero en la cara, por el contrario, bullía la sangre hasta hacerme arder las orejas. Se trataba, por fin, del plácido descanso de la resignación, de la calma de quien se sabe vencido. Al menos en ese momento. Ya lo he dicho y me repito. La cobardía puede ser una profunda madriguera donde refugiarse del frío o del fuego. Y eso era aquella cafetería. Un agujero en la tierra.

La camarera tuvo que preguntarme hasta en tres ocasiones qué iba a tomar. Después me trajo el café y no volvió a acercarse, supongo que por un instinto preventivo o por una mala vibración. Cuando el ruido del local y mi grado de conciencia fueron en aumento, lamenté no haberme echado en el bolsillo un par de cápsulas de tepazepam. La cobardía y las drogas suelen compartir colchón de muy buena gana.

Supe entonces que ese era el momento propicio para marcharse de ahí, para huir de aquel zumbido antes de amasar cualquier decisión equivocada. Si no lo hice —quiero que al menos conste aquí—, no fue porque desobedeciera a mi cobardía. Fue porque T. salió de aún no sé muy bien dónde, arrastrando una silla para sentarse a mi lado sin dejar en ningún momento de descorcharme los ojos con su mirada. Así que allí, una vez más, contemplé su piel como el cuero patagónico con el que tantas veces me había arropado. Allí, una vez más, me asomé a la boca infinita de nuestro primer encuentro. Y allí una vez más, añoré sus manos fuertes y protectoras sobre la mesa.

—¿Me estás siguiendo, Juanma?

—Pero qué dices.

—¿Me estás siguiendo o no? Contesta, por favor.

—Claro que no.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Tú qué crees? Tengo una cita médica.

—¿Con quién?

—No me hagas contestarte a eso.

—No me gustan estas tonterías. Ya somos mayorcitos.

—...

—No me sigas. Te lo advierto. ¿Me oyes?

—¿Y Helena?

—Cerca.

—Me gustaría saludarla.

—Tú y tu cinismo de mierda.

—Podríamos quedar un día para hablar. No he tenido ocasión de explicarme.

—Explicar qué, Juanma.

—Explicar todo, T. Y entender también tu reacción. ¿No crees que ha sido desmedida?

—Eres insoportable. No llames a mi trabajo preguntando por mí.

—Yo no he hecho tal cosa.

—No lo vuelvas a hacer. Me estás poniendo a prueba.

—Te digo que yo no he llamado a tu trabajo. Deja de amenazarme de una puta vez. Para empezar, no te he pedido que te sientes ahí. Has sido tú sola la que has plantado el culo en esa silla.

—Solo para decirte lo que has escuchado.

—Muy bien. Pues ya está dicho. ¿Pasamos a otro tema?

—No pasamos a nada.

—Tengo cosas que decir sobre este asunto.

—Yo, en cambio, ya te lo dije todo.

—¿Cuándo? Ni siquiera has contestado a uno solo de mis mensajes.

—Muy bien.

—Muy bien qué.

—Muy bien. Te lo digo. Lo has estropeado todo, Juanma. Lo has estropeado, hijo de la gran puta. ¿Quieres que te lo repita? Puedo pasar toda la mañana gritándolo.

Aquellas palabras fueron lo más parecido a engullir un puñado de brasas. Movido por un instinto infantil, cerré los ojos y pude ver de nuevo aquella nota atrapada bajo el limpiaparabrisas del coche. «Lo has estropeado todo.» La vida, a veces, es opaca, además de muy sádica. Ese mensaje no lo había escrito el exmarido de Carmela. Y en contra de lo que pensé en el momento de leerla, no constituía una amenaza o una súplica, sino un puñetazo de dolor. T. me habría visto hablar y pasear con Carmela. Me habría seguido hasta entrar en su casa. Y, para mi mayor desgracia, se habría asomado por la única ventana que no tenía cortinas. No me lo había dicho ella. No hacía falta. «Hijo de puta, lo has estropeado todo.» Lo dejó escrito de su puño y letra sobre el cristal del coche. Cuando volví a abrir los ojos, T. ya no estaba sentada a mi lado. Contemplé cómo se dirigía hacia Helena, que la esperaba como una columna de pájaros negros junto a la puerta de emergencia. Y mejor ser una columna de pájaros que un desperdicio humano, que era exactamente en lo que me había convertido yo. Sentí cómo me vaciaba por dentro. Y cuando uno se vacía es despojado de la luz de la razón. Por eso, sin abandonar aquella mesa, salí disparado hacia días que ya habían quedado atrás. Viajé en el tiempo propulsado por una angustia inmensa. Y me volví a ver en el interior del coche, a escasos dos metros de aquel hombre hecho un ovillo en el suelo, ahogando sus sollozos. Pero en esta ocasión no hacía una bola de desprecio con la nota y, en consecuencia, tampoco se la lanzaba. Esta vez no. Esta vez la conservaba. La guardaba en la guantera. O en el bolsillo de mi chaqueta. O entre mis manos. Da igual. Para que, llegado ese momento en el que la ausencia de T. fuera a arrasar nuestra casa, pudiera leerla. Varias veces. Las necesarias. Y ahorrarme así las páginas que nunca quise escribir.

Porque este dolor no es mi idioma.

Setenta y tres

Transcripción / Carmela Huergo / Extracto / Primera y única parte:

YO: Nunca imaginé que vivieras tan cerca.

CARMELA: ¿Tan cerca de dónde?

YO: Del barrio.

CARMELA: Curioso. Yo, en cambio, tengo la impresión de que habitamos galaxias muy distantes. Tiempos aún más distintos.

YO: ¿Cuánto hace que vives aquí?

CARMELA: Muchos años. ¿Tú sigues en el barrio?

YO: No. Hace tiempo que me fui. Pero mis padres no se han movido, así que suelo pasarme con frecuencia. Por cierto, te he traído un ejemplar del librito que escribí sobre mi padre.

CARMELA: Vaya. No tenías por qué. Me habría gustado comprarlo.

YO: Está agotado. Y la editorial cerró. Además, es una chorrada. Acéptalo.

CARMELA: Gracias.

YO: Estoy nervioso.

CARMELA: Ya. Son muchos años. Yo también lo estoy.

YO: No sé. Es extraño. ¿Te parece que empecemos?

CARMELA: Cuando tú quieras. ¿Vas a tomar apuntes?

YO: Sí. No voy a copiar todo, claro. Las cosas que crea que pueden resultarme útiles. ¿Te importa?

CARMELA: No. Por supuesto que no. Lo pregunto por pura curiosidad.

YO: En ese caso, creo que lo mejor es que te cuente con más detalle de qué va esto.

CARMELA: Perfecto.

YO: Quiero escribir un libro sobre algunos años de mi adolescencia. Más o menos. Así que me estoy viendo con amigos con los que compartí aquel tiempo. No con muchos. No pretendo que sea algo coral. En realidad, mi intención no va más allá de contrastar el

recuerdo que tengo de algunos episodios que fueron importantes en mi vida. Como imaginarás, existen distintas versiones de un mismo hecho. Incluso de los más esquemáticos. Quizá por eso. Porque eran esquemáticos y se tenía la acuciante necesidad de darle robustez al relato. Así que uno, apenas se adentra en ese bosque, no sabe qué ocurrió de verdad y qué fue producto del delirio de la gente. Ahí es donde le he visto posibilidades a este libro. A la línea que trazamos en el agua para separar ficción, realidad, imaginación, recuerdo, verdad y mentira. Cuando en el fondo lo destacable radica en que todo es un relato. Ya está. Una narración que no se puede ponderar únicamente en función de su grado de veracidad. Me parece necesario observar y analizar la dialéctica o la tensión que se origina entre los distintos testimonios, porque no nos han preparado para aceptar que un episodio pueda tener versiones opuestas; no nos hablaron de que un hecho tuviera que responder ante diferentes verdades. No sé si consigo explicarme.

CARMELA: Creo que sí. Pero continúa.

YO: Muy raras veces una versión distinta a la propia hace que nos replanteemos el relato. Lejos de eso, al escuchar ese testimonio entendemos que se ha producido una anomalía. Nos decimos que han mentido, que se lo han contado mal, que están equivocados, que ellos no presenciaron esto o aquello... Cualquier otra opción siempre es mejor que cuestionarse lo que vimos, escuchamos y tocamos. Es la tiranía de los sentidos. O, si se prefiere, del testigo presencial. Pero, ¿no es posible que a partir del testimonio de alguien que no estuviera allí, de alguien que no escuchara ni viera nada pero que quisiera hablar, se pueda construir una parte importante del relato definitivo? ¿Es un disparate? Es en ese punto donde he encajado las conversaciones con los entrevistados. Y es ahí donde cobra una relevancia especial lo que puedas contarme.

CARMELA: Es por mi hermano, claro.

YO: Sí. Uno de los episodios que pretendo abordar en este libro es la muerte de tu hermano. Por razones evidentes es uno de los hechos que más ha marcado mi vida. En cualquier caso, quiero que sepas que si me dices ahora mismo que no es una buena idea mantener esta conversación, esta conversación no avanzará más allá de este punto. Mi intención no es causarte dolor. Por eso he tardado tanto tiempo en proponerte este encuentro. Lo he pensado mucho.

CARMELA: Tengo una duda.

YO: Adelante.

CARMELA: ¿Solo vas a tratar la muerte de mi hermano o tu intención es abordar otros hechos que tuvieran lugar en el barrio durante aquellos años?

YO: No es el único. Me he acercado a otros episodios. Pero, para serte sincero, el caso de Eduardo, por cuestiones obvias, tiene un protagonismo especial.

CARMELA: ¿Me comentas esas cuestiones obvias?

YO: Todas se resumen en una. Yo lo encontré.

CARMELA: ¿Y me puedes adelantar qué otros episodios vas a tratar?

YO: Podría. Pero no sé si eso afectaría de algún modo a tu propio relato. ¿Te parece que de eso hablemos al final?

CARMELA: Bueno... En realidad no es necesario. ¿Por dónde empezamos?

YO: He pensado que podría contarte, brevemente, cuál es la versión que más ha calado entre la gente del barrio. Ese sería un punto de partida válido.

CARMELA: Te escucho.

YO: Si en cualquier momento quieres que paremos, solo tienes que decirlo.

CARMELA: Ya te entendí antes.

YO: La gente cree que tu hermano se quitó la vida en la balsa del Paraje de la Costumbre. En eso apenas hay diversidad de opiniones. Pero luego hay algunas partes de la narración que han nacido como la mala hierba. Me interesa que conozcas, si no los conoces ya, un par de detalles. Por un lado, se dice que tu madre, mientras reconocíais el cadáver, te clavó una larga aguja en el hombro o en el muslo. Y, por otro lado, que yo estuve relacionado con los momentos previos a la muerte de Eduardo.

CARMELA: ¿Tú?

YO: Sí.

CARMELA: Cuéntame.

YO: No sé si recuerdas a Bruto.

CARMELA: Sí. Estuvo en nuestra clase.

YO: Extendió el rumor de que nos vio juntos esa misma mañana a los pies de la balsa.

CARMELA: ¿Esa mañana? ¿A que mañana te refieres?

YO: A la mañana en que lo encontré.

CARMELA: Pero eso es un disparate.

YO: ¿Por qué?

CARMELA: ¿Cómo que por qué? ¿Tú estabas con él esa mañana?

YO: No. Claro que no. Pero entiende que he venido hasta aquí para hacerte esta clase de preguntas.

CARMELA: Cuando tú encontraste a mi hermano, llevaba muerto algo más de tres días.

YO: Sé que voy a hacer otra pregunta absurda. Soy muy consciente y me disculpo por adelantado. ¿Por qué lo sabes?

CARMELA: Era el tiempo que Eduardo llevaba sin aparecer por casa. Y es el tiempo que el forense dejó escrito en la autopsia.

YO: Contundente.

CARMELA: La verdad. Solo eso.

YO: ¿Eduardo sabía nadar?

CARMELA: Mi madre siempre dijo que sí. No sé por qué. Pero no. No sabía.

YO: No sé cómo decir esto sin que suene espeluznante, pero siento una especie de alivio.

CARMELA: No te preocupes. En ocasiones me he acordado de ti. De lo duro que debió de ser que un niño de aquella edad encontrara a mi hermano en ese estado.

YO: Lo fue. No olvido aquella mañana. Pero sobre todo lo pasé mal por los rumores. Se comieron cualquier verdad. Mejor dicho, se hicieron tan verdad como la propia verdad. Y en ese relato no salí bien parado.

CARMELA: ¿Qué dijeron?

YO: Barbaridades. A raíz del testimonio de Bruto todo se descontroló. Que lo vi ahogarse y no hice nada por evitarlo. Que lo ayudé a cambio de dinero. Que…

CARMELA: No te calles ahora.

YO: Que manteníamos encuentros sexuales.

CARMELA: Qué hijos de puta.

YO: Ya.

CARMELA: Eras un niño. Lo siento, Juanma.

YO: No tienes nada por lo que disculparte. Ha pasado mucho tiempo de aquello y ni tú ni nadie de tu familia tuvisteis culpa de lo ocurrido. Vuestro sufrimiento fue infinitamente mayor que el mío.

CARMELA: ¿Cómo le dieron credibilidad a algo así? Es una auténtica locura.

YO: Lo peor es eso, Carmela. Que en el fondo nadie creía eso que contaban. Pero lo importante era tener algo que decir a las personas que estaban deseando escuchar. No sé si me explico. Construir una verdad. Una más.

CARMELA: ¿Y qué hiciste? ¿Cómo llevaste todo aquello?

YO: Fue una mezcla de inconsciencia, rabia, dolor e indiferencia. Por suerte para mi cabeza, la indiferencia fue la que terminó venciendo. Al final este asunto se convirtió en un ruido de fondo con el que aprendí a convivir hasta que mis sentidos optaron por desactivarlo. Estaba ahí, o sigue estando ahí, pero ya casi no lo escucho.

CARMELA: ¿Y tus padres?

YO: Bueno... Imagínate. Al principio parecía catastrófico. Luego, como ocurre con casi todo en la vida, nada era tan grave ni tan monstruoso. Pero estamos hablando mucho sobre mí y apenas sobre ti. No has dicho nada sobre esa historia en la que tu madre te clava una aguja.

CARMELA: Esa locura ya la escuchamos antes de marcharnos. Nos la contó mi tía. En realidad, la explicación es sencilla. Alguien deformó los hechos hasta convertirlos en esa mierda morbosa.

YO: ¿Qué ocurrió?

CARMELA: Cuando destaparon a mi hermano, pasó lo que tenía que pasar. Me dio un ataque de ansiedad como nunca he vuelto a sufrir en mi vida. Perdí el control. Imagina. Yo con trece años y mi hermano hinchado en el suelo. Creí que la tierra se abría bajo mis pies. Y no descarto que en realidad sucediera así. Una puta pesadilla, vamos. Intenté abrazarme a él, pero un policía me agarró del brazo con tan mala fortuna que me dislocó el hombro derecho. Cuando supimos de esa habladuría, mi madre me prohibió salir de casa mientras llevara el brazo en cabestrillo.

YO: Tuvo que ser dolorosísimo para tu madre.

CARMELA: Lo fue. Para todos. Pero en especial para mi madre. Nunca volvió a ser la misma mujer.

YO: ¿Por qué os fuisteis del barrio tan pronto?

CARMELA: Quizá a ti te parezca que nos marchamos pronto. Pero el tiempo que tardamos en irnos se nos hizo eterno. En aquella casa

estábamos casi muertos. Y ese «casi» era lo insoportable. Dejamos de dormir, de cocinar, de limpiar, de hablar. Abandonamos toda costumbre. La inercia más negra nos engulló. Mi tía se tuvo que hacer cargo de aquella situación. Y, como ella sabía que era imposible que resistiéramos así, tomó algunas decisiones. Gracias a Dios. Precisamente la casa en la que ahora vivo perteneció a los suegros de mi tía. La compramos cuando conseguimos vender la que teníamos en el barrio. Ella hizo las maletas y empaquetó nuestras cosas, nos trajo a Aledo, se encargó de matricularme en un instituto de un pueblo cercano y con el tiempo le consiguió trabajo a mi madre. Como podrás imaginar, todo empezó a cambiar con una lentitud desesperante. Pero al menos fue posible emplear ese verbo. Cambiar. Mi tía y mis primos no dejaron de visitarnos hasta que mi madre murió. De hecho, sin ese enorme apoyo no podría haberme ido a estudiar a Granada y después a vivir a Zúrich.

YO: ¿Nunca volvisteis al barrio en todos estos años?

CARMELA: Yo, jamás. Mi madre sí volvió cuando se cumplieron dos años de la muerte de Eduardo.

YO: ¿Para qué?

CARMELA: Supongo que quería llevarle flores y despedirse. Porque lo cierto es que, después de esa vez, que yo sepa, nunca volvió allí.

YO: ¿Eduardo está enterrado en ese cementerio?

CARMELA: Claro. ¿Dónde lo íbamos a enterrar? Nació, vivió y murió en ese barrio. Y, a pesar de los pesares, le encantaba.

YO: Ahora que lo dices suena muy normal. Pero no sé por qué no lo había pensado antes.

CARMELA: Al entierro acudió muchísima gente. Mi hermano Eduardo era muy apreciado. En cualquier caso, es lógico que tu mente quisiera dejar de saber cosas sobre este asunto. Durante todo este tiempo, mi tía se ha encargado de adecentar su nicho. La mujer ya está muy mayor, de hecho no sé ni cómo sigue viva, pero mi prima continúa acompañándola el día de los Santos Difuntos para sacarle brillo al mármol.

YO: ¿Por qué no fuiste aquel día con tu madre?

CARMELA: Tendría clase, yo qué sé. Ni siquiera me lo propuso. Me dijo que iba a ver a Eduardito y a arreglar un asunto. Y que estaría de vuelta bien entrada la tarde. Lo que más recuerdo de aquel momento es la tristeza que cubrió todo cuando dijo que iba a verlo. Como si eso

fuera posible. Como si se marchara a visitar a un hijo que trabaja en un pueblo de los Pirineos.

YO: ¿Qué asunto fue a arreglar?

CARMELA: Eso no lo supe hasta muchísimos años después.

YO: ¿Es algo que me puedas contar?

CARMELA: Supongo que sí. Llegados a este punto...

YO: Gracias.

CARMELA: Vale. A ver... Cuando mi madre cayó enferma volví de Zúrich para estar con ella, aprovechando que no me había pedido vacaciones en el último año y medio. Pero, como suele ocurrir en estas situaciones, todo se precipitó durante mi estancia. Una de esas noches la metí en el coche y la llevé a urgencias. Fue entonces cuando supe que a mi madre no le quedaban más allá de cinco o seis meses de vida. Así que lo organicé todo para acompañarla el tiempo que fuera necesario. Y eso, por lo que parece, es lo que sigo haciendo. Mi tía me ayudó tanto en aquel trance que estaré en deuda toda su santa vida. Iba y venía los fines de semana para que yo pudiera tomar un poco de aire y soportar lo que estaba por ocurrir. Mi madre, desgraciadamente, dejó de moverse y de hablar muy pronto, así que las atenciones eran constantes, absorbentes y agotadoras. Qué costumbres más jodidas tiene la enfermedad. Durante una de esas visitas, mientras pillábamos algunos rayos de sol en la puerta de casa, mi tía me puso al corriente de los pormenores que más temprano que tarde iba a tener que conocer. Abrió una carpeta roja y me fue poniendo sobre las piernas toda la documentación: un seguro de vida que me dejó un buen pellizco, un par de cuentas, una corriente y otra de ahorro, que invertí en hacer reformas, la escritura de la casa en la que aún vivo yo y la escritura de una pequeña parcela que conservaba en el barrio. Al principio no reaccioné. Tampoco sabía qué quería decirme con aquello de una parcela en el barrio. Comencé a leer aquellas tres hojas amarillentas escritas por una sola cara, hasta que ella entendió que eso no era necesario, que el enigma, después de tantos años, lo iba a resolver ya. «Se trata de la balsa en la que se ahogó tu hermano.» Eso dijo. Y aquello me reventó en la cabeza con tal violencia que estuve recogiendo pedazos durante meses. ¿Por qué querría mi madre conservar la balsa en la que mi hermano apareció muerto? ¿Y por qué no me dijo nada en todos esos años? Bueno... Lo desconozco. Y dudo que ya pueda averiguarlo. Lo único que sé fue lo que me explicó mi tía

esa mañana al sol. En cuanto mi madre tuvo conocimiento de que estaban vendiendo el Paraje de la Costumbre para construir casas, se presentó en el barrio y adquirió la parcela en la que se levantaba la balsa. Supongo que invirtió el dinero que le sobró de la compra de la nueva casa.

YO: Joder. Así que todo aquello es vuestro. La balsa, la morera y la higuera.

CARMELA: ¿Aún siguen en pie esos árboles?

YO: Por supuesto.

CARMELA: Entonces sí. Todo eso es nuestro. Bueno, mío.

YO: Sigue igual. Por esa balsa no han pasado los años. Diría que está mejor que antes.

CARMELA: Me alegra escuchar eso.

YO: Es así.

CARMELA: Bueno, tiene truco. Mi madre, desde el mismo momento en que compró la balsa, le encargó a un señor que la mantuviera en perfecto estado. Luego pude comprobar en su cuenta corriente que realizaba transferencias trimestrales en concepto de «mantenimiento de parcela».

YO: ¿Quién era?

CARMELA: ¿El encargado? No recuerdo su nombre. Lo tengo anotado en casa. Pero no sé si haría bien dándote esa información. Eso es más cosa de él que mía, ¿no crees?

YO: Ya.

CARMELA: Poco después de la muerte de mi madre, me puse en contacto con él. Fue un impulso absurdo, la verdad. De repente sentí la estúpida necesidad de saber cosas por las que nunca había preguntado cuando estuvo viva. La vida tiene algo de mala comedia. Me contó por teléfono lo que había estado haciendo durante todos esos años. Cuidar y reparar la tubería de entrada de agua, vaciarla y llenarla cada seis meses, asegurarse de que la valla metálica con la que la habían perimetrado estuviera en buenas condiciones, despejar la tierra de malas hierbas y, lo más importante para mi madre, según palabras de este hombre, mantener el agua todo lo limpia que fuese posible.

YO: Doy fe de que hizo todo eso.

CARMELA: Ya no se encarga él. Un par de años después de esa conversación recibí una llamada de su hijo. Me decía que su padre ya

no estaba en condiciones de realizar esas labores y me pidió autorización para que pudiera encargarse él personalmente. Se la di, claro. Y así hasta hoy. Supongo que la balsa sigue atendida como siempre. Yo, por mi parte, hago la transferencia con la misma periodicidad.

YO: ¿Por qué sigues haciéndolo?

CARMELA: ¿Y por qué no? Era la voluntad de una madre que tuvo una vida difícil. No fue una mujer muy dada al derroche. Trabajó como una mula de carga. Apenas viajó. Ni siquiera asistió a la boda de mis primas cuando fue invitada. Se hizo cargo de mis estudios en Granada sin decirme ni una sola vez lo mucho que le costaba aquello. Tampoco fue consciente de que aquella enfermedad se la estuviera llevando. Como te he dicho antes, la muerte de mi hermano le arrancó de cuajo la mitad del cuerpo. Y ni fue capaz de superarlo ni creo que deseara hacerlo. Pero, claro, ¿por qué iba a querer una madre dejar atrás la muerte de un hijo? Pienso que aquella transferencia trimestral era una de las pocas cosas que brotaban de la parte carbonizada de su corazón. Y, mientras pueda, mientras no encuentre otra explicación, lo voy a seguir haciendo. Además, como tú has dicho, la balsa tiene mejor pinta que entonces y los árboles siguen en pie. Algo es algo, ¿no?

YO: Tiene su lógica.

CARMELA: Pues eso no es poco. Yo a veces no alcanzo a encontrársela.

YO: Creo que te voy a hacer la pregunta más difícil.

CARMELA: ¿Difícil para mí o para ti y lo que deseas que acabe siendo tu libro?

YO: Puede que no haya diferencia.

CARMELA: No te lo tomes a mal… No quiero eso. Hazme la pregunta.

YO: ¿Qué le pasó a Eduardo?

CARMELA: Lo que le pasó lo viste con tus propios ojos. Creo que lo que quieres saber es por qué mi hermano estaba en el fondo de esa balsa.

YO: Sí. Quizá esa sea la pregunta importante.

CARMELA: No sé si la más importante, pero sí a la que le he estado dando vueltas todo este tiempo. ¿Por qué acabaste ahí, Eduardito? ¿Por qué así?

YO: ¿Y has dado con alguna respuesta?

CARMELA: No. Ninguna que me traiga la calma que he implorado durante mucho tiempo.

YO: Si eso es lo que buscas, no creo que exista tal respuesta.

CARMELA: ¿De qué me sirve buscar algo que no me aporte lo que necesito? Calma. Eso quería. Y eso buscaba.

YO: No sé, Carmela. Entiendo que es difícil.

CARMELA: Mi hermano fue un hombre generoso y sensible. Fue un hombre de acción. No sé cómo explicarlo. Para él imaginar nunca fue un acto suficiente. Acostumbraba a decir que la imaginación era un terreno acomodaticio que sedaba nuestra voluntad. Por eso convirtió la suya en una catapulta. No creía en la iglesia que se clavaba de rodillas por pura inercia. No soportaba la pintura que no manchara las manos de la gente. Solo hablaba si primero te había escuchado hablar y había entendido tus razones y tus miedos. Tampoco pensaba que fuera posible otra poesía que no llenara la calle de versos. Sufrió por cuanto amó. Y, sin miedo a caer en la exageración, creo que ese sufrimiento aún hoy es imponderable.

YO: Fue un incomprendido.

CARMELA: Yo no diría eso. Mucha gente del barrio lo quería y valoraba sus actos. Como te he contado, el día de su funeral estuvimos muy acompañados. Vino gente que yo nunca antes había visto y que había compartido con él cosas importantes. Pero entiendo lo que quieres decir con lo de que fue un incomprendido. A muchos vecinos les resultó más sencillo, o más funcional, verlo como un excéntrico, como una persona inestable que, entre tanta ocurrencia, se empeñaba en meterse en problemas y en hacer sufrir a los suyos. Así todo parecía estar más ordenado. Que quede claro, no obstante, que no los culpo ni les guardo rencor. Eso sería una estupidez por mi parte.

YO: ¿Eduardo no era inestable?

CARMELA: Por supuesto que lo era. ¿Tú no lo eres? ¿Quienes te rodean no lo son a veces?

YO: Por supuesto. Pero no me refiero a eso, Carmela. ¿Eduardo estaba en tratamiento?

CARMELA: Sí. ¿Cómo soportar si no ese sufrimiento? Pasó por épocas muy oscuras, Juanma. Si el dolor alcanzaba su garganta, sabíamos que iba a arreciar la tempestad. Así lo contaba él.

YO: ¿Cuando se suicidó, estaba pasando por uno de esos

momentos?

CARMELA: Entiendo que le quieras poner nombre, pero para mí no fue un suicidio. Se lo llevó por delante la enfermedad. Mi hermano no quería morir. Amaba la vida por encima de todas las cosas. Cuanto hizo fue un canto al futuro. Pero su angustia, por desgracia, se volvió insoportable.

YO: ¿Me explicas qué significa eso?

CARMELA: ¿Qué?

YO: Lo del canto al futuro.

CARMELA: Creía ciegamente en las nuevas oportunidades. Dicho así suena grandilocuente, pero es que *Futuro* era su palabra predilecta. Para Eduardo el recuerdo no era otra cosa que futuro. En contra de lo que se suele pensar, la acción de recordar, según él, no era visitar el pasado. Era ir al futuro y traer algo entre las manos. Lo decía así: «Todo cuanto sucedió es porvenir».

YO: Se sintió atraído por el misterio.

CARMELA: Quiso iluminar, en el sentido más práctico de la palabra. Es distinto.

YO: Es hermoso.

CARMELA: También doloroso.

YO: ¿Te dice algo el verso «Nada más que un caballo resoplando contra otro»?

CARMELA: ¿A qué viene eso?

YO: ¿Lo conoces?

CARMELA: Sí.

YO: «Uccello», de Gregory Corso.

CARMELA: Sí. Está inspirado en el tríptico *La batalla de San Romano*.

YO: ¿Era uno de los poemas favoritos de Eduardo?

CARMELA: No.

YO: ¿No?

CARMELA: No.

YO: ¿Te incomoda? ¿Quieres que paremos ya?

CARMELA: No. No sé. Es que no tengo claro dónde quieres llegar con este asunto.

YO: ¿Con qué asunto?

CARMELA: Creí que estábamos hablando de mi hermano y, de repente, tengo la impresión de que me empujas a otro sitio.

YO: Te aseguro que no es esa mi intención.

CARMELA: Vale. Sigamos entonces. ¿Qué pasa con ese verso, Juanma?

YO: Entiendo que quieras saber la razón de que ahora traiga ese verso. Y te lo explicaré, por supuesto. Pero necesito que tú me contestes primero.

CARMELA: ¿Por qué? ¿Otra vez por el libro?

YO: Sí.

CARMELA: Está bien.

YO: Gracias, Carmela.

CARMELA: Mi hermano Eduardo, como ya sabrás, era un apasionado de la poesía. En casa había libros de todos los continentes y casi en cualquier idioma. Más de los que podíamos acoger. Sentía predilección por los poetas norteamericanos, los franceses, los italianos… Me contaba la vida de Rimbaud y seguidamente recitaba de memoria algún poema de Pier Paolo Pasolini. Mi madre aplaudía desde la cocina y él se subía a la silla para recitar con mayor ímpetu. Como te dije antes, era un hombre de acción. Un año antes de su muerte, no sé si lo recordarás, la profesora de Lengua nos pidió que memorizáramos un poema con el fin de recitarlo en la fiesta de la primavera. Yo estuve buscando entre los libros de mi hermano y, por casualidad, di con este poema. Tardé casi una semana en ser capaz de recitar «Uccello» sin mirar de reojo la página.

YO: Me cago en la puta. Ahora que lo dices… Joder. Recuerdo que nos quedamos perplejos en el salón de actos.

CARMELA: Algunos como búhos, otros como urracas.

YO: Nadie entendió nada.

CARMELA: Bueno, mi hermano Eduardo sí lo entendió. Siempre estaba allí. Siempre estaba donde yo estaba.

YO: ¿Él sabía que ibas a recitarlo?

CARMELA: No. Sabía que se trataba de algo artístico, pero no de que había memorizado un poema de uno de aquellos libros que se amontonaban en su habitación.

YO: ¿Y?

CARMELA: Imagínate… Vosotros recitando poemas dedicados al mar, a la virgen, al campo y a las estaciones, y salgo yo, me pongo en el centro del escenario y empiezo a decir «Ellos nunca morirán en ese campo de batalla, ni las sombras de los lobos reclutarán sus tesoros como novias del trigo en todos los horizontes, esperando allí para

consumir el fin de la batalla».

YO: Recuerdo aquello. No tengo palabras, Carmela.

CARMELA: Como el público de aquel acto. Unos tímidos aplausos, algunas carcajadas y, cuando vine a darme cuenta, ya había empezado el siguiente alumno a recitar su poema. Salí corriendo de allí.

YO: ¿Y Eduardo?

CARMELA: Llegó antes que yo. Ya me estaba esperando en casa. No tengo la menor duda de que supo al instante qué había pasado dentro de mí. Aquel silencio de la gente era un viejo conocido para él. En cuanto lo vi sentado en la misma puerta de mi habitación, sentí que los ojos empezaban a arderme y no tuve más remedio que llorar. No quería. Pero lo hice durante un buen rato. Aún soy capaz de sentir el abrazo que me dio. Me dijo que había sido el acto más hermoso que jamás había presenciado. Lloré aún más, claro. Y recitó también de memoria alguno de aquellos versos. Me contó quién era Gregory Corso. Me habló de Paolo Uccello y de *La Batalla de San Romano*. Me preguntó qué sentí cuando leí ese poema por vez primera. Me volví a emocionar cuando me contó lo que sintió él. Y me dijo que la poesía nos distinguía de las bestias cuando la oscuridad lo abraza todo. No habló mal de quienes se limitaron a mirarse entre sí o a reírse cuando llegué al último verso sobre el escenario. Todo lo contrario. Y eso le honra, aunque ellos no lo sepan.

YO: Me ha sobrecogido.

CARMELA: Bueno... No dejaba de ser mi hermano mayor. Y yo una niña de apenas doce o trece años a la que le aterraba hacer el ridículo. ¿Qué iba a hacer si no?

YO: ¿Tu hermano se despidió de ti?

CARMELA: No, por Dios. Eso habría sido horrible, ¿no crees?

YO: Me he explicado mal. ¿Te dejó alguna nota?

CARMELA: Ninguna.

YO: A lo mejor te parece un disparate lo que vas a escuchar, pero creo que su intención era decir algo antes de marcharse.

CARMELA: No te entiendo.

YO: Es un atrevimiento por mi parte.

CARMELA: Habla.

YO: ¿Recuerdas a Tijeras-padre?

CARMELA: Sí. Cómo no. Era un viejo conocido de la familia. Unos días antes de que mi hermano desapareciera, lo trajo a casa en el

coche patrulla. Alguien le había partido el labio.

YO: El Larvas.

CARMELA: ¿Quién?

YO: El Larvas. Fue el enterrador de entonces.

CARMELA: No sé quién es el Larvas.

YO: Al parecer lo había sorprendido haciendo una enorme pintada en el muro del cementerio.

CARMELA: ¿Una pintada? No sabía nada de eso.

YO: Ni yo. Ni casi nadie. Tijeras-padre ordenó al Larvas que la borrara y que no abriera la boca si no quería que lo denunciara por agresión. Así que aquello desapareció esa misma mañana, a pesar de que tu hermano le pidió que la dejara algunos días.

CARMELA: ¿Qué pintó?

YO: ¿No lo imaginas?

CARMELA: ¿Un verso?

YO: Sí.

CARMELA: «Nada más que un caballo resoplando contra otro.»

YO: Exacto. Tijeras-padre nunca olvidó esas palabras.

CARMELA: Era pintura roja, ¿verdad?

YO: Sí.

CARMELA: Aquella mañana tenía la ropa manchada de pintura roja. Me asusté porque creí que era sangre del labio. Es pintura, tonta. Eso fue lo que me dijo.

YO: ¿Qué más te contó aquel día?

CARMELA: Nada. Le curé la herida y se sentó al sol en el patio trasero de la casa. Yo hice lo mismo en la cocina hasta la llegada de mi madre.

YO: ¿Crees que lo escribió para ti?

CARMELA: ¿Para mí? No sé. Puede. Se me ha roto la garganta... ¿Tú qué crees?

YO: Únicamente puedo conjeturar.

CARMELA: Creo que en este momento me vale.

YO: Desde que leí el poema no he parado de darle vueltas a la intención con la que Gregory Corso lo escribió. ¿Qué pretendía? Sé que tratándose de poesía este tipo de preguntas suelen ser estériles. Pero en realidad nosotros no estamos hablando ahora de poesía. Hablamos de tu hermano Eduardo, de aquella balsa y de aquel verso. Y entonces sí me atrevo a buscar una respuesta a esa pregunta. ¿Qué

quería expresar el poeta? Creo que indagaba en la capacidad que tiene el Arte de hacer inmortal todo aquello que toca. Incluso, como ocurre en este caso, lograr que nunca mueran ni los caídos ni los que están a punto de caer en el campo de batalla. Quienes fueron a morir entre cultivos, en Lucca, al norte de Italia, no sabían que nunca morirían. Y esta interpretación, muy común en la Historia del Arte, está relacionada con eso que me contabas antes. El arte interpela al futuro a través del recuerdo, de la memoria. Es dejar escrito: de esto se hablará o esto acabará sucediendo. En definitiva, ir al futuro para llevar y traer algo entre las manos, tal y como decía él, ¿no? Creo que cuando tu hermano escribió ese verso en la tapia del cementerio lo hizo con una intención muy parecida. Ya no moriré, soy porvenir. Puede que Eduardo sintiera muy hondas algunas palabras similares a estas.

CARMELA: ...

YO: ¿Estás bien?

CARMELA: ¿Por qué en el cementerio?

YO: Bueno...

CARMELA: ¿Ya lo tenía decidido?

YO: Eso no lo sabremos nunca. Pero es una posibilidad, ¿no crees? Lo que sí tengo claro, después de escucharte, es que también eligió ese verso por ti.

CARMELA: ...

YO: Lo tuviera decidido o no, aquella acción poética tuvo su origen en esa niña recitando «Uccello» delante de un auditorio perplejo. Ese verso fue un abrazo muy parecido al que te dio en la puerta de tu habitación. Deberías entenderlo así.

CARMELA: Aquella mañana, mientras mi hermano estaba sentado en el patio, yo lo contemplaba todo el tiempo desde la cocina. Lo acababa de traer un coche patrulla de no sé dónde, pero era inevitable que sintiera un orgullo infinito por ese hombre que tantas veces me había hecho reír, que me deslumbraba a diario, que me ofrecía su fragilidad como parte de una esencia que aún hoy sigo descifrando. Todavía, algunas noches, me sorprende el recuerdo de aquel momento. El sol cubriéndole la cara, los ojos cerrados y la serenidad de su sonrisa alcanzándome. Y me digo que Eduardo es el acto más hermoso que haya presenciado nunca.

YO: Te entiendo.

CARMELA: Lo más tranquilizador de todo este asunto, Juanma, es que ya no necesito que nadie me entienda.

Setenta y cuatro

El cementerio está a algo más de dos kilómetros del barrio y solo hay una carretera para llegar: el Camino del Cementerio. No existe otro itinerario. Como todo cambia, para bien o para mal, ahora está rodeado de hectáreas y hectáreas de invernaderos. Literalmente. Hay invernaderos al norte, al sur, al este y al oeste. Si el cementerio no ha sido engullido por el plástico, el alambre y las tomateras, es porque en esta pequeña república todavía gobiernan los muertos. En un radio de quinientos metros se han construido, por lo menos, nueve balsas que se emplean para el riego por goteo. Casi todas ellas están llenas de agua verde. O, para ser precisos, como esa agua queda estancada durante semanas y semanas, la ova no tarda en articularse hasta adueñarse del fondo y de la superficie. Agua y ova sobre más agua y más ova que rodea el cementerio donde descansan los restos de Eduardo Huergo.

El veinticuatro de diciembre el cementerio no abre sus puertas. Por eso fui ese día. Y llegué poco antes del amanecer porque, en su momento, esa fue la hora elegida por Eduardo. Aparqué el coche en el borde de la carretera, cogí la mochila y recorrí los últimos doscientos metros a pie. Hacía años que los focos de los invernaderos colindantes habían alejado para siempre la oscuridad. Supongo que quieren ahuyentar los saqueos y el vandalismo; las malas intenciones. Qué putada: puede que nuestros muertos ya hayan olvidado qué forma tiene la noche. Aunque sea difícil de creer, una de las fincas agrícolas se ha solapado al cementerio. Eso quiere decir que la cara exterior de la tapia oeste es inaccesible para el público. En ese lado reposan mis abuelos y bisabuelos maternos. Es la parte más antigua. Con el dinero de los familiares de los difuntos reformaron hace unos años todos los nichos de esa ala. Aquella derrama conllevó el incendio de más de un árbol genealógico.

¿Dónde escribió aquel verso Eduardo? Repasé la tapia delantera, la trasera y la que daba al este. No solo con la vista. También con las

manos abiertas de par en par, buscando no sé bien qué. Una brizna de pintura roja o la sombra de lo que una vez fue una sombra. Habían transcurrido veintiséis años. Siendo realista, las probabilidades de hallar algún indicio se antojaban escasas. Salté el enrejado de la finca colindante para acceder a la tapia oeste y también la repasé de punta a punta. Pero no encontré nada. Así que volví al exterior y me senté a los pies de un eucalipto, con la mirada clavada en la puerta principal, de medio arco, flanqueada a un lado y a otro por cuatro ventanas, también de medio arco. Lo cierto es que no recordaba siquiera si esas ventanas habían estado siempre ahí. Llevaba años sin pisar el cementerio, así que todo me parecía nuevo, distinto o evolucionado: los estacionamientos para los vehículos, la glorieta circular pintada en el suelo y los azulejos sobre la puerta con el nombre del cementerio. Eché mano al bolsillo del pantalón y cogí un tepazepam que engullí sin agua.

Imaginé a Eduardo Huergo aquel día de 1993. No tenía coche, así que recorrió el Camino del Cementerio a pie, en pleno verano, en el final de una noche clara y amable. Llevaba, en el interior de una bolsa de tela, un cubo de pintura roja, una brocha redonda y una botella de agua. En el trayecto, tuvo tiempo de sobra para pensar y decidir sobre qué muro iba a escribir aquel verso. En el frontal, claro. Bajo aquellas ventanas de medio arco, si es que habían existido siempre. Porque el objetivo era que lo contemplara todo el mundo nada más enfilar aquel camino sin salida. Para que todos, en cuanto se topasen con el cementerio, lo leyeran en voz alta, ya estupefactos, muertos de miedo, heridos de asombro. «Nada más que un caballo resoplando contra otro.» En letras mayúsculas. Rojas. Bien grandes. De modo que eso hizo. Escribir a brochazos, que, en el fondo, es escribir a gritos, porque él era un hombre de acción y tarde o temprano la gente lo iba a saber. Cuando terminó de repasar la última palabra, el sol ya despuntaba por el este, pero la claridad venía de un lugar más lejano. Procedía del futuro. O, al menos, de la promesa de un futuro. Dio seis o siete pasos hacia atrás, leyó aquel verso en su hermosa plenitud y deseó que Carmela estuviera allí, junto a él, para poder reír y dar saltos de alegría. ¿Qué harán ahora, Carmela? «Nada más que un caballo resoplando contra otro.»

Antes de ponerme en pie, miré en todas las direcciones. Los focos de los invernaderos ya se habían apagado y el alba traía la misma

claridad de una verdad sencilla. Tenía que ser en ese momento o ya no sería nunca. Abrí la mochila, saqué el bote de espray de pintura roja y me fui hacia la pared encalada. El corazón se me desbocó. ¿Qué podía pasar si alguien me sorprendía haciendo aquello? Supuse que estaría tipificado como daños a un espacio público. Una buena sanción y el escarnio en cada plaza, en cada barra de bar. O peor. Era la casa reformada y adecentada de nuestros muertos. Podría constituir un atentado contra un edificio sagrado. Me empezaron a temblar las piernas y mi cabeza se sumió en el ridículo cálculo del tiempo y del espacio que me separaban del coche. Pulsé el pulverizador y no salió nada. Apenas un suspiro. Agité con fuerza el espray y volví a pulsarlo. Esta vez sí. No parecía difícil. El trazo era fino y preciso, lo que iba a suponer repasar varias veces cada una de las letras. Pero eso no era un problema. Llegados a ese punto no podía serlo. Conforme avanzaba con el espray, imaginé a Eduardo sonriendo en el patio de su casa, manchado de una pintura muy similar a aquella, y a Carmela, siempre tan cerca, mecida por el amor que sentía hacia su hermano. Qué pena que no estés aquí, Carmela. Qué pena. De verdad. Esto te habría gustado. Y quizá, quién sabe, habría aprovechado para hablarte de mi cobardía, y de Iván, el Tusmadres, y de aquella cuerda que cortó para que Eduardo volviera a la superficie o para que echara a volar.

El olor de la pintura narcotiza. No como un tepazepam. Pero sí puede amasarte los sentidos hasta que la realidad comience a acolcharse. Eso fue lo que pensé en aquel momento. No de ese modo. Solo más o menos. Cuando escuché que alguien gritaba «hijo de puta» supuse que los componentes químicos de la pintura habían abierto una escotilla en mi cabeza. Pero, como es obvio, no se trataba de eso. El propietario de la finca contigua, uno de sus trabajadores o un muerto viviente me gritaba «hijo de puta» mientras intentaba abrir el portón metálico que un rato antes había saltado para entrar y para salir. La adrenalina es un relámpago de vida o de niebla que nos ilumina las venas. Lo supe mejor que nunca en aquel momento. No recuerdo qué hice ni con el espray ni con la mochila. Sencillamente apreté los dientes y corrí como una liebre de fuego en dirección al coche. Más allá del latigazo de los dos primeros «hijos de puta», no escuché nada. Ni siquiera mi propio galope. Cada una de mis terminaciones nerviosas se pusieron al servicio de aquel impulso de supervivencia. Cuando me metí en el coche, no supe el tiempo transcurrido desde que

empecé a escribir el verso hasta ese momento en el que intentaba arrancar el motor. Cinco minutos. Veinte. Una hora. Siete días. Puede que más. Todo parecía desordenado dentro de mi cabeza. Pero me bastó volver la vista al cementerio para saber que no había pasado mucho. Porque la única palabra que tuve tiempo de escribir en la pared fue *Nada*. Y así la primera palabra del verso pasó a ser la única. La última. *Nada*. Y con eso iba a tener que ser suficiente. Una nada que engendraría un todo, el tiempo que tardaran en volver a sepultarla bajo la cal y el olvido. Aunque para eso, ya lo sabemos, siempre es tarde. Estas palabras que escribo son la prueba de ello. *Nada*.

Ya está.

Setenta y cinco

Eduardo Huergo (1956-1993) dirigió varias obras de teatro infantil y juvenil, llevó a cabo numerosas acciones poéticas y encabezó movimientos de reivindicación y protesta sociales y culturales. Fue un lector infatigable y un amante de la palabra que arde en la calle. Su densa y heterodoxa biblioteca fue donada, por voluntad de su única hermana, al Fondo Bibliográfico Fronterizo de la Fundación Recreo. A comienzos del año 2018, se empezó a trabajar en la edición de un libro que reunirá una selección de textos escritos por el propio Eduardo Huergo: artículos, poemas, relatos, *collages*, aforismos, escenas teatrales y los apuntes embrionarios de dos novelas que nunca llegó a concluir. Además de todo ese material, su familia conservó una carpeta en la que Eduardo había escrito de su puño y letra un título: «La cláusula de los niños». En su interior guardaba una brevísima sinopsis —treinta y dos líneas mecanografiadas— de una historia que pretendía desarrollar en un futuro. Desgraciadamente, nunca llegó a hacerlo. Yo sí. En su memoria. Un relato que he incluido en el centro de esta colección de fragmentos, apuntes y transcripciones, una vez corregidos y ordenados, con el convencimiento de que su hermana habría firmado aquel documento para que su corazón volviera a latir de un modo distinto y muy hermoso. La balsa en la que murió sigue siendo propiedad de Carmela Huergo. Sus aguas limpias así lo atestiguan.



Nicolás Mauricio de Tolentino derriba a Bernardino della Ciarda en la Batalla de San Romano, Paolo Uccello, Galería Ufizzi, Florencia. (S. XV)

Un hombre bajo el agua
Juan Manuel Gil

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024

ISBN: 978-84-322-4378-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

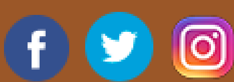
  

Table of Contents